

This dissertation has been  
microfilmed exactly as received 67-15,912

COLLINS, Alice Kent, 1937-  
EL EXISTENCIALISMO DE EDUARDO MALLEA.  
[Spanish Text].

The University of Oklahoma, Ph.D., 1967  
Language and Literature, modern

University Microfilms, Inc., Ann Arbor, Michigan

© ALICE KENT COLLINS 1967

---

All Rights Reserved

THE UNIVERSITY OF OKLAHOMA  
GRADUATE COLLEGE

EL EXISTENCIALISMO DE EDUARDO MALLEA

A DISSERTATION  
SUBMITTED TO THE GRADUATE FACULTY  
in partial fulfillment of the requirements for the  
degree of  
DOCTOR OF PHILOSOPHY

BY  
ALICE KENT COLLINS  
Norman, Oklahoma  
1967

EL EXISTENCIALISMO DE EDUARDO MALLEA

A DISSERTATION

APPROVED FOR THE DEPARTMENT OF MODERN LANGUAGES

BY

*Lowell Lumbard*  
*Irving P. Artman*  
*Wayne M. Cleger*  
*Besse R. Clement*  
*James H. Abbott*

DISSERTATION COMMITTEE

## RECONOCIMIENTOS

Deseo expresar al Profesor Lowel Dunham mi más profundo sentido de gratitud y afecto por su inapreciable ayuda en la preparación de este trabajo. Su desinteresado espíritu, unido a su vasto conocimiento y comprensión de la cultura y literatura hispanoamericanas, han hecho que lo considere, en todo momento, mi mejor guía, mi incansable maestro y mi crítico más respetado, y han sabido abrir ante mí las puertas del interés por la investigación literaria. Un voto especial de gratitud va dirigido al Profesor James H. Abbott cuyos valiosos comentarios y sugerencias avivaron mi interés por el Existencialismo literario.

Deseo igualmente expresar mi gratitud a los Profesores Besse Clement, Jim P. Artman y Wayne M. Clegern, quienes tan gentilmente se han prestado a servir como miembros de mi comité doctoral, y a todos mis profesores de la Universidad de Oklahoma que en una u otra forma hayan contribuido a la realización de este proyecto. Agradezco profundamente la valiosa y competente ayuda recibida de Frank W. Medley, Jr. en la copia del manuscrito.

Dedico este fruto de mis labores a Sean, mi esposo, sin cuyo continuo entusiasmo y comprensión no hubiera podido convertirse en realidad.

## TABLA DE CONTENIDO

	Page
RECONOCIMIENTOS . . . . .	iii
Capitulo	
I. INTRODUCCION . . . . .	1
II. EL LLAMADO A LA CONCIENCIA . . . . .	30
III. LOS AGONISTAS . . . . .	71
IV. LAS ISLAS HUMANAS . . . . .	122
V. EN BUSCA DE UNA AUTENTICIDAD . . . . .	182
VI. CONCLUSION . . . . .	264
BIBLIOGRAFIA . . . . .	272

## EL EXISTENCIALISMO DE EDUARDO MALLEA

### CAPITULO I

#### I. INTRODUCCION

El Siglo XX se presenta al hombre como la mayor y más terradora paradoja de la historia universal. Ante un sinnúmero de fantásticas contribuciones al progreso científico y material, opone un período de alarmante desconcierto, en el que el hombre se encuentra profundamente impotente y aterrado por el misterio de un mundo que, no solamente no alcanza a comprender, sino que cada día se le hace más enigmático. Parecería mentira que, al iniciarse el siglo, muy pocos eran los europeos que dudaran estar en camino hacia un período de grandeza y plenitud ilimitada. A pesar de los múltiples conflictos, guerras y revoluciones de los últimos años del Siglo XIX, se mantenía firme la confianza de que el triunfo final y definitivo del hombre estaba ya a la vista, y que hasta el misterio más oscuro sería pronto revelado ante su vista, por medio de la ciencia y la razón.



Suficiente motivo tenían los europeos para así creerlo. Al iniciarse el Siglo XX, las ciudades se habían convertido en florecientes centros culturales y económicos. El hombre se encontraba gozando de los innumerables beneficios que la tecnología y la ciencia le proporcionaban día a día y que las fábricas producían en gran número y a menor costo. Se respiraba un aire de inefable progreso, seguridad en el futuro y, aún más, una ciega confianza en las capacidades humanas. Sumergidos en un mar de optimismo, los hombres creían bastarse a sí mismos, y no existía problema u obstáculo que, por medio de la ciencia y la tecnología, la razón humana no se sintiera capaz de desentrañar. Se vivía en un trance hipnótico, los ojos fijos en el progreso material y científico de que se era capez.

La educación, ahora accesible a todos, había descubierto al hombre común las posibilidades razonadoras de la mente, y así pertrechado, éste se sentía capaz de moldear su propio destino. Creyéndose firmemente arraigado en un proceso de inacabable civilización y progreso, y dirigiendo todas sus actividades por principios racionales, no podía concebir siquiera la posibilidad de derrota. Y así, el prodigioso espectáculo ofrecido por la Europa del comienzo de siglo, se convirtió en el símbolo de la realidad, substituyéndose los valores tradicionales que antes habían

servido de guía por un frío materialismo.

El hombre, embriagado de poder, puso toda su fé en ese progreso material y se dedicó de lleno a atender los adelantos y las demandas impuestas por la tecnología moderna, cada vez más exigente. Surgió así la especialización, que imperceptiblemente, comenzó el proceso limitador de la espiritualidad humana. Pero Europa no se percató de ello pues sufría de los síntomas de una grave intoxicación de progreso. Los innumerables descubrimientos científicos, la revolución industrial, los nuevos métodos de transporte y comunicación, y el desarrollo de la medicina, agudizaron aún más la convicción de que el progreso era una verdad automática e inevitable. Por lo tanto, las ocasionales disgresiones o regresiones que sufriera este proceso no serían lo suficientemente significativos para detener el progreso o retardarlo seriamente.

De pronto, casi sorpresivamente, irrumpe el año 1914 con una guerra que, en sus comienzos, parecía ser una de esas pasajeras inconveniencias a esperarse en todo trayecto hacia la plenitud. Sin embargo, y ante la estupefacción e incredulidad general, la guerra pronto se transforma en el holocausto más grande de la historia. Y el holocausto no termina allí, sino tras una breve pausa, inicia una cadena de interminables episodios que culminan con la Segunda Guerra Mundial. Europa experimenta entonces

el terror de los campos de concentración donde millones de seres son aniquilados en nombre de la verdad, la justicia y el derecho de los pueblos. La ciencia, cuyos descubrimientos estaban destinados a ayudar al hombre, se utilizaba ahora para destruirlo. La fuerza del átomo, que se había dominado confines pacíficos, se desencadenaba ahora en una ola de destrucción.

El europeo, en un esfuerzo desesperado, busca una explicación, una respuesta válida dentro de las potencias racionales, pero éstas, incapaces de penetrar el misterio, no le responden. Ve el ser humano entonces derrumbarse los cimientos de su mundo, se siente arrancado de su pedestal y arrastrado por la marea de una serie de hechos incomprensibles, los mismos hechos que, en otros momentos, tuvo la certidumbre de poder controlar y conducir. Ahora ya no es él quien controla el mundo, sino el mundo quien lo controla a él. Experimenta, en consecuencia, una angustia agobiante ante el misterio del futuro. Sus esfuerzos por comprender son, claramente, inútiles. No puede explicarse como la cultura ilustrada haya culminado en guerras y crisis cuyo horror nunca se había experimentado. Ni tampoco comprende por qué la ciencia y la tecnología humanas hayan desencadenado tanta miseria y destrucción. Ni la ciencia ni la razón pueden explicarle el enigma de la existencia humana. Los problemas que a cada momento hacen su aparición

transcienden dramáticamente los poderes del raciocinio humano. Y es entonces cuando el progreso vislumbrado a comienzos del siglo sume las proporciones de una estrepitosa derrota. El hombre moderno, en consecuencia, pierde todo sentido de seguridad y cesa de experimentar la sensación de estabilidad que un día le caracterizara. En lugar de una esperanza, de un consuelo, sólo alcanza a vislumbrar nuevas calamidades y nuevos desastres; y, ante esta perspectiva, se hunde en un abismo de angustia, de desesperación y de pesimismo inconmensurables.

Y es sólo entonces que acierta a dirigir la mirada hacia sí mismo para contemplarse largamente. Pero, ya no se reconoce, y es más, no puede reconocerse. Sólo alcanza a comprender su estado de total desamparo, de orfandad, de destierro. Su aislamiento es un hecho, un hecho horrososo. Es un extraño ante Dios, ante la naturaleza, y ante los mismos hombres, con los cuales forma parte de una gigantesca e impersonal masa social de la cual depende para su subsistencia material. Comprende, así mismo, que la razón le ha privado de todo motivo de existencia al destruir, en nombre de la ciencia, los valores que hasta entonces habían dado significado a su vida individual, proporcionándole un fin transcendente hacia el cual dirigir sus esfuerzos: la religión. Sin este marco protector, que lo había refugiado desde todos los tiempos ofreciéndole un sistema de

símbolos e imágenes, el hombre se encuentra terriblemente fragmentado. Ante un universo que ahora se le revela en su infinita inmensidad como un ente indiferente, a menudo hostil. La inmensa masa de hombres que le rodea no puede transponer su irreductible soledad y, llegando a él, confortarlo.

Pero la peor y final forma de aislamiento, es el aislamiento de sí mismo. En una sociedad que sólo espera de él que realice competentemente su propia función, su propia especialidad, el hombre ha sacrificado su existencia individual a fin de identificarse totalmente con dicha función. La imagen final es entonces la de la única verdad del hombre, la de su absoluta y angustiosa soledad y aislamiento frente a su propia muerte.

Es evidente entonces que el hombre se encuentra en un período de crisis jamás igualado, viéndose obligado a aceptar, con austera determinación, una existencia privada de todo sentido. La realidad brutal de este enfrentamiento con una crisis de la que en gran parte es responsable, angustia y desespera, pero tiene otra consecuencia, aún más significativa, y es que constituye un llamado de conciencia. Por primera vez, la humanidad hace una pausa en medio del torbellino de la vida moderna para indagar sobre un destino cuya posibilidad ya ni se vislumbra. El ¿dónde estoy?, ¿Quién soy?, ¿Por qué he sido arrojado a un mundo

absurdo y cruel? formuladas por muchos filósofos se vuelven ahora preocupación general, universal. Pero éstas, y muchas otras preguntas, caen en el vacío, quedan sin contestación, porque la razón, que antes no había conocido límite, se encuentra ahora ante el misterio de la existencia misma, ante la cual es impotente. Este despertar humano de su inercia no es sin embargo, más que el primer paso, es el momento inicial de un largo y angustioso proceso de identificación individual y de búsqueda desesperada de una nueva razón vital con la cual pertrecharse, y sobre cuya base reconstruir su existencia.

De ahí que uno de los problemas más vitales del momento sea el descubrimiento de cómo y en qué forma debe el hombre, no sólo acomodarse a la crisis, sino que trascenderla, creando su propia razón de vida, descubriendo o creando sus propios valores morales y espirituales. Pero, ¿cómo reconstruir su vida individual y colectiva si el ente principal, el componente, vital, el hombre, el individuo, se encuentra totalmente fragmentado, falseado en su identidad? Ante este hecho, es evidente que todo esfuerzo hacia una resolución del problema humano debe comenzarse poniendo en práctica el "Conócete a tí mismo" de Sócrates. El problema está en el hombre y por lo tanto, todo esfuerzo de revindicación del hombre debe iniciarse en él, dada su personalísima naturaleza. Y es precisamente

porque el Existencialismo centra todo su interés en el individuo a quien busca devolver a toda su dignidad, que se constituye en la filosofía de mayor transcendencia del Siglo XX. Dentro de la total crisis que experimenta el mundo, surge una filosofía que busca encontrar un sentido, una razón vital a la que el hombre naufrago pueda asirse y subsistir. Y es por ello que el Existencialismo atrae al hombre moderno, "by fortifying and appealing to his attitude toward life which is often characterized by doubt, despair, futility and nihilism."<sup>1</sup> Rechazando los valores tradicionales que ya nada pueden ofrecer a un hombre profundamente desilusionado y angustiado, y aceptando como punto de partida el inherente absurdo de la vida, el Existencialismo descubre una filosofía de esperanza, basada en el esfuerzo humano para alcanzar una existencia auténtica.

El hombre, un "sheep without a shepherd who caught in the throes of anxiety and despair...wanders aimlessly"<sup>2</sup> dentro de una existencia básicamente absurda, encuentra un firme asidero en el Existencialismo, que considera la existencia individual como el hecho más dramático y más

---

<sup>1</sup>J. M. Spier, Christianity and Existencialism (New York: Harper and Row, 1959), p. xvii.

<sup>2</sup>Ibid., p. 9.

significativo del mundo, y que coloca al hombre por sobre todas las estructuras y sistemas, proclamándolo libre, y único responsable en la elección de su destino personal. Ya no se trata de una filosofía de premisas abstractas, o afirmaciones puramente racionalistas, sino de una filosofía estructurada sobre el hombre, sobre el individuo total en su existencia concreta, en sus ansiedades, angustias, dudas y desiluciones metafísicas; pero por sobre todo, estructurada sobre su capacidad de acción, de reacción ante el estado caótico del mundo y en su capacidad de hacerle frente, desde una posición reforzada por una vida experimentada existencialmente auténtica.

Marjorie Greene afirma que "the more fashionable a philosophy becomes, the more elusive is its definition."<sup>3</sup> Esta afirmación es particularmente apropiada en el caso del Existencialismo, movimiento que no puede clasificarse ni como escuela ni como sistema. Siendo que sus conceptos básicos no tienen como fin enseñar sino incitar al hombre a pensar por sí mismo, cada filósofo existencialista presenta dichos conceptos en una forma diferente y muy personal. ¿Qué es pues el existencialismo? Sería imposible proporcionar una definición exacta que satisficiera a todos que militan en sus filas, y que comprendiera

---

<sup>3</sup>Marjorie Greene, Introduction to Existentialism (Chicago: University of Chicago Press, 1963), p. 1.



al mismo tiempo, las numerosísimas variantes en conceptos y métodos sostenidas por sus más prominentes figuras. Como lo declara Heinemann, "there is not one philosophy called Existencialism, but several philosophies with profound differences."<sup>1</sup> Igualmente difícil se hace tratar de esquematizar una definición basada en las posibilidades de similitud entre filósofos de una misma nacionalidad o de una misma creencia religiosa. Y es porque, como lo explica Kaufmann, "existencialism is not a school of thought nor reducible to any set of tenets."<sup>2</sup> Continúa diciendo:

The three writers who appear invariably in any list of "existencialists"--Jaspers, Heidegger, and Sartre --are not in agreement on essentials. Such alleged precursors as Pascal and Kierkegaard differed from all three men by being dedicated Christians; and Pascal was a Christian of sorts while Kierkegaard was a Protestant's Protestant. If, as is often done, Nietzsche and Dostoevsky are included in the fold, we must make room for an impassioned anti-Christian and an even more fanatical Greek-Orthodox Russian imperialist. By the time we consider adding Rilke, Kafka and Camus, it becomes plain that one essential feature shared by all these men is their fervid individualism.<sup>3</sup>

Si se considera que algunas de las figuras más predominantes del Existencialismo, tanto como

<sup>1</sup>F. H. Heinemann, Existencialism and the Modern Predicament (New York: Harper and Row, 1958), p. 165.

<sup>2</sup>Walter Kaufmann, Existencialism from Dostoevsky to Sartre (New York: World Publishing Co., 1965), p. 11.

<sup>3</sup>Ibid.

Heidegger<sup>1</sup> y Jaspers<sup>2</sup> han rechazado su clasificación dentro de dicho movimiento precisamente porque cada uno de ellos, desde lo individual de su problema, proponía un concepto y una solución muy personal y si se agrega a a esto el hecho de que Kierkegaard no quería hacer una filosofía,<sup>3</sup> el problema de una definición se torna prácticamente imposible. Por ello, y ante la necesidad de justificar la inclusión de Eduardo Mallea dentro de la familia existencialista, es preferible, dejando de lado en cuanto sea posible la heterogenidad de conceptos y métodos de sus exponentes principales, concentrar la atención en aquellos problemas que les son comunes. Todos ellos concuerdan, en general, en su temática o problemática, ya que todos, sin excepción, experimentan, de uno u otro modo, la angustia del momento en que viven y la necesidad de responder a dicha urgencia aceptando el desafío que les lanza su existencia. Su pensamiento y su acción se originan en medio de circunstancias y angustias compartidas universalmente. Su estado de ánimo se forja en aislamiento y soledad, ante la constante conciencia de la fragilidad y contingencia de la existencia

<sup>1</sup>William Barrett, Irrational Man: A Study in Existentialist Philosophy (New York: Doubleday, 1962) p. 267.

<sup>2</sup>Régis Jolivet, Las doctrinas existencialistas desde Kierkegaard a J. P. Sartre (Madrid: Editorial Gredos, 1950), p. 47.

<sup>3</sup>Ibid.

humana. Percatados mejor que nadie de la impotencia de la razón ante los misterios de la vida, se desesperan en la contemplación de la muerte, de la Nada, que amenaza constantemente su desamparada condición.

Precisamente porque "the very existence of man on this earth is menaced, because the annihilation of man, his dehumanization and the destruction of his humanities is a real danger,"<sup>1</sup> que en la filosofía existencialista el significado y sentido de la existencia humana ocupa el lugar privilegiado entre todos sus exponentes. Todos ellos concentran su atención en los problemas que el hombre "vive," que experimenta, en forma personal y única, problemas en los que se encuentra sumergidos sin posibilidad de evasión.

La ideología de Kierkegaard señala el comienzo de la defensa del hombre en su existencia única e individual, en su libertad y responsabilidad.<sup>2</sup> Se busca reemplazar la figura condicionada por una serie de hábitos a que la psicología ha reducido al hombre, por la figura humana libre y responsable que lucha por formarse en "the totality of life."<sup>3</sup> Una serie de experiencias personales, hace conocer

<sup>1</sup>Heinemann, op. cit., p. 167.

<sup>2</sup>Ernst Breisach, Introduction to Modern Existentialism (New York: Grove Press, Inc., 1962), p. 187.

<sup>3</sup>Ibid., p. 189.

a estos filósofos--y a los hombres contemporáneos--la precaria, pero al mismo tiempo extraordinariamente dramática y única verdad de su existencia. Se vislumbra, así también, el abismo abierto entre una existencia auténtica y otra no auténtica o falsa.

En los cimientos de toda filosofía es posible constatar un deseo y una aspiración común, cual es de la satisfacción del anhelo humano de conocer y descifrar el sentido y significado de la vida. Los métodos utilizados han sido numerosos y, en varias ocasiones, radicalmente opuestos. En el caso existencialista, sus filósofos proclaman que dicho conocimiento y sentido puede ser encontrado únicamente dentro de una existencia auténtica. Lo opuesto, representado por la existencia del hombre "masa" de Ortega y Gasset, del hombre de "todos los días" de Jaspers, del hombre "estético" de Kierkegaard, es más que nada una experiencia negativa. Este hombre no auténtico, que irónicamente la psicología y las ciencias sociales modernas consideran prototipo de la normalidad<sup>1</sup> y que tiene como característica su nivelador espíritu de conformidad, constituye la constante preocupación del existencialista. Dicho hombre-masa y el orden-masa que lo produce, "brings into being a universal life-apparatus, which proves destructive

---

<sup>1</sup>Ibid., p. 190.

to the truly human life."<sup>1</sup> Ante dicha posibilidad, se hace un llamado urgente al hombre a que rompa sus cadenas y ejerza su libertad en la elección de una existencia auténtica, tomando la responsabilidad que dicha elección implica.

Partiendo de uno de sus conceptos básicos, el de que la existencia precede a la esencia, el Existencialismo no sólo reconoce sino que insiste en el derecho y posibilidad del hombre de determinar su naturaleza auténtica. El "I choose myself not in my being, but in my manner of being,"<sup>2</sup> de Sartre, es uno de los conceptos más tenazmente defendidos por el existencialista, quien al proponer el principio de la autodeterminación del hombre afirma uno de los derechos humanos más sagrados: el de la libertad. Tampoco dentro de este concepto existe uniformidad de actitud, sino más bien una serie de posiciones que oscilan entre el concepto de la libertad absoluta de Sartre, que puede escoger cualquier posibilidad, y la libertad condicionada de un Jaspers o de un Kierkegaard que escoge entre varias posibilidades dentro de una determinada situación. Cualquiera sea su posición al respecto, los existencialistas la libertad humana no sólo como un privilegio sino como una necesidad, ya que

---

<sup>1</sup>Karl Jaspers, Man in the Modern Age (New York: Doubleday & Co., Inc., 1957), p. 41.

<sup>2</sup>Jean-Paul Sartre, L'etre et le Néant (Paris: Gallimard, 1943), p. 393.

"man must create his own essence"<sup>1</sup> para transcender hacia una vida auténtica. No ejercer este derecho constituye un acto de cobardía, ya que es una evasión desde la posibilidad de una existencia auténtica hacia una no auténtica.

Mientras que en las sociedades tradicionales sometidas a un sistema de normas colectivas de comportamiento el hombre no se considera individualmente responsable, el existencialismo, por virtud del ejercicio de la libertad, lo señala como el único responsable de sus actos. Basándose en la afirmación que la verdad es un concepto personal e individual que no permite la aceptación de experiencias y verdades ajenas, se descarta todo sistema concebido a priori y todo concepto absoluto, dejando al hombre la responsabilidad de determinar por sí mismo los valores que han de encaminarlo hacia la plenitud de su existencia. Para ello, puede éste partir libremente ya sea del concepto sartreano de la no-existencia de Dios, ya sea de la afirmación kierkegaardiana de que Dios existe, o, si así lo prefiere, de cualquier otra posición.

Una vez determinados sus valores personales, el hombre se dirige, mediante una constante revitalización de los mismos hacia la búsqueda de su autenticidad existencial. Y es precisamente con respecto al significado del concepto

---

<sup>1</sup>Ibid., p. 633.

de autenticidad que se constata la mayor discrepancia entre los exponentes del existencialismo filosófico. Para los religiosos, como Kierkegaard, la autenticidad sólo es posible dentro de un marco de relación personalísima e incondicional con Dios. Jaspers, desde una posición equilibrada entre el Cristianismo y un nihilismo atea<sup>1</sup>, define la autenticidad como una actitud de continua disposición hacia la transcendencia, ya que el hombre es "permanent self-unfolding and self-actualization!"<sup>2</sup> Heidegger, quien por su parte también distingue claramente entre la existencia auténtica y la no auténtica, y para quien "estrangement is life detached from Being at the ground of all beings,"<sup>3</sup> concibe la autenticidad como "human life led in awareness of its 'standing out' of this Being and in finding a way home to it."<sup>4</sup> Esta existencia auténtica no puede realizarse, sin embargo, antes de una confrontación con la muerte, ya que ésta, en su carácter de realidad suprema, determina todas las posibilidades de existencia humana. Heidegger denomina el estado de autenticidad como el estado de autenticidad hacia la muerte.

---

<sup>1</sup>Spier, op. cit., p. 18.

<sup>2</sup>Breisach, op. cit., p. 197.

<sup>3</sup>Ibid.

<sup>4</sup>Ibid.

Sartre, por su parte, mantiene que la autenticidad consiste en crearle un significado a la vida. Dicha creación consiste en una serie de actos personales e individuales llevados a cabo en el ejercicio de una libertad absoluta, actos por los cuales el hombre asume completa responsabilidad. El hombre auténtico de Sartre es, entonces, la totalidad de sus actos presentes y pasados. El futuro sólo existe en función de posibilidad.

Considerando que el hombre es despertado del letargo de su existencia inauténtica y proyectado hacia la auténtica por medio de ciertas experiencias personales tales como la conciencia de la contingencia humana, la desesperanza, la angustia, la inminencia constante de la muerte, el Existencialismo reclama la reintegración de dichas experiencias al centro de la filosofía. De estas experiencias, tal vez la primera que experimenta el ser humano es la de su contingencia, es decir, la de la fragilidad y finitud de una existencia absurda. Kierkegaard ve manifestada la contingencia en el abismo abierto entre lo finito, el hombre, y entre lo infinito, Dios. Jaspers, por su parte, la experimenta como un comienzo hacia la transcendencia, mientras que Sartre la interpreta como el desafío máximo que recibe el hombre hacia su realización total. Las otras experiencias personales, derivadas en cierto modo de la conciencia de la finitud humana, se hacen concientes en



hombre en distintas formas, y asociados a diversos momentos de su vida personal. Dado su carácter inexorable y omnipresente, es la muerte la experiencia personal que más angustia ocasiona al ser humano. Tiene, sin embargo, otra consecuencia aún más significativa, y es que se constituye en la gran fuerza, la gran motivadora, la gran realidad que encamina al hombre hacia una existencia auténtica. Tanto para el existencialista cristiano como para el ateo, la muerte constituye un desafío al hombre, desafío que al ser recogido por éste, le confiere el ímpetu inicial hacia su plenitud existencial.

Finalmente, la necesidad de que toda vida auténtica lleve el sello de la más completa individualidad, es uno de los factores que contribuyen al angustioso aislamiento del hombre moderno. El tener que determinar cada individuo sus propios valores y luego preservarlos mediante una continua renovación de los mismos, tiende a eliminar todo terreno propicio a la comunión humana. Heinemann sostiene que dentro de la temática y problemática existencialista "only the problem of communication is new. It leads to the central thesis that the individual himself cannot become man; cut off from others he sinks into neurotic despair; only in communication with them can he become himself."<sup>1</sup>

---

<sup>1</sup>Heinemann, op. cit., p. 63.

Esta observación trae a colación el problema de establecer qué tipos de comunicación son posibles. Las opiniones al respecto se encuentran divididas, ya que el esfuerzo por comunicarse se ve frustrado

partly because the gulf between man and God is infinite (Kierkegaard), partly because the attitude of others seems to be hostile (Sartre), partly because the others represent the unauthentic experience of everybody and nobody and threaten to destroy the authentic existence of the Self (Heidegger), and partly because the will to communication with everything is counterbalanced by the desire for detachment.<sup>1</sup>

Los prominentes filósofos hasta aquí mencionados, aunque considerados maestros del Existencialismo, de ningún modo representan la totalidad de sus facetas sino más bien sus conceptos más universales. La somera presentación de dicho selecto número de hombres y conceptos sirve, sin embargo, un importante fin, cual es el de demostrar que ni aún entre los llamados padres del Existencialismo existe la unidad de soluciones y procedimientos que se observa en las filosofías tradicionales. Por el contrario, se constatan las posiciones más heterogéneas, algunas de ellas radicalmente opuestas, todas ellas personalísimas. Significativamente, ninguna de estas soluciones es propuesta como definitiva, ya que esto es imposible, dada la naturaleza misma del problema.

The reason why there can be no objective, universal and certain answers to them (the existentialist questions) is not merely the present inadequacy of our knowledge but

---

<sup>1</sup>Ibid., p. 184.

because man is and remains in his being a question, a personal choice, and the objective world is and remains in its being a question, open possibility: both are at any time other than and more than anything that can be said of them. Being is, in Marcel's language not a problem to be mastered and done with but a mystery to be lived and relived.<sup>1</sup>

Si al de los grandes maestros se suman los nombres de sus discípulos más prominentes, entre los que se destacan Marcel, Tillich, Berdyaev, Unamuno y Ortega y Gasset, Camus y Shestov, las interpretaciones personales se multiplican, y tampoco se llega a una solución definitiva.

Al pasar lista entre los exponentes contemporáneos del Existencialismo, se constata además otro fenómeno muy significativo, y es que, este movimiento no se limita ya al campo estrictamente filosófico, sino que, traspasando dichas fronteras, penetra poderosamente en el de la literatura. Este hecho no sorprende. Siendo válida la acepción de que "every age projects its own image of man in its art";<sup>2</sup> y dado que "no hay literatura que no esté al servicio del hombre,"<sup>3</sup> es natural que, de todas las manifestaciones del arte, la literatura haya sido y continúe siendo el medio más adecuado y eficaz de proyectar una imagen completa y fidedigna del hombre. Desde este punto de vista,

<sup>1</sup> H. J. Blackham, Six Existentialist Thinkers (New York: Harper Torch Books, 1953), p. 152.

<sup>2</sup> Barrett, op. cit., p. 59.

<sup>3</sup> Eduardo Mallea, La guerra interior (Buenos Aires: Sur, 1963), pp. 53-54.

La literatura ha sido fiel al proceso interior del hombre. Griegos y renacentistas abordaron la representación de aquel espécimen cuyas características eran, en uno o en otro caso, la idea trágico-filosófica de cuestión y la idea ético-literaria de plenitud. La modernidad nos rindió a través de su literatura un hombre proporcionado en un mundo proporcionado. Lo contemporáneo, por fin, se refleja en su literatura a veces como alarma, a veces como desconcierto, a veces como esasperación....Un enorme llamado de rebato recorre la literatura responsable de nuestro tiempo. Lo que importa es, de nuevo, una voluntad de creer. Pero ¿en qué, después de tanto fracaso? ¿En qué, después de tanta inteligencia? Dios. Nada. Hombre. En esas tres direcciones se encamina una literatura de superilustrados y superinteligentes agobiados ante las cuestiones y ante los peligros, ante las deserciones del hombre y ante la deserción de las convicciones. Nunca se ha sabido más; pero a la vez nunca se ha sabido menos. Hé ahí el gran dilema de nuestro tiempo. ¿Qué es lo que importa, pues, sino ganar las horas perdidas en el conocimiento del hombre mismo y de cuanto atañe como fenómeno de interioridad?<sup>1</sup>

Visto lo complejo de la crisis del hombre contemporáneo, es natural que el escritor no pueda proyectar la totalidad de su imagen sin incurrir forzosamente en problemas de índole existencialista.

A Jean-Paul Sartre se debe mayormente la introducción del Existencialismo filosófico en la literatura contemporánea. Desde su posición privilegiada de filósofo y escritor, es evidente que Sartre no solamente creó un "broader and more intensive interest in the philosophy of existence than any of its originators or modern exponents,"<sup>2</sup> sino que, además,

---

<sup>1</sup>Ibid.

<sup>2</sup>Herbert Dieckman, "French Existentialism before Sartre," Yale French Studies, Vol. 1, No. 1, (Spring-Summer, 1948), p. 33.

despertó el interés por la lectura de Kierkegaard, Schelling, Husserl, Heidegger, Jaspers, y otros existencialistas que, anteriormente, sólo eran conocidos por un número limitado de filósofos y teólogos.<sup>1</sup> Con su entrada en la literatura, el Existencialismo alcanza una nueva etapa. Particularmente con Sartre, Camus y Unamuno, "it becomes the philosophy of the working artist."<sup>2</sup> De compleja teorización filosófica, e intrincados experimentos ontológicos accesibles a pocas y privilegiadas mentes, el Existencialismo asume ahora la forma de drama humano. El hombre abstracto de las filosofías tradicionales se convierte en el "hombre de carne y hueso" de Unamuno. Este es el ser que experimenta, en calidad del agonista de Unamuno, del "comprometido" de Sartre, del "hombre absurdo" de Camus, las viscisitudes de los tiempos modernos. Esta dramatización de la vida humana se lleva a cabo en los escenarios y en las novelas, y ante millares de hombres que, desde su propia condición de "agonistas," se identifican inmediatamente con los problemas de los personajes literarios, haciéndolos suyos, y viviéndolos siempre con renovada angustia.

Entre los escritores contemporáneos para quienes las preocupaciones existencialistas se hace presente en calidad

---

<sup>1</sup>Ibid.

<sup>2</sup>Sidney Finkel, Existentialism and Alienation in American Literature (New York: International Publishers, 1965), p. 113.

de "philosophy of the working artist,"<sup>1</sup> se destaca particularmente el argentino Eduardo Mallea. Aunque la crítica se ha abstenido en general de clasificarlo entre los escritores existencialistas, ha reconocido, en muchos casos, la presencia de ciertos elementos de dicha índole. Patrick Dudgeon, quien conoció personalmente a Mallea sostiene, sin mencionar directamente el Existencialismo, que "Mallea is a philosophical novelist, a child of his own age, reader of Proust, Kafka, Virginia Wolfe and Aldous Huxley,"<sup>2</sup> y poseedor de un "intimate acquaintance with the latest developments of art and literature in Europe...."<sup>3</sup> John Polt, por su parte, señala la similaridad que se observa entre

Mallea's treatment of the problems of the individual and those to be found in literatures other than the Argentine, particularly among writers generally (and somewhat loosely) termed "existencialist." If this term is to be taken in its broader sense, there can be little doubt that Mallea falls within its limits.<sup>4</sup>

Seymour Menton, más específicamente, lo presenta brevemente como un precursor del Existencialismo sartriano al declarar que "Mallea introdujo el existencialismo en Hispanoamérica en la década de 1930-40, veinte años antes que esa modalidad

<sup>1</sup>Ibid.

<sup>2</sup>Patrick Dudgeon, Eduardo Mallea, A Personal Study of His Work (Buenos Aires: Editorial Agonía, 1949, p. 14.

<sup>3</sup>Ibid.

<sup>4</sup>John H. R. Polt, The Writings of Eduardo Mallea ("University of California Publications in Modern Philology," Vol. 54; Berkeley: University of California Press, 1959), p. 49.

llegara a generalizarse bajo la amenaza de una guerra atómica y la influencia literaria de Jean-Paul Sartre."<sup>1</sup>

Difícil sería adjudicar a Mallea la posición de Introdutor del Existencialismo en Hispanoamérica, habiendo tantos escritores contemporáneos suyos que estuvieron profundamente preocupados por los mismos problemas, y que hicieron públicos sus desvelos en la misma época. Aquí se trata más bien justificar su clasificación dentro de dicho movimiento. El que el mismo Mallea prefiera o no ser clasificado entre sus adeptos no debe constituir ningún obstáculo. Es necesario tener en cuenta aquí la observación de Jean Wahl de que ha habido muchos existencialistas sin saberlo,<sup>2</sup> y el hecho de que entre los maestros del movimiento ni Jaspers<sup>3</sup> ni Heidegger<sup>4</sup> aceptaron el término "Existencialista."

Si bien es cierto que en su último ensayo, y al referirse a Graham Greene, Mallea declara que "no hay novelistas católicos o conservadores o comunistas o existencialistas....Hay novelistas del hombre o nada,"<sup>5</sup> esto no

<sup>1</sup> Seymour Menton, El cuento hispanoamericano (México-Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 1964), p. 96.

<sup>2</sup> Jean Wahl, Historia del Existencialismo (Buenos Aires: Editorial Dédalo, 1960), p. 46.

<sup>3</sup> Ibid., p. 47.

<sup>4</sup> Barrett, op. cit., p. 268.

<sup>5</sup> Eduardo Mallea, Poderío de la novela (Buenos Aires: Aguilar, 1965), p. 140.

significa una negación del pensamiento existencialista sino una reafirmación del papel del novelista, que es el de, antes que nada, ser fiel al proceso interior del hombre. Mallea en ningún momento se desentiende de la influencia de la filosofía sobre la novela contemporánea. Lo que rechaza de aquella es la forma que reviste, ya que ante la crisis del hombre, "¿Cómo aceptar la mera filosofía teórica, la sucesión de teoremas, de sofismas, de argumentaciones seriadas en torno a las escuelas, fueran sustanciales o adjetivas?"<sup>1</sup> Es evidente que, hoy más que nunca,

...no podemos quedarnos ya en el límite de ciertas construcciones puramente especulativas, que no podemos vivir sin vivir el pensamiento y pensar sin habitar dramáticamente la idea volviéndola así otra cosa, volviéndola no ya una mera abstracción, sino la atmósfera misma de nuestro cuerpo moral.<sup>2</sup>

Mallea deja sentada la índole específica de la relación entre la filosofía y la novela contemporánea al declarar que "la filosofía no puede ser nunca novela; pero hay novelas cuyo principal integrante es la filosofía articulada como mundo, caso de la novela filosófica."<sup>3</sup> Y es éste, precisamente, el caso de Mallea, quien, enfrentado a la crisis del hombre contemporáneo, no concibe la posibilidad de "dar cauce a un problema implantable en otros modos (por

<sup>1</sup>Mallea, La Guerra interior, p. 14.

<sup>2</sup>Eduardo Mallea, El sayal y la púrpura (Buenos Aires: Editorial Losada, 1947), p. 45.

<sup>3</sup>Eduardo Mallea, Las travesías II (Buenos Aires: Editorial Sudamericana, 1962), 118.



lo menos para mí), en otra forma que la forma literaria."<sup>1</sup>

Es indudable que en numerosos problemas el escritor argentino difiere de las posiciones expresadas por los maestros del Existencialismo. Esto, sin embargo, no constituye base para su exclusión de dicho movimiento, ya que, según se ha visto, no existe entre aquellos una definición ni una solución universal que pueda servir de guía en dicho juicio. Mallea merece un lugar de privilegio dentro del Existencialismo literario no en base a similitudes de posición, lo cual no constituiría por sí misma una razón válida, sino en base de una uniformidad de preocupaciones, de una misma razón de ser y de una misma vocación que las de los maestros. La literatura de Mallea es como la de estos, literatura de crisis, nacida de una honda preocupación por la crisis del hombre contemporáneo, por su "intensa problemática viva, por las preguntas y respuestas implícitas y formuladas a la época que vivimos, tan grave y tan amenazada precisamente porque el hombre ha empezado a ponerse en duda como valor y a no creerse más que como posibilidad vital."<sup>2</sup>

Mallea también comparte con los existencialistas su intención, que no es precisamente la de procurar soluciones satisfactorias y definitivas a los problemas que surgen al

<sup>1</sup>Mallea, Poderío de la novela, p. 69.

<sup>2</sup>Mallea, La guerra interior, p. 57.

paso del hombre contemporáneo, sino la de "drive home the questions themselves until they engage the whole man and are made personal, urgent and anguished."<sup>1</sup> Su enseñanza es indirecta, ya que Mallea no desea ser "ni guía ni maestro,"<sup>2</sup> y consiste principalmente en un llamado a las conciencias a que despierten de su letargo y se hagan cargo de la urgencia de la situación. El Existencialismo supone también un movimiento de liberación del hombre, de resistencia ante un "collectivizing trend, bound up with machine production, which seems to lead in any society, whether democratic, fascist or socialist, to a depersonalization of man."<sup>3</sup> La acción niveladora de las masas, cuya consecuencia es la conformidad colectiva, la desnaturalización del individuo, la representación colectiva en lugar de la acción individual, constituye un constante motivo de preocupación para Mallea. Este, siente que las conciencias de hoy están "invadidas,"<sup>4</sup> y al igual que los existencialistas, insiste en la necesidad de que el hombre, "al crecer en el sentido de su libertad interior y en el sentido de la conciencia de esa libertad,"<sup>5</sup> abandone su estado yacente y por un acto de

<sup>1</sup>Blackham, op. cit., p. 152.

<sup>2</sup>Mallea, La guerra interior, p. 11.

<sup>3</sup>Heinemann, op. cit., p. 167.

<sup>4</sup>Eduardo Mallea, Obras completas, Tomo I: Meditación en la costa (Buenos Aires: Editorial Emecé, 1961), p. 52

<sup>5</sup>Eduardo Mallea, Historia de una pasión argentina (Buenos Aires: Editorial Sudamericana, 1961), p. 107.

voluntad creadora se proyecte hacia una existencia auténtica.

Aunque es evidente que no siempre concuerda con sus posiciones al respecto, Mallea también comparte con los existencialistas su temática y problemática. Su novela en particular, es "la crónica y el canto del hombre mismo, la memoria en que su destino toma forma."<sup>1</sup> Por ello, la concibe como el dramático debatirse del hombre "entre las dos nadas del nacer y el morir";<sup>2</sup> por ello también la concibe como

exposición de la trágica soledad a que lo condena la "terrible incontestación" a las incesantes preguntas que del nacer al morir se formula la conciencia del dolor y la piedad que lo estremecen; de su inteligente sed de trascender y prevalecer en un mundo que lo acosa y detiene."<sup>3</sup>

La mera presentación de dicha crisis no se justificaría si no llevara consigo el intento de rehabilitación que implica "la lucha tremenda con los enemigos del hombre o contra todo lo que inviste la forma de un acto injusto, de una idea injusta, de una intención inexplicable o sea de una adversidad crítica de causa inaccesible."<sup>4</sup> No siendo posible proporcionarle al ser humano una solución satisfactoria y definitiva, Mallea insiste en su intención de, por lo menos,

<sup>1</sup>Mallea, Poderío de la novela, p. 7.

<sup>2</sup>Eduardo Mallea, Todo verdor perecerá (Buenos Aires: Espasa-Calpe Argentina, 1951), p. 139.

<sup>3</sup>Oscar Bietti, "Un creyente en el porvenir de la novela," La Nación, Sección Ilustrada, (April 3, 1966), 4.

<sup>4</sup>Mallea, La guerra interior, p. 14.

ayudarle a "tornar la causa accesible y encararla como tal."<sup>1</sup>

Habiéndose justificado la inclusión de Eduardo Mallea entre los exponentes del Existencialismo literario, quedan por determinar, en consecuencia, las características particulares que dicho movimiento reviste en sus obras. Aunque para el presente trabajo se han considerado las Obras de Mallea en su totalidad, y dado que en ellas se observa una constante insistencia en ciertos temas y problemas, solo se han de discutir aquellas novelas y ensayos en los cuales este mejor expuesta la concepción existencialista de su pensamiento.

---

<sup>1</sup>Ibid.

## CAPITULO II

### EL LLAMADO A LA CONCIENCIA

Los primeros años de la vida de Eduardo Mallea transcurrieron en la ciudad de Bahía Blanca, Provincia de Buenos Aires, donde había nacido en 1903. Testigo de sus primeras reflexiones fueron "el interminable ruido del fuerte viento y el rumor de las dunas al desplazar sus areans,"<sup>1</sup> "la atmósfera hosca, las tardes interminables, las noches repentinamente y profundas"<sup>2</sup> de la inmensa llanura del sur, "donde era duro luchar y vivir."<sup>3</sup> Profundo admirador de los rubios hijos de inmigrantes con quienes asistía a un colegio inglés, ellos inmediatamente suscitaron su interés por las obras de escritores británicos, especialmente Walter Scott, Dickens y Stevenson. Profundamente desilusionado con la indolencia de los profesores argentinos del Colegio Nacional, al que luego asistió, se refugió aún más en el mundo de los libros, los que ahora alternaba con largas caminatas por la

---

<sup>1</sup>Mallea, Historia de una pasión argentina, p. 26.

<sup>2</sup>Ibid.

<sup>3</sup>Eduardo Mallea, Notas de un novelista (Buenos Aires: Emecé, 1954), p. 26.

llanura, las calles y el puerto de Bahía Blanca.

El año 1916, fecha en que su familia se trasladó definitivamente a Buenos Aires, fue para Mallea un año trascendental. Su llegada a la capital constituyó "el acceso a otro mundo,"<sup>1</sup> y con ello, "el nacimiento a la conciencia."<sup>2</sup> Sus primeros momentos en la gran urbe fueron de admiración, de despertar a cosas nuevas y desconocidas. En aquellos días,

todo me parecía prodigioso; ver, tocar, oler, oír, gustar; obtener de todo lo viviente cierta efusión; un éxtasis; no poder acercarme a nada vivo sino con un temblor, de un modo subterráneamente intenso, con vibrante vehemencia y hasta la alegría o el llanto.<sup>3</sup>

Con este espíritu se lanzó entonces el joven a la conquista de la ciudad, "si conquista se puede llamar a recorrerla mirándola y pensándola."<sup>4</sup>

Los hombres y mujeres que desfilaban ante sus ojos atraían particularmente su atención, en particular éstas, a las que "veía circular herméticas de secreto y eso me atraía más aún, no como episodios casuales, sino como dramas encarnados, y hasta habría querido conocerlas pluralmente para atender al relato de sus sueños o la confidencia de sus vigiliass."<sup>5</sup> Mallea no puede explicarse

<sup>1</sup>Mallea, La guerra interior, p. 16.

<sup>2</sup>Malba, Historia de una pasión argentina, p. 38.

<sup>3</sup>Ibid., p. 40.

<sup>4</sup>Mallea, La guerra interior, p. 31.

<sup>5</sup>Mallea, Historia de una pasión argentina, p. 42.

como nació de pronto a tal solicitud después de años de vegetación sentimental. Tal vez porque la frecuentación casi exclusiva de los novelistas había ido depositando en los subterráneos de mi espíritu un poso germinativo de experiencia humana. Thackeray, Meredith, Hardy, Maupassant, Turgenev, los nórdicos, el Goethe de 'Werther,' Balzac, Stendhal, hasta el fastuoso y desierto d'Annunzio habían a lo largo de esta adolescencia almacenando, refinando, destilando una extraña presciencia del hombre y un sentimiento desventurado ante el destino.<sup>1</sup>

Quedaba atrás, con esto, "la época del sentimiento puro... Dickens, Manzoni, Mistral, Hugo, Chateaubriand, de Vigny,"<sup>2</sup> y se iniciaba ahora la etapa de la experiencia humana.

Por falta de contacto y conocimiento directo de aquel mundo que fascinaba, "me apresuraba--dice Mallea-- por extender la red de la creación propia, a fin de ir encontrando por mi cuenta la tasa de misterio que la vida no me proporcionaba."<sup>3</sup> Esta es la época, entonces, de sus primeras incursiones en el campo literario. No obstante su apresuramiento, su producción es poca, limitándose a "unos cuantos cuentos poemáticos... urdidos en la casa familiar, de noche, ahurtadillas, escritos en papeles robados al padre, bajo la lámpara del escritorio de mi hermano Enrique."<sup>4</sup> Reunidos bajo el título de Cuentos para una inglesa desesperada, aquellos "tanteos poemáticos"<sup>5</sup> se publicarían en

<sup>1</sup>Mallea, Historia de una pasión argentina, p. 42.

<sup>2</sup>Ibid.

<sup>3</sup>Mallea, La guerra interior, pp. 33-34.

<sup>4</sup>Ibid., p. 33.

<sup>5</sup>Ibid., p. 35.

1923, contando su autor veintitrés años. No obstante su profundo interés en la experiencia humana, mas le interesaban admitir en esta época,

ciertas conversaciones con los hombres; ciertos silencios, que tantos estrepitos; la voz de algún afligido, que los discursos de plaza abierta, o que las repeticiones que en los claustros estudiantiles se llamaban formativos. Caminaba tanto a solas de noche, que ya me creía recibido por los objetos: las puertas de las casas familiares, los vagos árboles, las bocacalles....<sup>1</sup>

Buscando ahondar más su conocimiento de los hombres de la gran ciudad, y siempre atento a la consigna de Pope que "the proper study of man is man,"<sup>2</sup> Mallea deja por momento de lado sus "complicados supuestos cuentos sobre los destinos humanos"<sup>3</sup> y busca un contacto personal. La ciudad, sin embargo, es ambiente reactivo a comunicaciones, y sus gentes se encierran en un mutismo impenetrable. La simple búsqueda de aproximación con esas gentes se transforma pronto en "otra hambre, más profunda..., la de buscar diálogo de amor con mujeres inteligentes, diálogo de amistad con hombres inteligentes...."<sup>4</sup> Se hace entonces evidente un

<sup>1</sup> Ibid., pp. 35-36.

<sup>2</sup> Mallea, La guerra interior, p. 36.

<sup>3</sup> Ibid., p. 33.

<sup>4</sup> Mallea, Historia de una pasión argentina, p. 41. Mallea aclara allí que se trata sustancialmente de inteligencia es decir "la del espíritu que se mueve en cada circunstancia del hombre, sea ella literaria, sentimental, sensual, física o moral." Ibid.



hecho que Mallea califica de "constante fatal"<sup>1</sup> en su vida: "el de llegar demasiado tardíamente al encuentro con los tipos humanos, no ya presentidos, sino activamente buscados por mi corazón."<sup>2</sup> Son esos, días de desconcierto y decepción, ya que, a pesar de su constante búsqueda,

...Ningún ser humano inquieto; íntegro, aparecía en mis cercanías;...No me rodeaba--agrega--más que gente de un desapego beocio por las cosas de la inteligencia, incapaces de devorar un libro--ni siquiera apenas leerlo--enarbolar un sueño absurdo o llevar en el alma esa llama insensata donde se enciende la deflagración de una utopía, una heroicidad o un misticismo.<sup>3</sup>

Para entonces, se define un sentimiento que ya antes se había intuído en la vida del escritor. El ensimismamiento que de niño había experimentado en la contemplación de las extensas llanuras, en las que "los destinos humanos casi no turbaban, son sus conversaciones y sus sobresaltos, el diálogo terrestre con las nubes...",<sup>4</sup> se convierte ahora en algo más tangible, y por lo tanto, más aterrador. En Historia de una pasión argentina, su confesión espiritual, Mallea narra que

Solitario frente al mundo y el espacio infinito, un miedo pascaliano era lo que veía aparecer en su reflexivo horizonte este hombre joven....Miedo a su propia limitación vegetativa, en lo que había de él atado a la tierra, en lo que había de él subterráneo,

<sup>1</sup>Ibid., p. 40.

<sup>2</sup>Ibid.

<sup>3</sup>Ibid., p. 41.

<sup>4</sup>Ibid., p. 29.

subyacente. A lo que contenía de no redimido aun por un ímpetu hacia lo espiritual.<sup>1</sup>

Al hojear "estupefacto y obsesionado"<sup>2</sup> las revistas europeas que traían ecos de la lejana guerra y contemplar en ellas las figuras destrozadas y yertas de tantos hombres, se preguntaba "si tanto dolor, tanto gozo, tanta instantánea gloria, tanta esperanza, tanta fatiga diaria, tanto nocturno descanso, tantos deseos, tantas suertes, tantos trabajos y ocios paran al fin en un cuerpo librado muerto a la lluvia?"<sup>3</sup> Su creciente preocupación metafísica le había, súbitamente, hecho evidente "el sentido trágico del destino del hombre, había hecho irrupción en mis noches de no dormir y en mis días de mucho pensar, errar y ruminar."<sup>4</sup> Y agrega más adelante, "como mi canal religioso no estaba abierto..., solo avanzó en mí, de esa fiebre metafísica, el terror trágico a la muerte."<sup>5</sup> Ante esta suprema e ineludible verdad, se produce, naturalmente, la reacción, y en Mallea entonces se abre paso "la pasión de un ánimo agitado por un apetito terrible de perduración y de unidad."<sup>6</sup> Desde ese momento, su vida comienza a regirse por "el sentimiento de lo heroico en el

<sup>1</sup> Ibid., pp. 44-45.

<sup>2</sup> Ibid., p. 45.

<sup>3</sup> Ibid.

<sup>4</sup> Ibid.

<sup>5</sup> Ibid., p. 51.

<sup>6</sup> Ibid., p. 43.

hombre."<sup>1</sup> Ya que no le es dado conocer "la suerte ulterior del alma, del combatiente destrozado en la guerra, quería conocer, al menos su destino de hombre común, lo supremo posible en una vida que va fatalmente a concluir en rigidez ya sin despertar y sin nombre."<sup>2</sup> Confrontado con la suprema incógnita, su necesidad de encontrar una forma de perduración personal aunque sea en pensamiento, se convierte en constante obsesión:

¿Podría, de algún modo--dice--lograr que mi pensamiento perdurara, que alcanzara un límite más extenso que las alternativas de una vida acosada por el sentimiento de sus irremediabiles fronteras, de su soledad física y de un desierto interior en apariencia irredimible que había que llenar con actos espirituales, sabidurías, creencias, experiencias?<sup>3</sup>

El hallazgo de dicha fórmula, sin embargo, suponía otro conocimiento, como se lo recuerda constantemente, al perseguirle sin tregua, su angustia metafísica: "Si no sabes lo que eres ¿cómo sabrás lo que buscas, cómo sabrás adónde vas?"<sup>4</sup> Este conocimiento del ser implica "una conciencia más clara de mí mismo como hombre y de mi mundo como entidad que resiste y combate, 'con' el que hay que combatir y 'contra' el que hay que combatir."<sup>5</sup> Es decir, que no basta solo con el

<sup>1</sup>Ibid., p. 51.

<sup>2</sup>Ibid.

<sup>3</sup>Ibid., p. 43.

<sup>4</sup>Ibid., p. 50.

<sup>5</sup>Ibid., p. 56.

conocimiento del ser en sí mismo, sino que es necesario también un conocimiento más claro del mundo en que dicho ser debe actuar. Es sólo haciendo más accesible el misterio del enemigo que el hombre puede afrontarlo dignamente y luchar contra él, resistiéndolo o sirviéndose de él, según las circunstancias.

Angustiado por esta búsqueda febril, su pensamiento se hace desde entonces todo pasión, y es por ello que la literatura de los grandes atormentados, Kierkegaard, Nietzsche, Blake, Unamuno, Pascal, San Agustín, Novalis y Hölderlin<sup>1</sup> le sirven de inspiración en su lucha. Mallea deja bien aclarado, sin embargo, el sentido de la relación con dichos escritores. "No eran esos libros--dice--los que habían conformado mi angustia, sino mi propia angustia inmanente la que había buscado esa vecindad y ese parentesco en el infortunio sin los cuales ningún espíritu siente su monólogo sobrepasado."<sup>2</sup> Una y otra vez vuelve a ellos luego de angustiosas búsquedas, no para encontrar consuelo o descanso sino para recibir de ellos, renovada, la admonición de que la vida es ardua e interminable lucha. A su espíritu, que ya no se conformaba con nada que no fuera intensamente humano, sangrante de angustia, estos hombres le brindaban en sus apasionados escritos "lo mejor que puede dar un ser viviente a otro ser

---

<sup>1</sup>Ibid., pp. 52-60.

<sup>2</sup>Ibid., p. 54.

es decir, la lección articulada de su sufrimiento vencido, 'comprendido,' hecho ya esa virtud que lo supera y que es el verbo."<sup>1</sup>

En una de sus intensas búsquedas, su aspiración de plenitud queda frente a frente con las teorías filosóficas puras. Allí comprueba ";Qué mal se movía mi corazón en el discurso abstracto!"<sup>2</sup> De dichas experiencias confiesa que

Después de haberme llenado vorazmente la cabeza con los libros más dispares, con las concepciones más audaces y las teorías más sutiles, abstractas y aparentemente armónicas, el proceso de la teoría filosófica me parecía cada vez más el puro juego de una constante rectificación dialéctica.<sup>3</sup>

Frente a la terrible realidad de que era testigo su propia vida, "tanta dialéctica improbable y racional,...se me ocurría definitivamente cándida en su afán de querer erigir al hombre, ese 'junco pensante,' en árbitro de fenómenos y esencias, cuando todo escapa, instante tras instante a su razón vulnerable;..."<sup>4</sup> La desilusión de la filosofía pura lo devuelve a la compañía de "mis atormentados,"<sup>5</sup> al seno de

...estos hombres que no olvidaban su estado de desolación....A estos hombres de cielo y abismo..., tremendamente enfrentados con las fuerzas que se

<sup>1</sup>Ibid., p. 56.

<sup>2</sup>Ibid.

<sup>3</sup>Ibid., p. 58.

<sup>4</sup>Ibid., p. 59.

<sup>5</sup>Ibid., p. 60.

levantan en su minuto contemporáneo y en su preocupación eterna, enfrentados con los conflictos del hombre y con los conflictos del infinito; a esos hombres que no juegan con sus principios sino con sus existencias, dejándolas que queden arrecidas o triunfantes, caídas o libradas, según sea lo que hayan expuesto en el combate real y el modo como hayan combatido.<sup>1</sup>

Sumergido en la inmensa y reticente Buenos Aires, y atormentado de continuo con el sentido pascaliano de la tremenda "desproporción del hombre,"<sup>2</sup> toda la intensidad de su angustia metafísica "no llegaba hacerme desear el evidirme de la vida."<sup>3</sup> Por el contrario, con renovado ahinco, hurgaba en la vida misma, tratando de humano con esos seres que lo rodeaban.

...me acercaba a las gentes, mis compatriotas--dice-- y espiaba en esos semblantes cetrinos, en esas frentes de ambiciosos, en esos mentones de osados, de impestuosos, en esas caras llenas de pretensión joven que llevaban ya el futuro triunfante en el brillo de unos ojos o en el desenfado de un acento, espiaba la posible presencia de una causa no social, interior que los moviera.<sup>4</sup>

Cada vez más obsesionado por "la concepción trágica de la conciencia,"<sup>5</sup> detestaba esa uniformidad colectiva, esa indiferencia general que observaba su alrededor. Le causaba estupefacción contemplar a esos hombres para

<sup>1</sup> Ibid.

<sup>2</sup> Ibid.

<sup>3</sup> Ibid., p. 62.

<sup>4</sup> Ibid.

<sup>5</sup> Ibid., p. 63.

quienes la concepción de su propio destino no pasaba de ser más que la de una responsabilidad puramente de supervivencia.

Malles sólo constataba la presencia de "hombres desvirtuados, desnaturalizados,"<sup>1</sup> sin descubrir entre ellos un solo razgo de voluntad libre, de seguridad interior, de predominio de sí. Lo que se descubría a sus ojos no era otra cosa que una masa informe, sin identidad, en un estado continuo de evasión hacia una existencia adjetiva. Los que veía eran hombres que se habían despojado o que habían sido despojados de su humanidad y ahora ya solo constituían un tenue reflejo de esa humanidad. "Lo que yo quería encontrar--confiesa desilusionado--eran hombres humanamente responsables y no encontraba más que ficción de humanidad, representación de humanidad, comedia de humanidad."<sup>2</sup>

El panorama europeo, por su parte, se presentaba como un cuadro aún más desolador. Alrededor del año 1915 ya habían empezado a vislumbrarse en la Argentina los signos de la posible ruina de la civilización occidental. Pero, "este trágico vaticinio--dice Roberto Giusti--comenzó a ser un lugar común solamente desde cuando, disipada la tempestad se sangre, comenzó a divisarse el caos material y moral en que la humanidad se debatía."<sup>3</sup> Para los que como Mallea

<sup>1</sup>Ibid., p. 80.

<sup>2</sup>Ibid., p. 79.

<sup>3</sup>Roberto Giusti, "A un cuarto de siglo de la primera guerra mundial. Ilusiones y esperanzas de ayer," Nosotros, Año IV, No. 41 (Agosto de 1939), p. 306.

viajaron a Europa en dicha época, el enfrentamiento directo con la realidad fue un choque rudo e indelible. Sus dos viajes de adulto tuvieron lugar en 1928, a los 23 años, y en 1934, a los 29. Del primero de ellos, sólo hace breve mención en La guerra interior, en ocasión de recordar a Jorge Luis Borges, con quien compartió un departamento en Francia. El segundo viaje, mencionado numerosas veces en varias obras,<sup>1</sup> parece ser no sólo el que le causa mayor impresión sino también el que le decide a romper su largo silencio literario de nueve años con su Nocturno europeo, la narración angustiada del despertar del joven Adrián a la crisis europea.

Sus primeros momentos en Europa habían sido "como un falso renacimiento en el septentrión."<sup>2</sup> Allí había experimentado una genuina alegría del espíritu al despertar a las formas del arte y de la historia. En esos primeros momentos, confiesa que "casi ninguna presencia humana venía a turbar el acto..., de acomodar al espíritu a la proporción de la obra artística."<sup>3</sup> Al poco tiempo, sin embargo, contrito de no haberse prolongado más allá de las cosas hasta incorporarse el elemento humano, se lanzó en pos del

---

<sup>1</sup> Mallea se refiere a dicho viaje principalmente en Nocturno europeo, Historia de una pasión argentina, Meditación en la costa y La guerra interior.

<sup>2</sup> Mallea, Historia de una pasión argentina, p. 174.

<sup>3</sup> Ibid., p. 178.



hombre europeo. Necesitaba hundirse en el ser mismo, puesto que "no se goza más que de los seres, no se sufre más que de los seres, no se progresa más que por los seres, nadie se conforta, triunfa u ofende más que de los seres; en una palabra: no se vive más que de los seres y por los seres."<sup>1</sup>

Al contacto con el europeo, había seguido, inmediatamente la desilusión, el disgusto. Se encontraba, no había duda, en presencia de un mundo en disolución.<sup>2</sup> Los que veía a su alrededor no eran ya los hombres íntegros y auténticos de otros tiempos; eran sólo mutilados, "mutilados morales."<sup>3</sup> De todo el proceso humano expuesto a su vista, el más grave era ése, el proceso del fraude moral, de la esterilización de los espíritus, de lo que Mallea califica de invasión de las conciencias humanas.

Invadidas--dice--quiere decir violadas, asesinadas en su pureza natural. Se ha cortado a los hombres el recurso de la objeción. Ningún reparo legítimo, ninguna voz naturalmente pura puede hoy circular sin ser detenida por dos guardianes coléricos de nuestra edad: los cesarismos y las deformaciones dogmáticas.<sup>4</sup>

El europeo se manifestaba como un deformado civil, un individuo atado a una jerarquía esencialmente política. Al perder ciertas libertades externas, su vida se había

<sup>1</sup>Mallea, Meditación en la costa, p. 543.

<sup>2</sup>Mallea, Historia de una pasión argentina, p. 183.

<sup>3</sup>Eduardo Mallea, Nocturno europeo (Buenos Aires: Ediciones Anaconda, 1938), p. 31.

<sup>4</sup>Mallea, Meditación en la costa, p. 552.

reducido de tal forma que había tardado muy poco en perder también su libertad de inteligencia. Era la época de las mayorías, de las masas niveladoras, de las instituciones colectivistas que ahogaban todo auténtico y libre proceso humano, todo atentado hacia la plenitud del espíritu individual. Y esta mayoría, era una masa de desconcertados, de agitados, de náufragos carentes de valores espirituales y con ansias desesperadas de aferrarse a alguna tabla de salvación. De éstos, unos pocos hallaban consuelo en la fé, algunos se escondían tras la máscara intelectualista, y otros, procuraban evadirse de la realidad circundante en alas de una vida vertiginosa y desaprensiva. Pero en una u otra actitud, no eran más que

...islas humanas...estas que salían ahora del café Viel, hacia el crepúsculo, las que entraban apretándose en el cine Rex a la hora de comenzar el espectáculo, las que se aglomeraban, con curiosidad, debajo del arco de la Estrella, en ese punto donde arde una llama mantenida con aceite; islas, ese cotejo tumultuoso que al anochecer pasaba sobre los puentes y continuaba su lento viaje a través de todas las puertas de París, se quedaba a comer en los albergues o continuaba su paso cotidiano hacia el sitio de su individual recogimiento; isla el noble, el burgués, el obrero, impelidos por la suma de energía que gastaban diariamente hacia la región más solitaria de su persona, confinados en sí.<sup>1</sup>

Y aún cuando las voces de esas islas se oían en conversaciones y diatribas nocturnas, "¡Qué desconcierto en los interlocutores, qué secreto cisma en el fondo de la

---

<sup>1</sup>Mallea, Nocturno europeo, p. 21.

conciencia de los que escuchaban!"<sup>1</sup>

Era indudable que las fuentes europeas estaban secas, que ya el hombre no tenía en dónde abreviar su espíritu informe. Y un ser así despojado, ¿de qué creación, de qué acto liberador es capaz? Como en todo clima humano es estado de disolución,

...la posibilidad inventiva de su espíritu está limitada; su libre imaginación creadora, prisionera; sus arrestos geniales, abortados; sus naturales iniciativas destruidas; su instinto e inteligencia de su propia perfectibilidad, detenidos; sus pasiones, podadas; su razón, medida, obligada; su criterio, atado al vehículo de un Estado que lo exprime y agota como la boca voraz del niño a la fruta todavía verde; su ánimo, arrasado; su filosofía, forzada; su columna vertebral, quebrada; sus labios sin otra voz que la de someras órdenes, reglas; su fantasía creadora, cercenada.<sup>2</sup>

Frente a este panorama de disolución, era indudable que a Mallea, como a todos los hijos espirituales de Europa, le correspondía un lugar. Estando su propia cultura fuertemente enraizada en la civilización de esos pueblos, la vista de su dolorosa agonía indudablemente había dejado marcas indelebles en el espíritu del joven escritor. Como al desconocido personaje de Meditación en la costa, "frente a cada habitante natural de esas tierras europeas le parecía sentir su propio yo multiplicado, extendido en el dominio de costumbres, idiosincracias e ideas que le eran familiares desde

<sup>1</sup> Ibid., p. 45.

<sup>2</sup> Mallea, Meditación en la costa, p. 553.

antes de tenerlas físicamente tan cerca."<sup>1</sup>

El reconocerse parte de un proceso agónico, trajo consigo una angustia renovada en el espíritu de Mallea. Lo más desesperante, era que Europa no ofrecía ninguna posibilidad de sobreponerse por sí misma a tal estado. Era necesario salvarse, salvar al hombre pero ¿con qué medios? La crisis había transformado a Europa en un "mundo de individuos que habían asesinado en sí a la persona"<sup>2</sup> y con ello se había malogrado, esterilizado en su única posibilidad de rehabilitación, ese "fragmento transcendente"<sup>3</sup> que mueve a todo hombre hacia las cimas del heroísmo, la sed de eternidad. De este continente saturado, cansado, agotado, no podía esperarse ningún renacimiento, ya que era sólo "una sucesión terrible de pequeñas muertes acumuladas."<sup>4</sup>

Mallea había vuelto de Europa en las mismas condiciones que

...el pescador que después de haber esperado la aparición del salmón de oro, se encuentra con que trae a la comunidad de donde partió, en lugar del pescado previsto, el eco de otros descubrimientos que hizo y que no esperaba, y que de pronto lo llevaron a olvidar para siempre el salmón de oro para atender a otras cosas....<sup>5</sup>

<sup>1</sup>Ibid., p. 543.

<sup>2</sup>Ibid., p. 546.

<sup>3</sup>Ibid., p. 547.

<sup>4</sup>Ibid., p. 543.

<sup>5</sup>Mallea, "Palabras sobre un arte (A un novelista que comienza)," en Poderío de la novela, pp. 91-92.

El que había ido en busca de las fuentes eternas, de las respuestas salvadoras, volvía ahora con la experiencia de un profundo y angustiado aprendizaje humano y con un hambre desesperado por dar con la respuesta a la depredación humana que había presenciado. Más que nunca se sentía ligado a la causa del hombre y sentía por ellos profunda compasión. Se sabía "angustiosamente solidario de los hombres. Habría dado mi propia sangre por redimir algunas de aquellas oscuras y a veces mediocres tragedias a fin de devolver a un rostro humano su condición de salud. Me sentía desgarrado, desollado."<sup>1</sup>

Para responder dignamente a la crisis del momento, Mallea consideraba que, ni el absurdo sismático ni la rebeldía eran fuerza suficiente, por lo negativo de su actitud. Lo indispensable era ir más allá, y desarticular y examinar los engranajes del mundo. Lo importante era, asimismo, creer

en la hipótesis, salvadora, de la distinción interior, dinámica y calificada, del hombre en juego, del hombre a prueba, en su aspecto de planteo comprometido della distinción interior, como atributo principal de una teoría y una práctica progresivas de la criatura humana en el universo en que vivimos. El estímulo convencido de una distinción militante del alma, de una calidad adquirida, de una calidad pensada, afinada y deliberada, una creencia total en ella, nos parecía a todo grado, ser el madero interior al que aferrarse en medio del encrepamiento de los ánimos.<sup>2</sup>

---

<sup>1</sup>Mallea, Historia de una pasión argentina, p. 145.

<sup>2</sup>Mallea, La guerra interior, pp. 58-59.

Ya en Europa había comenzado a mirar a América con otros ojos, y a su regreso "ví a mi país--dice."<sup>1</sup> Si se había de reconstruir la forma viva del hombre con todos los elementos dispersos e informes que hubieron sobrevivido a la crisis de ese tiempo, esa reconstrucción debía llevarse a cabo en América, particularmente en Argentina. En general se ha querido ver esta preferencia por el suelo nativo como un exagerado nacionalismo de parte de Mallea. Su predilección por América como punto del cual debe recomenzar la rehabilitación humana se basa, sin embargo, en un concepto más profundo, el de la libertad. Por sus antecedentes históricos, por su naturaleza misma, el americano es un pueblo de generosos, cuya manifestación más profunda es su ánimo de donación y de libertad. Constituía, por lo tanto, el material más propicio sobre el cual estructurar una nueva humanidad.

Lo americano me parecía por definición la idea del hombre más completo posible, no porque ese hombre hubiera nacido en un mundo nuevo, sino porque ese hombre debía coincidir interiormente con la idea fundamental de un hombre nuevo. Así me parecía verlo constituido por la idea misma de su idea de libertad.<sup>2</sup>

Lo que ahora quedaba por determinar era el país entre los pueblos de América, en que se destacara con mayor fuerza "sentido inigualable del término libertad como una filosofía

<sup>1</sup>Mallea, "Testimonio de un escritor," en Poderío de la novela, p. 30.

<sup>2</sup>Mallea, "Testimonio de un escritor," en Poderío de la novela, p. 25.

interior, de una metafísica del alma humana, de un determinante íntimo como ninguno."<sup>1</sup>

Mallea indica que su propia forma de creer en su país no era una forma de nacionalismo, sino de humanismo.<sup>2</sup> Su idea de pensar en esos atributos es lo que le condujo a pensar en términos del hombre argentino, "no como esencia aislable distinguida en una nacionalidad, no como pugna, como supremacía, como xenofobia, sino como investigación o exaltación de su aporte ideal en esa línea universal de distinción interior."<sup>3</sup> Si el exaltado sentido argentino de la libertad se había movilizado en el siglo anterior en defensa de otros pueblos ansiosos de independencia política, ese mismo sentido era el que había que independenciar política, ese mismo sentido era el que había que movilizar ahora en defensa de la libertad espiritual del ser humano. Por tratarse no ya de un movimiento de emancipación nacional sino de un movimiento de liberación de conciencias, y porque debía llevarse a cabo en circunstancias en que todo tendía a su deformación, el proceso se anunciaba más arduo y difícil. Este proceso, tenía que consistir en una progresiva incorporación de espíritus libres decididos a una existencia comprometida y jugada en favor de la causa del hombre.

---

<sup>1</sup>Ibid.

<sup>2</sup>Ibid., p. 67.

<sup>3</sup>Mallea, La guerra interior, pp. 55-56.

Era evidente, sin embargo, que dichos atributos propios del hombre argentino, no se encontraban a la vista. El panorama visible se reducía a una gran multitud de distraídos espirituales que no disponían ya de tiempo para la consideración de cuestiones esenciales. Una creciente preocupación por el mejoramiento material y una progresiva descomposición de las miras nacionales en manos de gobernante sin visión, habían producido una quiebra de los verdaderos valores humanos. El que antes se distinguía como estado de preocupación general, había sido substituído por un estado de ocupación incapaz de transcendencia. Ya no se vivía, se representaba. La existencia se había transformado en meras fórmulas de actuación, y estas fórmulas estaban supeditadas a la ley del mínimo esfuerzo, a la ya clásica actitud porteña del "hasta por ahí nomás."<sup>1</sup>

Se trataba, evidentemente, de un país colocado de espaldas a sus rasgos espirituales primitivos, de un país en estado de yacencia, de postración del alma. Debido a ello,

Nada en ese rostro es ahora vibración, sino siesta; nada en él es tensión, sino flojedad;...nada en él es energía o fervor, sino postergación o lenidad; nada en él cobra eminencia, todo se tala,...nada en él se levanta, todo en él se pliega; nada se crea con arreglo a ritmos distintos y decisivos, todo prospera regularmente; nada brota con fuerza de la entraña nacional, todo se hace notar mediante hábiles artificios.<sup>2</sup>

---

<sup>1</sup>Eduardo Mallea, La vida blanca (Buenos Aires: Sur, 1960), p. 110.

<sup>2</sup>Ibid., p. 78.



El de la Argentina "visible," era pues el caso concreto de la "exaltación del yo en estado pasivo."<sup>1</sup> Era el estado espiritual indiferente e improductivo de las masas sin más ambición que la del progreso material.

Pero no todo estaba perdido. Detrás de ese pueblo "visible" existía otro, muy pequeño, que no se había doblegado ante la crisis y que aún atesoraba cierta aristocracia de espíritu. Constituía este grupo, "un tipo de humanidad en estado puro."<sup>2</sup> Ellos eran los depositarios de "una causa espiritual eminentemente argentina, un sentido de la existencia. Privativo de ellos, propio y auténtico. Y a ese sentido le llamé: 'una exaltación severa de la vida.'<sup>3</sup> Era este el sentido del hombre que es capaz de existir en exaltación espiritual por una idea transcendente, del hombre silencioso y servero consigo mismo, del que es capaz de "crear sin ficción, vivir sin alarde, sobrevivir sin resentimiento."<sup>4</sup>

Era ese mundo "invisible" el que interesaba a Mallea puesto que en él yacía, escondida, la chispa que podría volver a animar un estado de voluntad que luego se extendiera hasta algún día convertirse otra vez en estado de la mayoría. Ese mundo invisible se ocultaba tras los silencios huraños de

---

<sup>1</sup>Ibid., p. 85.

<sup>2</sup>Mallea, Historia de una pasión argentina, p. 88.

<sup>3</sup>Ibid., p. 91.

<sup>4</sup>Ibid., p. 95.

...hombres doblados de dolor ante la devastación de su campo;...hombres alzando al cielo, ante la seca obstinada, un rostro de ruego y al día siguiente una mueca iracunda y luego nuevamente una súplica;...de médicos que sufrían en despoblado por no tener un instrumento eficaz ante el enfermo agonizante...; de hombres afiljidos en las calles tristes, arrastrando entre las luces babilónicas su gran ansiedad de conciencia, su entraña llena (¡hasta no poder más!) de dolor y de necesidad de creación, de expresión;...<sup>1</sup> de desvelo inteligente de tantos rostros demacrados!

Estos parias reducidos a grandes y dolorosos multismos, y capaces de tanto sufrimiento estoico, eran los únicos capaces de una conciencia, ya que "ese padecer es conciencia en sí, conciencia del existir y conciencia del drama temporal que cada cual representa."<sup>2</sup> Y era conciencia lo que se necesitaba. Conciencia de sí mismo, conciencia de los hombres, conciencia del mundo. Sólo después de un estado de conciencia producido por un enfrentamiento con la realidad podría sobrevenir el acto de voluntad creadora que ayudaría al hombre a hacerse de nuevo, a transcender hacia un estado de existencia auténtica capaz de comunicar vida a otros hombres.

Se trataba, entonces, de procurarles un estado de conciencia. Para ello, había que ayudarles en el advenimiento a ese conocimiento de sí mismo y de su relación con los hombres y el mundo. Si al hombre "invisible" había que rescatarlo, ese rescate debía ser llevado a cabo

---

<sup>1</sup> Ibid., pp. 94-95.

<sup>2</sup> Mallea, Historia de una pasión argentina, pp. 108-9.

inmediatamente, o se corría el riesgo de no alcanzarlo ya más. Y en tal caso, dice Mallea, "¿...será aniquilado-- por sí mismo o por otros--será ultimado?"<sup>1</sup>

Ante la suerte de la humanidad, Mallea, el "hombre de muchas dudas con vocación de escritor"<sup>2</sup> se sentía aún más profundamente vinculado al hombre "invisible." Y en estas circunstancias se le revelaba otra vocación, aún más profunda, la de humanidad. Quería más que nada, despertar a ese pueblo interior de su letargo, deseaba que su voz fuera la de un llamado a la conciencia que iniciara el proceso de una "resolución dramática"<sup>3</sup> de la existencia. Pero si había de servir a la causa del hombre, tenía que hacerlo no mediante un mero compromiso de la inteligencia sino un compromiso de alma y cuerpo, manifestado en forma de una participación creadora. Es decir que se trataba de hacer, siendo. "Mi ejercicio--dice Mallea--no era una función adjetiva, ejercida, hecha; mi ejercicio era yo mismo."<sup>4</sup>

Era muy poco, sin embargo, lo que un hombre como él podía hacer por ellos. Su propia vida no representaba más que un enorme desierto sin obras. Sus treinta y tres años de vida "interiormente tormentosa, atormentada, llena de

<sup>1</sup>Mallea, La guerra interior, p. 77.

<sup>2</sup>Mallea, Historia de una pasión argentina, p. 66.

<sup>3</sup>Mallea, "Testimonio de un escritor," en Poderío de la novela, p. 39.

<sup>4</sup>Mallea, Historia de una pasión argentina, p. 66.

reflexión tantas veces árida....Treinta y tres años de penuria, aspiración y dolor interno; melancolías y furias"<sup>1</sup> era lo único que podía ofrecer a la causa humana. La suya era una vida sin transcendencia, sin consecuencias heroicas, una vida gris. Sentía una necesidad desesperada por dar un sentido a su marcha, de poder contestar las torturantes preguntas de su ser, al "¿Qué soy ahora, qué soy en este momento...?"<sup>2</sup>

Necesitaba saber

...para qué vivimos propiamente. Ahora vamos al trabajo, volvemos a casa, vamos a reuniones o lo que sea. ¿Y después? ¿A qué todo esto?

Sí, esa es la pregunta trágica, ésa es la enfermedad de la conciencia. ¿Y después? ¿A qué todo esto? Y no es necesario que salga a la luz este mal para que se lo padezca. Se le padece por un obstinado cerrar de los ojos a lo que ocurre dentro de uno, a lo que partícula no comprable de cada persona exige, reclama, quiere traer también a la existencia.<sup>3</sup>

En busca de una respuesta había agotado todas las fuentes de sabiduría, había leído y releído multitudes de libros, había viajado, había meditado, se había exasperado, se había obcecado en aprender y sufrir, en no quedar fijo, en no aceptar ni el descanso en su búsqueda, y todo ello había sido en vano. Sus manos se veían vacías de respuestas, vacías de obras y llena de la nada de sus esfuerzos.

Desde los años más remotos de la primera instancia había encendido en mí un fuego, un tormento, una llama y nada había tocado sin encenderlo. Pero esa

<sup>1</sup>Mallea, Historia de una pasión argentina, p. 186.

<sup>2</sup>Ibid.

<sup>3</sup>Ibid., p. 189.

lucha, esa constante aspiración de una vía mística, esa necesidad desesperada de dar a mi marcha un sentido, ese apetito siempre virgen--no eran nada. Nada el encarnizado combate por matar a mi alrededor la mediocridad con mando;...Nada la rígida angustiosa reflexión de años...; nada los días y las noches de muerte moral ante el papel que tarda de llenarse de concretos signo liberadores; nada la disputa con éstos, con aquéllos; la repentina alianza con tales otros,... nada el infatigable alegato contra la insuficiencia vacua...nada nuestra hambre y sed de maestros;...nada nuestro rotundo ¡no! a los ofrecimientos más cómodos, a las vías más fáciles,...nada nuestro propósito de ir más adelante sin detenernos....Todo eso, nada, nada.

.....  
...los sueños,...los riesgos corridos,...las individualidades combatidas, las realidades sobrevenidas,...los fines perseguidos, los propios asesinatos morales,...los pocos buenos actos,...las injusticias sufridas, las jornadas padecidas,...los conflictos vividos, las humanas desproporciones tantas veces notadas, las traiciones recogidas, la amargura de vuelta,...toda, en fin, la difícil vida vivida:--nada. Nada.

-Y si mi existencia había estado amasada con la levadura de la pasión, el ardor, el desprecio, la furia, el aliento, el desaliento, la crítica, el insomnio, la cruel taciturnidad, el cruel gozo, el hambre de tocar tierra, de sentir en mis palabras no un calor verbal, sino el calor humano, con la levadura de una busca impaciente y angustiosa, de una eterna vuelta a las cosas simples, de muchos engaños, muchas indecisiones, decisiones, vocaciones, amores, raptos, pequeñas glorias, grandes penas, orgullos, ocios, arrebatos dignos, entregas, arrogancias, miserias, pequeñeces, estulticias, vivezas, miedos, corajes, arrestos, HAMBRES, siempre HAMBRES--todo eso no era, sin embargo, nada.

Yo no traía en mis manos nada. Mi tremenda desesperación fue que yo no traía en mis manos nada.<sup>1</sup>

Sin embargo, Mallea reconocía que su ser no estaba muerto sino "más vivo que nunca."<sup>2</sup> Despojado de todo, le quedaba, sin embargo, su aspiración. Con ella debía recomenzar el difícil camino y seguir adelante a toda costa. Tenía

<sup>1</sup> Ibid., pp. 188-191.

<sup>2</sup> Ibid., p. 191.

libres las manos del espíritu y esto era lo esencial, ya que es el espíritu "el que ha de hacer en esta hora, articulando la verdad en su expresión desnuda, en su acusación, en su sindicar la tiniebla donde la tiniebla esté."<sup>1</sup> La suya debía ser, desde ese momento, lucha de toda hora, un continuo caminar en busca de nutrición espiritual y de transcendencia hacia la plenitud. Su único consuelo sería la certeza de que, en el mundo, una aspiración tiene igual poder creador que el de las manos o la mente privilegiada de un genio.

Esta aspiración era una "aspiración amarga, hambrienta y desesperadamente apasionada"<sup>2</sup> de verdad, el escalón inicial de todo proceso de transcendencia humana. Para alcanzar esta verdad el suyo sería, desde entonces, no solamente un estado de pasión, un estado de aspiración sino un estado de disponibilidad continua a la vida, un estado de angustia fértil, de angustia creadora. Todo ello sería indispensable a fin de "improvisarse una suerte de aire interior, construirse las defensas contra semejante estado de desolación, atravesar las tierras confusas y llegar al pleno horizonte."<sup>3</sup> La al horizonte no significaría, sin embargo, la consumación del proceso humano, sino más bien el comienzo de la

---

<sup>1</sup>Ibid., p. 193.

<sup>2</sup>Ibid., p. 194.

<sup>3</sup>Mallea, El sayal y la púrpura, p. 47.

estructuración interna del hombre, de su formación intrínseca "en la hora anárquica de las cosas y de las conciencias; formación en duro cristal ante la erosión o desgaste producido por nuestro tiempo. A una idea así me aferré, espiritualmente...."<sup>1</sup>

Ahora, más que nunca, sentía renovarse su vocación de humanidad. Revivificado el espíritu y la voluntad, todo su ser pugnaba por el acercamiento, por la comunicación con el pueblo interior, junto al cual, habría el mismo de revestirse del hombre nuevo del que habla San Pablo. Antes de lanzarse a su encuentro, antes de enfrentarse con los enemigos del esfuerzo creador, consideraba necesario un proceso de preparación, de purificación. Si anteriormente su camino había consistido en una intensa búsqueda, ahora tenía que consistir en una total renuncia, en un destierro voluntario que terminara de temprar su espíritu para la tarea. Reconocía necesario despojarse de ciertos lujos que aun se permitía y que constituían un estorbo para su misión.

Todavía curaba mi soledad--dice--en interminables conversaciones oscuras. Todavía me toleraba inhibiciones y tristizas--ese lujo--....Todavía pertenecía demasiado al país visible. Todavía criticaba seriamente, a la salida,...tal o cual espectáculo teatral. Todavía estaba con tanta ficción social. Todavía no era bastante salvaje, bastante desnudo por dentro, bastante auténtico y fidedigno. Todavía era locuaz y artificial.... Todavía, lo que es aún más grave, para las preguntas más profundas de mi fondo inalterable, de mi fondo puro, esto es, de mi fondo primariamente humano a la vez

---

<sup>1</sup>Ibid.

tierno y maligno, para las preguntas metafísicas: me proponía yo mismo las soluciones más al alcance de la mano, las panaceas más triviales.<sup>1</sup>

Sostenido por la convicción de que el camino de la verdadera creación es el camino del destierro, sabía que cuanto más grande fuera su separación de todo, "iba al fin a encontrarme más con todo."<sup>2</sup> La suya era, pues, una conquista por la renuncia, y consistía este destierro voluntario en descender a las mismas latitudes que el pueblo profundo, a esas latitudes desde las cuales algún día había de tomar forma una mística viril, un verdadero coraje y una auténtica fe creadora.

Una vez allí, y no obstante su severidad y completa soledad, se había sentido cómodo en su necesario destierro. Allí había comprobado "¡Cómo amamos, cómo sentimos, cómo pensamos, velamos y nos exaltamos en la soledad sin riberas del destierro! En ese destierro a la patria interior, donde todo lo tenemos que edificar, ámbito, mundo, aire, residencia, compañías, huéspedes, soledades."<sup>3</sup> En ese rincón de sí mismo, debía consagrar todo trabajo, toda espera, todo sacrificio, todo insomnio para que en el momento de volver al mundo, lo hiciera en un estado de humanidad más puro y llevando algo entre las manos. Este destierro no significaba

<sup>1</sup> Mallea, Historia de una pasión argentina, p. 195.

<sup>2</sup> Ibid., p. 197.

<sup>3</sup> Ibid., p. 198.



el mero hundimiento en sus funciones de escritor, sino que era un destierro más profundo, era el total sumergimiento en la humanidad de sí mismo.

Ya en su voluntaria soledad, se había puesto a trabajar en historias muy humanas, en historias de hombres y mujeres, con sus esfuerzos y sus derrotas, sus esperanzas y sus desengaños. Su vocación de escritor de humanidad le había revelado que de este género había de ser su trabajo, "de esta naturaleza mi testimonio, de esta especie la atmósfera creadora de mi destierro, mi modo de dar la verdad."<sup>1</sup> En ese trance, una y otra vez habría de destruir éstas y muchas otras páginas en las que había trabajado febrilmente noches enteras de insomnio. El tema humano era demasiado inconmensurable, demasiado inaccesible, y "toda mi ciencia era poca para escribir aquello; la prosa flaqueaba, lo que debía ser ceñido y exacto, se extendía, perdía fuerza; huía lo concreto y venían las sirenas de lo abstracto con su falso ritmo."<sup>2</sup> Debía, sin embargo, insistir, ya que era necesario llegar hasta los hombres, asistirlos en su renacer.

¡Pueblo--pensaba--quisiera ayudarte, quisiera ayudarte para que me ayudaras después; pueblo, quisiera ayudarte a parir la verdad de tu propia verdad, la verdad de lo que eres, de lo que llevas en tí y no de lo que muchos vociferan que llevas y no llevas...!<sup>3</sup>

---

<sup>1</sup> Ibid., p. 200.

<sup>2</sup> Ibid., p. 201.

<sup>3</sup> Ibid., p. 76.

Era cierto que el comienzo había sido descorazonador, pero ello lo atribuía a que, en estos tiempos, quizás no existiera actividad más desalentadora y dolorosa que la actividad creadora aplicada al arte. Su obra tenía que seguir adelante, y debía ser lo que es todo gran arte, es decir, "un objeto de unión, de convocación de la disparidad visible a la unidad, de ferviente, sólido, esencial llamado. Todo gran arte es una apelación y el de nuestro mundo lo será--creo--como ninguno por lo extremado y profundo de la dispersión que hay que llamar."<sup>1</sup>

Mallea distinguía claramente entre dos naturalezas de escritores. La del escritor-espectador, que comprende desde el autor de la Odisea hasta el clasicismo francés; y la del escritor-agonista, que comprende desde los primeros estoicos hasta Erasmo, Pascal y Gide.<sup>2</sup>

El escritor-espectador, señala Mallea, realiza su existencia en su obra; el escritor-agonista realiza su obra mediante el compromiso y el riesgo de su propia existencia. El primero, es el tipo del ensimismado; el segundo es el tipo del intelectual que participa trágicamente en el destino de su tiempo.<sup>3</sup>

Lo que el mundo de hoy reclamaba con urgencia era el segundo, ya que consideraba necesaria la participación del hombre en el conflicto humano y el nacimiento de la actividad

<sup>1</sup>Mallea, El sayal y la púrpura, p. 64.

<sup>2</sup>Ibid., p. 22.

<sup>3</sup>Ibid.

creadora a la luz de dicho conflicto.

Atento a esta necesidad y a su vocación natural, su obra literaria forzosamente tenía que realizarse bajo la triple acepción de ejercicio de sí mismo, de llamamiento y excitación de conciencias y de prédica. Y es por ello, que en Mallea domina la tesis sobre la forma y sobre la acción. Con sus obras, Mallea necesitaba hacer un llamado al espíritu, a la pasión y a la voluntad. Ellas eran el vehículo de comunicación más efectivo que tenía entre las manos. Con ellas, habría de hacer su llamado, transmitir su mensaje, decir "lo que el lenguaje de los hombres dice escasamente o no dice nunca,"<sup>1</sup> ya que ésa es la razón de ser de todo escritor. Mallea sostiene que si se creyera que la palabra articulada es bastante, ningún escritor intentaría escribir. "Pero--continúa--es ese inmenso, latente, tembloroso, terrífico vacío lo que cada escritor quiere llenar...otra vez... con palabras."<sup>2</sup>

Por lo tanto, su responsabilidad como escritor de humanidad, claramente debía transcender los dominios de lo estético hasta prolongarse en el sentido no sólo de constituir un llamado al espíritu sino de "aclarar en el hombre los datos de acuerdo con los cuales podrá rectificar la descomposición que lo circunda y en la que está

<sup>1</sup>Mallea, "Testimonio de un escritor," en Poderío de la novela, p. 32.

<sup>2</sup>Mallea, El sayal y la púrpura, p. 24.

incrustado."<sup>1</sup> En este sentido, sus novelas tienden a

...expresar los aspectos tremendamente dramáticos de la vida que no vivimos porque otra parte de la vida (o de nuestra vida) nos lo impide, dividiéndonos injusta y cruelmente de los otros seres y dividiéndonos de nosotros mismos, cuya tristiza fundamental consiste en vivir en esta vida sólo una parte de nuestra vida y en dejar inexpressada (en dejar muerta) otra parte, u otras partes, de ella. Me parecía que había que expresar esta frustración demasiado constante de nuestro ser completo, de nuestro ser vital pero también esencial. El verbo mismo que de a diario utilizamos me parecía una mera aproximación, una traición que nos deja mudos allí donde más hablamos, que nos deja cansados y derrotados de no haber dicho, de lo que vivimos, nada, o apenas una porción fútil y fallida. Me parecía necesario entender y significar esa falta original de entendimiento y significación que llevamos escondida en el fondo de nosotros mismos, que nos acosa, que no nos perdona, que nos hace cometer incluso terribles actos culpables debido a la desesperación de no saber hacernos entender como irremediable y recónditamente somos. 31; lo que me parecía necesario, imprescindible, era iluminar eso, narrarlo y subrayarlo, con la ayuda de caracteres dramáticos y significativos.<sup>2</sup>

Astur Morsella, el joven crítico argentino, sostiene, y con mucho acierto, que "todo en los libros de Mallea es Mallea."<sup>3</sup> Agrega además, que "como lo sabe quien ha leído a Mallea,...casi todos sus libros--particularmente La bahía de silencio, el Nocturno europeo, la Historia de una pasión argentina, Rodeada está de sueño y El retorno--son autobiográficos."<sup>4</sup> Siete años más tarde, en 1963, y en una

<sup>1</sup> Ibid.

<sup>2</sup> Mallea, "Testimonio de un escritor," en Poderío de la novela, pp. 30-31. El subrayado es mío.

<sup>3</sup> Astur Morsella, Eduardo Mallea (Buenos Aires: Editorial Mac-co, 1957), p. 39.

<sup>4</sup> Ibid., p. 9.

conferencia ofrecida en el Wellesley College de Massachusetts, el propio Mallea había de confesar la íntima relación existente entre él y los personajes de sus obras. Ya de niño, había querido ser algo más que el lector pasivo de las historias que leía. Ansiaba ser actor, participar activamente en el drama, ser su protagonista principal. Y este deseo, dice,

...daría más tarde a mi propia obra una mezcla de ambición y de nostalgia, de gozo y de sufrimiento, en que la polarización de esos estados íntimos obraría como un elemento vital, como una especie de tercer personaje que entre el libro y el lector apareciera confidencial, diciendo "yo también, aún sin virvirla, vivo la historia que cuento, la idea que expongo, el relato que hago de una naturaleza admirada."<sup>1</sup>

La suya es, entonces, la doble función de creador-actor, ya que insiste en penetrar en sus obras a exponer su proceso personal, a gritar y a sufrir con sus personajes su propia angustia, sus conflictos, sus derrotas y sus esperanzas. Y es en este tipo de participación creadora que Mallea necesita ver realizada su vocación de escritor de humanidad.

Se ha observado también, y muy a menudo criticado, la obvia tendencia de Mallea a exponer, especialmente en sus primeras novelas, sus reflexiones personales, haciendo de sus obras "tanto o más de ensayismo filosófico que de ficción novelesca,"<sup>2</sup> y creando personajes que no parecen reales sino arbitrarios. Esta táctica, ya practicada en

<sup>1</sup>Mallea, "Testimonio de un escritor," en Poderío de la novela, pp. 30-31. El subrayado es mío.

<sup>2</sup>Alberto Zum Felde, Literatura hispanoamericana - Volumen II: La narrativa (México: Editorial Guaranía, 1959), p. 436.

algunos sectores de la literatura europea--en especial por Huxley--es particularmente representativa del estado de conciencia de la época. Aunque Mallea no ignora la crítica al respecto, su práctica ha sido siempre la de encaminar sus obras en estos dos sentidos.

Muchos censuraron aquella tentativa sosteniendo que, más que de novelas, se trataba de ensayos, o de una mezola, de una simbiosis, de ensayo y novela. Mi convicción siguió siendo la de aferrarme, no a una teoría de cómo debía escribir, sino a escribir como sentía que debía hacerlo. Y yo sentía cada vez más que el mundo era incompleto con el mero retrato literario de unos hombres incompletos. Que el mundo completo era, tenía que ser, para ser verdadero, el de unos hombres en quienes las propensiones o conflictos o calidades interiores forman o formarán el todo necesario con la partícula--sólo partícula--de los actos. Y el pensamiento lógico, o el oscuro pensamiento recóndito, ¿no son acción también?<sup>1</sup>

En este sentido, Mallea encamina sus obras por el camino de la interioridad y el conocimiento.<sup>2</sup> No basta con

<sup>1</sup>Mallea, "Testimonio de un escritor," en Poderío de la novela, p. 26.

<sup>2</sup>Mallea, "Testimonio de un escritor," en Poderío de la novela, pp. 25-26. A propósito de esta dualidad, Mallea observa que "esto de que la novela no pueda ser pensada al tiempo de narrada, narrada mientras se la va pensando, es una de las premisas que menos entiendo, porque precisamente lo que entiendo es que a lo que la novela cae es a una suerte del conocimiento, y tan novela filosófica es la de Voltaire como las novelas ejemplares de Cervantes o la novela de Samuel Butler o Meredith o Swift. La novela que el pensamiento va narrando, que se va definiendo mediante reducciones lógicas de fondo, es la novela de la madurez de la novela.

.....  
No hay, pues, mayor falacia que el celo académico por esa pseudo pureza estrictamente narrativa o enumerativa del género, si nos sujetáramos a la cual estaríamos en peligro de decretar la pobreza sistemática de la novela, cuyo destino no puede ser otro que el de multiplicar los valores del espíritu creador en su doble faz referente al hecho que se

la interpretación del lector. A este fin,

...el antiguo canon tomista de narrar definiendo me parecía uno de los instrumentos justos del novelista, con tal de que la definición, el conocimiento mismo, participaran de una especie de absoluta naturalidad nociónal, que formara naturalmente parte de los actos, tendencias o sentimientos narrados. De ese modo fueron pensados mis libros La bahía de silencio, Los enemigos del alma, Chaves y Simbad.<sup>1</sup>

Es necesario, por lo tanto, que aunque el pensamiento de la obra sea tan activo como la acción, el conocimiento aparezca sólo como auxiliar, es decir, que se presente como iluminación implícita--y no solamente interpretativa--de las acciones instintivas de los personajes. "He dado de ese modo, explica Mallea, muchas novelas en las que están contadas muy diferentes historias, pero a las que sin duda unifica algo así como el estarse pensando mientras están viviendo."<sup>2</sup>

Para que los resortes de la interioridad y el conocimiento brinden una imagen fidedigna del hombre, y para que la concepción del mundo, del hombre y de la existencia que

---

cuenta y a la constante reducción crítica del hecho que se cuenta. En ese sentido, lo justo es apreciar una novela como se aprecia el más alto grado de lucidez expresiva de un carácter humano: tanto más poderoso es su volumen íntimo cuanto más eminentemente define--o sea la hace pensamiento--su acción, la cual más vulgar es cuanto más puro hecho. (Ibid., pp. 125-126.)

<sup>1</sup>Ibid., p. 30. Esta técnica de dejar que la definición forme parte natural de los actos no ha tenido muy buenos resultados en La bahía de silencio, donde en un gran número de pasajes, el conocimiento o la definición son introducidos casi forzosamente y prolongados en primera plana por tiempo indefinido.

<sup>2</sup>Ibid., p. 33.

presenta el pensamiento creador tengan vida,

...es necesario que, a su vez y a la inversa, hayan nacido del mundo mismo, de la vida, de la experiencia y del sufrimiento absorbido y asimilado en términos de meditación por la conciencia más capaz de lucidez, lucha, fervor y rebelión. Pues hay un deseo que ha de tener un novelista antes que todo deseo: el deseo íntimo y turbulento de verdad. Sin este deseo vasto y terrible, alentador y solitario, ninguna idea tendrá la fuerza suficiente para mantenerse viva, para mantenerse de pie.<sup>1</sup>

Pero lo que verdaderamente distingue a la obra de Mallea entre la de sus contemporáneos es su fe en el hombre. Mientras hombres del calibre de Unamuno, Sartre, Camus-- entre los argentinos--, han todos elocuentemente expresado la tragedia del hombre moderno, es decir, han practicado la novela del conocimiento, ninguno de ellos ha expresado un sentimiento de esperanza en el destino del hombre. Y no se trata aquí de un destino sobrenatural, sino de un destino temporal.

El humanismo de Mallea es de otra índole. Es un humanismo revestido de un profundo sentido de caridad, de solidaridad hacia los hombres, basado en una fuerte convicción de la dignidad humana. Es precisamente por esto que necesita revestir sus obras de una aureola de esperanza, necesita hacer que el hombre aprenda de nuevo a creer, ya que sostiene que la medida de la voluntad humana es la medida de su creencia. Por ello, considera que no existe

---

<sup>1</sup>Malles, "Poderío de la novela," en Poderío de la novela, p. 133.



en el mundo necesidad más grande que la de "ensañar a creer."<sup>1</sup> La suya es, en cierta manera, una extraña pedagogía, ya que la creencia no es una didáctica, es un sentimiento natural. Este detalle no parece preocupar a Mallea, quien se impone también la misión de la enseñanza de la fe, aún cuando no puede él mismo ofrecer, en ninguna de sus obras, ninguna solución tangible que la justifique, fuera de la vaga insinuación de que una creencia en algo por parte del protagonista, habría tal vez vislumbrado, si no una solución, por lo menos una diferente y más digna actitud.

Para restituir al hombre el sentido de la creencia, es necesario comenzar a creer en el hombre mismo, ya que sin ella no hay creencia posible ni siquiera en Dios. La idea de un hombre definitivamente vencido en relación a la idea de un alma capaz de elevación y de inmortalidad solo podría producir, en estas circunstancias, una total incredulidad. No se puede, sin embargo, partir de la base de una creencia en el hombre como perfección primera. La solución consiste, más bien, en creer en el hombre como

...conciente-responsable de cuanto lo degradó. Como lucidez mordiente y crítica. Como observación cruel de sí y asunción sincera y masiva de sus fabulosas culpas. O sea, como comprensión a ojos abiertos de su legajo de victimario. Como matador culpable del hombre en sí a través de la penosa historia de la historia.<sup>2</sup>

---

<sup>1</sup> Eduardo Mallea, Las travesías: I (Buenos Aires: Editorial Sudamericana, 1961), p. 121.

<sup>2</sup> Mallea, La guerra interior, pp. 61-62.

En lo que se necesita creer es, entonces, en el hombre "convicto y confeso de su papel autodenigrativo, autodestructivo, puesto ante la necesidad de asumirse dramáticamente como voluntad...."<sup>1</sup>

Mallea desea, por lo tanto, basar la fe en el hombre en una esperanza inspirada por un sentimiento de amor hacia el ser que, vencido y sufriente, reconoce sus culpas, y reconociendo así mismo que su lucha en el mundo siempre será desigual, sabe hacer de su vida, por la calidad de su lucha y de su derrota digna y honorable, una victoria emocionante. Para ello, y ya que no existe otra posibilidad de confortación--con la excepción de la fe religiosa en la que hallan consuelo algunos pocos--es necesario incitar en él por lo menos una creencia en su destino temporal. Se trata, entonces, no ya de un vivir para algo, sino por algo, ya que es necesario que los hombres tengan conciencia de una creencia y puedan decirse "Por ésto vivimos, por ésto padecemos, por ésto morimos."<sup>2</sup>

La fe en el destino temporal del hombre constituye, por eso mismo, una necesidad indispensable al espíritu humano, constituyéndose en "la necesidad por excelencia."<sup>3</sup> Refiriéndose a la crisis universal y en particular a la

<sup>1</sup>Ibid., p. 62.

<sup>2</sup>Mallea, Historia de una pasión argentina, p. 23.

<sup>3</sup>Mallea, "Poderío de la novela," en Poderío de la novela, p. 84.

decadencia política experimentada en la Argentina desde la revolución ~~militar~~ de 1930, Mallea subraya la importancia de un sentido de la fe en el pueblo argentino.

Desde hace treinta y cinco años llevamos corrida la peor suerte. ¿En qué creer, pues, sino en la perduración proyectada hacia el futuro de nuestra creencia misma? Si no, ¿qué nos salvará? ¿Qué podrá salvarnos? La creencia insultada acaba por hallar al fin el acreedor legítimo de su esperanza.<sup>1</sup>

La creencia, entonces, es lo único que puede sostener al hombre en su lucha desigual. Y es porque "lo único de lo que uno es entrañablemente dueño, lo único que es entrañablemente de uno, es el decidir sobre el creer, el decidir sobre lo que querer"<sup>2</sup> y poder aferrarse a ello.

Mallea no procura en ninguna de sus obras una definición de lo que significa creer. Insiste, sí, en que lo importante no es el objeto de la creencia, sino la posición a que se la eleva, puesto que ella constituye una delegación de poder en algo fuera del hombre. Indica, sin embargo, la importancia transcendente que reviste para él la creencia en el hombre: "Yo no tengo más palabra que aquella que lo en que creo, que aquella que lo que quiero. Y lo que creo es...en ese país profundo, en ese país sufrido."<sup>3</sup> Y cree en el país porque cree en el hombre, y en el hombre porque cree en el honor humano. "Y creo en el honor

<sup>1</sup>Ibid., p. 85.

<sup>2</sup>Ibid., p. 82.

<sup>3</sup>Ibid., p. 86.

humano---concluye significativamente--porque si no creyera no estaría ya en esta vida."<sup>1</sup>

Intrínsecamente ligada a su posición de creyente en la humanidad está, por lo tanto, su actitud profética ante el país. Mientras que, en general, la actitud existencialista es de preocupación con el momento presente, Mallea prefiere adelantarse sin temor a su tiempo, ya que los visionarios "son poderosos por la verdad corpulenta y testimonial de su visión...."<sup>2</sup> Su misión profética, conciste en "descubrir lo secreto e ignorado y manifestar lo futuro u oculto."<sup>3</sup> Para ello, Mallea tiene que partir de la premisa de que

...el mundo que habitamos es una parte mínima explicada de un infinito continente inexplicado. Lo que vemos, lo que hacemos, lo que sentimos, lo que tomamos, el mundo de los hechos y el mundo de los sentidos es sólo la figura de una entraña y clamante ausencia.<sup>4</sup>

Y es precisamente en contra de esta situación que Mallea se alza en armas. Quiere un mundo mejor, y por ello su misión se le manifiesta como una necesidad de descifrar los "por qué" del mundo actual, en luchar por hacer más accesibles los misterios de la existencia humana y del destino individual del hombre. En cuanto a sí mismo, su

<sup>1</sup>Ibid., p. 81. El subrayado es mío.

<sup>2</sup>Mallea, "Palabras sobre un arte (a un novelista que comienza)," en Poderío de la novela, p. 101.

<sup>3</sup>Mallea, "El escritor ante el mundo nuevo," en Poderío de la novela, p. 166.

<sup>4</sup>Ibid., p. 167.

lucha recién comienza, ya que la voluntad de participación creadora con la que identifica su vocación, debe ahora iniciar el doloroso y largo proceso de volverse acción creadora en sus obras, destinadas a constituir un llamado y movilización de conciencias.

## CAPITULO III

### LOS AGONISTAS

En un mundo de luchas y conflictos, el equilibrio y seguridad se sí característicos del hombre del siglo XIX han, forzosamente, dado lugar a una terrible confusión y un sentido angustioso de gratuidad. El nuevo hombre se manifiesta oprimido y torturado por fuerzas irracionales sobre las que no es capaz de ejercer control. Se siente prisionero en un mundo hostil, en el cual se encuentra abandonado sin valores espirituales y sin fé, y condenado a una existencia sin sentido, sin orden y sin meta alguna que le sirva de apoyo. Su agonía se intensifica día a día al comprobar que no obstante la insistencia de sus posibilidades racionales, sus indagaciones caen en el vacío.

Pero no es sólo un universo hostil el que la acecha en sus diversas formas exteriores. Es la vida misma la que lo persigue insaciable, burlándose de todos sus esfuerzos, gozándose de sus derrotas y privándole de toda posibilidad de consuelo humano. Es la vida la que alza entre él y los demás hombres una barrera infranqueable que lo obliga a una existencia solitaria y hambrienta de calor humano; es

la vida la que le inocular esa ansia desesperada de no morir y al mismo tiempo le hace gustar a cada momento, y de mil maneras, un anticipo de la muerte; es la vida la que le hace aparecer como el ser más perfecto de la creación, para luego recordarle que hasta las piedras del camino y los médanos del desierto son más inmutables ante la labor constante del tiempo; y es también la vida la que le hace traición socavando sus esfuerzos más desesperados de plenitud al proporcionarle una naturaleza débil y propensa a una existencia fácil y pasiva.

La existencia del hombre contemporáneo es el intenso drama personal de hombres zarandeados y burlados por el destino, "vividos" por la vida y encadenados a un mundo absurdo dentro del cual se muevan como infelices microorganismos a la espera angustiosa de su única certidumbre, la de la muerte. El hombre contemporáneo no vive; su existencia no es otra cosa que el "lapso de agonía entre las dos nada del nacer y el morir."<sup>1</sup> La vida, entonces, no es otra cosa que un "empleo del hombre en la tragedia; un empleo del hombre en cierta guerra que da respiro, pero no tregua larga...",<sup>2</sup> una contienda desigual cuya única posibilidad de terminación es la muerte.

<sup>1</sup> Eduardo Mallea, Todo verdor perecerá (Buenos Aires: Espasa-Calpe Argentina, 2a. edición, 1951), p. 139.

<sup>2</sup> Mallea, Historia de una pasión argentina, p. 71.

El protagonista de este intenso drama es el hombre unamuniano, ese ser "de carne y hueso, el que nace, sufre y muere--sobre todo muere--el que come y bebe y juega y duerme y piensa y quiere...."<sup>1</sup> Es decir, que ya no se trata del hombre capaz de "pensar" la vida, de racionalizarla hasta el último detalle; se trata ahora de un ser capaz de "vivir" su existencia, de comprometerse totalmente, y día a día, en las experiencias vitales que se le presentan, y por un acto de libre voluntad, escoger el camino a seguir.

Mallea no concibe la verdadera existencia, es decir la existencia que sobrepasa los límites meramente vegetativos, sin el conflicto, el drama personal, ya que todo lo que no contiene drama es artificial.<sup>2</sup> El mundo que rodea al hombre es un mundo "parado sobre sus pies,"<sup>3</sup> y en el reconocerlo como tal reside el comienzo de una auténtica preparación para la contienda inevitable. Sin embargo, observa:

...parece obvio decir que la vida no es más que esa estación donde la gente hace lo posible por no darse cuenta que está sola esperando el tren y cuando el tren llegue tendrá que abandonar todo lo que ha

---

<sup>1</sup>Miguel de Unamuno, Del sentimiento trágico de la vida (Buenos Aires: Editorial Losada, 1964), p. 7.

<sup>2</sup>Eduardo Mallea, Notas de un novelista (Buenos Aires: Emecé, 1954), p. 127.

<sup>3</sup>Ibid.



hecho, al principio, al medio, o al final.<sup>1</sup>

Pero la vida contemporánea es la vida como cuestión, como profundo conflicto, y mientras que el hombre consigue evadirse, no puede existir posibilidad de solución al dilema humano. Es necesario, por ello, la confrontación directa con la vida, con esa realidad absurda que rodea al hombre; es necesario que éste se encuentre en "esa intemperie bíblica, en lo monstruosamente exterior"<sup>2</sup> que caracteriza al mundo de hoy día.

No obstante los esfuerzos del hombre por evadirlas, las redes de la vida generalmente se cierran a su alrededor en una u otra forma y en uno u otro momento, obligándolo a confrontar cara a cara la tremenda y absurda realidad. Esas redes inexorables, que asumen la forma de

...ciertos padecimientos profundos, ciertos tormentos de sensibilidad, ciertos apetitos extremos vinculados en nosotros a la vez con el orden terrestre y con el metafísico nos llevan a enfrentarnos de tal modo con nosotros mismos que los componentes reales de nuestra condición de hombres aparecen en nosotros, enteros, íntegros....<sup>3</sup>

A Mallea, quien revela su propio proceso de confrontación con la realidad en la Historia de una pasión argentina,<sup>4</sup> le preocupa transmitir el sentido y la experiencia

<sup>1</sup>Mallea, La guerra interior, p. 71.      <sup>2</sup>Ibid.

<sup>3</sup>Mallea, Meditación en la costa, p. 576.

<sup>4</sup>Para una discusión detallada de este proceso, véase el capítulo II de El llamado a la conciencia.

del absurdo en sus personajes novelísticos evitando, en lo posible, las largas racionalizaciones. Prefiere simplemente presentar las circunstancias del caso en tal forma, que la explicación del problema es obvio al lector, interviniendo solamente para apuntar algunos detalles o para subrayar algunos aspectos. En otros casos, prefiere dejar la narrativa en manos del personaje en cuestión.

La realidad del absurdo se hace evidente ante el hombre en varias formas. A veces se lleva a cabo en forma de una experiencia más o menos espontánea que no requiere ninguna conciencia previa o participación del sujeto cognoscente. Este es el caso de los sorprendentes golpes trágicos, tales como la muerte de un ser querido, que constituyen acontecimientos que sacuden al hombre desde el fondo de su ser y le obligan a aceptar la realidad del hecho más cruel y absurdo de la existencia humana. Chaves no tiene otra alternativa que aceptar la verdad que le revela la muerte de su mujer Pura, a la cual ha tratado desesperada y vanamente de salvar. Fernando Fé, el protagonista de Simbad, no tiene realmente conciencia del mundo hasta que recibe el golpe de la muerte de su madre. Ambos, son totalmente sacudidos de su letargo al hacerse conscientes de su absoluta impotencia ante los designios de la vida.

El conocimiento del absurdo se realiza también en formas menos violentas y por medio de procesos más graduales.

Dichos procesos, generalmente originados en el interior del individuo con participación consciente o inconsciente del mismo tienen, sin embargo, la misma consecuencia brutal en la vida del sujeto. Entre estos procesos cognoscitivos, Mallea más a menudo considera los siguientes:

1) la confrontación del hombre con una naturaleza y un cosmos humanizado y hostil cuya fuerza e inmutabilidad hacen burla de la fragilidad humana;

2) la confrontación con una metrópolis hermética e indiferente;

3) la ruptura, por uno u otro motivo, del proceso de rutina diario en la vida de ciertos individuos;

4) la imposibilidad de salvar el inmenso abismo abierto entre los hombres y establecer una comunión humana satisfactoria, y la certeza de una irremediable soledad;<sup>1</sup>

5) la sensación de completa esterilidad espiritual y física;

6) un sentido de alienación de sí mismo;

7) un sentido de contingencia humana basado en la futilidad de todo esfuerzo, en la contemplación del rápido paso del tiempo y en la inminencia de la muerte.

El sentido del absurdo se hace presente, entonces, como el choque violento entre el deseo humano de orden, de coherencia, de clarificación de ciertos enigmas vitales, y

---

<sup>1</sup> Este punto está estudiado en forma independiente en el capítulo IV: Las islas humanas.

la irracionalidad, la hostilidad del mundo. Es decir, que el hombre se encuentra permanentemente en una posición de incompatibilidad con la vida, sin que ninguno de sus esfuerzos por hacer accesible el problema tenga éxito. Mallea de ninguna manera implica, sin embargo, que el sentido del absurdo resida implícitamente en el mundo exterior o en el hombre mismo. En realidad, su posición en este sentido es exactamente igual a la de Camus, quien sostiene que

L'absurde est essentiellement un divorce. Il n'est ni dans l'un ni dans l'autre des éléments comparés. Il naît de leur confrontation.

En l'espèce et sur le plan de l'intelligence, je puis donc dire que L'Absurde n'est pas dans l'homme..., ni dans le monde, mais dans leur présence commune.<sup>1</sup>

Desde el primer instante en que el hombre pone en duda el sentido de su existencia hasta el momento de su muerte, se encuentra inexorablemente consciente del sentido del absurdo. Dicha situación, naturalmente, trae como consecuencia una serie de sensaciones dolorosas de diversa índole que acompañan constantemente al individuo, sea cual fuere la actitud que este adopte al respecto. Es así como la angustia, la ansiedad, la desesperación y el terror se convierten en parte integral de la existencia humana.

---

<sup>1</sup>Albert Camus, Le Mythe de Sisyphe (Paris: Gallimard, 1942), p. 48.

La comprobación de su estado de contingencia y finitud, de su destino sin puerto, de su orfandad y abandono, y de su irremediable aislamiento, lo convierten en su ser digno de conmiseración. Y este ser vulnerable, vencido en primera instancia o rebelde y en lucha tenaz por una existencia auténtica, constituye el agonista. Físicamente, no pasa desapercibido, ya que la lucha, el conflicto interior, la desgarrante angustia que lleva en lo íntimo de su ser se le acusan en las facciones. Son estos, seres inquietos, huraños, preocupados, ásperos, sombríos, melancólicos, reservados.

Los ojos de Agata Cruz son "áridos," "recelosos"; los de su esposo, Nicanor, "el gran sombrío," son los "ojos ariscos del que no duerme,...ojos de impaciencia y alarma."<sup>1</sup> La risa de Nicanor, que es su modo de llorar, es como él, "estéril, rígida,...ajena a una criatura de Dios."<sup>2</sup> Carlota Beals, es la de frente "enigmáticamente pálida" y "dureza fría"; Serena Barcos, es la "mujer áspera," de "ojos celosos" y "rostro huraño"; Jacobo Uber es el "ausente," el "raro," el "cavilador"; Bertha Mur, es la "extática," la "distraída," la "distante"; Gloria Bambil, es la de la "fisonomía que parecía creada por soles sombríos,"<sup>3</sup>

---

<sup>1</sup>Mallea, Todo verdor perecerá, p. 13.

<sup>2</sup>Ibid., p. 11.

<sup>3</sup>Eduardo Mallea, La bahía de silencio (Buenos Aires: Editorial Sudamericana, 1960), p. 339.

la mujer cuya mirada "parecía venir desde el fondo glacial de su desesperanza."<sup>1</sup> Y estos, y muchos más son los agonistas malleanos que se debaten angustiosamente entre las garras de una vida que no perdona a sus víctimas, y que una vez manifestada en sus formas más brutales, los acompaña ya indefectiblemente hasta el fin de sus días.

Es por ello que para Mallea la novela no constituye simplemente un sistema de personajes. Es, ante todo, un "sistema de agonistas"<sup>2</sup> a quienes se hace imprescindible presentar en su calidad de tales, es decir, en un estado de angustioso conflicto interno, de cuestión, de "por qué."<sup>3</sup> A algunos de ellos los muestra en el momento de su conocimiento de la absurdidad de la vida, como sucede con Marta Rague; a otros, como Jacobo Uber, los sigue hasta el momento en que, vencidos por esta realidad y sin ánimo para luchar, toman el camino de la evasión, del suicidio. Hay otros, como los siete protagonistas de La sala de espera, a quienes sorprende en un intervalo de su vida, en el momento en que tomada su decisión de luchar por una existencia más auténtica, se aprestan a tomar ese simbólico tren que los lleve al escenario de su lucha. A Fernando Fé, lo acompaña, a través de las 746 páginas del Simbad, por el arduo camino

<sup>1</sup> Ibid., p. 347.

<sup>2</sup> Mallea, Las Travesías, II, p. 118.

<sup>3</sup> Mallea, "Prefacio" en Poderío de la novela, p. 8.

de la actividad creadora, y a Chaves, personaje privilegiado, lo presenta en el viacrucis de su vida, desde el momento anterior a su estado de conciencia hasta su lucha por conservar la autenticidad al cual lo ha conducido su denodada lucha contra la vida. Y sea en la situación que fuere, todos ellos viven una lenta agonía y Mallea se encuentra allí con ellos, sufriendo en su solidaridad, y firme en su declaración de que "los personajes se me presentaron como formas de mi propia aspiración."<sup>1</sup>

La actitud básica de Mallea acerca de la existencia individual es una proyección del pensamiento pascaliano de la desproporción del hombre ante la naturaleza y el cosmos. "La historia de América, dice, es la historia del hombre ante la rebeldía del espacio."<sup>2</sup> Ya desde niño había vislumbrado la magnitud y la hostilidad envolvente de las grandes extenciones de las llanuras del sur. Allí, en pleno desierto, donde no se podía vivir sino por un gran espíritu de sacrificio, había comprendido que "toda cosa viva pertenecía, en aquellas latitudes, al páramo, al viento, a la arena."<sup>3</sup> De noche, cuando con la cara pegada a los cristales de la ventana contemplaba la noche exterior, todo le parecía poblado de monstruos imaginarios,

---

<sup>1</sup>Mallea, "Testimonio de un escritor" en Poderío de la novela, p. 32.

<sup>2</sup>Mallea, Historia de una pasión argentina, p. 94.

<sup>3</sup>Ibid., p. 26.

y cuando alguien reía en la casa, "parecía responder desde afuera un eco cínico."<sup>1</sup>

En esas inmensidades, "los destinos humanos casi no turbaban, con sus conversaciones y sobresaltos, el diálogo terrestre con las nubes, la suerte del trigo invisible que crece del grano muerto y recomienza."<sup>2</sup> Así había transcurrido su infancia, en una actitud conmovida ante el silencio y la soledad del llano, del inmenso desierto humanizado, ante quien "toda acción parece vana."<sup>3</sup> Las horas nocturnas eran las que en especial motivaban su miedo, ya que la tierra "que por la mañana estaba tendida,... de noche nos acosa, nos cerca, nos amenaza."<sup>4</sup>

La confrontación con la ciudad había hecho más consciente su sentido de desproporción ante el mundo.

Plantado en el area interminable de un poblado desierto, en la metrópoli, en las calles de betún negro, rectas, iguales, interminables--en la etapa de piedra, y hambriento de certidumbres como un joven lobo perdido a la pesca de presa imposible en pleno poblado, fue el sentido de la desproporción del hombre lo que más me ató al diálogo de Pascal; fue aquel incesante sentirse junto al abismo sobre el que insistía León Chestov con tanta desolada intensidad en su bella "Noche de Getsemaní." Más tarde he querido llevar a la novela este terror incomparable para el cual no existe ninguna luz salvadora fuera de la que encendemos en nuestra propia aflicción de hombres errantes....El

<sup>1</sup> Ibid.

<sup>2</sup> Ibid., p. 29.

<sup>3</sup> Ibid., p. 30.

<sup>4</sup> Ibid., p. 87.



terror al abismo. La desproporción del hombre.<sup>1</sup>

Se había ensañado entonces con ese pensamiento, ya que no le bastaba simplemente experimentarlo. Cual un nuevo Pascal, tenía la necesidad absoluta de descifrarlo, de analizarlo, para así comprender hasta que punto estaba su existencia ligada a él, hasta que punto tenía que ver él con ese mundo y ese mundo con él,

¿Porque, en fin, qué es el hombre en la naturaleza? Una nada en relación con lo infinito, un todo en relación con la nada, un medio entre nada y todo. Y luego: Nuestra inteligencia tiene en el orden de las cosas inteligibles el mismo rango que nuestro cuerpo en la extensión de la naturaleza.<sup>2</sup>

Los inmensos espacios parecían recordarle, día a día su tremenda insignificancia en el orden del mundo,

He ahí el agua libre, la noche libre, el espacio libre, los astros libres--el universo. Nada concitado, nada constreñido, todo exacto, todo verdadero, todo aplicado--astro o viento o árbol--al cumplimiento de su función, todo sujeto al austero gozo del orden fundamental, cada uno para el todo y el todo para cada uno. Yo era el imperfecto.<sup>3</sup>

La atmósfera nocturna le hacía experimentar, en pleno, toda la "hostilidad cruel de la ciudad recogida en su deliberado e indestructible mutismo."<sup>4</sup> En esos momentos, más que nunca, sentía al tiempo deslizarse imperturbable, desde una eternidad hasta otra eternidad, sin inmutarse

<sup>1</sup>Ibid., pp. 60-61. Los subrayados son míos.

<sup>2</sup>Ibid., p. 61.

<sup>3</sup>Ibid., p. 108. El subrayado es mío.

<sup>4</sup>Ibid., p. 96.

ante sus esfuerzos para detener o retardar su paso. Entonces, "isla de pie, vivo, rodeado de la noche, aquel enorme espacio me estremecía."<sup>1</sup> Y era que sentía a todo aquel espacio tenebroso, a aquella naturaleza, en la plenitud de su forma viviente, pues era "toda como una mano, alternativamente propensa a la caricia o al destrozo, a la quietud como a la furia: pronta."<sup>2</sup>

Entre los agonistas malleanos, un gran número de ellos experimenta, en una forma u otra, el angustioso sentido de la desproporción humana ante el universo. El desconocido de Rodeada está de sueño, en un refugio de descanso lejos de la ciudad, se siente cohibido ante la inmensidad del campo, donde "el silencio y la soledad son tan densos que tienen el cuerpo de presencias humanas, instaladas, eternas."<sup>3</sup> Pero más desesperante aún es la noche en esas "tierras de Dios,"<sup>4</sup> esa noche del desierto,

...en la que uno no sabe si llegará a alguna parte o estallará de desesperanza y locura bajo el cielo desconocido....Noche de lagunas inertes y cielo descomunal, y tierra fría. Noches de otoño duro en el campo argentino, que enfrenta al hombre consigo mismo y lo aterra o lo comunica y expande, según sea

<sup>1</sup>Ibid., p. 155.

<sup>2</sup>Ibid., p. 96.

<sup>3</sup>Eduardo Mallea, Rodeada está de sueño (Memorias poemáticas de un desconocido.) Libro Primero: El alejamiento (Buenos Aires: Espasa-Calpe Argentina, 1946), p. 39.

<sup>4</sup>Ibid., p. 40.

el coraje del corazón circuído.<sup>1</sup>

Otro de sus desconocidos, el protagonista de Meditación en la costa experimenta una sensación semejante. De noche, y de pie a la orilla del mar, no es más que un punto, "una ligera interrupción humana"<sup>2</sup> de la inmensa costa, mientras que el océano que choca furiosamente contra las rocas es "el símbolo de esa eterna violencia que barre con los alardes de la especie humana."<sup>3</sup> Entonces piensa que lo grande del hombre es precisamente el "enfrentar sin apoyo la hermética violencia planetaria."<sup>4</sup> Y ante este espectáculo tremendo, acosa desesperadamente a su razón sin hallar la respuesta que espera, puesto que "¿Qué puedo responder con mis propias respuestas a estas desveladas, a estas agrias interrogaciones?"<sup>5</sup> Y el gesto de llamada de las lejanas luces de un cabo, también se pierde en la noche, y esa noche, esa soledad son como "la imagen del último desampare eterno,"<sup>6</sup> porque lo único que allí se puede sentir, es "lo inapelable de los elementos."<sup>7</sup>

<sup>1</sup>Ibid.

<sup>2</sup>Mallea, Meditación en la costa, en Obras Completas, p. 533.

<sup>3</sup>Ibid., p. 533.

<sup>4</sup>Ibid., p. 534.

<sup>5</sup>Ibid.

<sup>6</sup>Ibid., p. 535.

<sup>7</sup>Ibid.

Tal vez uno de los agonistas más dignos de compasión es Ana Borel, cuya precaria situación espiritual pasa desapercibida por los dos seres más cercanos a ella, su padre y su marido. La angustia es precisamente la historia de ese desgarramiento interior que comienza con una niñez de orfandad y del que ella misma no se percibe hasta último momento. Criada por un padre áspero y silencioso, y en una vecindad sin niños, había pasado su niñez consumida de tristeza, sin más compañía que la de una criada negra. A las ocho de la noche llegaba su padre, a veces con un libro, otras veces con un dulce, "pero sin palabras."<sup>1</sup> Creció así Ana sin amigas, "sombria y sola,"<sup>2</sup> y cuando a los dieciocho años comenzó a trabajar, en su interior de adolescente ya "algunos resortes...estaban rotos. ..."<sup>3</sup>

Cumplía su trabajo diario como un ritmo, sin "amigas, ni culto, ni ambición, ni esperanza, ni envidia....Pero estaba hecho para la fé, para la esperanza."<sup>4</sup> Había llegado a comprender, ya desde muy niña, que la realización total del ser humano depende de su grado de donación hacia otro ser, y que

---

<sup>1</sup>Eduardo Mallea, "La angustia" en La ciudad junto al río inmóvil (Buenos Aires: Editorial Sudamericana, 1954) p. 145.

<sup>2</sup>Ibid.

<sup>3</sup>Ibid.

<sup>4</sup>Ibid., p. 146.

cada vida necesariamente debe tener una meta hacia el cual dirigir sus anhelos. Esta realización le venía, sin embargo "por vías subterráneas, pero no de frente por vías humanas."<sup>1</sup> Por ello, precisamente, su espíritu se aferraba tenazmente a la figura humana, a los rostros, los gestos, la gravedad de una expresión, la luz de unos ojos, y "tras estos gestos ciertamente vivía y se inquietaba, marchaba."<sup>2</sup>

Entre los amigos de su padre que asistían a las reuniones de los domingos, se acostumbró a ver al joven Benes, a quien se sintió atraída por el gesto nervioso de sus manos finas. Cuando al poco tiempo él le explicó la soledad de su vida y su necesidad de un puerto que lo refugiara de la deriva, pidiéndole que se casara con él, ella había aceptado, compasiva. Esta era su oportunidad de realizar aquella donación de sí misma a otro ser humano. Además, consideraba "tan difícil decir que no, frente a un ruego, ante una vida sin ambiciones."<sup>3</sup>

El matrimonio, contrario a lo esperado, no consiguió cambiar su vida imperturbable y monótona. Los amigos inseparables de Benes brindaban a su marido la compañía que ella habría querido ofrecerle, y si al principio se había sentido halagada con las visitas de esa gente

---

<sup>1</sup>Ibid., p. 147.

<sup>2</sup>Ibid.

<sup>3</sup>Ibid., p. 150.

despreocupada, muy pronto se separó de ellos preguntándose "¿Qué significa para mí todo esto?"<sup>1</sup> Y entonces "su ceja derecha se alzó como esas pupilas que en los modelos primitivos acusan una interrogación espantada ante el cruento misterio del mundo."<sup>2</sup>

Entretanto, casi imperceptiblemente, se había ido apoderando de ella un terror al espectáculo del amanecer, al que ahora llegaba después de noches de insomnio. Esta perfecta creación, este perfecto orden, "¿Por qué no lo lograba ella, de algún modo, en su vida? Su existencia, ¿podía haber algo más inerte, algo más señalado por la infecundidad? Y arrastraba esta sensación como un mal."<sup>3</sup> Benes, volcado en sus conversaciones y totalmente desapercebido del conflicto de su mujer, continuaba su vida despreocupada, y ahora los dos "parecían los protagonistas antagónicos de dos comedias diferentes, de dos dramas sin nexo."<sup>4</sup> El, embebido en sus amistades, en sus charlas, ella obsesionada con la idea de su inutilidad.

En sus noches de insomnio, el silencio de la habitación se llenaba de rumores que semejaban ecos salidos de su cuerpo yacente. Y esos ecos, no eran más que

<sup>1</sup>Ibid., p. 154.

<sup>2</sup>Ibid., p. 150.

<sup>3</sup>Ibid., pp. 154-155.

<sup>4</sup>Ibid., p. 156.

...una voluntad de prolongarse creando, dándose integrando con su femineidad expectante y receptiva, predispuesta como un arco tenso, esa unidad humana de la que, solamente, podría surgir su fruto. Su fruto, su fruto; ¿es tolerado vivir sin dar fruto? Pero no podía llegar a un fruto de la carne sin haber realizado antes otra clase de comunión, sin haber dejado a su espíritu tímido perderse en otro espíritu para encontrarle en una expresión intrépida. Oscuramente ansiaba pasar su palabra silenciosa, recóndita, a otro clima humano donde fruteciera. Pero a su lado Benes dormía ya dormía cuando el mudo delirio de ella comenzaba, in crescendo, semejante a una orquestación. ...Transcurría, así la noche, devorada por un febril deseo de comunicarse con algún ser de ese modo mágico y sin palabras, con esa vehemente comunicabilidad silenciosa que son, por sí, la fé y el amor. Esta fervorosa vocación la sobrepasaba en la noche, acababa cubrirle el cuerpo de un sudor y por sumirla en un estado de desesperación subterránea.<sup>1</sup>

Su angustia se había avivado con el paso de los días, y ahora se expresaba en forma de una necesidad obsesionada de fructificación. Ana Borel "estaba interiormente trabajada, en forma implacable, por la idea fija: inutilidad, inutilidad, inutilidad."<sup>2</sup> Su mal se había ahora extendido hasta causarle una daño físico. Y la crisis llegó una noche en que Benes recibía a un grupo de amigos. Ella no había hecho más que

...clavar los ojos en el espectáculo, sin verlo, temblar ante el destino de tanta ruidosa alegría, que darse yerta, dominar una ola de terror, un miedo telúrico, sentir un mudo grito espantoso; decir sí, decir sí, decir sí, y , adentro, una voz sin fuerza, Dios, Dios, Dios.<sup>3</sup>

<sup>1</sup>Ibid., p. 160. El subrayado es mío.

<sup>2</sup>Ibid., p. 164. El subrayado es mío.

<sup>3</sup>Ibid., p. 178.

Pero su grito no es una súplica de ayuda a Dios sino la expresión de su estado de desesperación final, de saturación total de la vida. Ya no puede contener esa agonía interior que la destroza ante los ojos desaprensivos de un grupo de gente alegre y despreocupado, y esa noche, su desesperación estalla en un delirio aterrador. Al terminar la reunión, ya retirada en su habitación, y es allí donde por primera vez, conoce, tiene conciencia clara de aquella presencia que siempre la había perseguido, acechado. Esa era la misma presencia que había intuido vagamente desde su niñez, y que nunca había sentido necesidad de identificar. Y ahora, por fin, se presenta ante ella, corporizada en una fiebre violenta, dispuesta a cobrar su presa humana. Era ella, sí,

Acechándola desde la infancia, cada día, en la calle, en las noches, en el alto de Olivos, ese rostro, ese fantasma de rostro sangrante; la angustia. La sentía ahora cerca de ella, en el aire nocturno y eterno; invadiéndola en la forma de una violenta y furiosa fiebre que iba a hacerle estallar la cabeza.<sup>1</sup>

Ahora ya era tarde para construir defensas, para reactivar esos resortes que la misma vida le había roto en plena juventud, ya en anticipo a este momento. Ana,

...habría deseado, con su furiosa desesperación, proteger su alma y su cuerpo, tan acres, tan solitarios y sombríos. Miró a su alrededor con espanto. El tiempo marchaba, en la noche no se oía un solo ruido, todo el universo aparecía en su torno definitivamente clausurado. Sentía latir su pulso. Estaba sola.

---

<sup>1</sup>Ibid., p. 181.



Estaba sola con su inutilidad.<sup>1</sup>

El mundo de Ana Borel es un mundo sin esperanza en el que ella no es más que una isla a la deriva en el mar de su propia agonía. La voz suberránea que le había infundido esa esperanza de plenitud en la donación total hacia otro ser, esa voz que ella no se había preocupado de identificar, no era otra cosa que su propia angustia, que ahora venía a cobrarse la presa de la que se había apoderado ya hacia mucho tiempo. Y es que la vida "nunca omite enseñarnos lo que ignoramos de ella. Sería tanto más humana si no tuviera conciencia de nuestra ceguera. Pero no deja de ser consciente nunca. Mientras nosotros miremos aquí o allá, la vida nos está mirando."<sup>2</sup>

Y es la vida la que escoge el momento de la revelación, siempre tomando desapercibido al hombre, muchas veces cuando a éste ya no le queda nada por hacer. Hasta la noche de su delirio, no sabe Ana que esa aprehensión de un mal al acecho, la sensación de algo exterior a ella pero actuante en su mismo interior tiene nombre. Y cuando la identifica y comprende que es una de las formas de la vida, la angustia, Ana y está entre sus garras, ya no le queda nada por hacer, y con esa convicción desesperada, su vida se precipita hacia la muerte por el camino de la locura.

---

<sup>1</sup>Ibid., El subrayado es mío.

<sup>2</sup>Eduardo Mallea, Simbad (Buenos Aires: Editorial Sudamericana, 1960), p. 535.

La angustia como antecedente y resultado de una conciencia de completa impotencia ante la vida, recurre una y otra vez en la obra de Mallea. Hay veces, como en el caso de Ana, no pasa de ser una angustia estéril, una angustia que no fructifica en una voluntad de lucha, aunque de antemano desigual, con las arbitrariedades de la vida. A Ana ni siquiera le es dada la oportunidad de indagar sobre las posibilidades de sobreponerse a su situación. Su angustia no le da respiro, se convierte en una obsesión para su espíritu elemental y en una fiebre para su cuerpo débil, y el suyo es uno de esos casos "perdidos en primera instancia."

No obstante la inmensa lástima que siente por el hombre al constatar "la materia dolorosa y compadecible de que está hecho y el eterno sacrificio a una suerte cruel y misteriosa,"<sup>1</sup> Mallea considera el sufrimiento una necesidad absoluta. Con Unamuno, es un firme convencido de que "el dolor es el camino de la conciencia, y es por él como los seres vivos llegan a tener conciencia de él."<sup>2</sup> Es por lo tanto el dolor experimentado ante el sentido del absurdo el único capaz de movilizar al hombre hasta una definición de su ser individual. No pudiendo depender en nada fuera de sí mismo, y no siendo posible la comprensión del mundo que lo rodea, se ve obligado el hombre a poner en orden, por lo menos su propia vida.

<sup>1</sup>Mallea, Las Travesías, I, p. 126.

<sup>2</sup>Unamuno, op. cit., p. 127.

Sin embargo, como en el caso de Ana Borel, el choque con la realidad se realiza en tal forma que el espíritu no tiene fuerzas para sobrevivir. Esto sucede cuando la vida hace traición al hombre desde su propio interior, escondiéndole parte de esa realidad hasta debilitar sus resistencias. La vida lo engaña, presentándole una ilusión que luego la arrastra hacia la desesperación, o haciéndole vivir una existencia ficticia, producto de una imaginación febril, como en el caso de Jacobo Uber, otra de las vidas agónicas perdidas en "primera instancia."<sup>1</sup>

A diferencia de Ana Borel a quien la vida había sorprendido totalmente desapercibida después de haber anestesiado sus resortes vitales, Jacobo Uber, después del despertar a un vago sentido de inquietud interior, se había convertido, inconscientemente, en aliado de su destino. Este, irónicamente, había poco a poco de torcer los esfuerzos del hombre para evadir una consciencia total de su situación, y convertirlos en instrumentos de su propia perdición.

Jacobo Uber llevaba una existencia sumamente trivial, absolutamente fiel a sus hábitos. Afectado desde joven por "una extraña dolencia del alma,"<sup>2</sup> buscaba evadirse de sí mismo, sin que la charla con los amigos, entre quienes tenía cierta sensación de comodidad, consiguiera hacerle olvidar

---

<sup>1</sup>Mallea, "La causa de Jacobo Uber, perdida" en La Ciudad junto al río inmóvil, p. 187.

<sup>2</sup>Ibid.

por mucho tiempo su conflicto interior. Con infinita paciencia arrastraba tras sí el despojo de su existencia, incapaz de atentar el acto de voluntad que le permitiera, de una vez por todas, enfrentarse consigo mismo y tomar luego la decisión que cambiara todo aquello que él consideraba en sí como "inmodificable y que le había sido dado por la naturaleza con espíritu de condenación."<sup>1</sup> Jacobo Uber era, en consecuencia, "un hombre que no acabó de nacer nunca,"<sup>2</sup> por insistir en interrumpir la revelación total que la vida quería hacerle.

Empleado público, trabajaba afanosamente en su pequeña oficina, buscando evadirse de los pensamientos que lo reclamaban constantemente. Estas ideas le instaban a considerar su propio aislamiento, causándole miedos horrorosos, aunque de naturaleza vaga todavía. Su mayor penuria provenía de imaginarse al resto de la humanidad "como un todo al que no estaba unido por lazo alguno, como no fueran las superficiales vinculaciones que su vida vegetativa le creaba."<sup>3</sup>

Vivía en estado hipnótico. Trabajaba mecánicamente y hablaba superficialmente. "¡Palabras superficiales! ¿Es que había dicho alguna vez otras más profundas? No. No, no había tenido nunca a quien decirlas, ni ocasión de

<sup>1</sup>Ibid., p. 188.

<sup>2</sup>Ibid., p. 189.

<sup>3</sup>Ibid., p. 190.

pronunciarlas. Jamás había confiado nada a nadie,"<sup>1</sup> pues su vida no tenía interés para ningún ser viviente.

A los treinta años, su situación se agravó, y comenzó a pensar en su responsabilidad como individuo y en sus fracasos. Pensó en iniciar otra vida, pero, "como si antes de moverse...tuviera la certidumbre de su fracaso,"<sup>2</sup> todo ello quedó en nada. Se veía como un mundo sin salidas, como "un mundo estancado donde los mirajes se mueven sin correr y ser sucedidos por otros."<sup>3</sup> Para entonces, el destino había puesto en sus manos el arma de su propia derrota: una imaginación vívida que le hacía vivir todo lo que él hubiera querido vivir. Sin embargo, volvía de estas incursiones "extenuado y angustiosamente sombrío."<sup>4</sup> Y era en esos momentos de regreso cuando realizaba sus más genuinos esfuerzos por acercarse a la realidad. Pero no lo lograba, y se iba extendiendo sobre él una nube de presentimientos oscuros, un miedo, una ansiedad cuya fuente no alcanzaba a identificar.

Sus amores con Carlota Morel, a quien había conocido casualmente, no habían durado mucho tiempo ya que entre los dos se había interpuesto rápidamente una Carlota imaginaria

---

<sup>1</sup>Ibid., p. 191.

<sup>2</sup>Ibid.

<sup>3</sup>Ibid., p. 192.

<sup>4</sup>Ibid.

a la que él gobernaba a su gusto. Los días que siguieron a la ruptura habían sido de plena felicidad, pero muy pronto se había también sentido hastiado por la mujer imaginaria a la que había hecho compañera de su vida.

Con el tiempo, el recuerdo de las dos mujeres, la imaginaria y la real, se habían ido desvaneciendo. Su sufrimiento de antes, sin embargo, renacía con más fuerza. Ahora, más que nunca, se sentía necesitado de amistades, pero su estado de "vegetal dotado de alma, monstruosamente dormido hacia afuera y vigilante hacia dentro"<sup>1</sup> no se lo permitía. La única compañía que lograba obtener era la de mujeres de vida libre que compartían su soledad por algunos días para abandonarlo después. Pronto se hastió también de ellas, que solo representaban para su hambre de almas el fatídico mane, thecel, phares de sus "cuerpos, cuerpos, cuerpos."<sup>2</sup>

Nada podía encontrar en su vida de consistente, y así, se veía con terror,

...lanzado en una fuga perdida, sin origen ni meta, indigente de tierra, de cielo, de aire, de agua, de pasión, de fe, de amistad--proyectando con su ser atrozmente libre de raíces en un universo donde su espíritu flotaba a la deriva alucinado y pasivo.<sup>3</sup>

<sup>1</sup>Ibid., p. 202.

<sup>2</sup>Ibid., p. 204. El subrayado es mío.

<sup>3</sup>Ibid., p. 205.

Y así, su vida era un eterno fluctuar entre ansias desesperadas de encontrar arraigo en algo o en alguien, y las evasiones alucinantes a las que su imaginación le tenía atado. Casi súbitamente, se presentó un mal físico que le hizo guardar reposo por largo tiempo. En la interminable soledad nocturna de su habitación, sus oscuros presentimientos comenzaron a intensificarse contra él, y Jacobo Uber ahora

Tenía la sensación, muy amarga, de que algo estaba por llegar en él a una agonía; al propio tiempo, deseaba curarse, vivir. Existir todavía un poco más, bañado por la soflama del mundo, entre las infinitas cosas amargamente queridas.<sup>1</sup>

Comprendió, de este modo, que todo cuanto nace y vive en este mundo lo hace mediante un acto de amor. El, no había sabido salvarse por el arrojio de la pasión y el amor sino que se había condenado aún mas a su existencia vegetal con sus esfuerzos por atraer el amor hacia sí. Sin embargo, ahora ya era tarde y "todo le parecía irreparable."<sup>2</sup> Ante esta convicción, sus ansias desesperadas de vivir se transformaron súbitamente en ansias de morir, de realizar ese único acto del que su naturaleza estéril era capaz.

Con esta determinación, la única que sabría cumplir, se había ido separando más y más de los hombres, ya que "era inútil quererse volcar en esto o aquello. Inútil

<sup>1</sup>Ibid., p. 210.

<sup>2</sup>Ibid., p. 211. El subrayado es mío.

buscar salidas para ese precipicio en cuyos meandros estaba retenido, y casi ahogado."<sup>1</sup> Y así fue como una tarde se llegó hasta el estuario llevando en su interior "un grito horrible. Y un miedo, un miedo. Pero ya no podía volverse atrás, al mundo."<sup>2</sup> Y allí, Jacobo Uber, causa perdida en primera instancia, se había internado en las aguas y desaparecido en pocos instantes, buscando el único posible alivio a su angustia, porque sabía que "la muerte era algo adonde por fin iba a poder entrar y descansar, algo real, implacablemente real."<sup>3</sup> Y es así como buscando una realidad, se lanza, irónicamente, a la total nulidad, completando el círculo de la trampa que su destino le había tendido y del que él se había constituido cómplice sin saberlo.

Mallea narra la historia de Jacobo Uber en forma muy conmovedora y, hasta parece, con esa simpatía que le inspiran las vidas sufridas. Pero este sentimiento no le hace torcer el destino del humilde empleado público, quien encuentra el final que merece todo hombre que "no consiguió nunca matarse lo suficiente como para renacer."<sup>4</sup> Mallea acá insiste en la necesidad de matar interiormente toda propensión a la evasión de la realidad, para así poder plantar

<sup>1</sup>Ibid., p. 217.

<sup>2</sup>Ibid.

<sup>3</sup>Ibid., p. 218. El subrayado es mío.

<sup>4</sup>Ibid., p. 187.



los pies firmemente en ella y realizar todo movimiento de reacción desde ella. Jacobo Uber se hace cómplice de la vida al evadir constantemente la realidad que lo circunda y la que lleva dentro de sí, disfrazándolas con el arma autodestructiva de la imaginación. Ella le brinda la posibilidad de evasión a todo confrontamiento, y cuando lo ha adentrado totalmente en el desierto, cuando ha anulado en él toda esperanza de comunión humana, también lo abandona cruelmente. Y él se encuentra totalmente aislado de todos y de todo.

La causa de Jacobo Uber se pierde en primera instancia por su cooperación con la acción destructiva de la imaginación, por su incapacidad--basada en su convencimiento a priori de que todo era inútil--de realizar un verdadero acto de voluntad y afrontar esa realidad que a toda costa quería eludir. En consecuencia, todos sus atentados de alcanzarla, se ven reducidos casi a meros gestos que realiza mecánicamente.

Jacobo Uber sufre estérilmente porque carece de esa fe en las posibilidades de sí mismo, en que Mallea insiste como requisito necesario a todo acto transcendente. Lo único que confiere a esta vida inútil una cierta dignidad e inspira la lástima del escritor es la calidad angustiada. Y es así que "una sola cosa salvaba a Jacobo Uber de la abominación: era esa sustancia de sufrimiento con que había

amasado su vida y que acabó por destruirlo."<sup>1</sup>

Mallea no pretende que el hombre viva su vida "a la medida del héroe, sino a la medida del hombre."<sup>2</sup> El héroe es un hombre dotado de cualidades de resistencia extraordinarias, mientras que el hombre es un ser ordinario y común, que armado sólo de cualidades ordinarias y comunes debe hacer frente a situaciones muy superiores a esas fuerzas. Y es en esto precisamente lo que consiste la grandeza de los agonistas, en el hecho de que luchan denonadamente contra fuerzas descomunales contra las que no existe posibilidad de victoria. A estos hombres sólo les es dado saber que

...la vida humana es cero. La persiguen; la castigan.  
¿Qué vale un hombre? Cero. Un hombre es un nombre.  
Se puedan anular mil, dos mil, un millón de hombres:  
la lista cabe en ochenta centímetros. ¿Qué es eso?  
Nada. Cero. Tal vez. ¿Pro qué no?<sup>3</sup>

La batalla que libran Agata Cruz, Ana Borel, Chaves, Jacobo Uber, Gloria Bambil y tantos otros agonistas que recorren las páginas de Mallea, es una batalla contra la vida que no hace más que alejar al hombre de ese estado de plenitud temporal que es el único medio que éste posee de trascenderla. Primeramente, le revela la triste realidad de su existencia, y luego, se encarniza contra sus esfuerzos por trascender dicho estado. No existe el agonista Malleano

<sup>1</sup>Ibid.

<sup>2</sup>Mallea, Notas de un novelista, p. 122.

<sup>3</sup>Mallea, Rodeada está de sueño, p. 93.

que no se queje de esta crueldad de la vida;

¡Cómo tiende a alejarnos la vida, como todo en nosotros conspira para retirarnos lo que nos dió y obtuvimos; y que duros, fríos, constantes, ardientes y contumaces necesitamos ser para no devolver lo que poseemos, sino al contrario seguir, e hincar de más en más en la vida la garra que de ella la propia vida no quiere arrancar!<sup>1</sup>

La vida es toda movimiento, no se detiene para nadie, y una vez que consigue desprender de ella las manos febriles del hombre: "¡Qué lejos no vamos, una vez que hemos soltado; a qué distancia, a qué alejamiento de la vida, a qué remoto plano, a qué indiferencia!"<sup>2</sup> Es por ello que se hace indispensable la lucha del hombre contra la vida, porque sin ésta contiende, "¡A qué distancia nos deja!"<sup>3</sup>

Sea como fuere, la vida se deleita en tomar desaparecidos a sus víctimas. Para ello, a menudo se presenta ante ellas sin ningún aviso previo y sin ninguna disposición de ánimo del individuo, sirviéndose para hacerlo de un pensamiento aparentemente inofensivo, o de una pregunta casualmente injertada en la mente humana.

En una corta meditación titulada "El perseguido," Mallea refiere la historia de un hombre que había sido completamente feliz en su vida rutinaria, pues nunca se había quedado "a solas consigo mismo."<sup>4</sup> Una mañana, al lavarse

<sup>1</sup>Mallea, El retorno, pp. 32-33.

<sup>2</sup>Ibid., p. 33.

<sup>3</sup>Ibid.

<sup>4</sup>Ibid., p. 99.

las manos, se le había ocurrido, muy naturalmente, esta pregunta: "¿Por qué, para qué vivo?"<sup>1</sup> Había después salido a la calle

...como un alelado. No sabía qué hacerse con esa pregunta. Nunca se la había hecho. Nunca se había hecho ninguna pregunta. Y he aquí ésta, ahora: estable, fija, tenaz. ¿Qué sabía él cómo contestarla? ¿Por qué, para qué vivo? ¿Tan absurda pregunta!<sup>2</sup>

Desde el momento que el equilibrio de sus días se rompe con la inesperada pregunta, su mente ya no tiene descanso. Esa interrogación lo ha dividido de sus compañeros, de sí, del mundo. Lo desespera la idea de que, conser tan simple, no pueda contestarla. Acaba, por fin, pidiendo licencia y se aleja de la ciudad, hasta un pequeño pueblo, donde pasa sus días caminando incesantemente. Se constituye así en "el perseguidor de su persecución. El se persigue a sí mismo,"<sup>3</sup> obsesionado siempre por la fatal pregunta. Ya no era el quien se paseaba "paseaba la pregunta. Y ahí iba, diciéndose, ¿por qué, para qué vivo?"<sup>4</sup>

Al poco tiempo, había vuelto a la ciudad. Sin embargo, había cambiado, ya no era el mismo. Se mostraba extraño de todo, huraño, desinteresado, reservado. Sus compañeros de trabajo se preguntaban que le sucedería a aquel

<sup>1</sup> Ibid., p. 100.

<sup>2</sup> Ibid. El subrayado es mío.

<sup>3</sup> Ibid., p. 101.

<sup>4</sup> Ibid.

hombre, sin saber que "no tenía más que aquella pregunta instalada en él como un grito opaco. Y ella lo introdujo en el tiempo malo, en el tiempo vil, en el tiempo en que el hombre está apresado por sí mismo."<sup>1</sup>

Una vez que el hombre cae apresado por sí mismo, es decir, por sus temores, sus ansiedades, y sus dudas, su via crucis no tiene ya fin. Si se esfuerza por apartar de la realidad, su angustia es la del vencido a priori, y si, con la resolución de resistir a la vida, se aferra a ella, su angustia es la del frustrado en cada esfuerzo, del que avanza un paso para ser obligado a retroceder cien. Pero, cualquiera que sea su actitud, una vez que ha visto su verdadera cara, ya no puede evitarla, porque "la vida nos tiene cercados, confinados. En cuanto soñáramos con escaparnos nos encontraríamos con la pared, los muros, o el foso; con el gran vacío."<sup>2</sup>

Al producirse el conocimiento del mundo, al caer el hombre en manos de la vida, se hace consciente de dos situaciones radicalmente opuestas e increíblemente crueles. Por un lado, comprende lo limitado de sus posibilidades vitales, de su capacidad de comprensión, de sus esfuerzos por comunión humana, de todo lo que de su parte pudiera constituir un acto de resistencia a la vida. Por la otra parte,

---

<sup>1</sup>Ibid.

<sup>2</sup>Mallea, La bahía de silencio, p. 233.

se le manifiesta su casi infinita capacidad de sufrimiento, Y esta desoladora contradicción que le impone la existencia es causa permanente de desesperación y amargura en el agonista. ¿Si se pudiera limitar el sufrimiento, si hubiera un límite ante el cual la vida perdonara y concediera tregua, si se pudiera alejar la realidad por lo menos unos instantes! Pero ello es imposible, ya que el sufrimiento y el hombre consciente van indefectiblemente unidos.

La Señora de Cárdenas, la "usted" de La bahía de silencio a quien todo problema humano interesa y conmueve hasta lo más íntimo de su ser, se sentía particularmente obsesionada por conocer la causa de la insistencia con que en el mundo llovían las desgracias, y como una moderna Mari-vaux se preguntaba, constantemente: "¿Por qué, nosotros que somos tan limitados en todo, lo somos tan poco cuando se trata de sufrir?"<sup>1</sup> Porque cuando parece que la agonía de un sufrimiento va a arrasarse con un hombre, la vida, en lugar de proporcionarle un consuelo o un descanso, le proporciona fuerzas sobrehumanas para que pueda sufrir más aún.

De todas las traiciones que experimenta el agonista malleano, tal vez no haya una más dolorosa y difícil de combatir que la de la acción dissociativa dentro de sí mismo a que la vida lo condena. Si el hombre solo tuviera que contrarrestar las fuerzas del mundo exterior, si sus

---

<sup>1</sup>Ibid., p. 169.

relaciones con el mundo y con los demás hombres constituyeran sus únicos motivos de preocupación, sus posibilidades de sobreponerse a ello serían más factibles. Pero lo grave es, que lleva a su verdadero enemigo dentro de sí mismo, detrás de sus propias líneas de resistencia y como parte integral de su ser. Y es este "otro yo" el que, cómplice de la vida, más hace por debilitar sus esfuerzos en busca de una plenitud existencial. "Si nos encontráramos frente a frente con nosotros mismos en medio de una calle--dice Mallea--caeríamos muertos de terror ante ese monstruoso desconocido."<sup>1</sup>

Este enemigo interior es también el más difícil de resistir, ya que siendo parte integral del hombre, conoce todas sus flaquezas. Es él quien le propone las soluciones fáciles, las evasiones a la realidad, la vida vivida desde fuera de sí mismo; y es él también quien en sus momentos de lucha más desolada le inspira las dudas, las desesperantes y las fuertes tentaciones de abandonar todo esfuerzo para entregarse totalmente a la desilusión.

El agonista se encuentra, así, constantemente acechado por ese otro "yo" que traiciona sus mejores esfuerzos y que le esconde lo mejor de sí mismo. Su existencia se manifiesta entonces, forzosamente, como un estado perpetuo de división, en la que su "yo" auténtico está como ausente, como

---

<sup>1</sup>Mallea, Las Travesías, II, p. 153.

posibilidad, y en la que el "otro yo," el falso, el disgregante interior, aparece como su estado permanente. "¡Ah, dice Mallea, por qué estamos así de abandonados de todo Poder y aún de nosotros mismos para con nosotros mismos y frente a nosotros mismos!"<sup>1</sup> De allí, la continua contienda entre las dos partes del hombre, de esas dos fascetas de su ser, una que lo desanima y lo desvirtúa y otra que, sofocada continuamente, pugna por salir a la superficie, por existir plenamente.

En una de sus meditaciones poemáticas, Mallea presenta magistralmente el estado de dualidad humana y la angustia derivada de ella:

Yo, hombre, ¿estoy aquí? ¿Qué porción de mí es la que está? ¿Cuál, qué parte?

¿Y cuál es la que no está?

¿La que no está es la que soy yo; o yo soy la que no está? ¿En qué proporción me mido como ser? ¿Según cuánto y según qué? ¿Según cuánto sí y según cuánto no?

.....  
Este que está aquí de pie con las manos atrás no me limita. Yo no soy mis propios límites. Mis límites no están aquí. Lo que yo abarco no acaba aquí, no está aquí, no me circunda, no me aísla, no me detiene.... Todo lo que no es más que yo mismo no soy yo. Este que está metido en un salón revestido de roble, ...no soy yo; o sea: no soy todo yo. Soy, a decir la verdad, nada más, la renuncia; el estado de renuncia. Lo que aquí está es la parte que no soy. La parte que acepto como ser, el fragmento de resignación, la porción que prescindiré, la aceptación de una forma accidental improvisada por todo aquello que prescindiré. Yo soy más que esto. Cada cuál es más.<sup>2</sup>

---

<sup>1</sup>Mallea, La guerra interior, p. 64.

<sup>2</sup>Mallea, El retorno, pp. 19-20.



Y ese "más" a que se refiere Mallea es la posibilidad de una plenitud temporal.

Es difícil, sin embargo, convencer al agonista de que vale la pena semejante búsqueda. Después de todo, ¿no es la vida humana el hecho más gratuito, el acontecimiento más inconsecuente del mundo? "¿Qué es la vida?" se pregunta ansiosamente el protagonista de "Los jóvenes hombres muertos." Y él mismo se contesta lo que miles de seres como él: "La vida es nada inmenso. Lo más mensurable y finito entre lo creado,"<sup>1</sup> un hecho tan insignificante que puede ser metido en una mano.

La suprema ironía del caso es, que precisamente aquella dignidad, aquella supuesta superioridad que la inteligencia le confiere al hombre es la que le hace comprender su finitud, y su insignificancia dentro del mundo.

Porque la inteligencia, el hecho humano, la dignidad que confiere el pensar, no extiende el tiempo, ciertamente, lo acorta al contrario, multiplicando hasta el agotamiento lo que puede contener cada minuto. ¿Qué larga es la vida del escarabajo, al lado de la vida del hombre, que, cuando ha pensado, ha dejado ya de estar en el presente para estar, en un grado más de su muerte, en una fracción menos de su vida! Siempre nos acercamos más a la muerte con nuestra inteligencia que con nuestro físico. Estamos prolongados hasta nuestro límites por la razón. Sí, lo más mensurable y finito es una vida.<sup>2</sup>

Ninguna de las limitaciones que la vida impone al hombre es tan tremenda como la de su limitación final. Sin

<sup>1</sup>Mallea, "Los jóvenes hombres muertos" en La ciudad junto al río inmóvil, p. 241.

<sup>2</sup>Ibid.

esta certidumbre, la única de que el hombre es capaz, éste podría tal vez resistir a las embestidas del destino. Habiendo perdido sus resortes espirituales, y no teniendo con qué crear un lazo de unión con un fin transcendente, se ve obligado a enfrentar el mundo con toda la fuerza de su brutal objetividad. Y el único hecho concreto, real, inexorable es el hecho de su muerte, a la que le conducen velozmente todos los actos de su vida. "Intentamos permanecer, gozar, demorarnos aún. Es inútil: ya bogamos de nuevo hacia el irremisible adelante."<sup>1</sup>

Todo en la existencia humana es movimiento, todo en ella conduce hacia la realidad final, sin que el hombre pueda nunca conocer su posición exacta con respecto a ella. El hecho de que haya hombres que mueran a su alrededor no preocupa mayormente al individuo. Pero desde el momento que dicha realidad pasa della conciencia de que "los hombres mueren" a la de que "yo voy a morir," su existencia se convierte en una agonía.

Desde ese momento, la muerte se presenta no como una posibilidad al final de un largo camino cuyas direcciones se conoce, sino como el hecho de que

I may die at any moment, and therefore death is my possibility now. It is like a precipice at my feet. It is also the most extreme and absolute of my possibilities: extreme because it is the possibility of not being and hence cuts off all other possibilities; absolute, because man can surmount all

---

<sup>1</sup>Mallea, Las Travesías, II, p. 153.

other heartbreaks, even the deaths of those he loves, but his own death puts an end to him. Hence, death is the most personal and intimate of possibilities, since it is what I must suffer for myself.<sup>1</sup>

La muerte no es una fuerza extraña a la existencia del hombre, ya que "es nuestra vida lo que da vida a la muerte."<sup>2</sup> Irónicamente, es esa muerte la que luego termina con la vida. Parte integral de la existencia humana, su presencia se hace sentir constantemente, y, aunque se trate por todos los medios de evitarla, la muerte, ese punto a que estamos fatalmente referidos sigue siendo el punto más cercano de que nos hallamos durante todo el trayecto de nuestras evasiones y vanas travesías."<sup>3</sup>

Aparte de su propia muerte, la experiencia más amarga que puede experimentar el hombre es, según Mallea, la de ser testigo de la muerte de un semejante. Porque "nadie puede decir que ha vivido--realmente, radicalmente--sin haber visto siquiera una vez el horro y la crueldad de una agonía. Ese es el nacimiento: el verdadero nacimiento a una idea trágica y terrible de nuestra condición."<sup>4</sup> Habiendo presenciado dicho acontecimiento, Mallea confiesa "Yo quedé transido..., y ya me quedó para siempre una desconfianza amarga con respecto a las salvaciones, fueran de

<sup>1</sup>Barrett, op. cit., p. 225.

<sup>2</sup>Mallea, Las Travesías, I, p. 62.

<sup>3</sup>Mallea, Las Travesías, II, p. 157.

<sup>4</sup>Ibid., p. 155.

origen divino, fueran de origen humano."<sup>1</sup>

Para Mallea, así como para los agonistas de sus novelas, la muerte representa la terminación de todos sus esfuerzos, y por lo tanto, de todas sus posibilidades de plenitud humana. Representa el terror de entrar en una eternidad desconocida sin haberse completado, sin haber realizado una comunión humana, sin haber podido dar a conocer a alguien su mundo interior, y es por ello, la posibilidad de una eternidad en absoluta soledad. Mientras que el hombre vive, lo sostiene la vaga esperanza de sobrepasar su estado angustioso, de franquear esas barreras que lo separan de los demás hombres. Pero la muerte llega, y trunca toda posibilidad.

Encontrándose aquejado de una persistente dolencia, Mallea mismo había experimentado el sentimiento de la inminencia de su muerte. Y en ese momento de su vida confiesa que

...hallaba insoportable la idea de la eternización de mi sueño solitario. Me atacaba el alma la obsesión de una eternidad sin diálogo, reducidas a las tristes y limitadas paredes de lo que fui yo mismo. Me acongojó hasta la raíz del espíritu el sentimiento de poquedad multiplicada por el infinito, la sensación de ir yo a viajar un viaje tan largo nada más que conmigo mismo, sin poder ya nunca entrever, por alguna rendija del tiempo eterno, o del no tiempo, el ángulo de algún rostro de los que quise.<sup>2</sup>

Para Mallea, esa comunicación representa la realización de

<sup>1</sup>Ibid.

<sup>2</sup>Mallea, Las Travesías, I, p. 45.

su propia vida, ya que por ella ansía ser un "alma productora para otras almas."<sup>1</sup>

En otra ocasión, al volver Mallea en sí después de un desmayo, había comparado esta cesación momentánea de sus sentidos, con la muerte. Pensó, entonces, que había estado

...sin conocimiento, verdaderamente muerto; y que esa cesación de toda vida, sin noticias de mi conciencia ni de mi alma, era una muestra, en pequeño estilo, en escorzo, en escala, de esa otra cesación igual que otro día llegaría, idéntica en todo, sólo que más larga.<sup>2</sup>

Entre sus personajes, es Agata Cruz la que más obsesionada vive por la muerte. Alma estéril, incapaz de todo contacto humano verdadero, había sin embargo buscado desesperadamente una oportunidad de comunicación primero con su padre, luego con su marido, y muerto éste, con un amante, sin haber logrado satisfacer su anhelo. Abandonada de todos, vive desde entonces obsesionada por la idea de lo que significaría para ella la muerte, de que "si dejara de vivir de repente, su soledad sería eterna,"<sup>3</sup> puesto que todo estado que no se alcanza en el mundo, queda para siempre truncado con la muerte.

Otro de los personajes de Mallea, uno de los muchos desconocidos que pasan por sus novelas, obsesionado también con su fin último, había sufrido una horrible pesadilla. Agonizante en medio de la calle, había sentido voces que se

<sup>1</sup> Mallea, Las Travesías, II, p. 155.

<sup>2</sup> Ibid., p. 41.

<sup>3</sup> Mallea, Todo verdor perecerá, p. 152.

dirigían a él y había hecho un gesto desesperado por contestar. Advirtió entonces que había perdido la voz,

...que todo lo que en su ser podía manifestarse se había ido, y que todo lo que antes era él se alejaba y esfumaba, lo mismo que si fuera desvaneciéndose para perderse en aquel fondo que desde lejos lo convocaba, en aquella inenarrable destancia a la que ya pertenecía más que a este mundo donde su voz ya no alcanzaría nunca a explicar su desaparición, a dar cuenta de sí mismo, a impresionar desde su vida otra vida humana....<sup>1</sup>

Si bien es cierto que con el tiempo el hombre llega a habituarse a grandes sufrimientos y a dolorosas situaciones, aceptándolas como parte de una existencia cruel, la realidad de la muerte es lo único que la mente humana se resiste a aceptar. Ni aun el médico Ferrier, quien había pasado la vida entera en contacto con ella, habiendo luchado desesperadamente para salvar de sus garras a muchos de sus pacientes, conseguía acostumbrarse a este hecho. Y es más, sabía sin ninguna duda, que ese aprendizaje nunca le sería posible. Conversando con su amigo Tregua,

--No me puedo acostumbrar a esto--había dicho Ferrier refiriéndose al deceso de un hombre en sus manos.

--Es una cosa pasada--lo consolé--No vale la pena pensar en ello.

--Pero asedia, asedia.

--Cada segundo contiene muertes y muertes--le dije.

--Habría que educarse tomando ya eso como algo familiar y siempre liberador.

--Yo creo que la muerte es la única cosa ante la cual el ánimo no se modifica o educa sino de manera precaria. Lo que se llama habitualmente entereza y que se da como virtud en las naturalezas más fuertes, no es al fin más que una actitud compuesta, nacida en la epidermis del espíritu y no del fondo de la conciencia. El fondo de la conciencia será eternamente terror. Y en

---

<sup>1</sup>Mallea, Las Travesías, I, p. 117.

algunos, como en mí, la duda de lo que será la muerte, la ceguera con respecto al estado de eternidad llega a ser una obsesión puesta detrás de todo acto. Como en el fondo sombrío de un viejo cuadro, yo no ejecuto movimiento ni hago nada ni veo cosa alguna sin tener por detrás la imagen de mi propia disolución.<sup>1</sup>

De esta irreconciliable relación entre el hombre y la muerte, de la determinación humana de no aceptar pasivamente el hecho más radical de su existencia se deduce que el hombre tiene necesariamente que ser un preocupado "del único verdadero problema vital, del que más a las entrañas nos llega, del problema de nuestro destino individual y personal, de la inmortalidad del alma."<sup>2</sup> Por su parte, Mallea sostiene que como solución, "quizás el dogma de la resurrección de la carne sea el más compatible con esa especie de terror corporal en que nos sume la idea de una desintegración violenta e instantánea."<sup>3</sup> Pero, como por otra parte no existe tal certidumbre, el hombre tiene que vivir su vida en lucha desesperada por perpetuarse en alguna forma, ya sea por sus actos, ya sea por sus contactos humanos, ya sea por el recuerdo que deja de haber luchado heroicamente en una batalla sin esperanza.

Y esa lucha en la que el hombre gasta su vida, se realiza en inferioridad de condiciones, ya que de sí mismo, de su destino, del mundo, no obtiene ninguna respuesta a

<sup>1</sup> Mallea, La bahía de silencio, p. 283.

<sup>2</sup> Unamuno, op. cit., p. 10.

<sup>3</sup> Mallea, Las Travesías, II, p. 152.

sus preguntas. Y es por eso mismo que el hombre contemporáneo es pregunta hecha carne, y su vida no es más que un continuo "¿por qué?". A Mallea, nada le parece

...más fatal, más aciago, más terrible y a la vez más complejo, más interesante, que la cuestión o pregunta fatífica y tenaz que el hombre plantea a los extremos acontecimientos y a su propia, última e íntima peripecia. Lo que para mí el hombre lleva en sí de más permanente y de más crítico es su pregunta.

.....  
La primera pregunta se remota a la idea del nacimiento; la última, a la idea de la muerte. Pero entre las dos, en cada ser la pregunta se alza en avatar. Se hace fortuna o desesperación; fortuna de la esperanza o esperanza del infortunio.

.....  
No se ve el hombre a sí mismo, sino que se pregunta por sí mismo. Contiene a favor o en contra de sí mismo. No ve el hombre a su mujer, sino que se pregunta por su mujer. No ve el hombre a su hijo, sino que se pregunta por su hijo. Esta pregunta, a la vez fija y errante, acompaña al hombre como drama en la razón y en la locura. Y no sale de él, sino que es él.<sup>1</sup>

Mallea reconoce, al igual que Unamuno, que "el intelecto de este siglo continua en combate con el eterno problema bifronte de la civilización occidental: el conflicto del ser planteado por las condiciones de su sustancia temporal y su esencia eterna."<sup>2</sup> En sus ansias por encontrar, si no una solución, por lo menos una respuesta al "sentido trágico" de la vida, el hombre tiene que forzosamente escoger entre la razón y la fe.

Mallea es básicamente antirracional, ya que toda su obra está centrada sobre la persona en su totalidad integral,

<sup>1</sup> Mallea, "Prefacio" de Poderío de la novela, pp. 8-9.

<sup>2</sup> Mallea, El sayal y la púrpura, p. 31.



sobre el individuo concreto con sus ansiedades, impotencias y angustias, pero también con su decisión determinada de encontrar un sentido a su situación y buscar una línea de resistencia desde la cual realizarse existencialmente. Ninguno de los enigmas de la vida, ninguno de los misterios de la existencia humana pueden ser penetrados, ni mucho menos explicados, por las facultades de la razón, ya que la existencia individual no es un objeto abierto al raciocinio humano. El mundo siempre consigue escapar a un escrutinio satisfactorio porque

Cuando el universo se racionaliza, esto es, cuando la ciencia lo atrapa por un lado, ya nos muestra desde el otro su mueca de hereje o nos enseña por encima del cerco un tránsito de ojos angélicos ante el que siempre seremos demasiado lentos, demasiado racionales.<sup>1</sup>

Mallea hace un estudio de la racionalidad humana en una corta meditación titulada "El hombre considerable." En ella describe el engaño que constituye la dependencia total en la razón. Este "hombre considerable," cuando está en público, "tiene la cabeza llena de nociones; algunas son tan firmes que por momentos él cree dominarlas, se hace fuerte en ellas, experimenta en sí la gracia del dominio. Entre su biblioteca y el universo cree planteadas relaciones que lo favorecen."<sup>2</sup> Pero al encontrarse luego solo en su casa, su presunta sabiduría se convierte en una trampa

<sup>1</sup> Mallea, Rodeada está de sueño, pp. 130-131.

<sup>2</sup> Mallea, El retorno, p. 133.

autodestructiva en la que él mismo se introduce. Porque ese "hombre considerable,"

A la una cree que lo sabe todo; a las dos lo que sabe no le sirve; a las cinco lo que creía saber no concuerda con lo que aprende; a las nueve vuelve al punto de partida. Cena, a solas. Piensa. Una sólida amargura acompaña sus pasos acostumbrados en la vuelta de después de comer por las veredas que rodean su casa. ¿Dónde se va a colocar este hombre considerable para considerarse a sí mismo considerable?<sup>1</sup>

El hombre que cree poder resolver el enigma de la vida por medio de la razón no hace más que engañarse, porque ésta, "cuanto más dominada y reducida, menos solidaria nos es y más ajena y refractaria parece a la vulnerable y misteriosa materia de que en realidad estamos constituidos."<sup>2</sup> Mallea insiste en que "es la vida lo que suscita la definición y no la definición lo que suscita la vida,"<sup>3</sup> y todo lo que se presenta al hombre como definición queda fuera de él, "como concurrencia vana de impotentes y recurrentes bestias teóricas, perros flacos sin sangre ni cólera."<sup>4</sup>

La razón desnaturaliza y enajena al hombre, dice Mallea, y este ni siquiera se da cuenta de que el proceso racional lo está desnaturalizando constantemente, y que él mismo se está engañando sin tener conciencia de ello. Por eso,

<sup>1</sup> Ibid., p. 134.

<sup>2</sup> Mallea, Las Travesías, II, p. 61.

<sup>3</sup> Ibid., p. 30.

<sup>4</sup> Mallea, Las Travesías, I, p. 62.

¡Qué estupidez más grande la de la diosa Razón!  
 ¡Qué estupidez moral más grande! ¡Aquella diosa que  
 llevaban en palio laico y que estaba matando a quienes  
 la llevaban, sin que siquiera supieran razonar que  
 los estaba matando! Pero ¿qué culpa tenían aquellos  
 hombres? Si no eran ellos, si era la razón, ¡la  
 Razón!<sup>1</sup>

El hombre necesita entonces trocar la razón de la  
 cual es tan dependiente, por la inteligencia, sin la cual  
 "no hay nada bello que valga...--son sus lazos los que nos  
 conducen por los caminos menos esperados, más numerosos,  
 y una humanidad sin inteligencia ¡qué isla sin caminos!"<sup>2</sup>  
 Y la razón debe pasar entonces a servir de "perro dócil  
 del espíritu," es decir que debe reducirse a un instrumento  
 del espíritu pero nunca actuar como intérprete de la vida.

Mallea considera que más importante que la razón  
 debe ser para el hombre un fuego espiritual, cuyas partes  
 componentes son, algo de razón pero más de sensibilidad, de  
 temperamento y de conciencia. En una discusión que sos-  
 tienen el Dr. Dervil y Anselmi en La bahía de silencio,  
 Mallea expone sus ideas al respecto:

Lo que yo digo es que lo específico de esa vida  
 mejor era una cosa de vivir y no una cosa de pensar;  
 lo específico de esa buena vida era el mismo vivirla  
 y no su razón de ser. Y a lo que voy es que el vivir  
 tiene otras puertas de salida extremadamente diferentes  
 a las salidas que proponen la razón, que son siempre  
 salidas falsas.;

--¿por ejemplo?--preguntó el doctor. --No  
 entiendo.

<sup>1</sup>Mallea, Historia de una pasión argentina, pp. 180-1.

<sup>2</sup>Eduardo Mallea, Fiesta en noviembre (Buenos Aires:  
 Editorial Losada, 1942), p. 48.

--Las salidas por la pasión, las salidas por el heroísmo, las salidas por el absurdo, las salidas por una ascética, las salidas por la aniquilación de sí. Al lado de esos raptos, las salidas que la razón propone son estúpidas y mediocres. ¡Las salidas racionales! ¡Bah!

Ya que el agonista no puede contar con la razón, tiene, por fuerza, que asirse a la fé. En Mallea, la fé no reviste la forma de una religión formal. Aunque reconoce la existencia de Dios como principio y fin de toda cuestión humana, lo hace solo en última instancia, "...cuando ya no quedan contestaciones en la tierra."<sup>2</sup> Así mismo actúan sus personajes novelísticos. El ruego de Agata Cruz se alza hacia Dios cuando ya no le queda ninguna esperanza de comunión humana, cuando ya agota todas las otras posibilidades. Y más que un ruego, la suya es una queja dirigida hacia un ser del cual no espera ser oída. "Tal vez no pensaba más que '¡Dios, Dios!' y tal vez pensaba otra cosa,"<sup>3</sup> dice Mallea. Y cuando finalmente se desploma exhausta sobre las escalones de su vieja casa, sus ojos ni siquiera se fijan en esa antigua imagen de madera frente al pequeño templo, a cuyos pies se lee la inscripción Ego sum via, veritas et vita.<sup>4</sup> Algo similar también sucede con Ana Borel, cuya sorda exclamación del nombre

<sup>1</sup>Mallea, La bahía de silencio, p. 30.

<sup>2</sup>Mallea, El sayal y la púrpura, p. 129.

<sup>3</sup>Mallea, Todo verdor perecerá, p. 158.

<sup>4</sup>Ibid., p. 162.

de Dios no sale de sus labios hasta la noche de su total desesperación.

El agonista sabe que la religión no puede consolarlo ante la muerte. Al morir Gloria Bambil, Martín Tregua entra en una iglesia y allí está un rato parado "sin saber qué hacer,"<sup>1</sup> No había "ni un llanto en mí, ni una oración vocal, más que aquel penar, aquella protesta, aquella terrible desolación...."<sup>2</sup> Y había salido del santuario tal cual había entrado. La religión tampoco sirve de consuelo al Germán de Rodeada está de sueño, a quien, después de la muerte de su esposa, se le veía "andar y venir, como si ya nada en el mundo le importara poco ni mucho."<sup>3</sup>

Personalmente, Mallea tampoco encuentra consuelo en la religión y aunque repetidas veces trata de despertar en su interior la llama de la fé religiosa, nunca lo consigue.

Cuántas veces, en mis travesías, errando por los templos a las tardes, he sentido envidia ante esos hombres arrodillados frente a la gradación de velas encendidas en las naves calladas y desiertas. ¡Qué no hubiera dado por que no existiera ya en mí esta especie de vital orgullo, de vanidad de la fortaleza, que me hace resistir aun frente a toda idea de sometimiento piadoso a Dios!<sup>4</sup>

En otra oportunidad, encontrándose enferma su esposa Helena,

<sup>1</sup>Mallea, La bahía de silencio, p. 438.

<sup>2</sup>Ibid.

<sup>3</sup>Mallea, Rodeada está de sueño, p. 135.

<sup>4</sup>Mallea, Las Travesías, II, p. 101.

Mallea había entrado en una iglesia casi sin saber por qué, sin que ello provocara en su interior ningún cambio sensible.

A cambio de este ruego que sale de mis labios por la salud de Helena, ¿qué voy a ofrecer? Mi ánimo destruido y contristado siente que debe prometer algo, siente que debe prometer algo. Pero ¿qué? Todavía no tengo que ofrecer, más que la promesa de una unción, de una atención mayor de mi espíritu y de mi conciencia a la necesidad de la fe. Pero aún estoy tan encerrado en mi orgullo y mi resistencia invencible, en mi combate con el misterio y con Dios, que no puedo dar otra cosa que este acto de humildad....<sup>1</sup>

Polt sostiene que lo que Mallea "seems to reject most of all is religion's own rejection of life and emphasis on death."<sup>2</sup> Mallea hace conocer su opinión al respecto en un pasaje de La bahía de silencio:

Al regresar a casa pasábamos frente a la Iglesia de las Catalinas, en cuyo Cristo de mampostería señalaba con su reposo una paloma viva la caridad apostólica del brazo. In hoc signo vinces. Pero nos hacia falta creer en la vida.<sup>3</sup>

Y es esta creencia en la vida la que constituye el cimiento sobre el cual estructura Mallea todo su pensamiento. No ofrece, no puede ofrecer, soluciones intemporales, pero sí sostiene la convicción de que la vida humana, no obstante

<sup>1</sup>Ibid., p. 71.

<sup>2</sup>John Polt, The Writings of Eduardo Mallea (Berkeley-Los Angeles: University of California Publications in Modern Philology, vol. 54, University of California Press, 1959), p. 34.

<sup>3</sup>Mallea, La bahía de silencio, p. 23. El segundo subrayado es mío.

su finitud, puede adquirir un valor trascendente. Dicha transcendencia depende de lo que se haga de la vida temporal.

Mallea niega que el hombre pueda adquirir plenitud solo luego de su muerte. Le interesa vitalmente el problema de la existencia temporal, le obsesiona la posibilidad de adquirir fé en la vida misma. "La vida es afirmación, dice. Los dudosos, los opositores son siempre seres enfermizados...."<sup>1</sup> Ve entonces la vida como un proceso de continua creación interior, como un acto y no como una meditación. Y este acto consiste en la "exaltación severa de la vida" hasta el nivel sacramental, actitud que confiere valor y transcendencia a la vida humana.

Este estado de "exaltación severa de la vida" no implica sin embargo una cesación del estado de agonista. Por el contrario, dicho estado es más que nada la maduración por el sufrimiento.

Y la maduración implica, en el organismo donde se produce, un desarrollo de dolor; las células se distienden, los tejidos sufren en el vegetal; en el hombre, su capacidad de existir y de aprender es la que al madurar soporta padecimiento, esfuerzo por vencerse a sí mismo para sobrepasar un estado y llegar a otro superior, para ir de lo particular a lo universal, para multiplicarse en lo que tienen, existir y aprender, de ciencia. Y, según el Eclesiastés, "quien añade ciencia añade dolor."<sup>2</sup>

<sup>1</sup>Ibid., p. 368.

<sup>2</sup>Mallea, Historia de una pasión argentina, p. 108.

Las numerosas obras de Mallea han brindado al lector una larga galería de agonistas. En este capítulo, sólo se han estudiado a unos pocos, a algunos de esos seres que están en el trance del despertar y a algunos de los y que han querido ignorar el llamado de la vida. También se han estudiado algunas de las causas que hacen de la vida del hombre moderno una agonía. En los capítulos siguientes, se tratará de otros agonistas, de esos que se debaten en la más completa soledad, de aquellos que están ya embarcados en la búsqueda de su autenticidad, y de esos seres privilegiados que, como Chaves, han alcanzado y luchan por conservar su estado de plenitud existencial. Quienes quiera que sean, todos ellos llevan una cruz a cuestas, todos ellos son agonistas, hombres de carne y hueso que tratan de encontrar un sentido a la "terrífica incontestación"<sup>1</sup> de su existencia.

---

<sup>1</sup>Mallea, "Prefacio" a Poderío de la novela, p. 8.



## CAPITULO IV

### LAS ISLAS HUMANAS

Todo animal viviente ha sido dotado de una capacidad de comunicación con sus semejantes. En el animal irracional, esta capacidad está limitada a los espectos enteramente instintivos, es decir, que sólo se utiliza en circunstancias relacionadas directamente con el instinto de la supervivencia. El hombre, por su parte, siendo animal racional, deposita en su lenguaje toda su experiencia humana, su concepción abstracta del mundo y de la vida. Ser social por naturaleza, su lenguaje es más que nada el resultado de una necesidad imprescindible de transmitir sus pensamientos y experiencias personales a esos otros seres hacia los cuales se siente orientado.

La crisis del mundo contemporáneo ha prácticamente eliminado las posibilidades humanas de comunicación satisfactoria. Las relaciones interpersonales, tanto en el plano social como en el familiar, se han debilitado hasta el punto de recaer casi enteramente en el sistema impersonal de la palabra mecanizada. Debido a ello, hombres, instituciones y sociedades se han disasociado espiritualmente

hasta el punto que todo esfuerzo coordinado resulta prácticamente imposible.

En una sociedad donde el fenómeno del aislamiento humano es un hecho palpable, Mallea se presenta como un maestro de la presentación y análisis de los tipos solitarios, de los alienados espirituales. Dichos aspectos de su obra constituyen, sin duda, su característica más original, y ofrece, además, los tipos más interesantes de su vasta galería de personajes.

Entre los personajes malleanos, no existe aquel que, en una u otra forma, no pueda atribuir parte de su angustia a la sensación de encontrarse, no ya ante el abismo, sino solo, en completo aislamiento ante ese abismo. Y como en toda su obra, el interés que Mallea demuestra por la presentación de tipos solitarios se basa en la necesidad de expresión de su experiencia personal, del aislamiento ya experimentado desde muy joven. En Historia de una pasión argentina, libro de sus confesiones, describe Mallea su temprana propensión a la soledad,

Taciturno, me sentaba a comer tarde con mi familia. Este raro, este mudo, este muchacho sombrío de rostro más sensible que inteligente, con una pequeña luz desesperada, son una mutilación precoz de lo que debía ser alegre en sus ojos de escasos años, no sorprendía a esa familia de sensibles, de gente también silenciosamente humana. Me veían comer y escuchar, nadie me molestaba; luego salía a pensar, en la noche, que hace siempre lugar dilecto al huraño y solitario, en una deambulación larga de horas.<sup>1</sup>

---

<sup>1</sup>Mallea, Historia de una pasión argentina, p. 44.

Su contacto con las llanuras interminables y más tarde con la inalienable ciudad, habían consolidado su condición de solitario ante el mundo y los hombres. Ya en la gran ciudad, le había llamado poderosamente la atención ese abismal contraste entre el "gran palabrerío de algunos y un gran silencio de otros."<sup>1</sup> Su inclinación, naturalmente, se dirigió hacia esos solitarios, sobre quienes no cesaba de preguntarse, "¿en qué cantones vivían? ¿En qué regiones físicas, latitudes morales?"<sup>2</sup> Lo conmovía la soledad de esos seres huraños y reticentes en quienes el aislamiento adquiriría caracteres patéticos.

Para comunicar más eficazmente la idea del total aislamiento de esos hombres, Mallea hace uso abundante de imágenes. La que con más frecuencia utiliza es la del hombre-isla. Adrián es el primero de sus personajes en apercebirse de esta imagen de aislamiento. Su experiencia europea le enseña que esos seres que ve caminar tan agitadamente, en grandes grupos por las calles de París, son, no obstante, nada más que

...islas humanas...estas que salían ahora del café Viel, hacia el crepúsculo, las que entraban apretándose en el cine Rex a la hora de comenzar el espectáculo, las que se aglomeraban, con curiosidad, debajo del arco de la Estrella, en ese punto donde nace una llama mantenido con aceite; islas ese cotejo tumultuoso que al anochecer pasaba sobre los puentes

---

<sup>1</sup>Ibid., p. 109.

<sup>2</sup>Ibid., p. 102.

y continuaba su lento viaje a través de albergues o continuaba su paso cotidiano hacia el sitio de su individual recogimiento; isla el noble, el burgués, el obrero, impelidos por la suma de energía que gastaban diariamente hacia la región más solitaria de su persona, confinados en sí.

Aquellas islas eran el mundo, aquellas islas habitaban el planeta.<sup>1</sup>

En Historia de una pasión argentina, Mallea se refiere a sí mismo como una "isla de pie,"<sup>2</sup> es decir un solitario en estado de conciencia. Y en la misma obra utiliza una imagen similar para referirse a los habitantes de su país: "¿Qué era mi mundo americano sino islas desnaturalizadas, islas enfermas con la ilusión de su propio poderío personal, apartadas de toda concepción integral y creadora de la vida?"<sup>3</sup> Por su parte, Buenos Aires, la "ciudad implacable,...no efrece sino su humanidad caótica, compuesta de átomos individuales, cada uno de los cuales es una isla de desconocimiento."<sup>4</sup>

Es sin embargo en La bahía de silencio que Mallea explota más extensamente la imagen del hombre-isla. Una de las partes en que está dividido el libro lleva el título "Las islas," y en ella se refiere a todas esas "islas a la deriva" que conoce en Europa, a los derrotados, a los

<sup>1</sup> Mallea, Nocturno europeo, pp. 21-22. Los subrayados son míos.

<sup>2</sup> Mallea, Historia de una pasión argentina, p. 155.

<sup>3</sup> Ibid., p. 110.

<sup>4</sup> Eduardo Mallea, Conocimiento y expresión de la argentina (Buenos Aires: Sur, 1935), pp. 43-44.

inquietos, a los hastiados, a los diletantes. Todos ellos, Ferrier, Blanche Aloost y sus amigas, Atkinson, el profesor Autoriello, los socialistas italianos son "islas, esperanzas y tristezas aisladas."<sup>1</sup>

Arnold Chapman sugiere que la imagen del hombre-isla le sirve a Mallea el doble fin de transmitir la idea de aislamiento de sus personajes y al mismo tiempo indicar su inmovilidad dentro de un ambiente de fluidez.<sup>2</sup> Esta también parece ser la intención de Mallea, quien en su Nocturno europeo hace mención del "flujo del mar sin ruido que alrededor de cada ser marca su isla."<sup>3</sup> Sin embargo, este mar fluído tiene también su "bahía de silencio," un refugio para las conciencias sin precio de hombres "tal vez ineficaces,...tal vez ilusos,...tal vez algo perdidos; pero no fracasados."<sup>4</sup> Y en este lugar descansan esas islas humanas, a las que lame, sin corroerlas, "el mar de la furia, de la persecución y de la adversidad."<sup>5</sup>

En Todo verdor perecerá, Mallea hace despliegue de una serie de imágenes, entre las que la del desierto se repite con mayor frecuencia. Con ellas persigue, como

<sup>1</sup>Mallea, La bahía de silencio, p. 310.

<sup>2</sup>Arnold Chapman, "Terms of Spiritual Isolation in Eduardo Mallea," Modern Language Forum, XXXVII (1952), p. 23.

<sup>3</sup>Mallea, Nocturno europeo, p. 85.

<sup>4</sup>Mallea, La bahía de silencio, p. 452.

<sup>5</sup>Ibid.

siempre, reforzar la idea del aislamiento del hombre dentro de un ambiente de total devastación y esterilidad. En el páramo donde habitaban Nicanor y Agata Cruz, toda la naturaleza estaba "sumida en su tremenda desolación"<sup>1</sup> y allí, "los días y las noches caían sobre ellos como una capa de mutismo."<sup>2</sup> En este ambiente, Nicanor semejaba "un desierto de agrura,"<sup>3</sup> y Agata, "semejante al crustáceo mimético adherido a la roca, de tanto duro morar en el mismo desierto interior, había venido a tomar cierta amarga dureza...."<sup>4</sup> Ahora, ella existía solo "portando en el vientre desierto y en el alma desierto, y en el corazón desierto y en la mente desierto."<sup>5</sup> En su angustiada soledad, ella se comparaba a un animal friolento y triste, ya que "ninguna mirada es más intensa que la de los animales que miran sin voz."<sup>6</sup> El aislamiento de Agata también se remontaba a su adolescencia, ya que había crecido "sin creencia, dura, hermética, huraña, como un cachorro en despoblado"<sup>7</sup> y muchas veces "semejante a la raposa presa en la caja, miraba la movilidad

<sup>1</sup>Mallea, Todo verdor perecerá, p. 44.

<sup>2</sup>Ibid., p. 14.

<sup>3</sup>Ibid., p. 51.

<sup>4</sup>Ibid., p. 19. El subrayado es mío.

<sup>5</sup>Ibid., p. 17. El subrayado es mío.

<sup>6</sup>Ibid., p. 116.

<sup>7</sup>Ibid., p. 23.

del mundo exterior desde una distancia remota."<sup>1</sup>

A Marta Rague, la soledad se le ocurre personificada en la imagen de una "horrible navegación sin puertos por la que su vida andaba consumiéndose,"<sup>2</sup> mientras que Martín Tregua compara a los solitarios europeos con la "escuadra de tripulantes de la noche,"<sup>3</sup> y con "la tripulación del fracaso."<sup>4</sup>

A menudo, la soledad se hace cuerpo en un objeto inanimado. En Los enemigos del alma, es Villa Rita, la vieja y mohosa mansión de los Guillén la que mantiene prisioneros entre sus altas paredes a sus moradores. En ella, los tres hermanos son "presos eternos,"<sup>5</sup> mientras que "el destino de los demás es cosa abierta y sin paredes."<sup>6</sup> La magnífica casa de los Ricarte, fruto de sus años de labor próspera, se convierte también en prisión para las generaciones posteriores. "El abandono era dueño de aquellos recintos, de aquel edificio, y como demonio poseedor...debía sentirsele campando por sus fueros...."<sup>7</sup>

<sup>1</sup>Ibid., p. 33.

<sup>2</sup>Mallea, Fiesta en noviembre, p. 101.

<sup>3</sup>Mallea, La bahía de silencio, p. 309.

<sup>4</sup>Ibid., p. 310.

<sup>5</sup>Mallea, Los enemigos del alma, p. 47.

<sup>6</sup>Ibid., p. 16.

<sup>7</sup>Mallea, La torre, p. 12.

Gloria Bambil siente su vida como una condena a la soledad, y en su caso, ésta se presenta en forma de cuartos, en los cuales a veces hay ventanas, pero nunca, salidas.

Primero estamos en un cuarto anterior a la vida, y después en un cuarto que es la carne materna, y después en otro cuarto más, el último....La vida... es una serie de cuartos....una sucesión de cuartos, siempre cuartos....Habitaciones cerradas. Uno se puede asomar a la ventana pero no salir.<sup>1</sup>

Cada uno de estos seres busca desesperadamente una posibilidad de comunicación con sus semejantes, ya que comprende que le es imposible alcanzar ningún grado de plenitud por sí mismo. Es por ello que los escritores existencialistas consideran muy seriamente el problema del aislamiento humano, y las posibilidades de establecer una comunión efectiva, posibilidad que Sartre, a priori, descarta totalmente. Es obvio que existe un límite al conocimiento de otros seres humanos, quienes en su interior siempre conservan una zona desde la que aparecen como extraños. De ellos se deduce que todo aislamiento no puede ser totalmente eliminado, sino más bien reducido. "All we can do, dice Heinemann, is to remove it el aislamiento from the foreground to the background and deprive it of its central position and of its emotional power...."<sup>2</sup>

Este es un tiempo de grave crisis, y el hombre necesita comunicarse con sus semejantes, bajo peligro de

<sup>1</sup>Mallea, La bahía de silencio, pp. 429-430.

<sup>2</sup>Heinemann, op. cit., p. 173.



sumergirse en un estado de total desesperación. Es por ello que la preocupación más grave del existencialista es, forzosamente, la de la comunión humana, que Blackham califica como "the most precious and the most fragile of all possible achievements."<sup>1</sup>

Mallea declara que lo que el hombre moderno contempla a su alrededor es "el cuadro de un bosque poseído por los hielos inmóviles y cruzado por los vientos diurnos y nocturnos de...furias desatadas...."<sup>2</sup> Como consecuencia, experimenta en su ánimo una insuperable aflicción; "aflicción tal, que la necesidad de una solidaridad humana nos invade hasta hacerse un dolor mucho más que de la carne, un dolor fluido y central, un dolor, categóricamente hablando, de la sangre."<sup>3</sup>

En La vida blanca, Mallea insiste en ese sentido de solidaridad que debe regir la existencia humana, si es que se ha de salvar el individuo.

Este es un tiempo invernal. Hombres y paisajes entran ahora en los altos fríos de la verdad. Las antiguas protecciones, las antiguas estufas, los jardines de invierno de la autocomplacencia, los aparatos del almohadamiento individual (y sus complicaciones recalentadas) ya no sirven. Este en un tiempo hiemal y el hombre necesita del hombre. Cada cual deberá dar esto o aquello.<sup>4</sup>

<sup>1</sup>Blackham, op. cit., p. 58.

<sup>2</sup>Mallea, El sayal y la púrpura, p. 49.

<sup>3</sup>Ibid.

<sup>4</sup>Mallea, La vida blanca, p. 23. El subrayado es mío.

Es por ello que Mallea considera el aislamiento o la falta de comunicación como impedimentos o graves peligros para la reafirmación del ser humano y su ulterior plenitud.

"Sólo por el espíritu y la comunión humana, orientados en el sentido de un orden, dice, es capaz de sobreponerse el hombre a la desesperada aflicción impuesta por ese imperio condenatorio del espacio."<sup>1</sup>

Mallea no niega la posibilidad de establecer una relación humana, ya que el hombre está ligado a la humanidad por ciertos lazos naturales. En el mundo sostiene,

Nada está aislado, el aislamiento total es tan imposible como la nada total, y la grandeza de un ánimo inteligente no consiste en proclamar lo raro y solitariamente pujante de su condición sino en hallar constantemente los rasgos más ocultos e imprevisibles de relación con el universo.<sup>2</sup>

Pero, por otra parte, también reconoce que la comunicación humana no es un proceso fácil, y el hombre constantemente se halla confrontado, en total soledad, con ese espacio infinito que hace oído sordo a sus desesperadas interrogaciones:

¿Por qué el espacio no oye nada, parece tan grande oído? La noche y el día, esas dos grandes orejas, sordas. La vida, esa oreja sorda. La muerte, esa oreja sorda. Nada oye. O mejor: todo oye; pero nada nos oye. Todo lo oímos y nada nos oye. Un oído inhabitado, una voz inescuchada; he

---

<sup>1</sup>Mallea, Conocimiento y expresión de la Argentina, p. 42.

<sup>2</sup>Mallea, El sayal y la púrpura, p. 61.

ahí la condición del ser.<sup>1</sup>

De ello se deduce la imperiosa necesidad que tiene el hombre contemporáneo de encontrar un interlocutor. Marta Rague considera que si ha de vivir plenamente, es imprescindible comunicarse, ya que "Vivir ¿qué sino multiplicar nuestra relación universal?"<sup>2</sup>

La necesidad de dicha relación universal se debe a que el hombre necesita completarse en otros seres ya que,

Nadie es uno mismo, uno solo. Somos lo que reflejamos. Somos lo que los otros son en nosotros y lo que nosotros somos en los otros. Solo lo que se refleja se vive. La falta de reflejo es la muerte, y los disturbios del reflejo son la locura moral, siendo la locura enajenación, esto es, distracción del orden exterior y del interior. Cuanto más viviente es un hombre más grande es la porción de universo que su espíritu refleja--o sea: que contiene en estado de acción y reacción.<sup>3</sup>

Aunque Mallea cree básicamente en la posibilidad de una comunión humana, en sus obras, y fiel a su costumbre, sólo presenta el conflicto, sin que aparezca nunca el problema ni solucionado, ni en vías de solución. Sus agonistas, y él mismo, siempre se ven en el trance desesperado del aislamiento y luchando por comunicarse con sus semejantes. Mallea relata sus esfuerzos personales en dicho sentido en Historia de una pasión argentina y en dos

<sup>1</sup>Mallea, El retorno, p. 144.

<sup>2</sup>Mallea, Fiesta en noviembre, p. 152.

<sup>3</sup>Mallea, "Meditación en la costa," en Obras completas, p. 548.

volúmenes de Las Travesías. En uno de estos últimos, confiesa que

El escribir tan es una operación compensatoria de mis zonas silenciosas, que una vez logrado el objeto de mi expresión ya no me interesa su destino for-  
tuito y exterior, y por mí ni siquiera publicaría mis libros, salvo aquellos, los menos artísticos, escritos pidiendo diálogo.<sup>1</sup>

Y un año más tarde, en 1962, confiesa su derrota en el sentido de no haber logrado este diálogo y por lo tanto no haber servido a su propósito de ser útil con él a sus semejantes.

Hoy, qué es lo que no me pregunto, qué es lo que no me deja el resabio melancólico de haber servido a mis semejantes--y sobre todo a los más queridos--de poca cosa, y de haber errado por la vida creyendo que la vida era lo suficientemente buena como para ayudarme a ser lo que en definitiva no he sido, o sea un alma productora, para otras almas, de beneficios reales en la escala que soñé.<sup>2</sup>

Entre sus confesiones personales, abundan las referencias a sus esfuerzos de comunicación, entre los que llaman particularmente la atención las referentes a una mujer a quien sólo nombra con la inicial H., y que presumiblemente se trata de su esposa Helena. En un momento dado, durante su misión diplomática en París,<sup>3</sup> H. se le

<sup>1</sup>Mallea, Las Travesías, I, p. 43. Los subrayados son míos.

<sup>2</sup>Entre 1955 y 1958 Mallea sirve en París en calidad de Embajador Argentino ante la Unesco, con sede en París. El subrayado es mío.

<sup>3</sup>Ibid.

acerca tratando de decirle algo. En el temblor de sus ojos tristes, él advierte que

...no queda ya más palabra que su ineficacia.

Advierto lo que quiere decirme. Por una vez más se eleva sin expresión su intento de que nos entendamos, de que depongamos nuestra mutua inabable discordia, de que vencamos sin palabras la desinteligencia que la vida abre entre nosotros dejando nuestras explicaciones impotentes.

No me dice nada. Sólo me mira; y yo veo temblar en sus ojos tristes la insuperable ineficacia humana para aclarar patentemente las oscuras, las cansadoras vías de nuestro insuperable descontento.<sup>1</sup>

El se había sentido entonces como un extraño, experimentando en su espíritu una serie de sensaciones dolorosas que habían culminado en el gesto de impotencia de aquél que se sabe vencido sin remedio.

En el interior de aquella mujer a la que yo quería, de pronto me encontré perdido. Nada estaba en el lugar que yo le conocía....De familiar que era, yo estaba vuelto un intruso; se me asignaban en aquel interior algunos lugares tristes; una especie de central orpobio me recogía cuando yo llegaba rechazado por cada rincón. Yo, insensato, volvía a insistir en acomodarme en algún ángulo aún hospitalario; mi sorpresa se escandalizaba al verme tratado con tan poca consideración, con ningún halago. Se encendían en mí las más airadas protestas. ¿Cómo se habían cambiado tantas cosas relativas a mí en aquel interior?...Me indigné mucho. Armé una gran alharaca. Enardecí mis tones....Sin decirlo me debatía intensamente por llegar a una conclusión sobre tan profundo cambio. Ignoraba lo que sucedía. Hallaba inexplicable la falta de consulta con que aquel interior personal, interior de mujer, había tenido la osadía de alterarse, perjudicándose con su alteración, pues la alteración me situaba en extraordinaria desventaja después de haberme desplazado de la sede de mis privilegios, dejándome sin ellos y sin ella.

---

<sup>1</sup>Mallea, Las Travesías, II, p. 70. El subrayado es mío.

Pasé así algún tiempo en medio de la mayor agitación. Luego esa agitación fue decreciendo, mis arrebatos apaciguándose, mis indagaciones disolviéndose en cada vez más solitarios refunfuños; y permanecí al fin como uno de esos pájaros perseguidos, que después de haber agitado ante el cazador las alas vivas, se pliegan y entregan para morir.<sup>1</sup>

Tanto Mallea como sus agonistas son grandes caminadores, que arrastran tras sí su dolorosa soledad. Durante sus largas caminatas, cavilan y desesperan sobre su existencia y su aislamiento. La mayor parte de estos seres son caminadores de ciudad, caminadores de Buenos Aires, por cuyas calles van buscando otra alma humana con quien solazarse. Pero la capital, aunque alberga a millonas de almas, es un gran "cosmos de piedra,"<sup>2</sup> un páramo mudo y glacial que no ayuda a comuniones, sino que es un fondo disociativo de almas.

Es por la "casi irracional crueldad"<sup>3</sup> de esa ciudad, que solo sirve de refugio al gran silencio de sus habitantes, que Mallea continuamente la recuerda apesadumbrado,

¡Qué extraño desierto tendido junto al río  
más extraño, del mundo!... Allí se respira una atmósfera  
áspera y la gente no está unida por palabras sino  
por un cargado mutismo....

.....  
Es un gran silencio en marcha. Millones y millones  
de hombres americanos que se están buscando; los  
ojos cargados, taciturnos, la boca dramáticamente

<sup>1</sup> Ibid., pp. 71-72.

<sup>2</sup> Mallea, Historia de una pasión argentina, p. 125.

<sup>3</sup> Ibid., p. 57.

plegada en ese obstinado silencio....<sup>1</sup>

Mallea confiesa que fue esa incomunicabilidad crítica del medio metropolitano lo que le dió la idea de su primer relato con materia de fondo, el cuento "Sumersión," cuyo tema es "la mortal soledad del hombre en un medio hermético."<sup>2</sup> Y agrega que fue asimismo el problema de las "almas errantes y desasidas frente a la urbe"<sup>3</sup> lo que le fue también dando poco a poco los asuntos posteriores, que más tarde habrían de publicarse en La ciudad junto al río inmóvil.

De todos los relatos incluidos en dicho volumen es "Sumersión," sin duda alguna, el que mejor describe las impresiones de un solitario ante la inhumana y muda recepción que le brinda la ciudad. Avesquín, el inmigrante europeo, había venido a Buenos Aires al morir su esposa. Buscando ansiosamente un nuevo destino, había querido penetrar el alma de la ciudad, conocerla y conocer a sus habitantes. Casi inmediatamente se había dado cuenta que todo en ella engañaba. Como sus mujeres, dejaba acercar al extraño con la invitación de sus formas tentadoras, para "mostrar después el hierro rojo y asentarlo con

---

<sup>1</sup> Mallea, "Introito" en La ciudad junto al río inmóvil, p. 11.

<sup>2</sup> Mallea, La guerra interior, p. 37.

<sup>3</sup> Ibid.

delectación."<sup>1</sup>

Como él, otros siete mil inmigrantes por semana llegaban poseídos de "una sed de inmediata conquista,"<sup>2</sup> pero, en la "vaga tierra de nadie de la ciudad"<sup>3</sup> pronto se retorcián de dolor ante su carne marcada. Solo los fuertes conseguían entrar, más tarde, en la ciudad. Los débiles ya nunca abandonaban ese barrio lejano donde habían construido todas sus defensas contra la invasión de la ciudad.

Avesquín había desembarcado lleno de ilusiones y ávido de todo lo que la ciudad parecía querer ofrecerle. Y en esos primeros momentos, había sentido una profunda gratitud hacia los hombres de esa ciudad que pasaban "sin fijarse en él, sin notar su condición, su áspero aire extranjero."<sup>4</sup> Pero muy pronto, lo que al principio le había parecido una caritativa indiferencia, se le había revelado como hurañez de carácter. "¡Extraña gente--exclamó--extraña gente!"<sup>5</sup>

Todos esos hombres se movían solos, abstraídamente, en lo que parecía una glacial peregrinación a sus

<sup>1</sup>Mallea, "Sumersión" en La ciudad junto al río inmóvil, p. 16.

<sup>2</sup>Ibid.

<sup>3</sup>Ibid.

<sup>4</sup>Ibid., p. 23.

<sup>5</sup>Ibid., p. 24.



ocupaciones diarias. Avesquín comprobó casi inmediatamente "su sordera ante este mundo. Sordo, sordo, aislado en una atmósfera espesa en medio del aire veloz."<sup>1</sup> Este descubrimiento desequilibró su persona, y empezó a invadirlo el silencio, "grandes grumos de silencio."<sup>2</sup>

Sus ojos pronto adquirieron la fijeza mortal de la obsesión que lo perseguía. Necesitaba descubrir la fórmula de la comunicación humana en ese desierto de almas, movidas sólo por intereses personales que los sostenían, "como el pasto atado a la cabeza que el caballo persigue,"<sup>3</sup> por una serie de "objetivos concretos y constantes que iban a desembocar, sin transición, en la muerte."<sup>4</sup> Poseído de angustia, entre esa multitud apresurada "le parecía caminar hacia atrás,"<sup>5</sup> en una trayectoria de total desencuentro que no podía traerle ni una palabra, ni una comunicación. Y es que en Buenos Aires, "cada uno tenía su ruta; en esta vieja ciudad las rutas eran paralelas, como sus calles."<sup>6</sup> Y era por ello que "un enorme silencio

<sup>1</sup>Ibid.

<sup>2</sup>Ibid.

<sup>3</sup>Ibid., p. 27.

<sup>4</sup>Ibid.

<sup>5</sup>Ibid., p. 26.

<sup>6</sup>Ibid. Años más tarde, Ernesto Sábato utiliza la imagen de túneles paralelos para ilustrar la idea de total aislamiento.

gravitaba sobre la ciudad.<sup>1</sup>

En ese ambiente de muerte, Avesquín caminaba a la deriva por calles interminables, hasta llegar a la zona portuaria donde el estrépito de los muelles le comunicaba brevemente con el mundo exterior. Pero eso era todo. Y así, su vida "fluctuaba como un leño, en el foso circundante de la metrópoli, sin penetrarla, como un leño seco e inerte. No tenía comunicación con nada."<sup>2</sup> Y lo que necesitaba más que nada "hablar, hablar."<sup>3</sup> La ciudad, sin embargo, no se le abría en sus hombres. Y por ello, Avesquín "concibió un odio indecible por ese desierto populoso y edificado."<sup>4</sup>

En sus paseos nocturnos por los muelles ya desiertos, le había ido invadiendo un sentimiento en forma de una "alucinación angustiosa."<sup>5</sup> Isla a la deriva, se sentía acosado, pero "no sabía decir por qué, por qué mal."<sup>6</sup> En todas las noches, en el desierto portuario, Avesquín sufría el padecimiento de los impotentes.

Escuchaba el silencio y el eco del silencio y esta acumulación pasiva lo ensordecía. Por momentos, un

<sup>1</sup>Ibid.

<sup>2</sup>Ibid., p. 20.

<sup>3</sup>Ibid., p. 32.

<sup>4</sup>Ibid., p. 25.

<sup>5</sup>Ibid., p. 18.

<sup>6</sup>Ibid.

espasmo de rabia amenazaba ahogarlo. Todos los esfuerzos no le alcanzaban para imponer una violencia física a su protesta, a esa rebeldía repentina que ansiaba armar, fortificar, contra el desierto opresor. Todo sucedía en el bajo la superficie. Con esta fuerza, con estos brazos, cómo resignarse a errar sin hallar una mano cuya amistad pudiera ponerse a prueba, un obstáculo con el que medirse. Y no le parecía marchar hacia la vacía inmensidad, sino que la inmensidad viniera hacia él, amenazándolo con esas masas descomunales que angustian las pesadillas de los niños. Sentía los ojos abiertos ante esa amenaza y sufría, se tenía lástima; caminaba rebelándose y apagándose, un instante exaltado y otro preso de un infinito desaliento.<sup>1</sup>

Una tarde, había abandonado el hotel con la cabeza agolpada de las palabras oídas durante el día, ese "tropel de palabras inútiles, como un asqueroso vómito."<sup>2</sup> Perseguido por una loca ansiedad, por una apresuramiento casi fatal, se había metido en un cine. Fue allí donde el encuentro casual con una muchacha había hecho renacer momentáneamente su esperanza de encontrar un eco humano. Pero cuando ella se mostró dispuesta a entregarle un cuerpo cuyo ánimo estaba ausente y cuyos ojos se "proyectaban hacia un mundo remoto."<sup>3</sup> Avesquín había vacilado, con ese "infinito destiempo que preside los encuentros humanos."<sup>4</sup> Y luego, al acercarse otra vez a ella,

... como tocado por un grito interno, espantoso, detuvo de golpe su mano. Inmóvil, habría unos ojos

<sup>1</sup> Ibid., p. 38.

<sup>2</sup> Ibid., p. 39.

<sup>3</sup> Ibid., p. 47.

<sup>4</sup> Ibid., p. 48.

desmesurados. En toda su infinita hondura abarcaba--mirando la dulce piel femenina, los labios entreabiertos, la mansa y repugnante espera--el abismo que se-  
paraba su angustia de ese objeto de goce.<sup>1</sup>

Y había huído de ella, y con ella, de la ciudad. No tenía razón de estar allí, en ese cuarto donde su "volumen humano sobraba en esa feria de carne velozmente dirigida hacia éxitos concretos."<sup>2</sup> Ni tampoco tenía razón de estar en esa ciudad que lo desconocía.

Corriendo locamente había llegado al puerto, donde había caído jadeante, oprimido por la angustia, contemplando los buques en que ahora cifraba su esperanza de huir. Luego,

...se incorporó despacio, sin pararse. Podía esperar el alba así, inmóvil: las embarcaciones estaban cerca. Las miró con alivio y esperó, antes de volver los ojos hacia esa elevación ya distante, donde comenzaba la ciudad, sus edificios, el páramo inmenso: Buenos Aires.<sup>3</sup>

Asaltado, como Marta Rague, de la idea de que para vivir le era necesario proyectarse, comunicar sus emociones, sus pasiones, Avesquín se había lanzado en búsqueda desesperada de climas humanos, sin que sus esfuerzos por las calles de la ciudad le hubieran devuelto más que su propio e inmensamente fatigado caudal humano. Había ido hacia la ciudad una y otra vez, siempre buscando

<sup>1</sup>Ibid., p. 49.

<sup>2</sup>Ibid., p. 50.

<sup>3</sup>Ibid., p. 51.

calor humano, y siempre había chocado contra esos "muros y muros, estupendas falansterios rectangulares; contra todo esto había rebotado, y volvía, traído por el violento rechazo."<sup>1</sup>

Con el alejamiento de Avesauín, Mallea deja establecida la necesidad de que toda comunión humana transponga los límites puramente verbales o sexuales, y se consolide en un profundo espíritu de donación hacia el objeto de dicha comunión. Avesquín no se conforma con establecer un contacto superficial y epidérmico con la ciudad, como tampoco lo satisface la idea de una comunicación meramente sexual con una joven cuya alma escapa hacia otras direcciones. El cuerpo rendido de la muchacha se le ofrece como se le ofrecía la ciudad, en una comunicación mecánica e impersonal. Y es por ello que Avesquín rechaza a ambas a un mismo tiempo. A su llegada a la ciudad las había mimetizado en su profundo rigor para el extranjero, y era por ello que ahora se le hacía necesario huír de ambas al mismo tiempo.

Si bien un gran número de los personajes malleanos experimenta el más completo aislamiento frente a un cosmos o a una naturaleza humanizada, ningún aislamiento es más desesperante que el de aquel que se encuentra solo frente a sus semejantes. Es por ello que Mallea concentra su

---

<sup>1</sup>Ibid., p. 39.

atención en las relaciones interpersonales de sus agnistas.

Considerando que el instinto natural de todo ser humano es el de comunicarse con otros de su especie, sorprende en Mallea el número de personajes que se aferran a un estado de permanente aislamiento, aunque lo hacen por razones muy diferentes. Uno de estos curiosos casos de aislamiento es el de los hermanos Guillén, Mario, Cora y Débora, quienes habitan Villa Rita, la vieja casa paterna. Huérfanos desde muy temprana edad, los tres se habían criado solos, bajo la vigilancia tiránica de Débora, la mayor. Al iniciarse el relato, el odio, el resentimiento y la constante animadversión han destruido ya toda posibilidad de comunicación entre ellos. Curiosamente, sin embargo, los tres se sienten poderosamente ligados por ese mismo odio mutuo, y por Villa Rita, el mudo testigo de sus interminables antagonismos.

Los tres hermanos habían vivido en Villa Rita desde su nacimiento. "Presos en esta casa, los aprisionaba su destino."<sup>1</sup> Pero no era ésa su única cadena. Cada uno de ellos llevaba dentro de sí su propia prisión. Mario, el mundano, el enamorado de las cosas, es la encarnación misma de la arrogancia y la suficiencia que no necesita de ningún contacto humano para su complementación. No

---

<sup>1</sup> Mallea, Los enemigos del alma, p. 16.

conoce el significado de la donación personal, cualidad que Mallea considera indispensable en todo contacto personal duradero. Mario se basta y sobra a sí mismo y su vida comienza y termina en su persona.

--Yo no creo en lo que me sobrepasa--declaró, y parecía enamorado del relumbro de lo que decía. --Lo que me sobrepasa me excede. No. No creo en Dios--no creo en nada. Soy un hombre absoluto. Un hombre total es total en sí mismo. ¡La credulidad cuesta tanto! Las ideas sublimes nos arrancan pedazos. Nos desconciertan, nos sacan de nosotros, nos arrebatan el centro, y debido a ellas parecemos muñecos de nosotros mismos: fragmentarios, débiles, seguidores de excesos. ¡Yo soy un hombre en mí; y en mí me consumo! ¿Qué falta me hace deformarme en otras medidas, en otras desmesuras así como que falta les hace a nuestros trajes ser estirados por cuerpos que no son los nuestros?<sup>1</sup>

Sobre todo lo que no fuera él mismo, Mario se deslizaba con la viscosidad gelatinosa de una serpiente que resbala sobre los objetos sin quedar en ninguna parte.

En su mano usa un anillo enorme en la que una serpiente rodea unas facciones humanas de cuya boca sale una "lengua bífida de reptil."<sup>2</sup> Todo ello alude, simbólicamente, dice Polt, "to the vanity and evil of the words of the mundane man, trapped in the circle of his own deception."<sup>3</sup>

Mario se detiene solamente en sí mismo, pero en su ser superficial, esa figura elegante y dandiesca que tanto

<sup>1</sup>Ibid., pp. 180-81. Los subrayados son míos.

<sup>2</sup>Ibid., p. 172.

<sup>3</sup>Polt, op. cit., p. 73.

le gusta admirar en la proliferación de espejos de su cuarto y en su propio retrato. Mario era un hombre que "se gustaba,"<sup>1</sup> y por ello experimentaba una sensación exagerada de satisfacción contemplándose continuamente en las lunas de los espejos. Así también se hacía compañía, deleitándose en sus pensamientos de vencedor de otros seres, de cazador humano.

Era un privilegiado. En la vida, en el mundo, hay los tímidos y los otros; él pertenecía a los otros. ¡Y en qué grado! Le relucían los ojos y los dientes en la comprobación. En un grado eminente, con cierta inexorabilidad triunfante que lo tornaba en una especie de maganate de sí mismo, de Dios y señor de sí mismo, de conquistador de sí mismo-- y por consiguiente de los otros, recua tímida, y del mundo.<sup>2</sup>

Después de una grave crisis mística, de aquel tiempo de terror sagrado que le había oprimido convirtiéndolo en una especie de loco suelto, de taciturno emocionado, se había reincorporado al mundo con más furia que antes. Nadie supo jamás lo que en su interior había experimentado en ese trance ni en ningún otro momento de su vida, ya que Mario jamás se confesaba con nadie, pues ansiaba conservarse "entero por dentro, entero para sí mismo."<sup>3</sup> Una sola confidencia comunicada le parecía constituir la pérdida de una parte de su ser, porque "el que se cuenta

<sup>1</sup>Mallea, Los enemigos del alma, p. 18.

<sup>2</sup>Ibid., p. 19.

<sup>3</sup>Ibid., p. 21.



se fragmenta; y el que se fragmenta se debilita."<sup>1</sup> Su verdadero yo era el yo hermético que Mario conservaba bajo llave en lo profundo de su ser, y al que para disimular estallaba a menudo en carcajadas, en risas interminables o en un palabrerío inconsecuente. Admirador de Nietzsche, la vida constituía para él un juego cínico y cruel en el que los despojos pertenecen al más avezado, al más tramposo, al más egoísta.

No obstante su mundanal aire de seguridad, Mario no osaba viajar a la capital, temeroso de su anonimato entre la multitud metropolitana. Necesitaba constantemente estar rodeado. Arrojado desesperadamente sobre la vida, no se toleraba ni un minuto de debilidad, "no resistía a la idea de quedarse a solas consigo mismo."<sup>2</sup> Solo rodeado de su corte se sentía seguro. Era por eso que detestaba los domingos, porque era "el día de los otros, el día de las gentes con intimidad."<sup>3</sup> En esos días de absoluta soledad, recurría, como siempre, a la compañía del espejo.

Nada soportaba menos que eso, quedarse solo. Era como si en su sitio no quedara nada; salvo el fastidio. Necesitaba mirarse al espejo para reencontrarse: el espejo le devolvía su figura, le revelaba desde afuera esa presencia que desde adentro

<sup>1</sup>Ibid.

<sup>2</sup>Ibid., p. 87.

<sup>3</sup>Ibid., p. 225.

no se sentía concreta. Al mirarse, aparecía él. Sin el espejo, desaparecía. Fuera del espejo, solo el hacer, hacer cosas, le daba la idea de existir. En las pausas, quedaba un vacío; una desazón, un tedio, algo infinitamente intolerable. No era él sino cuando salía a cazar cosas. No existía sin las cosas. Deseaba, codiciaba las cosas. Todo el resto era tedio y fastidio.<sup>1</sup>

Cora, la carnal, vivía sumergida en el mayor de los hastíos. Lanzada vertiginosamente en pos de sus deseos sensuales, sus relaciones amorosas solo le producían decepción, insatisfacción, y la devoraba constantemente una atmósfera de fatal desasosiego. En esos encuentros, Cora sólo brindaba su cuerpo, nunca su ser. Los hombres que la codiciaban creían contentarse con que ella se entregara de cualquier forma, pero luego reconocían su error, ya que no se contentaban con una relación impersonal.

Ningún hombre busca a la postre de otro ser más que escuchar de ese fondo una palabra que venga dirigida a él. Nadie busca en la carne más que su carne, nadie busca en el amor más que su propio eco; aún el más santo se ahogaría al percibir el reflejo de su dávida. Y ella no les hablaba nunca a ellos. No les decía nunca cosa alguna referente a ellos. Todo cuanto hablaba les era exterior, ajeno, incommensurable, irrevocablemente lejano. Y cada vez más, cada vez más. Nunca les volvía la cara; podía darse toda, entera, materialmente hablando, sin volverles más que la cara del cuerpo. Pero la otra-- la que todos, después, buscaban, la que todos después querían, la que todos después buscan y quieren-- esa se mantenía remota, extraña, eternamente dirigida hacia otras cosas.<sup>2</sup>

<sup>1</sup>Ibid., p. 227.

<sup>2</sup>Ibid., pp. 68-69.

Y Débora, la mayor, ese espíritu maligno que atisbaba constantemente el ir y venir de sus hermanos, sólo vivía en la medida de sus vidas. No parecía tener alma propia. Era más que nada un inmenso vacío en la que despertaban ecos las acciones de Mario y Cora.

Tal sensación de no ser ella sino otra, de estar extrañamente transferida, de no tener adentro más que un sitio hueco y desocupado desde el que presenciaba los movimientos de otra persona.... Esa curiosa alteración, esa impresión de no estar habitada por una sustancia que perteneciera a ella, sino por un vacío en el que solo despertaban reacciones o ecos los actos de los demás, las acciones y potencias de los seres próximos, sus fortunas y caídas, la había sentido muchas veces.... ¡Qué no hubiera dado por tener un alma, por ese habitante que nos puebla a todos!<sup>1</sup>

Siempre la molestó lo que otros tenían, lo que otros vivían. Con todo el ser atado por los lazos de un orgullo demoníaco, Débora no podía realizar el esfuerzo de donación personal para establecer un contacto humano. Ella había tenido la ocasión de salir de esa tremenda prisión interior en la que agonizaba día a día, pero había rechazado ese contacto en un orgulloso ímpetu. Ahora ya era tarde, y más que buscar desvanecer su orgullo, Débora se refugiaba en él, buscando llenar con él ese tremendo vacío interior. Como Mario, aunque por diferentes motivos, desconocía el significado de un acto de donación personal, cuya sola mención la llenaba de horror.

---

<sup>1</sup>Ibid., p. 342.

Un oscuro y poderoso orgullo le impedía volver los ojos a cualquier imagen teñida de piedad. Rechazaba los auxilios. Repelía por humillante la asistencia. Antes de descender a solicitarlos prefería escapar a las alturas de la peor y más oprobiosa soledad, como un viajero que camina de propósito hacia la tormente; y no había idea ni ser divino o humano a quien se hubiera resignado a confiar o participar un adarme de sus malogros almacenados. Ningún horror la acosaba como el horror adverso de dar o de pedir. Mataba su necesidad en agraz, del modo como la madre criminal suprime recién dado al hijo de su vientre.<sup>1</sup>

Aunque Débora se detestaba por aquel orgullo demoníaco al que amaba con pasión, no hacía más que sustentarlo y fortalecerlo. En él se escondía, y en él vivía, y también por él sufría la más espantosa de las soledades. El único pensamiento capaz de sostenerla en medio de su frustración se inspiraba en el odio que sentía hacia esos hermanos que gozaban de todo lo que a ella la vida le negaba. Sentía la seguridad de que esos seres de cuyas vidas vivía solo un eco, habrían también de llegar, como ella, al puerto de la frustración.

Así vivían estos tres monstruos humanos, prisioneros de su propia cárcel interior, insaciados de lo que no sacia. Mario insaciado del mundo, Cora de hallar el goce en los sentidos, y Débora, de orgullo y resentimiento, de total frustración y doloroso mutismo.

Desde los tiempos de su infancia, los Guillén no se comunicaban con nada. Ni aun el contenido de sus trampas los retenía; escapaban prontamente a

---

<sup>1</sup>Ibid., pp. 199-200.

otra cosa, iguales a cazadores que dejaran en el cepo al zorro habido, vacando a buscar más ejemplares. Las palabras les servían de puente, pero de un puente que, sueño nefando, careciera de márgenes y estuviera perpetuamente tendido en el aire, sin comarca de partida ni comarca precisa de llegada. Era la desesperación.<sup>1</sup>

Esa cárcel interior los separaba del mundo exterior, de los otros hombres. Pero había también otra cárcel, la de los muros de Villa Rita, que los mantenía en una forzada convivencia familiar que detestaban, pero de la que no podían escapar. Esa convivencia en la casa que "los crió y los encerró,"<sup>2</sup> los ahogaba. Los Guillén odiaban Villa Rita y "la odiarían mientras que vivieran en ella. Creían ir a pudrirse allí, sin redención ni separación. Inexorablemente atados sin tener por qué estar atados."<sup>3</sup>

No existía ningún lazo de unión entre los hermanos. Es más, se detestaban. Juntos, nunca hablaban, sino que disputaban, cada uno desde su rincón, en la posición de un animal listo a defenderse de un ataque inminente. Y sin embargo, los unía un lazo aún más fuerte que el de la sangre.

Estaban unidos por su condición. Y su condición era compartir el cruel misterio de la desunión humana, haber nacido de recelo y de separación,

<sup>1</sup>Ibid., p. 228.

<sup>2</sup>Ibid., p. 25.

<sup>3</sup>Ibid., p. 26.

ser frutos del desierto tras años y años de aridez. Los unía aquel viejo peso, aquella carga oscura de la que no se hablaban, que no se confesaron; la remora del infortunio, el lejano y triste eco de la privación de amor.<sup>1</sup>

Débora es la única que comprende que la casa les era insorportable por la falta de relaciones humanas. "¿Qué relaciones tenemos con los demás seres humanos?"<sup>2</sup> Sin embargo, no tiene suficiente fuerza para dejar a un lado el orgullo que le impide el contacto humano que ansía. Y es también Débora la que desespera sola, día y noche en ese monstruosa cárcel. Sus hermanos tienen por lo menos unos momentos de olvido en sus correrías nocturnas, pero ella vive atada a su cárcel de piedra. Durante una época de supremo hastío había tratado por todos los medios de deshacerse de los lazos de Villa Rita. Había bajado hasta la ciudad, asistido a unos conciertos, hecho algunas visitas; pero de esas salidas volvía a Villa Rita más atada que nunca, "con la prueba en la mente de que ninguna evasión le era posible."<sup>3</sup> Débora había aprendido a andar en esa casa y era difícil que pudiera subsistir fuera de ella. Le dolía constatar como "la vida, que tiene tantos caminos, tenga para cada cuál tan estrechos y tan pocos. No podría escapar de Villa Rita."<sup>4</sup>

---

<sup>1</sup>Ibid., p. 48

<sup>2</sup>Ibid., p. 76.

<sup>3</sup>Ibid., p. 82.

<sup>4</sup>Ibid., p. 200.

Cuando supo que Mario y Cora se habían unido en una nefasta maniobra para conquistar a Consuelo y Luis Ortigosa, su malignidad se enconó y "su soledad y fracaso le parecieron más ominosos que nunca,"<sup>1</sup> porque ahora se encontraba definitivamente sola, mientras que ellos se habían unido en la sórdida maquinación. Más decidida que nunca, había resuelto abandonar esa casa donde ya nada ni nadie tenía que ver con ella, y lanzarse hacia ese mundo que no conocía. "¿Cómo iría ser eso: lo que estaba más allá; lo que había detrás de los límites en que había vivido? ...Debía descubrirlo por su propia cuenta. Debía descubrirlo ahora o nunca."<sup>2</sup>

Ya en camino, le había sorprendido el pensamiento de que estaba condenada eternamente a Villa Rita, de que pertenecía a esa masa de piedra. Una voz interior le había advertido apocalípticamente:

"Adonde vayas, irás con ellos, con la casa. Adonde estés, levantarás de nuevo Villa Rita; y quienquiera que esté a tu lado no tendrá rostro nuevo sino el rostro de Cora y de Mario. Y además no te irás; no podrás irte nunca. La suerte de los que no necesitaron creencia es la de vivir eternamente sin vida. No, no te irás; no podrás irte nunca."<sup>3</sup>

Sabía ahora que les pertenecía, que estaba unida a ellos

<sup>1</sup>Ibid., p. 290.

<sup>2</sup>Ibid., pp. 344-345.

<sup>3</sup>Ibid., p. 349.

"por el insulto y por el sarcasmo; unida al mal por el escarnio en la condenación de la casa."<sup>1</sup> No podían librarse de ella, y "necesitaba hacérselo saber."<sup>2</sup> Y por ello había emprendido el regreso. Llegaría a Villa Rita cuando los otros creyeran ya estar libres de ella.

Camino a la casa, la asaltó "una especie de soledad más grande que todas las otras, gigantesca, final, una soledad última, metafísica,"<sup>3</sup> y fue entonces que tuvo miedo de sí misma y de la soledad que ella representaba. Y se lanzó en loca carrera hacia la loma. Sabía ahora que para librarse de ellos tendría que primeramente librarse de esa inmensa prisión pétrea. Al llegar, había precipitadamente prendido fuego a la casa, desplomándose luego sin fuerzas. Los que a la mañana siguiente urgaron entre los escombros creyeron reconocer los restos de Débora. De Mario y Cora se dijo, más tarde, que alguien los había visto en un hotelito del sur, reservados y elusivos. Débora había destruído ese signo exterior de su soledad, pero Villa Rita había muerto matando. Y Débora se había ido sola a esa eterna prisión a que su destino la había condenado desde su nacimiento.

---

<sup>1</sup>Ibid., p. 351.

<sup>2</sup>Ibid., p. 353.

<sup>3</sup>Ibid.



Mallea ha diseminado a lo largo de sus obras a una serie de personajes que rechazan todo contacto que pueda atarlos o detenerlos siquiera por un momento. Al huir de toda comunicación profunda, estos seres huyen de sí mismos, con quien--al igual que Mario Guillen--no desean quedar a solas. Esta es particularmente la actitud de numerosas mujeres, que elegantes y finas, y generalmente de cierta intelectualidad, viven vertiginosamente, minuto a minuto. Una de las más superficiales y despreocupadas es Mercedes Miró, para quien toda actividad estaba basada en su "necesidad de vivir. Vivir todo el tiempo."<sup>1</sup> La idea de fijarse en algo o en alguien le horroriza, pues "como la vida no se detiene, yo vivo empañada, empecinada en no detenerme."<sup>2</sup> Su vida ni siquiera se permitía pausa para el amor, que consideraba una pérdida de originalidad, y es por ello que Martín Tregua cada vez que estaba en su compañía sentía que de ella "algo se le escapaba, algo permanecía siéndome inasible."<sup>3</sup>

Mercedes Miró se mueve continuamente con el tiempo, necesita vivir cada minuto de su vida, y así se lo explica a Tregua,

¿No sabe usted la vida que hago? Un furor....Me levanto a las siete. Gimnasia y baño. Teléfono.

<sup>1</sup>Mallea, La bahía de silencio, p. 44.

<sup>2</sup>Ibid.

<sup>3</sup>Ibid., p. 49.

En seguida, la calle: librerías,...footing, compras. ...Almuerzo rápido, un cuarto de hora a lo más, luego --a la hora en que algunos pagan su tributo a la siesta--voy a la Administración...de nuestros bienes. ...Vuelta a casa, teléfono, baño, a vestirme de nuevo. Té en alguna parte, visitas, gente, cocktail aquí o allá, cinco por ciento de conversación. Vuelta a casa, a veces hay que vestirse de nuevo; por la noche, comida con alguien, algunos o muchos. Por lo general son muchos--¡la foule! En los intervalos, aproximación --según los grados--a alguien interesante--¡hay tan pocos! ¡God!--a algún libro, pero que es pueda leer rápidamente. A veces, a las tres de la mañana estoy leyendo. Me bastan cuatro horas de sueño. ¡Todavía es demasiado; para mí, demasiado!<sup>1</sup>

Ira Dardington de Nocturno europeo es otra de esas mujeres apresuradas. En ella, sin embargo, ese vértigo constituía una competencia de habilidades con la vida, a la que esta mujer con "algo de rapiñador"<sup>2</sup> pretendía robar todos los minutos posibles para, en turno, no ser robada de ellos. Por ello, Adrián siempre la veía "profundamente atenta"<sup>3</sup> a la vida, evitando ser tomada de traición. Y el gozo que experimentaba ella de ser "superior a las estratagemas disolutivas de la vida, de verse desatada de lazos y con la tierra sometida a su acento, se reflejaba en aquella viva desaprensión...con que huía, por ojos y labios, de objeto en objeto."<sup>4</sup> Por ello, mientras él abrazaba su cuerpo con "una salvaje necesidad de asirse a algo humano," no podía menos que recordar las palabras de

<sup>1</sup> Ibid.

<sup>2</sup> Mallea, Nocturno europeo, p. 66.

<sup>3</sup> Ibid., p. 80.

<sup>4</sup> Ibid., p. 89.

la gran evasiva:

...le suplico que no se sienta en modo alguno ultrajado si le digo que la verdadera cara de mi vida es el de no permanecer en nada y el desterrarme de todo, con un raro miedo hacia las cosas que hechan raíces. Mi fatalidad consiste en no detenerme; y si me detuviera, viviría muerta.<sup>1</sup>

Blanche Alost, la amiga belga de Martín Tregua es otra de esas mujeres que viven al minuto. El suyo es, sin embargo, el caso de un ser que está de vuelta de la vida. Su fracaso matrimonial con un alcohólico había sido el golpe que aniquiló en ella todo deseo de recomenzar la lucha. Solo le queda ahora el deseo de combustión, de quemar su vida, de no perdurar más de lo necesario. De su amarga experiencia solo le ha quedado

...una desesperación de vivir al día, por quemar cada hora hasta su última porción visible. Pero todo con la evidencia de que una parte en mí ya no se compromete en nada y todo lo actual está vivido desde una región no profunda de mi naturaleza, hacia afuera.

--¿No hay ya para usted pasión posible?

--¿Pasión? ¡Qué horror! Apasionarse es durar.

Y lo que yo quiero es precisamente no durar.

Lo que yo quiero es combustión. Desvivirme.

¿Sabe usted lo que es desvivirse?<sup>2</sup>

Entre los personajes femeninos de Mallea que rechazan toda comunicación humana transcendente, Gloria Bambiles, sin duda alguna, el más interesante. Una de las mujeres en la vida de Martín Tregua, ella lo había impresionado por su "aspecto extraño, por esa calidad concentrada y taciturna en una fisonomía que parecía oreada por soles

<sup>1</sup> Ibid., p. 87.

<sup>2</sup> Mallea, La bahía de silencio, p. 230.

sombríos."<sup>1</sup> Gloria había llegado a prescindir de todo aquello que le hiciera la vida más llevadera, puesto que no creía en las indulgencias para sí misma.

No obstante los incontables esfuerzos de Tregua por arrancarla del ensimismamiento en que ella vivía, Gloria se negaba a cambiar la situación que consideraba parte de su naturaleza. "Soy así,"<sup>2</sup> le respondía, y se ensimismaba aún más en ese vacío que la rodeaba y que Tregua no comprendía de donde sacaba las fuerzas para sobrellevar. Gloria se detestaba profundamente, y por ello parecía ensañarse contra sí misma. Como es común con muchas de las agonistas malleanas, un padre viudo y cruel a quien Gloria había velado durante los largos años de su enfermedad, había conseguido separarla totalmente de la vida exterior, convencida de que nada valía la pena.

Todo lo que la vida representaba para ella era la conciencia de "cómo vamos a vivir de solos en la eternidad y de cómo no hay remedio ninguno, ni olvido, ni descanso más que este viaje hacia el endurecimiento de las venas y el endurecimiento del alma."<sup>3</sup> Era imposible arrancarla de su convencimiento a priori de que su estado de aislamiento era un destino inmutable y fatídico, porque

---

<sup>1</sup>Ibid., p. 339.

<sup>2</sup>Ibid., p. 360.

<sup>3</sup>Ibid., p. 388.

esa era su forma personal de ser. Tregua, que no escatimaba esfuerzo hacia esa desolada a quien se sentía unida más por una compasión solidaria que por el amor, procuró entonces acercársele por la pasión, ya que "hay un momento en que ya no tenemos carga para las palabras, en que nuestro cuerpo espera romper otras amarras que las inteligibles, locutorias, argumentales."<sup>1</sup> Ella había protestado a esa tentativa de acercamiento,

--No estoy hecha para el amor. No. Estoy hecha de soledad.

--No es así.

--Estoy hecha de soledad. No sirvo para otra cosa. No quiero ser otra cosa. Tengo horror de ser otra cosa.

.....  
¿No tengo derecho a no ser destruída en lo que soy?<sup>2</sup>

Gloria insistía en ser dueña de sí y se negaba a abrir su interior a nadie. Trataba también con esa actitud de preservar la amistad de Tregua, que sabía perdería una cualidad muy especial al transformarse en una unión pasional. El, sin embargo, había insistido, y sólo cuando la besó por primera vez, había comprendido, fatídicamente, que "había empezado algo que ya no se podría detener."<sup>3</sup>

Gloria le había dado un cuerpo cuya alma ocultaba celosamente y que Martín Tregua perseguía con ánimo de liberar. Pero ella no se le confiaba, y a él lo atormentaba

<sup>1</sup> Ibid., p. 370.

<sup>2</sup> Ibid.

<sup>3</sup> Ibid., p. 372.

la impotencia de su inutilidad. "¡No puedo más!...¡No puedo más!"<sup>1</sup> Le había dicho ella una noche, y su voz contenía un cansancio interior que parecía venir de "no sé qué leguas."<sup>2</sup> A Tregua le parecía estar viendo a "una criatura llamada a gritos por el fracaso, por la ruina."<sup>3</sup>

El cansancio de Gloria provenía de la traición que creía haberse hecho a sí misma al permitirse la amistad de Tregua:

Antes, yo era dura, seca, aislada, recalcitrante, resistente. Era algo: tenía forma, tenía contornos. Ahora no. Tu contacto ha hecho de eso--sin culpa--algo desgraciado...blando, blando, blando ...algo que detesto. Por eso te decía que más valía que no te acercaras, que no me tocaras, porque yo sabía que me vendría abajo.<sup>4</sup>

El había sido la única ventana de esos cuartos en que la vida la tenía confinada, pero, "¡qué inutilidad pensar en pasar por esa ventana!"<sup>5</sup> Su fatídico destino la obsesionaba, y por ello Martín no era más que una luz pasajera en la oscuridad de su vida, algo que no podía durar.

Yo estoy hecha a otros cuartos. No puedo hacer más que lo que me da mi constitución. Mis cuartos no los elijo. Me arrastro en ellos. Arrastro un cansancio, una desesperanza de mí y esa tremenda inutilidad a la que es inútil que arguyas nada.

<sup>1</sup> Ibid., p. 391.

<sup>2</sup> Ibid.

<sup>3</sup> Ibid., p. 393.

<sup>4</sup> Ibid., p. 431. El subrayado es mío.

<sup>5</sup> Ibid.

De mis cuartos yo no podré salir nunca y adentro hay cosas que serían horribles en los tuyos. Y aunque fueran buenas, tampoco podría irme. Para ellos he nacido y en ellos me voy a quedar.<sup>1</sup>

Y luego, al regreso de dos semanas de campo en donde que ella había aparecido totalmente feliz, la noticia del suicidio, y la realización de Tregua de que debió dejarla tal cual era, "igual a sí misma y nada más."<sup>2</sup> Gloria había sido una de esas pocas personas que se defienden desesperadamente para no perder la forma de lo más auténtico que poseen. Y de todas las luchas de la vida, esa es la peor. "Quiso irse, se fue..., dice Tregua. Quizá ésta fue la sola que no quiso presenciar su deformación, su lento desastre, y prefirió cortar amarras cuando era todavía fiel a sí misma."<sup>3</sup>

Mallea parece decir que el suicidio de Gloria constituye la verdadera prueba de su autenticidad, sin entrar a examinar la debilidad de carácter que implica dicho acto en sí. El suicidio no constituye, sin embargo, una solución común en la obra de Mallea, sobre todo como forma de conservar una autenticidad, y es, más bien, un último recurso. Tregua hace todo lo posible por inducir a Gloria a una lucha con la vida, a que escape de su soledad por la ventana de la compañía que él le ofrece, y sin embargo, cuando ella escoje

<sup>1</sup>Ibid.

<sup>2</sup>Ibid., p. 441.

<sup>3</sup>Ibid.

el camino de suicidio, él sabe justificar su decisión. No es entonces el suicidio en sí, sino la razón motivadora lo que Mallea tiene en cuenta, pudiendo así aceptarse como válida la solución de Gloria.

Como Gloria, Roberto Ricarte es otro de los agonistas que rechazan la oportunidad de establecer una comunicación humana, basado en su determinación de alcanzar una autenticidad personal. Su rechazo no reviste, sin embargo, las cualidades altamente dramáticas del de Gloria Bambil, cuya tragedia es infinitamente más angustiada que la de Ricarte. Aunque ésta ama a Calila Montes, ella representa un estorbo para su maduración espiritual, porque no comparte con él la pasión por la plenitud existencial. Roberto, hombre más racional que pasional--algo extraño en un agonista en busca de autenticidad--no deja de ver los antagonismos profundos que los separan. Según él,

...no eran meras diferencias de carácter. Era algo mucho más grave, mucho más delicado. Era una especie de diferencia de ritmo ante la vida. El, con el suyo, la hubiera atado; y ella entonces habría vivido con la amargura y el fracaso de tener sujeta a los pies una piedra indispensible.<sup>1</sup>

Era por ello que él había decidido evitar la trampa que ella le tendía con su cuerpo, y, además, por la necesidad que tenía de "entrar en eclipse para saber la luz con que contaba por dentro y para dar algo mejor--o algo menos

---

<sup>1</sup>Mallea, La torre, p. 272.



mal construido--que lo que hasta entonces había dado."<sup>1</sup>

Es evidente que toda relación sentimental es en detrimento de una autenticidad existencial, ya que también. Solves evita ese tipo de comunicación con Cristina Ruiz. Mallea considera que toda comunicación basada en una relación sexual es una trampa para los que buscan una plenitud del ser, y como son generalmente los hombres los que tienen conciencia de la necesidad de esa plenitud, Mallea necesariamente debe encarnar la sensualidad en las mujeres con quienes estos tienen contacto.

El tipo de aislamiento que busca Roberto Ricarte, ese "eclipse " temporal de su vida mundana, es de una naturaleza que Mallea considera indispensable para toda maduración espiritual. Es ese período de destierro voluntario que él mismo impone antes de empezar su obra creadora, y del cual habla en Historia de una pasión argentina. Allí, insiste en que "no se va a ninguna parte sin desterrarse. El camino de la creación es el camino del destierro; y hay una hora de rechazarlo y otra de aceptarlo."<sup>2</sup> Y la hora de aceptarlo es, indiscutiblemente, la hora de preparación a toda actividad creadora del espíritu, ese momento de desprendimiento de toda impedimenta y de purificación espiritual antes de emprender la tarea. Mallea

---

<sup>1</sup> Ibid., p. 275.

<sup>2</sup> Mallea, Historia de una pasión argentina, p. 197.

explica la necesidad de este destierro, como la necesidad de

Irse, estar solo, penarse por un tiempo, estar solo para estar más con todos, para después estar mejor con todos, para volver más limpio cuando sea la hora de regresar a darse, pues para esta hora será todo el trabajo, para este momento toda la espera, la preparación, la faena, el insomnio, el difícil sacrificio, el mejoramiento de uno mismo de pies a la cabeza. Para la hora de volver, para la hora de traer algo en las manos, y no vacías.<sup>1</sup>

Es sólo por medio de este destierro temporal que el hombre puede llegar a sus regiones más recónditas, que es el único centro de donde puede partir toda acción auténticamente creadora. Por ello, sólo

Cuando uno se va, cuando uno se ha desterrado, entonces toca el otro territorio, el más difícil: el territorio espiritual. Cuando ha cortado amarras con el mundo entonces uno está hecho mundo, entonces está uno en su propio territorio espiritual.<sup>2</sup>

Este destierro espiritual, no consiste, de ninguna manera en una evasión, sino en una preparación al momento de dar fruto. Y así, Martín Tregua, Acevedo, Anselmi, Jiménez y la Señora Oárdenas, se retiran hasta la "bahía de silencio," lugar de espera donde "el fruto se prepara sin miedo a la tormenta, el ciclón, el tiempo vil."<sup>3</sup>

Roberto Ricarte viaja al campo

...no para volatilizarse o precipitarse, sino, además de para tomar distancia de mucha cosa

<sup>1</sup>Ibid., p. 198.

<sup>2</sup>Ibid.

<sup>3</sup>Mallea, La bahía de silencio, p. 452.

embargante, para juntar con paciencia y recolección minuciosa, los pedazos que en él la ciudad llamaba a diáspora, apurándolos y cansándolos antes de que hubieran sacado la cabeza a la superficie.

En la soledad de la llanura espera madurar junto a la tierra argentina que ha de comunicarle su esencia auténtica.

Adrián, por su parte, viaja a Europa, y el protagonista de Rodeada está de sueño y El retorno se refugia en un solar campestre, desde donde explica su aislamiento.

He venido a este sitio para desterrarme. Para pensar adecuadamente en las cosas del mundo, y hacerme yo mismo un poco mejor. Cuando uno se enfrenta con su propio egoísmo uno ve qué poca cosa es. Cuando uno está solo uno ve que es enorme y al propio tiempo, nada.

Y es el modo de preparar en sí una gran voluntad de propagación de sí mismo.<sup>2</sup>

Sin embargo, antes de propagarse, el hombre necesita saber con qué caudales cuenta. Y para ello, debe comenzar por hacerse a sí mismo, y en el proceso, "procurar que no se mezcle con la música que oigo..."<sup>3</sup>, con la distracción.

En todos los esfuerzos que sus personajes realizan por establecer una comunicación efectiva, y en sus consiguientes fracasos, Mallea hace ver que el problema reside en una falta del verdadero espíritu de donación. "¡Darse,

<sup>1</sup>Mallea, La torre, p. 58.

<sup>2</sup>Mallea, Rodeada está de sueño, p. 18.

<sup>3</sup>Ibid.

darse!"<sup>1</sup> dice Adrián, pero esta simple palabra implica una realización casi imposible, ya que este gesto de donación debe provenir de espíritus que la soledad ha deformado.

Uno de los problemas recurrentes es que los solitarios de Mallea se encuentran tan hambrientos de calor humano que en cuanto encuentran la oportunidad de contacto se lanzan a él con tal frenesí que su acto de comunión se convierte en un intento de posesión, es decir exactamente lo opuesto a la fórmula de donación prescripta por Mallea.

En Posesión, este deseo de predominio se convierte en una lucha por la anulación total, en la que los dos protagonistas se convierten en enemigos sedientos de conquista. Es en este relato que Mallea se acerca más a la concepción sartreana de las relaciones interpersonales, ya que la suya es una descripción de los esfuerzos de un hombre y una mujer por reducirse mutuamente por la posesión, hasta el aniquilamiento del otro ser. En este tipo de relación, condenado indefectiblemente al fracaso y frustración de los participantes, lo que prevalece es un egoísmo en la forma de una desesperada necesidad de fortalecer la propia existencia a expensas del otro. Es también, en cierto modo, la culminación de esa necesidad que tiene el hombre de aferrarse a algo o a alguien. Sin embargo, este supremo deseo de posesión la vida lo convierte en el

---

<sup>1</sup>Mallea, Nocturno europeo, p. 212.

escarnio supremo del "no poseerás," para el cual los acontecimientos siempre se suceden en tal forma que, irónicamente, el cazador humano siempre resulta cazado en sus propias redes.

Videla, el protagonista de Posesión, un hombre ya maduro, era un razonador, uno de esos seres hechos a "cuestionarse sin satisfacción sobre las cuestiones aparentemente menos importantes."<sup>1</sup> Y fue esa naturaleza de intrigado, de curioso, lo que le atrajo hacia Carlota Beals. Cuando la vió por primera vez, la cara de esa mujer lo hizo temblar. Era

...una cara que tenía armas, si es que a la vida se viene, como pretenden, a entrar en lucha. Una cara que tenía armas; no por un signo exclusivo e intenso en el conjunto de rasgos, sino más bien por la fuerza única de todos los rasgos puestos a ser un solo ímpetu, una sola fuerza, una sola expresión.<sup>2</sup>

Toda esa fuerza de Carlota era expresión de una presencia no física sino de una "presencia íntima, intensa, puesta a actuar sobre lo menos íntimo: las cosas, el universo. Es decir, algo como un poderío en estado de plenitud."<sup>3</sup> Al verla, videla había inmediatamente intuído en ella un desusado coraje, una rapidez imaginativa y voluntad decidida sobre sí misma y sobre los demás.

---

<sup>1</sup>Mallea, Posesión, p. 10.

<sup>2</sup>Ibid., p. 21.

<sup>3</sup>Ibid., p. 22.

Estas impresiones habían sido instantáneas, y parecían ser un fogonaza de aviso que le daba la vida sobre el peligro de aquella mujer. Mallea introduce aquí otra vez la fatalidad con que el mundo parece perseguir a los hombres, ya que ella misma dirige los acontecimientos de manera que se cumplan sus designios. "Lo extraño, dice, es que la vida se encargara después sólo de una función de ordenación, que sólo se encargara de ir haciendo de todo aquello manifiesto in totum y de pronto, la parte de la lógica confirmativa."<sup>1</sup>

La fuerza de esta mujer había traído a Videla otro descubrimiento, y era el de su propia debilidad. Al principio, habían hablado mucho, acuciados por una natural curiosidad, aunque ya entonces él notaba que esas conversaciones se interrumpían a menudo con abruptos silencios de ella que la volvían totalmente inexpugnable. Y cuando después de toda clase de "esfuerzos dialécticos"<sup>2</sup> lograba Videla sacarla de su mutismo, notaba que ella cedía "sólo en términos de palabras lo que no acompañaba con su ánimo o inclinación."<sup>3</sup> En sus conversaciones, habían sido considerablemente sinceros, no habiendo todavía llegado a lo que Mallea califica de etapa del interés. "En el

---

<sup>1</sup>Ibid., p. 23.

<sup>2</sup>Ibid., p. 29.

<sup>3</sup>Ibid.

amor es así," dice; y agrega,

Todo lo que después es rapiña moral, intolerancia, inclemencia, exigencia, se manifiesta en principio como una cesión plena de uno mismo, o mejor dicho, como una disponibilidad total de cuanto uno es en el más generoso de los arranques o en el más noble de los movimientos. Ese momento es el más alto de las vidas individuales, porque es el que más se confunde con la santidad o con el heroísmo.<sup>1</sup>

Casi inmediatamente había sentido él la necesidad de reforzar su propia debilidad en la seguridad de Carlota. Además, ella era una naturaleza demasiado libre, y él necesitaba reducirla. Sin embargo, los días anteriores a la posesión, fueron los que más intensamente vivió, por el intercambio espiritual que realizaba con Carlota en sus "habladas caminatas."<sup>2</sup>

Cuando por fin él la reclamó, ella había cedido con "esa doble impresión terrible y simultánea de lo que ganaba y también de lo que perdía."<sup>3</sup> Y era que

...con su dicha se mezclaba la desdicha consciente, aunque subterránea, de decir adiós para siempre a los instantes más felices de amor...y de entrar en los de la inseguridad, el infortunio, y el otro preámbulo, el del seguro fin, con que empiezan las fases posteriores de la entrega: la hora feliz acaba y otra felicidad mucho más azarosa y más dramática comienza, pues es ya sin remedio, el principio de un fin y está muerto el comienzo de un comienzo.<sup>4</sup>

En esos primeros momentos del amor, Carlota se había

<sup>1</sup>Ibid., p. 32.

<sup>2</sup>Ibid., p. 41.

<sup>3</sup>Ibid., p. 43.

<sup>4</sup>Ibid.

despedido para siempre "de las conversaciones ansiosamente inacabables como camaradas."<sup>1</sup> Y lo primero que preguntó a Videla había sido "Qué va a pasar con nosotros ahora?"<sup>2</sup>

En los primeros tiempos, su fuerza había hecho que Carlota prevaleciera "de un modo absoluto, si es que algo de absoluto puede haber en las relaciones humanas."<sup>3</sup> Pero cuando por una trivial circunstancia él se impuso, el delicado equilibrio quedó roto. Por un tiempo ella toleró la situación de predominio, para luego volver por sus fueros. Y desde ese momento comenzó para los dos "una especie de lucha sin tregua por predominar."<sup>4</sup> La de esos amantes, era "una verdadera justa, en la que los dos actuaban sangrantes, deshaciéndose de necesidad o urgencia de supremacía, abstinados y con algo de obscura y subterránea furia que no conocía distracción ni aflojamiento."<sup>5</sup> Esta lucha pronto convirtió al amor en una especie final de odio, sin perdón ni cuartel para todo lo que no fuera una rendición incondicional del otro. Querían no solo reducirse, sino destruirse, aniquilarse.

Sin darse cuenta casi, habían caído prisioneros de un conflicto al que ellos mismos habían dado vida, y del

<sup>1</sup>Ibid. Los subrayados son míos.

<sup>2</sup>Ibid.

<sup>3</sup>Ibid., p. 47.

<sup>4</sup>Ibid., p. 58.

<sup>5</sup>Ibid.



cual "eran prisioneros de puro querer hacerse prisioneros mutuos."<sup>1</sup> A ninguno de los dos les era posible alejarse dejando al otro en predominio, sin haber dado el último golpe. Por fin, él se había ido, dejándola en llanto. Y seis años más tarde, al comienzo del relato, la encontraba otra vez, más rica de poder que antes. El sintió el golpe brutal de verse ignorado por esa mujer que lo había amado, con quien había gozado y también sufrido pasión y, por último, odio. Y entonces había regresado a su cuarto vencido y humillado por esa mujer a la que había querido poseer hasta la destrucción.

Videla había fracasado por querer destruir a otro ser a fin de renacer en él por esa aniquilación, pero Carlota había prevalecido finalmente por ser de una naturaleza fuerte, capaz de luchar y reponerse a los golpes de la vida. Significativamente, ella, como Gloria Bambil, había sido la que entrevió que el paso de una cordial camaradería a una unión carnal representaría la pérdida de contacto espiritual, ya que constituiría la entrada en el período de interés.

Hay otras mujeres, sin embargo, que buscan llegar a una comunión satisfactoria por la unión carnal, sin percatarse que ello constituye una deformación. En estos casos, el hastío sobreviene casi inmediatamente, y cuando

---

<sup>1</sup>Ibid., p. 68.

los personajes se percatan de ello, lo que antes los unió ya ha desaparecido. Violeta Mendez, de La sala de espera, es uno de estos personajes sensuales lanzados a la búsqueda del amor por el placer. Hastiada del marido, va en busca de amantes en quienes espera encontrar el amor, sólo para comprender, al cabo de un tiempo, que todos sus encuentros deben terminar en el hastío, en "la descomposición en vida por la carne."<sup>1</sup> Se lanzaba frenética en brazos del amor de esos hombres y descubría que "detrás de la carne no había nada. Que su carne era su fondo. Y que de su fondo la única voz había sido meses antes la voz del placer, y ahora era la voz del artazgo."<sup>2</sup>

Otra de estas sensuales es Isolina Navarro, también agonista de La sala de espera. Sus antecedentes no son, sin embargo, los mismos. Aislada en plena adolescencia por su llamativa fealdad, se había refugiado, como Débora Gullién, en una cortante orgullo. Con el puñal de acero de su mirada se había abierto paso en la juventud, para ir luego a desembocar en la prisión de sí misma, es decir, "a la esterilidad y la soltería, a la virginidad espantosa de las feas."<sup>3</sup> Obsesionada con la idea del contacto humano, pero todavía en garras de su orgullo satánico,

---

<sup>1</sup>Mallea, La sala de espera, p. 60.

<sup>2</sup>Ibid.

<sup>3</sup>Ibid., p. 198.

había rechazado la oportunidad de comunicación sentimental que se le había presentado.

Habiendo perdido la única compañía familiar con que contaba, hizo un desesperado esfuerzo por atrapar, como la araña a la mosca, a un jovencito del pueblo, quien se había escapado de sus garras dejándola poseída del "espectro de mi vida estéril."<sup>1</sup> Dominada por "el pavor de morir virgen,"<sup>2</sup> se había lanzado desesperadamente, pasados los sesenta años de edad, a la búsqueda de un encuentro sensual que la salvara de su ignominia. Y ahora, la noche la sorprendía en esa sala de espera desde la que el tren nocturno la conduciría a la capital para proseguir su búsqueda, porque "si el mundo no vino a mí, yo voy al mundo.... Si de Isolina Navarro nadie supo nada, yo sé de mí. Y a mí me llevo hacia los otros esta noche sin otro séquito que mi deseo...."<sup>3</sup>

En otros casos, como Agata Cruz, Gloria Bambil y Ana Borel, el problema de la falta de comunicación estriba, en gran parte, en la deformidad implantada en el alma de los personajes por ciertas circunstancias de la infancia, particularmente la orfandad materna. En estos seres, el común denominador es la patética desolación, que aflora

---

<sup>1</sup> Ibid.

<sup>2</sup> Ibid.

<sup>3</sup> Ibid., p. 203.

en forma tanto de esterilidad espiritual como física. En estas vidas, la deformación ha hecho desaparecer toda noción de donación personal, lo que las obliga a tratar de establecer contacto humano sin conocer su ingrediente principal. Estas son almas perdidas en primera instancia porque no cuentan con armas para la lucha.

La quintaesencia de la desolación en busca de contacto humano es Agata Cruz, a quien Mallea presenta contra el fondo de devastación de una espantosa sequía en los campos cercanos a Bahía Blanca. Mujer de naturaleza dura y hostil--como lo dice su nombre--Agata vive con su marido Nicanor en los campos de éste, prácticamente arrasados por la sequía. Mallea utiliza el primer capítulo, casi en su totalidad, para tratar de la pavorosa sequía que asola los campos de Nicanor. Contra este fondo, hace entonces la presentación de esos dos seres desolados que habitan esa región apocalíptica, presentación que efectúa casi con el mismo vocabulario e imágenes que utiliza para la descripción de los campos.

Hablando de la llanura, se refiere al "panorama de aridez y de muerte,"<sup>1</sup> y refiriéndose a Agata, describe sus "ojos áridos;"<sup>2</sup> más adelante, hablando nuevamente del campo, nota "la palidez de aquella tremenda esterilidad,"<sup>3</sup>

<sup>1</sup>Mallea, Todo verdor perecerá, p. 10.

<sup>2</sup>Ibid., p. 12

<sup>3</sup>Ibid., p. 10.

mientras que, paralelamente, describe a Agata "portando en el vientre desierto y en el alma desierto, y en el corazón desierto y en la mente desierto."<sup>1</sup> Mallea también fusiona a Nicanor Cruz con este paisaje de desolación, al describir la risa de este hombre, que no era más que un modo de llorar.

Y aquella risa, como todo lo demás, había acabado por asimilarse al contorno; era seca como él, estéril, rígida....Aquella risa se parecía a las ramas secas de tala, a la tierra sin agua, al pasto sin verdor, a la inmensa extensión cruda e inútil como un juramento.<sup>2</sup>

En los capítulos siguientes Mallea desarrolla el drama hasta su angustiado desenlace, siempre conservando como fondo, en mayor o menor proporción, la naturaleza hostil del lugar. La deformación de Agata había comenzado en su niñez sin madre, señala Mallea, quien quiere desde un principio dejar establecida una de las causas de esa completa aridez espiritual. Su infancia había transcurrido en un ambiente devastado, "entre la arena y el tamarisco,"<sup>3</sup> y sin más familia que "el viento del océano, el gran frío que llegaba de noche."<sup>4</sup>

Agata había aprendido a odiar ese lugar, "al que miraba ya como un protagonista influyente en su vida."<sup>5</sup>

<sup>1</sup>Ibid., p. 17.

<sup>2</sup>Ibid., pp. 10-11.

<sup>3</sup>Ibid., p. 20.

<sup>4</sup>Ibid., p. 30.

<sup>5</sup>Ibid., p. 33.

Todo en ese páramo era desesperante.

La casa era tremendamente triste; el barrio, casi inhabitado; solo estaban allí los tamariscos sopor-  
tando, como ella, desde la infancia, el tiempo incle-  
mente. Cada vez le parecía más imposible pactar con  
aquella hostilidad natural. Se veía acosada.<sup>1</sup>

Creciendo en una tierra que no parecía tener sino rencor  
hacia los que la poblaban, la infancia de Agata era "una  
provincia de esa inhóspita, rígida, triste comarca."<sup>2</sup>

Sin otra compañía que la de su padre médico, un alcohó-  
lico desprestigiado que la dejaba constantemente sola  
creció "sin creencia, dura, hermética, huraña, como un  
cachorro en despoblado."<sup>3</sup> Forzada a la soledad, había  
educado su ser a resistir toda manifestación de emoción,  
ya que aislada en la casa paterna combatía día a día sus  
miedos "hasta quedar casi fría a los peligros y a las  
circulantes leyendas."<sup>4</sup>

Nicanor Cruz había entrado en su vida casi impercep-  
tiblemente y luego había permanecido allí, "siempre delante,  
sólido, casi callado, inevitable como una piedra."<sup>5</sup> Este  
hombre taciturno, "hijo de quién sabe qué conyugal pesad-  
umbre, quién sabe qué cruel, misterioso momento en la vida

<sup>1</sup>Ibid.

<sup>2</sup>Ibid., p. 44.

<sup>3</sup>Ibid., p. 23.

<sup>4</sup>Ibid., p. 22.

<sup>5</sup>Ibid., p. 36.

de sus padres,"<sup>1</sup> forzó la compasión de Agata.

Así, casi sin saber por qué, había aceptado ser su esposa, sintiendo que con ello aceptaba realmente los designios de la vida.

Rara, rara cosa, como la vida interviene con su voz en nuestra vida. Cuando queremos movernos ya estamos muchas veces apresados, y el paso que damos ya no nos pertenece. Incluso las más ferreas voluntades no acatan más que las órdenes de un ritmo que les es ajeno, en el que están comprometidas. ¿Quién mandaba esa fuerza que le empujaba fuera de su casa, que la echaba hacia fuera, que la entregaba a ese hombre al que no amaba en modo alguno y del que conocía poca cosa?...Pero cuando sentimos que es la vida la que empuja, ya no nos resistimos ni para sobrevivir.<sup>2</sup>

La vida en común había hecho que el descubriera que "el alma de una mujer solitaria es un edificio de muchas recóntitas piezas en las que no se entra fácilmente."<sup>3</sup> No quiso esperar, sin embargo, a que ella le abriera las puertas de su ser, y se sintió huésped ingrato del alma de Agata. Y, "en vez de querer entrar, en vez de intentar poblar los cuartos llenos de vieja, de casi congénita soledad, se hizo atrás, se empacó, se recogió hasta el fondo de su propio cuartel."<sup>4</sup> Desde entonces, ella procuró por todos los medios de arrancarlo de su hurañez, "se arrojó...hacia ese hombre, quiso chocar contra ese

<sup>1</sup>Ibid., p. 37.

<sup>2</sup>Ibid., p. 40.

<sup>3</sup>Ibid., p. 53.

<sup>4</sup>Ibid.

horrendo silencio, cavar en la tierra seca de Nicanor Cruz el yacimiento del agua,"<sup>1</sup> hasta que, al fin, desesperó. Cuando el marido no le pudo dar ese contacto humano que desesperadamente buscaba, quiso buscarlo en el hijo, pero éste tampoco vino.

Sus vidas desde entonces habían sido la de dos animales mudos, hoscos, ella atada al pensamiento de su esterilidad, y él atado al yugo de la tierra. Así habían pasado doce años, en los cuales se había presentado la sequía, y con ella, la devastación de los campos. La inmensidad, el desierto los apretaba, y ellos no tenían qué decirse. En la de su soledad, Agata muchas veces se encontró hablando sola, o con las matas del campo. "No damos a nadie las llaves de nosotros mismos y cuando estamos más solos es cuando más nos emparedamos. ¡Solitarios, emparedados vivos!"<sup>2</sup>

Agata llevaba adentro esa misma podredumbre que blanqueaba las osamentas en el campo. "Como nadie, Agata estaba turbulentamente necesitada de confesión y de confortamiento"<sup>3</sup> y sin ello, se pudría por dentro. Hasta que por fin, una noche en que ya no podía más, había intentado el suicidio. Pero la vida torció sus designios y se

---

<sup>1</sup> Ibid., p. 51.

<sup>2</sup> Ibid., p. 64.

<sup>3</sup> Ibid., p. 67.



llevó a Nicanor. Agata escapó entonces a la ciudad, buscando encontrar allí la comunicación que buscaba. Ya no le importaba con quien, puesto que "el dolor y la soledad habían purgado a Agata de resabios convencionales: los humanos eran humanos, un ser era un ser...."<sup>1</sup>

Sus amores con Sotero, ese maestro de las palabras quien conseguía hacerla vivir otra vez, fue sólo cosa de poco tiempo. Cuando él se alejó, persiguiendo un destino político, "cayó sobre su conciencia la idea de su desastre, del hombre escapado y de su nueva monstruosa soledad."<sup>2</sup> En un momento de gran desolación, se había preguntado: "Dios, cuándo encontraré quien hable mi lenguaje,"<sup>3</sup> sin esperar realmente ya ninguna contestación.

Había vuelto a la casa paterna, y ahora, como una loca, vagaba por las calles y los muelles. Y pensaba que ella era toda mentira, porque

Solo es verdad lo que es capaz de comunión.

¿Comunión? ¿Quién pensó llamarla nunca a comunión? ¿Dios--la tierra? Nadie, nada. ¡Ah, sería posible! ¿Sería posible que ni siquiera en la eternidad tuviera sitio al lado de otras almas? Los que han sido queridos, los que han querido en la tierra, esos llevan algo. Pero los que de aquí no se llevan nada, los que no llevan más que la semilla de la soledad eterna....<sup>4</sup>

<sup>1</sup> Ibid., p. 97.

<sup>2</sup> Ibid., p. 134.

<sup>3</sup> Ibid., p. 138.

<sup>4</sup> Ibid., p. 146.

El pensamiento de una eternidad en soledad la aterrorizaba. Y a los extraños que la miraban pasar como a una loca, no les decía nada, no valía la pena. Además, "¿para qué sirven las palabras? Con ellas, en el orden humano, uno no explica nada, todo se confunde y se empeora. ¡Pobre del que no traiga en su silencio un idioma!"<sup>1</sup>

La última noche, poseída de un terror metafísico, había caído sollozando sobre las gradas de la casa paterna. Y mientras enloquecía de pavor, la acosaba ese espectro: "la abierta eternidad. ¿Con quién iba a entrar en ese valle?"<sup>2</sup> Y muy tarde, se había levantado precipitadamente, y "como llamada por un grito...echó a correr contra la oscuridad."<sup>3</sup>

El ansia de Agata Cruz había sido siempre el de establecer una comunicación humana por medio del amor. Pero su trauma interno de juventud y la falta de comprensión por parte de Nicanor, habían hecho fracasar su anhelo. Al fracasar en su comunión sentimental, Agata se sintió ya condenada a una eternidad de soledad, puesto que consideraba ser éste el destino que la vida le tenía deparado. Cuando finalmente reconoce que ella también había faltado al sentimiento de caridad con Nicanor, éste ya ha muerto,

<sup>1</sup>Ibid., p. 156.

<sup>2</sup>Ibid., p. 162.

<sup>3</sup>Ibid., p. 163.

y ella, abandonada de todos y medio enloquecida, ha perdido toda posibilidad de contacto humano.

Agata vive trágicamente su destino, vive su soledad en cada una de las páginas del libro. Mallea limita su narración, dejando que sea Agata la que relate su agonía interior, en la cual todos los acontecimientos están ligados rigurosamente al desarrollo de su soledad interior y de su esterilidad espiritual. Desde el comienzo hasta el fin del drama, Mallea logra mantener flotante esa advertencia de que Agata es "una causa perdida en primera instancia,"<sup>1</sup> una deformada espiritual que no es capaz de mover su corazón con un acto de amor caritativo.

Mallea presenta a sus personajes en continua lucha por establecer un lazo humano de unión. Es interesante observar que en ningún caso, estos agonistas ven realizado sus anhelos. Ello llama poderosamente la atención, ya que Mallea constantemente repite la que debiera ser fórmula perfecta de comunicación, la donación personal y voluntaria de un ser a otro. Si bien es cierto que Marta Rague y Lintas se ven atraídos por una mutua comprensión, hay que notar que para ellos todavía no ha llegado la etapa del "interés," que es el que siempre acaba por truncar estas relaciones y camaraderías entre hombres y mujeres. Se dirá también que las relaciones de Tregua

---

<sup>1</sup> Ibid., p. 8.

con la señora Cárdenas son relaciones fértiles, pero teniendo en cuenta que se trata más que nada de un amor platónico por parte de Tregua, quien no ha tenido ningún contacto personal con la dama de sus sueños, no puede considerarse esta relación como algo válido, por lo menos mientras que no haya una comunicación personal.

En una comunicación del tipo de Tregua y la Sra. Cárdenas, no puede haber esa fertilidad de la que hable Mallea tan a menudo como justificación del amor humano. Para que haya fertilidad debe haber contacto personal trascendente, y así lo indica Mallea, para quien ese término no significa precisamente una fertilidad física. La fertilidad a la que él se refiere no está limitada a los aspectos puramente físicos, ni tiene sólomente que ver con frutos concretos; es también, "en cualquier reacción de dos, algo que, por haber llegado a ser tan fuerte, la coloque por encima de la ruina en que entramos por nuestra soledad todos los días."<sup>1</sup> Es decir, que a Mallea parece interesarle, más que la fertilidad física, la fertilidad espiritual de dos almas que, habiéndose compenetrado mutuamente, dirigen sus esfuerzos hacia la autenticidad de ambos y de cada uno.

---

<sup>1</sup>Mallea, La bahía de silencio, p. 110.

## CAPITULO V

### EN BUSCA DE UNA AUTENTICIDAD

La tremenda realidad que confronta hoy día a la civilización occidental, es que todo un sistema de vida en vigencia durante siglos se ha desmoronado, dejando el individuo sumido en un estado total de desamparo y angustia. El individuo ya ha comenzado a no creer en sí mismo, porque, "lo que es el mundo actual le ha hecho temblar no es el suelo bajo sus pies, sino el techo mismo de su conciencia central."<sup>1</sup> Hoy día, dice Mallea, el mundo

...ha lanzado el toro apocalíptico a enfrentarse con las últimas creencias que quedaban enteras y a amenazarlas a todas, duda negra hecha de cuatro patas, clavada ahí ante cada conciencia. Ya no sabe el ser humano a quien atacar ni quien lo ataca....<sup>2</sup>

Traicionado por la construcción especulativa de la que dependía tan confiadamente, perdido el marco protector de los dogmas religiosos, y perdido toda fe en los sistemas de valores tradicionales, el individuo no tiene donde ponerse al abrigo de la crisis de la que es, no solo testigo, sino parte integrante, y que lo acecha desde todos

---

<sup>1</sup>Mallea, Las Travesías, I, p. 121.

<sup>2</sup>Ibid., p. 119.

los rincones del mundo exterior y de su espíritu. Todos los elementos que equilibraban su existencia han sido arrojados de la balanza por las conmociones del momento, y el hombre yace tendido en el fondo del abismo en el que ha sido precipitado, sin saber de donde sacar ese necesario contrapeso que lo eleve otra vez a una posición de equilibrio. Sabe, por una parte, que ya no puede volver a utilizar los contrapesos anteriores, que ya no le sirven pues ha perdido fe en ellos. Pero sabe también, que su elevación del abismo depende de su capacidad de encontrar algo que tome el lugar de éstos, que el equilibrio de su balanza así lo demanda.

Es por ello, que el actual se presenta como un período de búsqueda, de análisis y de adopción de nuevos valores vitales. Ahora, sin embargo, ya no puede bastar con componer un sistema de valores universalmente aceptables y efectivos. Al individuo contemporáneo al problema no se le presenta en la forma impersonal de "la crisis del hombre," sino como "mi crisis." Del carácter altamente individual del problema, se deduce la necesidad de una solución de la misma índole.

Mallea, como todo escritor existencialista, sostiene que toda solución satisfactoria al problema del hombre debe provenir del hombre mismo. "Yo llevo en mí a mi gran libertador,"<sup>1</sup> dice, poniendo en las manos de cada individuo

---

<sup>1</sup>Ibid., p. 11.

su propio destino. De esta forma, cada cual es dueño absoluto de su destino, pudiendo, por sus libres actos, crear un futuro que permita modificar su presente situación.

Esta prerrogativa de determinar su propia vida, dice Ortega y Gasset,

...es lo que verdaderamente diferencia al hombre de la piedra: no que el hombre tenga entendimiento y la piedra carezca de él. Podemos imaginar una piedra muy inteligente, pero como el ser piedra le es dado ya hecho de una vez para siempre y no tiene que decidirlo ella, no necesita para ser piedra plantearse en cada momento el problema de sí misma preguntándose: ¿qué tengo yo que hacer ahora?; o lo que, es igual, ¿qué tengo yo que ser?...El hombre, cada hombre, tiene que decidir en cada instante lo que va a hacer, lo que va a ser en el siguiente. Esta decisión es intransferible; nadie puede sustituirme en la faena de decidirme, de decidir mi vida.<sup>1</sup>

Conciente de que su vida depende de sí mismo y de nadie más, y que solo él es responsable de su destino, el hombre reconoce la tremenda verdad de que no solamente es libre, sino como lo dice Sartre, está condenado a ser libre. Esta necesidad proviene del hecho de que, al ser descartados por inútiles los valores transcendentales, es el hombre quien decide su destino en cada uno de sus actos. Y aun cuando deja de hacer algo, dicha decisión constituye ya en sí el ejercicio de su libertad.

Confrontado con una existencia básicamente absurda, la primera decisión que debe tomar, es la de evadirse de

---

<sup>1</sup>José Ortega y Gasset, "En torno a Galileo" en Obras completas (Madrid: Aguilar, 1947), V, 21-23.

él por medio del suicidio físico, como lo hace Jacobo Uber, o de suicidio filosófico--Camus denomina así a la búsqueda de consuelo en la religión--o de enfrentarlo y consagrar todos los esfuerzos a encontrar una razón de vida que justifique dicha existencia, o entregarse enteramente a un destino angustiado y trágico. Pero detrás de cada una de estas decisiones, debe existir un sistema de valores que dicte su conducta y constituya la razón de su existencia. Y es esta razón vital del hombre lo que interesa profundamente a Mallea, quien dedica su obra a la búsqueda de valores vitales conducentes a una existencia auténtica.

El proceso, ni es fácil ni es corto, y en el transcurso de la búsqueda, Mallea a menudo considera necesario adoptar valores, descartarlos más tarde como inservibles para tal vez luego volver a adoptarlos en parte o en su totalidad. Es por ello que la búsqueda de nuevos valores normativos de la existencia individual se manifiesta, la mayor parte de las veces, como un proceso altamente contradictorio, y uno donde el individuo nunca puede adquirir la absoluta certeza de haber realizado la elección más válida.

Lo cierto es, sin embargo, que el descubrimiento del vacío abismal de la existencia humana obliga al hombre a encontrar una razón suficientemente poderosa que justifique su vida. Mallea mismo confiesa que dentro de sí no lleva más que un solo grito: "¡Quiero justificar el acto de vivir!



Pero el acto de vivir la vida misma y justificarla por actos de vida, justificarla so manera de existencia."<sup>1</sup> La única manera en que se puede llenar el vacío es con un acto creador "ya que las existencias se justifican solo por su actitud eminentemente creadora en el más insignificante gesto."<sup>2</sup>

Mallea considera que la existencia humana, aunque finita, puede revestirse de valor transcendental, y por ello, su actitud es la del hombre que acepta su libertad y responsabilidad ante el mundo, y continuamente busca trascenderse por medio de la voluntad creadora. No concibe otra salida honorable que la de hacer frente al gran vacío por medio de una ética creadora y de una moral combatiente. Esta última, reviste los caracteres del amor fati, es decir,

...la lucha encarnizada con las bestias del tiempo, la disposición de espíritu que se tiene cuando todo se ha dado a un combate y nada importa conservar la vida y hábitos sino darlos, quemarlos, meterlos, en el paso colectivo del siglo a ver si en el fuego y la muerte no dan más que muerte o dan otra cosa más rica y extraña....Sí, una moral combatiente.<sup>3</sup>

Para esta lucha, hay que mantener constantemente presente la realidad existencial, no permitirse un solo momento de distracción, permanecer en una eterna lucidez.

<sup>1</sup>Mallea, Historia de una pasión argentina, p. 102.

<sup>2</sup>Ibid.

<sup>3</sup>Mallea, El sayal y la púrpura, pp. 56-57.

El hombre decidido a hacer frente a una existencia absurda, particularmente el intelectual,

Necesita estar en estas horas librado al conflicto todo. Requiere para sí los más extremos compromisos de autenticidad, inspiración y conciencia. Necesita multiplicar (lo que es muy importante) los planos de su sacrificio personal. Necesita haberse abandonado muchas veces para encontrarse unas pocas. Necesita --téngase esto como norma--llegar al más alto acrecentamiento de sus dominios receptivos y al más alto despojo de sus propios medios argumentales: a matar en él la delicia dialéctica. Necesita estar como un gran angustiado en lo más oscuro y eminente de la noche desierta...necesita defender algo. Necesita en lo espiritual, en lo moral, en lo sentimental y hasta en su fisiología estado de comunidad,... Necesita, por fin, ser capaz de su destino....<sup>1</sup>

Heinemann define al hombre como "an animal of increased and creative responsiveness, able to respond on different levels to stimuli coming from many dimentions, and to formulate his potentially free answers in a variety of ways."<sup>2</sup> Su actitud no es entonces la del cogito, ergo sum, sino más bien la del respondeo, ergo sum.<sup>3</sup> Mallea también cree en este hombre capaz de responder a ciertos estímulos en una forma creadora, y refiriéndose más exactamente al problema existencial declara que, "la nada en un océano que empuja al hombre a trascenderse."<sup>4</sup> Y la primera responsabilidad de este hombre es la de crear un significado

<sup>1</sup> Ibid., p. 65. Los subrayados son míos.

<sup>2</sup> Heinemann, op. cit., p. 197.

<sup>3</sup> Ibid.

<sup>4</sup> Mallea, Las Travesías, I, p. 73.

a su existencia como respuesta al estímulo del absurdo, "porque de lo que se trata es de no hundirse y ser hundido sin atención al derecho eterno de haber fundado en sí la capital de una persona eterna. O sea al derecho de haber fundado en sí una esperanza humana de eternidad."<sup>1</sup>

Con este fin, el hombre se aferra a todo aquello que pueda ofrecerle un valor transcendente, muchas veces abrazándose a causas sociales o comprometiéndose a causas políticas. Y porque "nada es más absoluto que mi resistencia a los absolutismos,"<sup>2</sup> Mallea condena, sin rémora, al Fascismo, al Marxismo, al Nacionalismo histérico y a todas aquellas causas o movimientos que puedan ser clasificados de "cesarismos" o "deformaciones dogmáticas." Ninguna de ellas sirve a la causa del hombre, sino que, por el contrario, falsea sus valores morales y reprime su libertad externa e interna.

Para revestir su existencia de un valor transcendente el hombre debe comenzar por perseguir un orden en todas las cosas, ya que en el mundo sólo sobrevive lo natural.<sup>3</sup> No se trata, sin embargo, de un orden rígido, sino de uno que va recibiendo su forma al contacto con la realidad que reclama al hombre, que es "el conocimiento de sí y la

<sup>1</sup>Ibid., p. 74.

<sup>2</sup>Mallea, Las Travesías, II, p. 34.

<sup>3</sup>Mallea, El sayal y la púrpura, p. 9.

aplicación de este conocimiento a la integración y armonización de un orden."<sup>1</sup> Mallea sostiene que sin la primacía de esta estructura de ordenación interior, ni hombres ni países pueden cumplir enteramente su "destino de organismos vivientes, sufrientes y pensantes, su verdadero destino creador."<sup>2</sup> La armonía de este orden no puede realizarse, sin embargo, sin que primeramente el hombre no haya crecido "en el sentido de su libertad interior y en el sentido de la conciencia de esa libertad."<sup>3</sup>

Significativamente, Mallea considera necesario que tanto la vida intelectual como la vida colectiva permanezcan en armonía con su naturaleza interior, ya que "no hay más grave, más fatal error para una vida--y esto es válido para lo colectivo--que arreglar su marcha a rumbos cuya teoría contradice el sentido de su mejor intimidad."<sup>4</sup> De lo que se deduce que en Mallea toda autenticidad debe ser estructurada en armonía con la naturaleza misma de cada individuo, y de cada sociedad.

Es por ello que el hombre auténtico es radicalmente opuesto al hombre masa, o al hombre "visible" que plaga a la Argentina. Ortega y Gasset define como hombre-masa

<sup>1</sup>Mallea, Conocimiento y expresión de la Argentina, p. 55.

<sup>2</sup>Mallea, Historia de una pasión argentina, p. 103.

<sup>3</sup>Ibid., p. 101.

<sup>4</sup>Mallea, El sayal y la púrpura, p. 207.

a "todo aquel que no se valora a sí mismo--en bien--en mal-- por razones especiales, sino que se siente 'como todo el mundo,' y, sin embargo, no se angustia, se siente a sabor al sentirse idéntico que los demás."<sup>1</sup> Este hombre es el que Mallea ve circular por las calles de Buenos Aires y al que critica severamente por desvirtuar el verdadero espíritu de autenticidad argentina.

"Siempre me ha gustado conocer bien lo que detesto,"<sup>2</sup> dice Mallea, y su casi minucioso análisis de este ciudadano "visible" demuestra que sus opiniones están basadas en un estudio profundo de ese "tumor del hombre,"<sup>3</sup> a quien considera uno de los peligros más grandes que encuentra el hombre auténtico. Estos hombres carecen absolutamente de personalidad que los distinga, todo en ellos es "no vida, apariencia; no salud, gozo, progreso, sino apariencia de salud, apariencia de gozo, apariencia de progreso. No humanidad sino apariencia de humanidad."<sup>4</sup> Carentes de "creencia, sin sentido sacramental de la vida,"<sup>5</sup> son totalmente incapaces de ningún acto que implique un esfuerzo, un conflicto, una confrontación.

<sup>1</sup> Ortega y Gasset, op. cit., p. 25.

<sup>2</sup> Mallea, La bahía de silencio, p. 145.

<sup>3</sup> Mallea, Historia de una pasión argentina, p. 68.

<sup>4</sup> Ibid., p. 74.

<sup>5</sup> Ibid.

Su interior no es más que un vacío desolador, pues viven hacia afuera. Hombres totalmente carentes de raíces espirituales, en sus vidas no asoman,

Ni un solo rasgo de verdadera libertad, ni un solo rasgo de voluntad inteligente y libre; ni un arranque de orgullo verdadero--que consiste en tenerlo sin que luzca--de verdadero señorío, de predominio austero y seguridad interior, no manifiesta, serena, sobre las circunstancias y los hombres.<sup>1</sup>

Fuera de la persecución de bienes materiales o de placer o de predominio social, no los mueve ninguna pasión, ni los agita ningún sueño, reduciéndose su vida a un continuo "no arriesgarse,"<sup>2</sup> a un estado de completa comodidad y satisfacción.

Mallea sostiene que "la poer, la más nociva, la más condenable de todas las personas actuantes en la superficie de la Argentina es la que ha sustituido un vivir por un representar."<sup>3</sup> Estos hombres y mujeres hacen vida pública, viven desde un balcón. "Su género es el discurso; su apoteosis el banquete; su seducción más inquietante, la publicidad."<sup>4</sup> Para verlos no hay más que entrar a un café de la capital, que es lo mismo que

...ingresar a un vivero de personas tan niveladas entre sí que, si no hubieran sido forzadas por la naturaleza a la disimilitud física, formarían por

<sup>1</sup>Ibid., p. 80.

<sup>2</sup>Ibid., p. 98.

<sup>3</sup>Ibid., p. 70.

<sup>4</sup>Ibid., p. 73.

dentro y por fuera un ejército de hermanos gemelos. Todos los sucesos de la vida son juzgados allí desde el mismo ángulo de convención, pudiendo el juicio ser dispar, pero uno su punto de enfoque y uno el tipo de prejuicio de la mente al ir a tomar actitud.<sup>1</sup>

Pero no solamente se encuentra a esos hombres ficticios en los cafetines de la ciudad. Mallea los descubre también en el mundo de los refinamientos aristocráticos. Sin embargo, ese refinamiento y aristocracia que se empeña en mostrar y cultivar, no tiene su origen en un fondo de aristocracia verdadera, sino que no es más que un "estado inminentemente burgués."<sup>2</sup> Y es este ambiente el que encuentra un hombre joven que teme estar muerto, a su regreso de Europa:

¡Vuelta a América! Encuentro con otra clase de vacío humano--el vacío pretencioso, el vacío con un diploma en el escritorio y una fama de utilidad pública. El doctor X. X. X. Leites, médico; el doctor X. X. X. Araguren, abogado; académicos de la Universidad, ministros, coleccionistas de cuadros, honorabilidades andantes con sobrados méritos públicos, solemnes, graves,...Cretinos. ¿Dónde está el hombre en ellos? ¡Su infalibilidad! Como si un hombre no valiera precisamente por lo contrario, por el modo de conocer su falibilidad y gritarla, superarla a fuerza de llegar al fondo de ella. Hom- bres, representando; mujeres, representando. ¿Esto es América? ¿Es esto el fruto humano de un mundo nuevo, es esto lo que crece de la tierra fértil? ¿Es esto, vida?<sup>3</sup>

---

<sup>1</sup>Mallea, La vida blanca, p. 129.

<sup>2</sup>Ibid., p. 80.

<sup>3</sup>Mallea, "Los jóvenes hombres muertos" en La ciudad junto al río inmóvil, pp. 245-246.

Y es este también el ambiente que encuentra Lintas en la mansión de los Ragüe, que dan una suntuosa fiesta al financiero Raíces, de quien esperan ganar, naturalmente, algunos favores. Mallea toma esta oportunidad para hacer severa crítica de la falsa aristocracia argentina. Eugenia Ragüe, mujer ambiciosa en todo sentido, ha amueblado la casa con tanto lujo y derroche que parece un museo de arte. Por esos salones desfilan diplomáticos, banqueros, aristócratas, políticos, grandes hombres de negocios y artistas del momento. A ellos, la Sra. Rague trata de deslumbrar con su última adquisición en una galería de arte, mientras que el Sr. Rague se deleita en las discusiones de Historia Europea que prepara minuciosamente, y de antemano, escuchando una y otra vez las lecciones grabadas en disco por un profesor.

A Mallea le gusta presentar sus ideas por medio de contrastes y en Fiesta en noviembre hace gala de este método. Con una técnica de contrapunto perfectamente lograda, presenta dos historias que se desarrollan paralelamente. El lujo de los salones de recibo de los Ragüe hacen rudo contraste con el barrio pobre donde un grupo de soldados va a cometer un crimen contra un poeta. Mientras que los invitados ríen y discuten los temas más pedantes a su alcance, en el lejano barrio se oyen los ruegos de una mujer que implora por la vida del marido y las risas grotescas de los soldados. Y mientras que los dueños de



la mansión tratan de impresionar a sus invitados con su supuesta finura y aristocracia, su hija Brenda yace tendida en el sucio camastro de un perdido barrio donde acaba de pasar, por segunda vez, los horrores del aborto.

La sociedad que presenta Mallea es una sociedad en descomposición y de total irresponsabilidad ante el mundo. Los dos únicos personajes que parecen vivir en la realidad son Marta Ragüe, harta de falsedades y de la vida sin objetivo que es obligada a vivir, y Lintas, un artista descontento. Ambos, son dos seres angustiados y solitarios, dos islas humanas que contrastaban rudamente con ese ambiente de total despreocupación y que constituyen las voces de protesta contra toda vida de inutilidad y derroche de caudal humano.

Pero a Mallea interesan los hombres "visibles" sólo a manera de contraste. El que verdaderamente ocupa el foco de su atención es el hombre auténtico, ese individuo que es capaz de conferir a su existencia un carácter transcendente e inmune a todas las naturalezas inferiores. Es por ello que dedica una gran parte de su obra a la presentación del problema de la autenticidad existencial.

Se ha repetido hasta el cansancio que Mallea es un escritor argentino primordialmente interesado en el problema del hombre y de la nación argentinas. Mallea, sin embargo, transpone los umbrales de un nacionalismo puro para descansar últimamente en un plano de humanidad. Como él mismo lo ha

expresado, secas las fuentes europeas, es América la que tiene que presenciar el renacimiento de hombre. Y de todos los países del continente, Argentina es, por su alta tradición de libertad y donación personal, la que en sus hombres puede aportar la más significativa contribución a un estado de distinción interior.<sup>1</sup>

La aclaración de dicho punto se hace, una vez más, necesaria dada la naturaleza misma del sentido de autenticidad según la concibe Mallea. Insistiendo en su teoría de que sólo lo natural sobrevive en el mundo, Mallea advierte que el hombre que busca su autenticidad no debe violar el sentido de su mejor intimidad.<sup>2</sup> Es por ello que el hombre argentino es, por excelencia, "el que se hace carne con el espíritu, con el espíritu de su tierra,"<sup>3</sup> porque, de esta unión, resulta el espíritu nacional.

En su indómita extensión, la tierra argentina es un reto lanzado al hombre, reto al que sólo se puede hacer frente por medio de una idea o una pasión tan fuerte como ella misma.<sup>4</sup> Para ir hacia la tierra tiene el argentino que hacer uso de sus mejores cualidades espirituales que, de otro modo, duermen el sueño de la complacencia. Todo lo

<sup>1</sup>Mallea, La guerra interior, pp. 55-56.

<sup>2</sup>Mallea, El sayal y la púrpura, p. 207.

<sup>3</sup>Mallea, Meditación en la costa en Obras completas, p. 558.

<sup>4</sup>Ibid., p. 577.

que llega del mar, trae consigo una deformación al espíritu auténticamente argentino y es por ello que se hace necesaria una inmediata reconquista de la tierra, ya que tomando posesión de ella en el espíritu se rescata el propio. La alternativa es obvia,

...o respiramos el espíritu que nos trasciende a nuestra semejanza y que vemos corporizadas en unas cuantas personas máximas o nos precipitamos sin remedio en el vacío, en el hoyo, en el limbo de nonatos morales que conviven dentro de una comunidad.<sup>1</sup>

Mallea sostiene que la tierra "comporta hábitos, necesidades, padecimientos, alegrías, cantos, palabras, modos, objetos y esencias: la tierra es la materia donde se encierra para el hombre el material espiritual más sólido."<sup>2</sup> En este sentido, coincide con Gavinet cuando éste asegura que lo más real y lo más perenne que hay en una nación es su espíritu territorial.<sup>3</sup> Si bien es cierto que en el curso de la historia de un país todo puede cambiar en él, desde su sentido social y político hasta su fé religiosa, lo permanente y lo eterno siempre se podrá obtener clavando "la garra del conocimiento en el espíritu de la tierra."<sup>4</sup>

Por lo tanto, cada habitante, cada hombre argentino, tiene en realidad un sólo destino de autenticidad, que es

<sup>1</sup> Ibid., p. 568.

<sup>2</sup> Ibid., p. 578.

<sup>3</sup> Ibid., p. 579.

<sup>4</sup> Ibid.

el de "parecerse, el ser uno con el espíritu de la tierra; lo mismo que nadie es verdaderamente hasta que su semblante no se parece a su pasión, a su furia o a su tranquilidad."<sup>1</sup> Muy poca cosa son, dice Mallea, esos hombres que "no se parecen a lo que llevan adentro; entonces es que no llevan nada; nada."<sup>2</sup>

El espíritu territorial perdura porque es algo natural, y por lo tanto, legítimo. De un modo similar, en el hombre no hay orden espiritual que pueda perdurar en otras formas que las que señala lo legítimo de su intimidad. Para Mallea, la búsqueda de la autenticidad no es una reforma del hombre sino "un acceso total del ser argentino a sí mismo". De una entrada a fondo en lo que contenemos."<sup>3</sup>

Es precisamente en el problema de la autenticidad que Mallea difiere más notablemente de los existencialistas extremos como Sartre, que sostienen que la existencia precede a la esencia. Es sabido que todo hombre quíeralo o no, está ligado al mundo por su esencia humana, es decir, por su simple naturaleza. También es un hecho el que el conocimiento completo de la naturaleza humana, basada en las experiencias más íntimas de cada hombre, requiere la participación individual y personal de cada

<sup>1</sup> Ibid., p. 558.

<sup>2</sup> Ibid.

<sup>3</sup> Mallea, La vida blanca, p. 160.

uno, ya que solo en esta forma la realidad le deviene palpable en toda su fuerza. Los existencialistas más estrictos, en turno, sostienen que lo único real es lo personal, y que el hombre no conoce más que su propia existencia.

La contingencia humana demuestra al individuo que no es dueño de decidir sobre su existencia, la cual le es impuesta sin consultársele. Sin embargo, filósofos como Sartre sostienen que el hombre puede, desde el momento de su nacimiento justificar, aunque sea en parte, la arbitrariedad de su existencia, escogiendo libremente una esencia. Es decir, que en ellos, ya no se trata de un desarrollo de la personalidad humana innata en cada hombre, sino de una creación total y arbitraria de una esencia.

Mallea, indudablemente, no puede reconciliar su pensamiento a la idea de que el hombre, antes de definirse por una esencia libremente escogida, sea un ser totalmente indefinido y que, como una vulgar materia, pueda ser transformado en cualquier cosa. Cree demasiado en la dignidad de ese ser llamado humano, para no estructurar su pensamiento sobre esa humanidad. Reconoce también, que todo hombre en especial el argentino, tiene que luchar a brazo partido con la realidad externa y encontrar al mismo tiempo una forma de adaptación a ella. Todo lo cual quiere decir que la esencia no está libre de ciertas influencias externas que toman parte en la determinación de la misma. Sin una esencia, desaparecerían todas las características del

hombre, de la libertad, de lo trascendente, de la realidad exterior y hasta de las circunstancias sociales e históricas.

Así como Kierkegaard define la verdadera naturaleza humana como el ser ético, así también Mallea define, sin por ello dejar de lado lo humano, la naturaleza argentina auténtica como un estado especial, "estado de un hombre éticamente muy definido, que se parece, hasta identificarse en modo muy asombroso con ellos, al clima propio, la forma, la naturaleza de la tierra argentina."<sup>1</sup>

¿Qué papel juega entonces la libertad en el pensamiento de Eduardo Mallea? Ciertamente, no la considera un derecho absoluto del hombre, como lo hace Sartre, porque de así hacerlo, tendría que dejar de lado el concepto de una naturaleza inherente del hombre y de las circunstancias exteriores. En un momento en la idea de la libertad se ha convertido en un sinónimo de arbitrariedad y libertinaje, Mallea insiste en considerarla como el obrar por un libre albedrío siempre atento a la naturaleza legítima del hombre, y en su caso particular, del hombre argentino. De otra manera, el sentido de la libertad contradecía una de sus aspiraciones más valiosas, que es la de permitir el más completo desarrollo del hombre. Este, en el ejercicio de una libertad absoluta sofocaría, la mayor parte de las veces, al ser auténtico que lleva dentro de sí en potencia, ya que

---

<sup>1</sup>Mallea, Historia de una pasión argentina, p. 89.

trataría de evitar el estado de negación y sacrificio que impone dicho autenticidad.

Mallea de ningún modo pretende privar al hombre de sus derechos naturales, como lo es la libertad, pero insiste en que, bajo ninguna circunstancia, puede existir compatibilidad entre una existencia auténtica y el concepto de una libertad absoluta.

El alto aprecio y admiración que Mallea siente por el concepto de la libertad humana que ve innata en el hombre argentino, se hace evidente en el constante uso que hace de esa característica como carta de presentación del habitante de su tierra; y es también, lo que una y otra vez le hace repetir su fe en proceso de rehabilitación humana que debe ser iniciado por él. Esta pasión por la libertad, no es un sentimiento adquirido en su madurez, sino un sentimiento manifestado ya en él desde muy joven, y que llega a una plenitud más tarde.

La idea de la libertad me fue primordial, desde adolescente. Incluso de la idea del temor me curaba la idea de libertad. No era el sentido de libertad más profundo y más complejo, que había de evolucionar después....Era un sentimiento de libertad--que da mejor que llamarlo idea--y su poder era muy grande sobre mí apreciación de la existencia.<sup>1</sup>

Este profundo sentido de la libertad del hombre influye poderosamente sobre su actitud religiosa. Como Kierkegaard, cree que "no hay más que un modo de tener Dios,

---

<sup>1</sup>Mallea, La guerra interior, p. 41.

y es llevarlo adentro."<sup>1</sup> Sin embargo, sus razones son diferentes, ya que Mallea, al alejarse de los ritos exteriores, es guiado por un sentimiento de orgullo engendrado en su libertad.

Había sido bautizado, educado en una casa cristiana, formado en principios edificantes, llevado a misas dominicales. Nada más. Veía a mi madre orar. Yo, orgulloso, me apartaba de las liturgias, que me obligaran a declinar mi pensamiento de un yo libre, de un yo comparable al aire circulante por entre las calles y sobre los canteros, siendo invierno y siendo verano.<sup>2</sup>

Mallea distingue dos libertades, la interior y la exterior, pero siempre las mantiene en un plano de estrecha relación, ya que una no puede existir plenamente sin la otra. "cuando el hombre pierde cierta libertad externa y aparentemente accesorio, dice, su vida toda se estrecha tanto que no tarda en perder también su propia libertad no ya de amor, pero sí de inteligencia...."<sup>3</sup>

Durante su viaje a Europa en 1934, se había sentido inmensamente preocupado por el futuro espiritual del hombre, ya que allí "había asistido, dice, al alzarse de las tiranías, las cuales significaban, entre otras miserias, el auge del sentido negativo del hombre."<sup>4</sup> Allí había

<sup>1</sup>Mallea, Historia de una pasión argentina, p. 146.

<sup>2</sup>Mallea, La guerra interior, p. 41.

<sup>3</sup>Mallea, Meditaciones en la costa en Obras completas, p. 550.

<sup>4</sup>Mallea, La guerra interior, p. 48.



sido testigo de los estragos que estaba causando la imposición al hombre de sistemas que, en nombre de la libertad y el orden, sofocaban todo intento de personalidad, y todo acto de libertad de conciencia, convirtiendo al hombre en un deformado civil y espiritual. Es por estos atropellos de los absolutismos contra la libertad del hombre que Mallea los ataca vigorosamente. Dichos sistemas, dice,

...han traído al hombre a su empobrecimiento más grande en medio de su período más alto de posibilidades terrestres. Lo han reducido a dos confinamientos: el confinamiento en un cinismo sin esperanza y el confinamiento en su propiamente dicha aberración civil. El clima de la persona humana ha perdido en gran parte del mundo europeo la dirección de su viento espiritual en el sentido del misterio y en el sentido de su aspiración libre hacia arriba, de su hambre de eternidad y de fertilidad. El clima general de Europa huele a lo húmedo y terroso de las celdas. Es una atmósfera de clausuras, y ganada de presencias venenosas.<sup>1</sup>

Algunos años más tarde, en 1942, fecha de la primera revolución militar que iba a iniciar un largo período de dictaduras que culminarían con la de Juan Perón, Mallea confiesa sentir esa misma sensación de ahogo en su propio país,<sup>2</sup> y siente la misma sensación de desaliento que experimentara en Europa ante el mismo espectáculo.

Siendo que el hombre auténtico de Mallea no escoge su esencia, sino que tiene acceso a ella, el sentido de

<sup>1</sup>Mallea, Meditación en la costa en Obras completas, p. 551.

<sup>2</sup>Mallea, La vida blanca, p. 14.

la libertad interior del hombre se ve principalmente influida por la necesidad de escoger valores que no estén en contraposición con su intimidad natural. Cuando Mallea discute sus ideas con respecto a la libertad interior, prefiere hacerlo en relación al novelista y sus personajes, ambiente donde se siente más cómodo.

"Los dos ejes diamantes de la novela, dice, se llaman en definitiva para mí visión y libertad.... Todo cuanto lleva en sí el signo de la creación lleva en sí el signo de la libertad."<sup>1</sup> En un breve artículo que incluye al final de su obra Las Travesías, II, y que titula "Literatura y Libertad," Mallea parece concentrar sus comentarios sobre el tema del libre albedrío, para lo cual utiliza como ejemplos a conocidos personajes novelísticos. Mallea insite en que

El héroe, personaje de novela, tiene un solo denominador común: La libertad. Por eso se le llama héroe, porque héroe es el que va más allá, el insobornable, el infijable.... Escapa a las paredes de la prisión como escapaba el Quijote, descubriendo más caminos que nadie en el aire abierto de la libertad.<sup>2</sup>

---

<sup>1</sup>Mallea, "El mundo inventado" en Las Travesías, II, p. 126.

<sup>2</sup>Mallea, "Literatura y libertad" en Las Travesías, II, p. 105. Aquí Mallea explica detalladamente el significado que él atribuye a la palabra solidario: "El Quijote es el ser solidario que Cervantes libertaba en sí, y luego el Quijote sigue su propio oficio de libertador.... Anda y anda y anda y todo su espíritu es donación de libertad: liberta a Sancho de sus burdos gravámenes y liberta a quien puede donde puede.... Porque la libertad es el don de elegir nuestras preocupaciones ideales allí mismo donde

El ser solidario es el ser más completo y más libre en la vida y en la literatura, y el ser sin libertad, es el ser incompleto.<sup>1</sup> Mallea sostiene que cuanto más grandes son los hombres, y los héroes novelísticos como hombres, mayor es su posibilidad de transformación, y cuanto más grande es esta posibilidad de transformación, mayor es la necesidad que sienten de libertad. Por lo tanto, "el que no quiere libertad es porque no quiere transformarse en nada. No aspira a otra forma que su forma fija, nadie lo sabrá sacar de un grado cada vez mayor de puras costumbres acumulativas."<sup>2</sup> Siendo la libertad la condición esencial de todo lo completo, Mallea sostiene que sin libertad no hay forma ya que ésta no es más que grados aspirativamente ascendentes de la libertad.<sup>3</sup>

El novelista también nutre con libertad sus propios campos y cuanto más libre es, es más grande. Así también, la libertad es la que conduce a los países a su punto más alto ya que "en la libertad del poder ser distinto, de

---

el miedo ha dejado paso a la hazaña y el pensamiento mismo se hace acción de solo no estar obstaculizado en su puro curso íntimo?" (El subrayado es mío.) Mallea, como se ve, atribuye a la naturaleza argentina esa misma característica solidaria, que es precisamente lo que le hace concebir al habitante de su tierra como el rehabilitador de la humanidad.

<sup>1</sup>Ibid.

<sup>2</sup>Ibid., p. 106.

<sup>3</sup>Ibid.

querer ser muchos lo que son o lo que quieren ser y no lo que se les manda ser reside el valor de un país, su poderío y calidad."<sup>1</sup> Mallea, sin embargo, reconoce la grave responsabilidad que le toca al hombre libre, y la angustia que representa dicha libertad al que la posee. Y es por ello que en La guerra interior incluye un resumen de "La leyenda del Gran Inquisidor" que Dostoievsky narra por medio de Ivan Karamanzov. En dicho recuento llaman la atención las palabras del Gran Inquisidor a Dios, a quien ha apri-  
sionado:

"Nada más seductor para el hombre que el libre albedrío, pero tampoco nada más doloroso....Aumentaste la libertad....Pero, ¿cómo no comprendiste que él (el hombre) rechazaría al fin y hasta pondría en duda tu imagen y tu verdad sintiéndose abrumado por el horrible peso de la libertad de elegir?"<sup>2</sup>

Todos los personajes novelísticos de Mallea experimentan, concientemente o no, el peso de la libertad, aunque en casi todos los casos, el destino parece intervenir maliciosamente y torcer cada acto hacia otro fin. Típica es la situación de Agata Cruz, quien, queriendo suicidarse, deja abiertas las ventanas del dormitorio durante una cruda noche invierno. Cuando despierta al día siguiente, encuentra que es a Nicanor a quien la muerte se ha llevado.

Mallea también muestra una contante insistencia en colocar a sus agonistas en situaciones que, necesariamente,

<sup>1</sup>Ibid., p. 107.

<sup>2</sup>Mallea, La guerra interior, pp. 66-67.

limitan sus posibilidades de elección. En dichos casos, se quejan amargamente de su situación, y cuando escogen un camino de acción, lo hacen como si su libre albedrío no existiera y como si la vida los llevara de la mano. Eso es precisamente lo que siente Agata Cruz cuando acepta en matrimonio a un hombre a quien no ama y del que sólo sabe muy poco.

Rara, rara cosa, como la vida interviene con su voz en nuestra vida. Cuando queremos movernos ya estamos muchas veces apresados, y el paso que damos ya no nos pertenece. Incluso las más férreas voluntades no acatan más que las órdenes de un ritmo que les es ajeno, en el que están comprometidas. ¿Quién mandaba esa fuerza que le empujaba fuera de su casa, que la echaba hacia fuera, que la entregaba a ese hombre...? Pero cuando sentimos que es la vida la que empuja, no nos resistimos ni para sobrevivir.<sup>1</sup>

Similar a éste es el caso de Gloria Bambil, quien se queja de que su vida no es más que una larga serie de cuartos por los que la vida la obliga a pasar, camino a su muerte. "Yo estoy hecha de cuartos, dice. No puedo hacer más que lo que me da mi constitución. Mis cuartos no los elijo....Para ellos he nacido y en ellos me voy a quedar."<sup>2</sup> Irónicamente, sin embargo, hace su gran elección al decidir terminar su vida para conservar ese estado que la vida le impone y que Martín Tregua ha luchado desesperadamente por liberar.

<sup>1</sup>Mallea, Todo verdor perecerá, p. 40.

<sup>2</sup>Mallea, La bahía de silencio, p. 358.

Significativamente, cuando personajes auténticos, como Chaves, o en vías de autenticidad, como Serena Barcos, Martín Tregua o Roberto Ricarte toman las decisiones pertinentes a su estado, todos ellos lo hacen con la plena conciencia de estar ejerciendo su libre albedrío. Es en los otros, en los "perdidos en primera instancia" que los actos siempre aparecen dirigidos por la vida misma, y esos personajes no hacen más que servir de dócil instrumento, sin pensar siquiera en la rebelión libertadora.

Se ha visto que en Mallea, el libre albedrío constituye, más que nada, la posibilidad del hombre de trascender hasta un estado natural de autenticidad o el de rechazarlo y vivir una existencia ficticia, como es la de los hombres "visibles." Mallea explica detalladamente el papel que juega la relación tierra-hombre en la autenticidad de éste, y, de igual modo brinda su concepción de lo en que consiste dicho estado de autenticidad. Para ello, comienza, como lo hace a menudo, por un análisis negativo, eliminando primeramente lo que no constituye autenticidad. En Bahía de silencio, Martín Tregua es quien hace la odiosa comparación.

Aquel país la Argentina visible no era el país.  
 Aquel país que veíamos no era el país que queríamos.  
 Aquel país que tocábamos no era el país que esperábamos.  
 Debajo de la púrpura queríamos ver el sayal.  
 El sayal es lo que está cerca de la sangre. Es el país, la púrpura mentía.<sup>1</sup>

---

<sup>1</sup>Mallea, La bahía de silencio, p. 48.

A Roberto Ricarte también le toca exponer sus ideas de aquello que va a su alrededor y que, según él, no constituye la personalidad auténticamente argentina.

--Pasa, Ricardo que ya el pensar, entre nosotros, no tiene fuerza, que ya ni el desear ni el querer aquí tienen fuerza, que aquí lo que tiene solo fuerza es la costra, y que todo el mundo se aplica a endurecerla, a darle brillo, a cuidarla, a lustrearla, a pulirla, a hecerla cada vez más resbaladiza, más aparentemente costosa y más impenetrable.<sup>1</sup>

Por oposición, el hombre con sentido auténtico de la vida es el que vive en perfecta armonía con la tierra, sumergido en su espíritu e "invisible" a los ojos del cuerpo. Mallea nunca define exactamente a este ser auténtico tal como verdaderamente es, sino más bien lo intuye como querría que fuese. Y es por ello que a veces su figura queda algo incompleta y como suspendida en el aire.

El hombre auténtico es aquel que lleva el sello de la distinción que le confiere el vivir en una continua exaltación severa de la vida.

La idea de la exaltación severa de la vida significaba una propuesta humana de ir hacia algo que se definiera como voluntad profunda de vivir sobre los sentimientos paralelos de aspiración fundamental de elevación y aspiración fundamental de libertad.<sup>2</sup>

Exaltación, dice Mallea, es de por sí una elevación (de condición generalmente espiritual) y es esa característica que diferencia al hombre de las otras especies. Es severa

<sup>1</sup>Mallea, La torre, p. 177.

<sup>2</sup>Mallea, La guerra interior, p. 45.

porque piensa y obra sin trivialidad; y es trascendente, "por aquello de que toda moral real trasciende al hombre dignificándolo, haciéndolo señor de sí, es decir, más que sí, poseedor de sí, a discreción."<sup>1</sup> Es este un estado de vida de calidad sacramental, y consiste en un "estar particular del hombre en el espacio que abarca la terrestre realidad, las contingencias y la aspiración hacia Dios."<sup>2</sup>

Las cualidades que Mallea observa en este hombre auténtico, es uno de esos detalles que hace ver su concepción del hombre auténtico argentino como algo más pensado que real. Este hombre es

...grave sin solemnidad; silencioso sin resentimiento, alefre sin énfasis; activo sin angurria, hospitalario sin calculo de trueque, naturalmente prodigo; amigo de los astros, las plantas, el sol, la lluvia y la intemperie; pronto a la amistad, difícil a la discordia; humanamente solidario hasta el más inesperado y repentino sacrificio; lleno de exactas presciencias y zumos de sabiduría, simple sin alarde de letras; justo de fondo, más amigo del bien directo, de la ecuanimidad de corazón que del prejuicio teorizador; viril, templado en su vehemencia, tan morigerado en la vida--morigerado en su codicia--que no le espanta con su ademán la muerte--pues nada le arrebatara que él no hayan ofrecido antes con humana dignidad.<sup>3</sup>

Este hombre auténtico es capaz de las abnegaciones más grandes, cualidad necesaria para que todo grano de fruto. El suyo es un estado de "disponibilidad, de

<sup>1</sup>Mallea, Historia de una pasión argentina, p. 92.

<sup>2</sup>Ibid., p. 80.

<sup>3</sup>Ibid., pp. 75-76.



participación pronta a la vida, de permanente asistencia, de presencia rica y espontánea, como la presencia del voluntario que está siempre listo para ofrecerse....El clima mismo de la fertilidad."<sup>1</sup> A diferencia del hombre "visible, éste es capaz de experimentar una contradicción consigo mismo, de negarse, de experimentar una duda activa, de sostener un rudo conflicto, de hostilidad defensiva hacia las circunstancias en que vive, porque "ninguna vida puede nacer sino de conflicto cruel."<sup>2</sup>

El argentino "invisible" es capaz de enfrentarse con la realidad, de vivir con riesgo y de morir sin miedo, características, ambas, del pueblo español. A propósito de lo cual Martín Tregua declara:

Los hombres para mí más admirables y claros son los que combaten sin mentirse a sí mismo y que tienen en las manos las armas, no porque adoren su dionisiaco heroísmo, sino porque saben que combatir está en su condición de hombres y deben hacerlo sin premio.<sup>3</sup>

Sin embargo, lo mejor que tiene el pueblo "invisible" está hecho de esa dualidad del ánimo de donación y el ánimo de libertad. Son éstas las cualidades inherentes que le han hecho posible embarcarse, con éxito, en la creación de un mundo donde ha tenido que hacérselo todo, para luego

<sup>1</sup>Mallea, Meditación en la costa en Obras completas, p. 558.

<sup>2</sup>Mallea, Historia de una pasión argentina, p. 98.

<sup>3</sup>Mallea, La bahía de silencio, p. 136.

traspasar las fronteras y compartir su éxito y su victoria.

Esos hombres que viven en profunda comunión con la tierra, no es precisamente el gaucho o el estanciero. No, Mallea no se refiere a ninguna de esas "profesiones." Se refiere más bien a un estado y dicho estado puede encontrarse en hombres del campo, como Juan Mota; hombres del pueblo, como Chaves; aristócrates, como Marta Rague; intelectuales, como Martín Tregua. Todos ellos llevan en sí esas cualidades, esa aproximación con la tierra que confiere la autenticidad, o están buscándola. Ellos son la verdadera aristocracia del país, porque llevan en sí esas características tan preciadas del patricio argentino, a quien Mallea admira profundamente. A esta aristocracia del alma es la que se refiere cuando dice:

El Pueblo, creen muchos que es la masa, la turba, la multitud. No: el pueblo es esencialmente... aristocrático. Un paisano, un labriego, son señores. Me refiero a las facultades del alma, a las potencias platónicas, ya que no al uso político y social de aquellos términos magníficamente expresivos. ...Yo he conocido a mucha gente de blasón, pero no he conocido más nobles que aquellos cuya eminencia era una suerte de ultra refinada humanidad, esto es, pueblo mismo hecho genio y quintaesencia.<sup>1</sup>

De ello se deduce que, para Mallea, el pertenecer al "pueblo invisible" no se refiere a un sistema de castas sociales sino a una actitud ante la vida. Dado el carácter más propicio del hombre de campo, este estado es, sin embargo,

---

<sup>1</sup>Mallea, El sayal y la púrpura, pp. 218-19.

más obvio en los pueblos de provincia que en la capital.

Dentro del grupó privilegiado de la nobleza de alma, ocupa un lugar prominente San Martín, quien no solamente es digno de honra por sus hechos en favor de la libertad, sino que por sus cualidades personales, que parecen coincidir con las que Mallea espera del hombre auténtico. San Martín parece resumir esa serie de virtudes del hombre "invisible."

Ese sentido grave, esa exaltación severa de la vida que se refugia en la veta última del corazón argentino, y que se basa en la conjunción de la vieja "hombría" de los españoles con lo dramático suscitado por la realidad de una tierra llana y desierta; esa voluntad consecuente de ser superior al destino determinado por una naturaleza indómita y tantas veces adversa; ese tenerlo que crear todo: aun la salud de su dolor y la luz para su oscuridad, alejado de guías, señales y rumbos ya hechos; ese fondo de emoción y amplitud cordial, esa prontitud del alma, esa organización del sentimiento en un sentido activo y no pasivo.<sup>1</sup>

Por último, el hombre auténtico es aquel que, de acuerdo al ritmo de la naturaleza, vive "naturalmente," sin perturbarse ante nada. En él, esta impertubabilidad no es una pose, sino una forma de ser, que a menudo existe en el hombre sin manifestarse. En un poema de Walt Whitman al que Mallea se refiere a menudo, está representado dicho estado,

Me imperturbe, standing at ease in Nature,  
Master of all or mistress of all, aplomb in the  
midst of irrational things,

---

<sup>1</sup>Mallea, Historia de una pasión argentina, p. 140.

Imbued as they, passive, receptive, silent as they...  
 .....  
 Me wherever my life is lived, O to be self balanced  
 for contingencies,  
 To confront night, storms, hunger, ridicule, accidents,  
 rebuffs, as the trees and animals do.<sup>1</sup>

Sin duda alguna, estas líneas presentan al hombre argentino "invisible" tan bien el mismo Mallea ha podido. Sin duda alguna, estas líneas pueden aplicarse perfectamente a ese hombre argentino auténtico que Mallea ansia por describir pero que, no viéndolo con claridad, intuye más que describe. Este hombre imperturbable no es otro que aquel que tiene los pies fuertemente plantados en la tierra, y sustentado por ella se eleva hacia el cielo en una vida transcendente, sin que ninguna de los peligros y reveses que la vida pone en su camino estorben su marcha.

Los peligros que constantemente acechan al individuo auténtico son de muchas naturalezas y contra ellos debe estar preparado aquel que quiera sobrepasarlos. Estas realidades externas del hombre, la política y lo social, lo apremian constantemente, forzándolo a ajustarse a ellas en formas que, muy a menudo resultan danosas para su propia autenticidad.<sup>2</sup>

Si el individuo auténtico desea sobrevivir a estas apremios, debe resistirlas con todas las fuerzas de su ser,

<sup>1</sup>Walt Whitman, "Leaves of Grass" citado en Nocturno Europeo, p. 216.

<sup>2</sup>Mallea, Meditación en la costa en Obras completas, p. 567.

ya que Mallea solo le propone una alternativa a un estado de plenitud; "...se es o se deja de ser, según que tengamos o no el coraje de nuestra conciencia."<sup>1</sup> Y en toda búsqueda de autenticidad,

...rebelarnos a soportar destinos que nos son ajenos, destino que nos vengan a sojuzgar, rebelarnos ante la idea de ser otros que lo que somos, nos parece un programa excelente. Esto nos obligara, entre otras cosas, a acentuar y fortalecer nuestras cualidades peculiares, nuestro propio estilo, las características de nuestra diferencia; en una palabra, a concretar como somos y como resistiremos. La personalidad es en definitiva, el modo de resistir.<sup>2</sup>

Pero no hay que olvidar que el hombre auténtico debe llenar al vacío que se extiende frente a sus ojos con actos creadores que den a su vida un significado trascendente. Sin embargo, toda creación implica sacrificios y sinsabores continuos, ya que la vida parece empeñada en arrebatarse al hombre todos sus empeños. Todos los personajes de Mallea se encuentran empeñados en una búsqueda. Esta búsqueda puede consistir en la clarificación de respuestas a los eternos problemas existenciales o en la persecución de la autenticidad misma.

Entre estos últimos, se encuentran los creadores. Una creación, tal como la interpreta Mallea no se refiere solamente a una creación artística, sino que a toda producción humana, ya sea mental o física. Cada individuo

<sup>1</sup>Mallea, Historia de una pasión argentina, p. 17.

<sup>2</sup>Mallea, El sayal y la púrpura, pp. 10-11.

en busca de autenticidad llena su vacío abismal con diferentes actos creadores. Para algunos, se trata de establecer una comunicación efectiva; para otros se trata de retener intacta un fondo auténtico por medio de un total aislamiento; y para otros muchos, se trata de producir una obra literaria.

Es precisamente este tipo de creación uno de los esfuerzos más recurrentes en la obra de Mallea, y también uno de los más angustiosos procesos por los que puede pasar un agonista.

El esfuerzo del hombre es la dolorosa creación de un mundo no tiene comparación sino con el de aquel que se expone, que arriesga sacrificio y coraje en la conquista de una forma de arte, de un crear, duramente enfrentado con otra materia que le es tan indócil y hostil como la materia del mundo físico. Pero el riesgo a que se exponen ese sacrificio u ese coraje cuyo destino es el acto de crear no es en modo alguno un riesgo estéril; de este casamiento en la más dura de las circunstancias surge un clima nuevo de la sensibilidad.<sup>1</sup>

Aunque reconoce que todo trabajo creador tiene su origen en un momento de inteligencia desinteresado, o en un ensueño, es, en cambio,

...la voluntad de crear, la que siendo de origen divino, impone al producto de una inteligente tenacidad aplicada ese elemento incorpóreo, animado, absoluto, por el que sobreposa las reglas relativas de lo concreto y se relaciona con lo inespacial, lo sublime y lo eterno.<sup>2</sup>

<sup>1</sup>Mallea, Historia de una pasión argentina, p. 96.

<sup>2</sup>Ibid.

Por ello, el acto creador constituye el acto más esencialmente espiritual. Esta característica es, precisamente, la que sobresale y se destaca en toda obra de arte, aunque a veces no sea más que en la forma del "riesgo humano comprometido en la obra."<sup>1</sup>

En Mallea abundan estos creadores, y son, todos ellos, escritores. Martín Tregua escribe su obra simbólica Las cuarenta noches de Juan Argentino; Fernando Fe se dedica a los dramas y pasa la vida obsesionado por el tema del Simbad; el desconocido de "Los otros mundos" escribe cuentos y poemas; Francisco Diaz de La sala de espera escribe obras de teatro. Y por supuesto, Mallea mismo, quien en cada uno de estos hombres revive sus experiencias de autor.

Todos estos creadores experimentan fatigas y frustraciones a lo largo de toda su vida, sin lograr alcanzar el éxito que buscan y que es el de la comunicación de un mensaje hacia un ser humano que le preste atención. Al final de cada obra, todos ellos se encuentran aun luchando desesperadamente por alcanzar esa meta que continuamente se les evade. Comentando sobre sus propios esfuerzos creadores, Mallea parece hacer eco a todos sus creadores.

Después del trabajo distinto y difícil de cada día llego cada noche a la conclusión de que los años y años de preparación, los lustros de experiencia,

---

<sup>1</sup>Ibid.

los decenios de verificación y reflexión, los innúmeros materiales juntados, la infinita gente hallada y los incontables libros leídos, todas las cosas medidas y pesadas me han llevado exactamente apenas al comienzo de mi trabajo y de que mi tarea mayor está todavía en la víspera, ofreciéndome para el día siguiente su casi inexpugnable macizo de problema, dificultad y esfuerzo.<sup>1</sup>

Uno de los motivos de mayor frustración para el creador literario es la absoluta falta de comprensión del público para con el mensaje que aquel introduce en la obra--porque no hay que olvidar que todo esfuerzo literario supone un atentado de comunicación con el lector o espectador. Y sucede que la historia que buscan contar se convierte en la narración de su propia esterilidad.

Francisco Díaz, a la búsqueda del gran tema que lo supere y lo eleve para siempre sobre sí mismo, dedica todos sus momentos a la pluma. Las obras que van saliendo de sus manos, cuanto más lo disgustan, más entusiasman al público. Esta situación se presenta constantemente en Mallea, quien parece interesado en transmitir la sensación del tremendo abismo de incomunicación que separa al autor del público, que se empeña en ver en la obra su propia interpretación, sin molestarse en descubrir el mensaje del autor. Cuando Díaz termina por fin aquella que considera su obra maestra, lo asalta la certeza de su fracaso:

---

<sup>1</sup>Mallea, Las Travesías, I, pp. 83-84.



Pero yo estaba ahí, hundido hasta el fondo del sofá, agobiado por un sentimiento que la lectura acababa de revelarme: la confirmación de un gran temor, el instinto de que el drama estaba erróneamente impuesto y de que ninguna interpretación podría salvar aquel cúmulo de argumentaciones exaltadas de su confusa densidad, pasiva, turbia. Era un arrebató sin forma nítida imperante, y de aquellos gritos nadie recibiría tal vez el eco, la seca resonancia elaborada, sino el impacto primitivo, sordo.<sup>1</sup>

Aunque el drama de "Los otros mundos" reviste características algo diferentes, el problema vital es el mismo. El personaje principal, un escritor de cuentos y poemas a quien Mallea se refiere impersonalmente como "él," es la cabeza feliz de una familia compuesta por el hermano y la cuñada de su esposa, Laura. Dotado de un notable talento, "su estilo manifestaba propiedades raras: altura, dominio, digamos superioridad,"<sup>2</sup> cualidades que habían sembrado las semillas del resentimiento entre sus colegas.

Al malograrse su primer hijo y quedar estéril su esposa, decidió dedicar su vida a componer una obra que "resuma todo cuanto soy. Que si queda, me refleje, a través del tiempo, tal como fui."<sup>3</sup> En esta narración, Mallea descubre otra de las obsesiones que persigue a todo escritor, que es el deseo de perpetuarse en sus obras. Los ecos favorables que recibía de sus composiciones solo le producían descontento porque parecían felicitar su fracaso.

<sup>1</sup>Mallea, La sala de espera, p. 141.

<sup>2</sup>Mallea, La razón humana, p. 9.

<sup>3</sup>Ibid., p. 11.

Y cada vez con más ardor, se lanzaba en persecución de esa creación que debería inmortalizarlo.

Puso en ella todo lo mejor de sí, "todo lo que posía de más difícil de transmitir, todo aquello que lo constituía y lo singularizaba."<sup>1</sup> Cuando la terminó, experimentó, sin embargo, el más amargo fracaso. Y como todo lo que se propone el escritor agonista,

El libro le pareció insignificante en comparación con lo que se había propuesto. No presentaba adecuadamente ninguna de sus preocupaciones mayores; era pálido, insatisfactorio. La idea que daba del autor era sumamente imperfecta...y reflejaba un alma sin verdadera magnitud, reducida y cortada.<sup>2</sup>

Sin embargo, lo que más le angustió fue que, cuando el libro apareció, se vendió abundantemente y llovieron las alabanzas sobre su autor. Como siempre, el mensaje no había sido recibido.

Y esto no fue más que el comienzo de una desesperada búsqueda de perfección que le llevó años y años, separándolo más y más de su familia. La obra que durante tanto tiempo se le había escapado de las manos lo llevó hasta Europa, donde había querido recomenzar su tarea. Y una noche en que la soledad se apoderó de él, había querido hablar;

...pero era como si a él, que había deseado tan ardientemente expresarse, la expresión le estuviera inexorablemente vedada. Entonces entrecerró los

---

<sup>1</sup>Ibid.

<sup>2</sup>Ibid., p. 13.

ojos, y quedándose hundido en el cauce de su fatal necesidad de pensamiento, se dispuso a la tarea que tenía por delante, la cual, a medida que creciera, lo separaría aún del mundo al que estaba apasionadamente referida, y no le daría nunca paz.<sup>1</sup>

Fernando Fe es, sin embargo, la figura más desolada entre esos creadores. Deliberadamente, Mallea extiende su vida a lo largo de 745 páginas de interminable agonía y frustración. Como los otros, a Fernando lo obsesiona esa obra que ha de salvar parte de él de una muerte segura. Ansiando perfeccionarse durante la espera de su inspiración, escribía obras que, cuando salían a escena, obtenían los más ruidosos éxitos. Estos triunfos lo llenaban de angustia ya que no representaban sus mejores esfuerzos.

De pie a cabeza lo asaltó el horror de haber servido de instrumento a una falsificación. ¿De modo que lo que el público aplaudía, aprobaba, jaleaba, era ese cuerpo que él no quiso crear, el costado falso o la parte ilegítimamente origida en forma entera?<sup>2</sup>

Su sueño era escribir la historia de Simbad de Las mil y una noches. Solo que él contaría la historia de un octavo viaje, en el cual el marino encontraría no la tierra de paz sino la de su felicidad. Y de este viaje, Simbad no habría de volver a Bagdad. No se trataba de una simple historia, sino de un símbolo

...aún virgen. El símbolo del hombre de hoy que espera su octavo viaje, el viaje feliz, entre los riesgos vencidos y los naufragios superados. Un

<sup>1</sup>Ibid., p. 60.

<sup>2</sup>Mallea, Simbad, p. 164.

hombre de corazón temerario que a veces teme desesperar; pero que siempre espera, con todo, que no deja del todo su candor, que siempre mira hacia fuera del golfo, listo para salir más allá, con sus ojos llenos de vicisitud, cansancio e infatigable ilusión.<sup>1</sup>

Sin embargo, no se realizaban sus anhelos de encontrar la forma de encarar el tema, que siempre se el desliza de las manos. Significativamente, Mallea quiere insistir en que toda obra de creación, por más perfecta que sea, es siempre "una forma transformable que no cesa de producir transformaciones."<sup>2</sup> Fernando explica lo que significa luchar contra este fenómeno:

Nace a un público, a un tiempo, a una presunta permanencia. Para el autor, no ha nacido nunca. Cada día aparece de nuevo, su forma ha cambiado, ya no se la que le dimos, nos atormenta, pudimos darle otra; cada noche nace de nuevo. Una persona tiene un fondo, un final, un límite; la obra de creación no: adonde nos arrastra es a su pozo, a su laguna Estigia. Es un gran infortunio haber sido llamado por ella. No es una suerte humana. ¿Puedes reprochármelo?<sup>3</sup>

En la persecución de este fantasma pasan treinta y ocho años de frustración, desesperanza e infinita angustia, sin que ni siquiera consiga acercarse al tema. Hasta que una noche, al pasear su desolación por una calle del barrio alguien le grita, al pasar:

--¡Adiós!...¡Simbad!

.....  
Los brazos se le aflojaron ante el terrible sarcasmo.

<sup>1</sup>Ibid., p. 286.

<sup>2</sup>Ibid., p. 358.

<sup>3</sup>Ibid.

Se quedó plantado, paralizado. Era como si la vida, al haberle impedido aquella obra, lo hubiera condenado a hacérsela vivir, y estuviera ahora ahí, en la noche y en la calle, riéndose de él.<sup>1</sup>

Comentando sobre otros posibles títulos para esta novela, Mallea dice que se tendría que pensar en algo así como El escarnio, por el modo como la vida le robó al protagonista la obra que él quería crear y se la obligó a vivir; "de cómo la obra no se hizo en la obra, sino en la vida de este protagonista como una suerte de burla, o como la treta del mundo contra los combatientes."<sup>2</sup>

Así van desfilando los agonistas malleanos, eternamente en busca de algo, nunca satisfechas sus ansias, y siempre en lucha contra una angustiada desesperanza. Con ese sentimiento solidario que lo caracteriza, Mallea va con ellos, comprendiendo sus esfuerzos y compadeciendo sus dolores. A muchos de ellos, simplemente los acompaña en su búsqueda, pero a otros, los lleva de la mano para que transmitan su mensaje. Entre los últimos, Martín Tregua ocupa un lugar preponderante. Joven humanista e intelectual inquieto, hace mejor que nadie la exposición dramatizada de las ideas de Eduardo Mallea.

En La bahía de silencio, que merece ser clasificada como novela de ideas, Tregua tiene el mismo itinerario

<sup>1</sup>Ibid., p. 746.

<sup>2</sup>Mallea, Las Travesías, I, p. 112.

físico y espiritual que Mallea en Historia de una pasión argentina, y experimenta también las mismas dolorosas y alarmantes inquietudes por el futuro del hombre y de la nación argentina. A ambos, desea llevarlos hasta un estado de autenticidad.

Las tres partes de la novela corresponden, significativamente, a las distintas etapas de la vida de Tregua.

"Los jóvenes," trata de su educación y primeras evidencias de la falta de autenticidad en los hombres de su país;

"Las islas" es testigo de su subsecuente viaje a Europa-- en esa peregrinación espiritual a la que se siente obligado todo hijo de América--y su completa desilusión del viejo mundo; por último, "Los derrotados" narra su vuelta a tierra argentina y sus desesperados esfuerzos por despertar la conciencia de esos hombres que considera depositarios de la esperanza de rehabilitación humana.

Martín Tregua, cara a cara con el abismo necesita, como todo buscador de autenticidad, llenar ese vacío con algo de su creación. Como Mallea, considera que ésta debe consistir en una misión de "despertador de conciencias" hasta un estado de "ferviente rebeldía"<sup>1</sup> al estado de representación que lo desnaturaliza, y de un estado de comunión con el espíritu territorial.

---

<sup>1</sup> Mallea, La bahía de silencio, p. 32.

Mallea inicia la narración en Buenos Aires, en 1923, año en que un grupo de jóvenes descontentos - Tregua, Anselmi, Jiménez, Azevedo y otros - fundan una revista literaria destinada a levantar la moral del país.<sup>1</sup> Sin intereses políticos de por medio, estos "buscadores de almas"<sup>2</sup> representan la sangre nueva que busca despertar a ese "país echado a dormir sobre la tierra."<sup>3</sup> Contra el fondo nítido de la persistente y apasionada búsqueda de Martín Tregua, Mallea pasa revista a un sinnúmero de personajes cuya sola función es la de poner en evidencia una gran variedad de ideas que Tregua acepta, critica, o descarta totalmente, según su utilidad al problema de la autenticidad.

En "Las islas," Tregua lleva su búsqueda del hombre auténtico hasta las ciudades europeas, raíz misma de la tradición cultural americana. Si en ellas espera encontrar la respuesta, su desilusión no tiene límites al comprobar que las fuentes espirituales del viejo mundo se hansecado, y que el panorama humano sólo consiste de

---

<sup>1</sup> Este hecho coincide, más o menos, con la fundación de la revista literaria Martín Fierro, en la cual Mallea colaboró copiosamente. Anselmi, Jiménez y Azevedo son generalmente aceptados como personajes-clave que representan a escritores contemporáneos de Mallea. Por los datos que da sobre él, Azevedo y el legendario pensador y escritor Macedonio Fernández parecen ser uno y el mismo.

<sup>2</sup> Mallea, La bahía de silencio, p. 24.

<sup>3</sup> Ibid., p. 18.

seres "sobrevividos," de hombres-islas. La galería de desilucionados, de derrotados, de cínicos y de inquietos que Tregua conoce en Europa es interesantísima y muy vasta. Entre ellos, el médico Ferrier, vencido por el sentimiento de impotencia ante la muerte; Blanche Alost, desilusionada de la vida y evadiendo en una existencia de disipación, todo contacto con la realidad; Atkinsons, joven aristócrata inglés de algunas inquietudes pero totalmente inefectivo; los socialistas italianos en el destierro, que comentan el desprestigio de Mussolini: Scariol, quien "tenía una mentalidad prehistórica"<sup>1</sup>; y el profesor Autoriello, que era "una rama del siglo XIX arrastrada tristemente por el viento de estas horas."<sup>2</sup>

Esta "generación perdida," como la llamaría Gertrude Stein, vivía como fruto de un mundo que se estaba debatiendo entre los últimos estertores de la muerte y que ya no tenía nada que ofrecer a sus hijos. Estos intelectuales no estaban unidos más que por

...la costumbre y por las palabras, pero sin duda no había nada fecundo, fuerte, superior a la vida misma en ellas. La enfermedad del mundo occidental, una especie de empobrecimiento de las fuentes morales, una especie de sequedad actuante, de novida que actúa como vida y como vida supercivilizada, superconsciente. Hijas de estos hombres, las civilizaciones nacen agostadas,...<sup>3</sup>

---

<sup>1</sup>Ibid., p. 303.

<sup>2</sup>Ibid.

<sup>3</sup>Ibid.



Profundamente angustiado, Martín Tregua regresa a su país, "...mi carne, la raíz de mi carne, la tierra carnal..."<sup>1</sup> y, en "Los derrotados," se lo ve dedicado más que nunca a despertar la conciencia del país. Con este fin, termina su obra maestra, Las cuarenta noches de Juan Argentino, que quiere representar

Las cuarenta vigiliias, los cuarenta desvelos, las cuarenta penurias de la conciencia que se va a echar a andas, que se prepara para la marcha en el tiempo. Y serían cuarenta novelas, cuarenta historias de cuarenta procesos humanos.<sup>2</sup>

Juan Argentino estaba destinado a ser ese hombre que debía renacer, al que había que dársele vida puesto que sería el hombre nuevo en quien estaban cifradas las esperanzas del país y del mundo. Se llama Juan Argentino, porque debe ser el resultado de una definición del espíritu de la tierra.

--Juan Argentino es el hombre que tenemos que hacer todos, con nosotros, aquí. El hombre nuevo, pero que nace de la sangre, de la impotencia de todo lo que se frustró en el viejo, y también de lo que en él hubo de mejor o de más válido. Juan Argentino, ...es el espíritu del hombre a quien debemos dar cuerpo en este país....Levantarlo, hacerlo, darle vida, darle solidaz y diferencia de los otros, como Dios hizo al suyo. ¿Qué tierra puede decir que ha nacido hasta que no ha definido a su hombre? ¡Ninguna, ninguna! Juan Argentino tiene que ser algo claro, sensible, neto; ofensor y ofendible, viviente; hecho de aceptación y de negación --;pero no, por Dios, una vaguedad sin nombre, sino algo concreto en su persona....<sup>3</sup>

---

<sup>1</sup>Ibid., p. 229.

<sup>2</sup>Ibid., p. 168.

<sup>3</sup>Ibid.

En Buenos Aires, Tregua quiere alistar la ayuda de hombres que, con su influencia, podrían dar a la causa un fuerte impulso, y va a verlos. Gormaz, un prestigioso abogado que, irónicamente, se jactaba de no tolerar mas que lo legítimo, le manifiesta estar de acuerdo, pero "piense Ud....dijo, que un hombre de mi posición no puede salir a romper lanzas como un Quijote o cualquier otro insensato....Mi conducta sería justamente condenada...; ¡Hombre, no podría ni siquiera volver al club!"<sup>1</sup> Mántaras, el solitario, manifestó que a él no lo unía al mundo ningún lazo y por lo tanto, "¿Qué le importaba a él éso? Que la mala vela se queme sola y acabe con ella misma. ¡Allá ellos!"<sup>2</sup> Por su parte, el profesor Resolía se aterró ante la propuesta, "¿Sabía yo que lo que ponía en peligro eran sus cátedras?"<sup>3</sup>

Estas visitas solo acabaron de demostrarle lo que ya sospechaba, que solo era fácil hallar a gente dormida en sus compromisos. Estas personas eran "a veces venenosas, desangradas de decepción, pero prudentes, temerosas de comprometerse; osadas en sus juicios, cohibidas en la acción."<sup>4</sup>

---

<sup>1</sup>Ibid., p. 324.

<sup>2</sup>Ibid., p. 327.

<sup>3</sup>Ibid., pp. 329-330.

<sup>4</sup>Ibid., p. 329.

Pero tenía otra desilución mas profunda, más personal, típicamente malleana. Al terminar la copia de su obra, terriblemente desencantado con ella, se había dedicado a reconstruir grandes partes de ella, quejandose de que "no hay tristeza comparada con esta sensación de fracaso que proponen las obras de creación al ser vistas una vez concluidas."<sup>1</sup> Esa sensación de fracaso no era algo nuevo, sino que lo había perseguido desde que la había comenzado. Desde entonces, ha menido había tenido la sensación de que

...esa obra inspirada en el padecimiento y en la esperanza de mi pueblo, no conmovería nunca a nadie. De que estaba hablando en el vacío,... Sentía mi soledad, mi absoluta soledad....<sup>2</sup>

Cuando casualmente Gloria Bambil cruza sus pasos, su solidaridad se vuelca hacia esa huraña a quien quiere ayudar a vivir. Pero tambien fracasan sus esfuerzos, cuando ella se suicida. A su alrededor, sus amigos de juventud tambien eran fracasados. Anse mi, enceguecido por un marido celoso, vivía olvidado en una provincia; Acevedo, se había vuelto un concentrado, vencido por la fuerza arrasadora de su mujer; tanto el Dr. Dervil como Ira Borescu habían desaparecido sin dejar rastros. Pero cada uno de ellos, a su manera era un derrotado, como esos europeos que había conocido en su viaje.

<sup>1</sup>Ibid., pp. 331-332.

<sup>2</sup>Ibid., p. 334.

¡Ah, fracasados, amigos de Bruselas, aquí estaba yo como, ustedes, ardiente e insuficiente, lleno de voluntad e ineficacia, semejante al padre de familia en torno al cual todo es deserción, frenesí e irrespeto, con el corazón lleno de voluntad y las manos llenas de inacción.<sup>1</sup>

Pero se resiste a declararse vencido, obsesionado por un fuerte deseo de perduración: "Este es mi mundo y yo debo perdurar aquí....Contra todo, y a pesar de todo."<sup>2</sup> Entonces reconoce su destino: "vivir produciendo vida, pero sin temblar--como quien no se asusta de lo que le es fatalmente exigido, sino que lo sobrepasa para superarlo."<sup>3</sup> Sin embargo, no puede olvidar que toda su vida ha sido una de inutilidad, porque "yo no había hecho nunca nada por nadie. Mi vida era un desastre."<sup>4</sup> Lo único que lo sostiene y le da fuerzas para luchar es "una confianza, una fe, una creencia increíble en la humanidad nueva."<sup>5</sup> Y esperando en ese renacimiento se refugia en la bahía.

Como personaje en sí, Tregua no posee la fuerza de creaciones posteriores. Sirve, sin embargo, el propósito de hablar por Mallea. Aunque el tipo del intelectual en búsqueda de autenticidad es bastante común en las novelas de Mallea, ninguno de sus personajes son examinados

<sup>1</sup>Ibid., p. 438.

<sup>2</sup>Ibid., p. 407.

<sup>3</sup>Ibid.

<sup>4</sup>Ibid., p. 451.

<sup>5</sup>Ibid.

desde tantos puntos de vista. Se puede decir que en Martín Tregua se encuentra ya, en potencia, toda una larga línea de agonistas que Mallea desarrolla años más tarde. Las circunstancias personales de la vida de Tregua no parecen tener particular importancia para su autor. Lo que éste necesita es sólo mantenerlo presente constantemente para transmitir su mensaje.

Tregua es uno de esos hombres que no accionan, sino que reaccionan ante una situación determinada. Aunque se percata de que, por aquello de que "la vida de los mediativos es tanto más larga que la de los hombres de acción!"<sup>1</sup> su vida había contenido una inmensa carga de amargura, no puede cambiar la situación, ya que esta actitud es típica de los intelectuales malleanos. Todos ellos son hombres de reflexión, no de acción. La vida de Tregua es, por ello, una existencia meditativa donde tal vez la única verdadera acción que pueda atribuírsele es su viaje a Europa y, a la vuelta, su visita a los hombres prominentes de quienes quiere ayuda. Sus relaciones con Merdedes Miró y con Gloria Bambil son, más que nada, de tipo intelectual ya que sus relaciones con la primera nunca pasan a ser significativas, y con la segunda, se basan más que nada en un sentimiento de solidaridad altamente intelectualizado.

---

<sup>1</sup>Ibid., p. 318.

Cuando Tregua se compara con esos frustrados y fracasados de Europa y Argentina, no hace más que admitir su propia inadecuancia. Y mucho antes que ello suceda, ya Gloria se lo hace sentir al decirle que su interés por el problema de ella no es más un esfuerzo por encontrar la eventualidad que está ausente de su vida.<sup>1</sup>

Tregua fracasa cuando no puede establecer una comunicación satisfactoria con ninguno de los que lo rodean, con excepción de esa relación platónica que tiene con la Sra. Cardenas a quien ni siquiera ha sido presentado. Prueba también de su fracaso es la inutilidad de su novela, trabajo en el que pone todo su empeño. Con esta obra él piensa comunicarse con ese pueblo invisible y hacerlo despertar del letargo. Pero su novela es un fracaso, aún en la opinión de su autor, y las comunicaciones quedan frustradas.

Sin embargo, no se resigna a aceptar esos términos, fracasado, frustrado. Él, como todos aquellos que llegan a refugiarse en las aguas calmas de la bahía de silencio, esperando la hora de dar fruto, no son fracasados. Y aunque anteriormente utiliza dicho término con gran profusión, al final de la novela parece reconsiderar lo apropiado de esa palabra para describir a unos seres que han luchado y han sido vencidos, pero no se han entregado, y se aferran

---

<sup>1</sup>Ibid., p. 349.

a una secreta esperanza de que algún día puedan salir de esa bahía a dar frutos.

-¿Cree usted que Azevedo, que Anselmi, que Jiménez, que Denis Atkinson, que el profesor Autoriello, que esa pobre Gloria Bambil eran fracasados? Espero que se habrá hecho, después de conocerlos, amigo de ellos. No, eran tal vez equivocados. Eran tal vez ineficaces, eran tal vez ilusos, eran tal vez algo perdido; pero no fracasados. Eran conciencias sin precio....<sup>1</sup>

Y es de las conciencias que debe surgir el Renacimiento humano. La única gloria que no se les podrá arrebatar es la de saber "que hemos resistido, que hemos seguido, que todavía estamos aquí....Para mí la palabra venecer ya no tiene gran importancia."<sup>2</sup>

Todos estos seres dan la impresión de haber llegado a un impasse en sus vidas, esperando el momento de retomar las armas. Pero Mallea también sabe presentar a aquellos que, en un futuro más inmediato van a entrar en el mundo de la lucha. Su decisión está hecha, y ahora sólo esperan ese tren que tiene que llegar de un momento a otro para conducirlos al escenario de la lid. Se trata aquí de las almas de La sala de espera.

En esa lejana y desolada estación de ferrocarril Mallea ha dado cita a casi todos sus personajes. Allí, sin hablarse, pero unidos por un mismo fin, estan Violeta Méndez, la sensual que busca encontrar un amor verdadero;

<sup>1</sup>Ibid., p. 452.

<sup>2</sup>Ibid., p. 453.

Juan, el ser en busca de solidaridad humana; Isolina Navarro, la sensual orgullosa que ya no espera nada; José Vido, el condenado a sentir lástima por todo lo existente pero que no sabe lo que busca; Tomás Botón, que quiere salvar lo genuinamente suyo; Francisco Diaz, que persigue la quimera de la creación artística; y Hugo, el niño inocente y único capaz de elevar una oración con la esperanza de que sus padres vuelvan a comunicarse.

Cada uno de estos seres piensa en sí mismo, en su propia vida, en el por qué que los ha traído hasta la desierta estación y que les impulsa a abordar ese tren que está por llegar. Son siete almas insatisfechas, siete almas que han visto frustrados su deseo de plenitud en el sentido en que se lo proponían. Todos son unos desengañados consigo mismos, por lo que no han querido ser y por lo que han sido. Todos ellos tienen una esperanza, un deseo angustiado de que ese viaje les abra la puerta a algo mejor. Ninguno de ellos sabe con seguridad qué es lo que tiene derecho a esperar de la vida ni qué lo espera al final del camino. Islas en el paqueño recinto, son un mundo aparte y, sin embargo, los une estrechamente ese doble lazo de su rompimiento con un pasado de frustración y su esperanza de un futuro mejor.

Mallea deja que cada uno de los personajes cuente su historia y analice sus motivos y sus actos, llegando, por sí solos, a la decisión que ahora los reúne en ese



lugar. No deja de llamar la atención que, no obstante el ansia con que esperan el momento de su entrada en ese mundo al cual los conducirá el tren, Mallea ni siquiera deja vislumbrar lo que les ha de suceder al llegar a destino. Lo único que les permite, es una esperanza desesperada. Y nada más. Lo que Mallea, quiere fijar en la mente del lector, es ese momento de espera, el estado anímico de esos seres a los que la vida ha juntado en un casual encuentro.

En esa sala, "cada personaje tiene depositado "un cuerpo que tal vez no espera, un alma que quizá podría esperar."<sup>1</sup> Y la esperanza de esas almas hacen un crudo contraste con la luz de la lámpara que cuelga del techo. "De tan intensa, la luz que colgaba parecía cínica y cruel, comparada con la esperanza de las siete personas sobre quienes pesaba el cansancio de la fría medianoche."<sup>2</sup> En cierta forma, esa luz es como una burla que hacen los objetos al hombre por su impotencia.

Entre los personajes que llenan esa sala, Mallea deja destacarse a Juan Vido, hombre que tiene el corazón rebosante de compasión "por el enorme mundo que en cada

---

<sup>1</sup> Vicente Barbieri, "Eduardo Mallea: La sala de espera," (Sur, No. 228, septiembre/octubre de 1964), p. 97.

<sup>2</sup> Mallea, La sala de espera, p. 77.

alma sufre."<sup>1</sup> Este es el verdadero solidario, ya que consigue salir de sí mismo para realizar ese acto de donación que le es tan grato a Mallea. Y ese acto de generosidad reviste en Vido caracteres de grandeza pues contrasta fuertemente con el abismo que lleva en su propio interior.

Ahora estos siete seres esperan un tren que ha de llevarlos a un destino que ellos mismos han elegido. Isolina Navarro, se lanza a romper las barreras de su orgullo, buscando quien la salve del horror de morir virgen; Juan Cormorán va en busca de esa hermana que un día desdeñó por haber unido su vida a la de un simple paón; José Vido va en busca de sí mismo; Tomás Botón busca perdurar esa parte de sí que considera legítima; Francisco Díaz parte en persecución de un tema literario que persigue denonadamente, el del odio a sí mismo; Violeta Méndez es la que vuelve al lado del marido a quien dejó en su loca carrera tras el placer; y el pequeño Hugo vuelve a las rejas de aquél colegio al que detestaba pero al que ahora se resignaba esperando que su gesto causara la unión de sus padres.

Como se ve, Mallea adjudica a sus personajes una gran variedad de destinos personales, en los que cada uno de esos seres espera encontrar una plenitud. Hay,

---

<sup>1</sup>Ibid., p. 150.

sin embargo, tres personajes que se destacan particularmente del resto de los buscadores de autenticidad. Ellos son Juan Mota, el imaginario Juan Argentino, y Roberto Ricarte. Tienen en común ser los privilegiados en quienes Mallea presenta la purificación por el contacto con la tierra.

Ya se ha observado que Mallea deja establecido que la autenticidad no quiere decir necesariamente contacto físico con la tierra, sino un contacto espiritual. Con esto tres personajes, sin embargo, Mallea insiste en un contacto corporal. Juan Mota, ese personaje en quien se ve tan bien encarnada el sentido de la exaltación severa de la vida, trabaja la tierra ingrata, y lo único que pide de la vida es que le permita durar todavía unos años más, para poder seguir sus esfuerzos.

--Tuvimos dos secas bravas, señor, y al final, una helada. Salvé lo que pude. Pero ahora, no le repito la esperanza. Estoy cada vez más cansado. En enero no daba más. En febrero tuvo ciática. Y Gracia me ayuda menos. Ña pobre hace lo que puede. Yo no le exijo, yo no le pido nada; yo sólo pido poder seguir unos años más así. Después....<sup>1</sup>

Juan Mota personifica algunas de las cualidades mejores del hombre invisible de la nación, en su capacidad de lucha sin consuelo ni esperanza, y sostenido sólo por la dignidad que su estado agonista implica. Juan Mota conoce su vulnerable situación y es por ello que hace de

---

<sup>1</sup>Mallea, La torre, p. 24.

su derrota una victoria. Es, en cierta forma, la encarnación de la figura de Juan Argentino, ese símbolo del espíritu territorial argentino. Sucede, sin embargo, algo muy llamativo en el caso de Juan Mota. El, como muchas de las figuras campesinas que pasan brevemente por las novelas y cuentos de Mallea, no transmite al lector la fuerza dramática de la agonía de un Jacobo Uber o, sin ir más lejos, del Juan Argentino.

Aunque Juan Argentino y Juan Mota quieren ser la encarnación del genio auténtico argentino, Mallea concede mucha más fuerza dramática al primero, a quien también da la oportunidad de exponer su proceso agónico por medio del monólogo de conciencia. Por ello, podría decirse que detrás de la figura de Juan Argentino está Mallea hablando, razonando sus conflictos y planeado su estrategia. Juan Argentino aparece dotado de una rara calidad, aquella que en el medio de su dolor sabe exactamente qué camino seguir, tanto con el cuerpo como con la mente. De este modo se lo ve, resistiendo, una noche de lluvia en que su mujer yace en coma. Todas las fuerzas de su cuerpo luchan por vencerlo en un sueño y él se aferra a la realidad de la noche y de ella saca fuerzas para no sucumbir y para no dejarse arrebatarse aquella mujer. Y al lado de su lecho pasa la noche, como un soldado que guarda una carga valiosa y no puede permitirse un momento de distracción.

Estaba él ahí parado, con botas viejas, con un viejo saco de gamuza...; la mirada viril y sin alucinación, fija en la tarde de soledad y de diluvio; el alma aterida--pero cada vez más fuerte en su voluntad íntegra y en su desafío al desatado furor de la tierra.<sup>1</sup>

En este sentido, Juan Mota aparece como un pálido reflejo de la figura imaginaria. Se ha señalado ya, y cabe repetirlo, que la figura del hombre argentino visible que Mallea ha expresado muchas veces, es más que real, existente, una imagen intuída. Es por ello que sus campesinos reales, resultan una copia pero una copia pálida del Juan Argentino de su intuición, y aunque ambos han llegado a un cierto estado de exaltación severa de la vida, Juan Mota está más cerca de la resignación que del estado de rebeldía. Y es este estado de resignación típica del campesino argentino y latinoamericano el que se le escapa de las manos. El Juan Argentino de Mallea, definición de la esencia de su país, surge incompleto sin esa característica, y es por ello que, confrontada con el verdadero habitante de la tierra, con Juan Mota, se puede apreciar un gran parecido pero también una notable diferencia. En consecuencia, es difícil captar la realidad que Mallea quiere hacer evidente.

Se puede pensar, sin embargo, que siendo Juan Argentino figura de los primeros tiempos de escritor de Mallea, haya sido producto de una intelectualización

---

<sup>1</sup>Mallea, La bahía de silencio, pp. 400-401.

del habitante del campo. Juan Mota, aparecido muchos años después, puede así constituir una reconsideración del habitante "invisible," basada en una observación del mismo y ya no en una intuición de lo que Mallea querría que éste fuera.

En una proyección más ambiciosa, Mallea estudia a tres generaciones de una distinguida familia, y sus respectivas posiciones en relación a la tierra física y espiritual. Dicha observación se inicia con Las águilas, en 1943, y termina con La torre, en 1951. Un tercer volumen, que fuera prometido por Mallea hace ya varios aún no ha sido publicado. En estas novelas, es la intención del autor la de señalar la desnaturalización del ser espiritual del hombre que sólo se acerca a la tierra para recoger su fruto, y el poder purificador que ésta ejerce sobre aquellos que la buscan en toda su fuerza espiritual.

Como Mallea se propone exponer sus puntos de vista al respecto, se ve necesitado de guiar de la mano al protagonista que le ha de servir de locutor en el segundo volumen, La torre. En Las águilas, la narración se lleva a cabo por los recuerdos que ha acumulado en su mente el jefe de la segunda generación de Ricartes, Don Román. Su padre, Don León Ricarte había llegado a la Argentina con un grupo de inmigrantes en 1853. Se establece en Vallartes y sembrando trigo y criando ganado

pronto se enriquece. Su hijo Román, huérfano de nacimiento, vive con el padre en el castillo que Don León manda edificar en el medio de la pampa. Este inmenso caserón, es el producto de "dos ambiciones conjuntas, la de un hacendado harto de cálculos, ambicioso de eternizar su poderío, y la de un arquitecto propenso a raptos de no más barato jaez."<sup>1</sup>

En esa masa sólida, Don León quería dejar a su hijo lo que el nunca tuvo: "la materialización de una soberbia imbatible frente a las acechanzas de una humanidad perniciosa."<sup>2</sup> En grotesca desproporción con las llanuras, esta fortificación humana parecía "una casa de otro mundo,"<sup>3</sup> un monstruo de piedra surgido como un reto a las vastas extensiones.

Román, sin embargo, manifiesta una naturaliza muy distinta a la del padre. Su temperamento blando no está hecho, como el de Don León, a una vida de acción, de predominio en el trabajo. Orgullosa del hijo, el padre sólo alcanza a ver en él, no un matiz de debilidad, sino más bien "el rasgo de una aristocracia de carácter, los anticipos de la distinción, los ingredientes de finura con los que se prepara un señorío. Y no era esto también

---

<sup>1</sup> Eduardo Mallea, Las águilas (Buenos Aires: Editorial Sudamericana, 1962), p. 11.

<sup>2</sup> Ibid., p. 12.

<sup>3</sup> Ibid., p. 35.

predominio?"<sup>1</sup> Por ello no podía concebir que el niño se convirtiera en un peón rico, de manos sucias por el rudo trabajo del campo. ¿Acaso no se había ocupado él de levantar una fortuna que permitiera al hijo llevar una vida de menos sacrificio?

Atento a que "la nobleza del argentino de su clase es el doctorado de aula,"<sup>2</sup> Don León hizo educar al hijo en las leyes. En la capital, entre sus aristocráticos compañeros de facultad, el espíritu pasivo del muchacho se acentuó aún más. "Como carecía de aristas duras, no despertaba resistencias,"<sup>3</sup> y casi sin ningún esfuerzo se acostumbró al mundo para el cual su indulgente padre lo había criado, el mundo de "los objetos de lujo, las formas de distinción, los ritos del señorío, el estilo lento del aristócrata, el refinamiento de las ricas mujeres, los perfumes penetrantes de la casta."<sup>4</sup> Carente de todo sentido del derecho a la protesta, toda impertinencia le parecía reprochable, todo atentado de rebelión, inconcebible, y "la protesta, el grito, la salida de tono, feos, injustificables."<sup>5</sup> Por otra parte, consideraba que su destino había

---

<sup>1</sup>Ibid., p. 30.

<sup>2</sup>Ibid., p. 28.

<sup>3</sup>Ibid., p. 37.

<sup>4</sup>Ibid.

<sup>5</sup>Ibid., p. 38.



sido determinado a priori, que "la vida le estaba ya, en cuanto a lo principal, entregada. Era el hijo suave de Don León Ricarte. Era el hijo de un domador y había nacido con el alma domada."<sup>1</sup>

Es así como la segunda generación de Ricartes se separa de la tierra y entra en el mundo "visible" de Buenos Aires, en ese ambiente de los nouveaux riches, esa casta característica de la capital porteña del 900. Prototipo de este ambiente de ostentación y lujo es también Emilia Islas, la mujer que Román elige como esposa. En posesión de "todo lo que se debe tener" en una vida de sociedad--belleza, aristocracia, ambición y reputación--ella es otro de esos seres "visibles" que desfilan por las páginas de Mallea. Ducha en "el uso externo del ser"<sup>2</sup> sólo le interesa "una suerte de soberanía mundana que no conociera poder antagónico en Buenos Aires."<sup>3</sup> Para ello, no escatima derroches ni lujos, firme en su convicción de que todo en la vida puede adquirirse por un precio.

Es precisamente contra este fondo de ambición desmedida de su mujer que Mallea hace resaltar la pasividad del marido, actitud que saca de quicio a aquella. Y es Emilia la que brinda la definición del espíritu de la

<sup>1</sup>Ibid.

<sup>2</sup>Ibid., p. 43.

<sup>3</sup>Ibid., p. 54.

segunda generación de Ricartes: "A tí había que llamarte para-qué. Ese es el nombre que te viene bien. Para qué. Todo es para-qué. No tienes la menor ambición; es como si estuvieras muertos."<sup>1</sup> Desde ese momento comienza a sentir ciertos enconos consigo mismo por permitirse vivir en tal estado de debilidad de carácter sin que esto tuviera mayor transcendencia en su vida.

...sintió cierta amargura contra sí mismo debido a esa propensión a la calma que acusaba su naturaleza. Le pareció que ese adormecimiento perjudicaba a su alma. Pero tales reflexiones se sucedían en su espíritu según la actitud de quien medita ante los depojos de un muerto. En este caso yacía tendido para el examen anatómico el cuerpo de su ánimo; y no soñaba en levantarlo: se dolía de su condición, nada más. Ignoraba...que cuando nos aceptamos sin discutirnos hemos adecuado con eso solo el alma a un definitivo ir de vencida; no le guardamos ya plazo ya más que para su disolución.<sup>2</sup>

Con Roberto, el hijo de Román y tercera generación de Ricartes, nace una esperanza. Es él quien debe marcar una trayectoria opuesta a la seguida hasta entonces, e iniciar la rehabilitación de la familia. Román se alegra de que el niño no lleve ni su nombre, que

era como haberlo librado en la pila de un riesgo, como haber conjurado incierto pero positivamente indeseable. Lo acarició así como algo que estaba completamente fuera de él, libre de parecerce en las debilidades y de prolongarlo en una carne diferente, menos suave, mejor dotada, radicalmente distinta.<sup>3</sup>

<sup>1</sup>Ibid., pp. 54-55.

<sup>2</sup>Ibid., pp. 81-82. El subrayado es mío.

<sup>3</sup>Ibid., p. 61.

Roberto encarna todas las cualidades del "preocupado" malleano. Es "dulce, y a la vez huraño; confortante, y a la vez solitario; inteligente, y a la vez sensible...; sólido, y a la vez muy tierno...reflexivo, esencialmente insobornable.<sup>1</sup> Ya desde joven, el padre había observado en él que no tenía "ningún modo urgente de ir a la vida, de hacer."<sup>2</sup> Y como todos los portavoces malleanos, Roberto también pensaba constantemente en el país y se angustiaba al observar la existencia "visible" de que sus hombres hacían alarde. Estos individuos, "humanamente son muertos, pese a que visiblemente existan. O peor que muertos, porque los muertos tiene la ventaja de haber pasado por la vida."<sup>3</sup>

Así como Marta Ragüe presenta un marcado contraste con los miembros de su familia, Roberto Ricarte también acusa rasgos muy diferentes a los suyos. Mientras que su madre se lanza como poseída tras los honores sociales, seguida por sus tres hijas, y mientras que el débil Román contempla la escena sin que nada consiga sacudirlo de su letargo espiritual, Roberto vive en otro ambiente, "cada vez más distraído de conversaciones, de teorías, de abstracciones, cada vez más vuelto a esas dos cosas fundamentales: la tierra, el apetito de autenticidad, las

---

<sup>1</sup>Ibid., p. 87.

<sup>2</sup>Ibid., p. 102. El subrayado es mío.

<sup>3</sup>Ibid., p. 182.

vocaciones verdaderamente humanas."<sup>1</sup> Conciente de que los Ricarte se han apartado del verdadero espíritu de la tierra, y por ende, de su verdadera naturaleza, Roberto señala a Las Aguilas como la encarnación de ese espíritu adulterado que ahora domina a su familia, y por extensión, a todos los argentino "visibles." En una carta que escribe a su padre desde el campo, Roberto trata de señalarle este fenómeno

He pensado siempre en esta casa, y me ha parecido siempre el símbolo de nuestra peor evolución. Con sus torres campando inútilmente en el espacio de su propia soberbia, con su altura desproporcionada, con su lujo hiriente y solitario, con su voluntario y dominante desapego de la realidad que la rodea y con su afán de no pertenecer a esa realidad que la sostiene, con su aislamiento recalcitrante y su petulancia insuperable ..., se parece a lo peor que hemos producido. Es la imagen de una imagen que nos triciona,...y nos domina. Mientras fuimos parecidos a nosotros mismos no conocimos esta evasión vertical hacia la realidad insular y petulante; mientras nos parecimos a nosotros mismos, fuimos iguales a nuestra llanura general....Pero después, con la facilidad, con la riqueza, vino esta deformación hacia arriba, este engolamiento en lo artificial, este enamoramiento no de la vida, sino de larvas, con la imagen de nuestra vana omnipotencia individual, de nuestro humnos gregarios.<sup>2</sup>

Es necesario, Roberto comprende, volver a la tierra, encontrar otra vez ese espíritu genuinamente interior que yace latente en la entraña de la nacionalidad. Y con este pensamiento termina Las Aguilas pudiéndose vislumbrar un cambio que va a producirse en la vida de Roberto. La torre, que retoma la historia de los Ricarte, no se publicó hasta

<sup>1</sup>Ibid., p. 168.

<sup>2</sup>Ibid., pp. 187-188.

1951. Ella se inicia con un retiro voluntario que hace Roberto en Las águilas, donde quiere reflexionar sobre sí mismo y sobre el país, y, al mismo tiempo, iniciar el escrito de la defensa de un criminal acusado de asesinar a su esposa. Durante su estadía, Roberto se dedica al conocimiento de los alrededores y de los hombres que pueblan las inmensas extensiones que un día pertenecieran a los Ricarte, y que los derroches de su madre habían puesto en manos extrañas.

Frente a la tierra que un día fuera suya, Roberto comprende la ilusión de la propiedad. No son los hombres quienes poseen la tierra, sino ésta las que los posee a ellos, según lo declara tan hábilmente Morera, el rematador:

...¡cada propietario, una nada, frente a la inmensidad inabarcable! La tierra, cuando más se compra, más se escapa. ¡Qué ilusión, la propiedad! Yo, hace cuarenta y cinco años que vendo, Ricarte, y siempre me parece que subasto la nada....O bien al revés, que algo demasiado grande escamotea lo que vendo y queda siendo siempre la misma grandeza no dividida.<sup>1</sup>

El no poseer título de propiedad a esas tierras le importa poco, ya que Roberto no busca la posesión material sino la posesión del espíritu de la tierra. Sabe que la grandeza de la existencia humana se prueba en su capacidad de resistencia a toda deformación, y sabe también que para poder resistir hay necesidad de conocer el fondo auténtico desde el cual defender su personalidad. Es por ello que se

---

<sup>1</sup>Mallea, La torre, p. 85.

hace necesario conocer el espíritu de la tierra, ya que es necesario "resistir desde lo que uno es."<sup>1</sup> Y es así que lo que Roberto busca encontrar es un espíritu de conformidad con su tierra.

Para realizar una comunión más perfecta con este espíritu Roberto abandona la ciudad, la vida social de la su familia forma parte, y hasta el amor de la mujer a quien ama verdaderamente, sacrificios que su padre nunca logró realizar. Con este rompimiento de Roberto con todo aquello que forma parte integral de su vida, Mallea insiste nuevamente en el hecho de que para construir una existencia auténtica, es necesario destruir todo aquello que pueda perjudicarla.

El contacto que realiza con la tierra no es, sin embargo, un contacto físico, ya que "él no podía labrar nada, fuera de su tierra interior."<sup>2</sup> Y es por ello que en sus primeros tiempos de permanencia en su destierro voluntario, Roberto experimenta con la tierra un contacto más bien sensorial, sentimental, que Mallea da a conocer en numerosos pasajes

¡Qué amor tenía él por todo eso! Un amor que venía desde antes que él, y que la tierra, al enterrarlo, prolongaría todavía. Una necesidad de confesión, de claridad, de limpieza, y de lisura, que debía ser como la fuente misma de su propio país, ahondada

---

<sup>1</sup> Ibid., p. 60.

<sup>2</sup> Ibid., p. 130.

como estaba en el corazón de su suelo y en el epitelio de su herbaje sensible. Una especie de comunión sanguínea mucho más fuerte que los parentescos físicos de la sangre, que lo hubiera hecho llorar, culpable, si allí, librado a lo que su alma deseaba, hubiera podido olvidar convenciones y gritar al aire todo lo viejo que traía en su interior por ser dicho, y que de años no decía.<sup>1</sup>

El contacto físico con la tierra se hace más directo cuando, después de un período de impasse, en el cual Roberto no hace ningún avance hacia el estado de autenticidad que ansía, Juan Mota le hace el ofrecimiento de cultivar juntos una pequeña parcela de terreno. Aunque se sobreentiende que Roberto no ejecutará ningún trabajo de manos, no obstante, se siente éste ya más cerca de la tierra espiritual. Y mientras que Juan Mota se dedica a reconstruir con el sembrado una pequeña extensión de terreno, Roberto se dedica a la función más a su alcance, la de la reconstrucción del terreno espiritual de su familia. Lleva a los suyos a vivir a la casona, y por un tiempo, hasta consigue hacer trabajar a su madre, quien, significativamente, se dedica a la tarea más "aristocrática" de sembrar delicadas flores. No obstante, Mallea, deja una vez más sentada la idea de que un contacto con la tierra, sea cual fuere, lleva en sí una semilla redentora. La regeneración de Emilia Islas no es, al final, consistente, porque su contacto con la tierra no pasa de ser un contacto meramente físico que, al poco tiempo, mata la semilla de la

---

<sup>1</sup>Ibid.

autenticidad.

Aunque Roberto busco la autenticidad, no es un hombre de acción. Al igual que Mallea, el suyo es más bien un estado de preocupación, de reflexión profunda. Pero, "¿no era ésto un trabajo, equiparable al trabajo del abuelo?"<sup>1</sup> Si el centauro de la primera generación había hecho de la suya una lucha con el medio físico, a Roberto le tocaba hacer la suya una contienda por el dominio del medio espiritual. La única acción física que el joven se permite es la del castigo corporal que propina a Julián Vargas, un vecino que insulta a su hermana. Las otras dos decisiones que toma, y que podrían llamarse físicas, son su detierro de Buenos Aires y su separación de Calila Montes. Significativamente, ambas son decisiones de carácter negativo.

Roberto Ricarte, no es, de ninguna manera, un personaje convincente. Sufre de las mismas debilidades de Martín Tregua, y es que Malba descuida la vida personal de ambos a fin de manifestar sus propias ideas. Ambos son hombres al parecer incapaces de asumir una acción positiva. Y es por ello que, tanto Martín Tregua como Roberto Ricarte, se refugian en un solaz al abrigo de las tormentas de la vida, esperando que llegue el momento de dar fruto. Tregua encuentra su "bahía de silencio," y a Ricarte, convenientemente, le queda el viejo caserón a donde puede retirarse a pensar.



Ricarte tampoco ofrece el panorama agónico de otras almas malleanas. Hasta al mismo Martín Tregua, Mallea le brinda la oportunidad de sentir pulsadas las cuerdas del dolor, de la frustración y de la agonía interior. Roberto, tiene en este sentido una cierta pasividad comparada la del padre, y hace pensar que, de presentársele un verdadero conflicto, no sabría resistir el sufrimiento que implica. Roberto sirve, sin embargo, una función muy importante, que es la de presentar la teoría malleana de la autenticidad en contacto con la tierra. Un hecho significativo es que la prometida secuencia a La torre, a llamarse La tempestad, no haya aparecido. Es posible que Mallea haya reconocido la actitud algo irreal de Roberto con respecto a una "exaltación severa de la vida" y, por ello, haya decidido no continuar su narración.

De todas maneras, La torre, si bien no presenta una figura agonista convincente, presenta, por lo menos, una teoría malleana de suma importancia: la de que el estado de autenticidad reside en un acceso al espíritu de la tierra. En La torre, ésta triunfa sobre la casona monstruosa, encarnación de todo lo inauténtico, fiel a la convicción de que sólo lo legítimo de la naturaleza puede sobrevivir a los embates de la vida. Es por ello que "la casa estaba vencido; pero el campo, triunfaba."<sup>1</sup> Mallea confiere a

---

<sup>1</sup>Ibid., p. 323.

Roberto un rasgo que salva su personalidad, y es que le hace comprender que este sumario contacto con la tierra no es más que un preludio a su verdadera lucha, que tendrá que realizarse después. El suyo es el principio de "algo sumamente tenue pero a la vez sumamente deliberado opuesto a la rigidez y la ambición ancestrales. Nada más que el principio. Pero ¡qué agradable era haber empezado!"<sup>1</sup>

Roberto comienza con la misma alegría ilusoria de todo aquel que da el paso inicial a una labor, sin realmente considerar lo que implica la verdadera lucha que está por venir.

A Mallea, por su parte, parece no interesarle lo último, prefiriendo dejar al lector con el gusto dulce de la seguridad que brinda la posesión de la tierra a todo aquel que busca un estado de autenticidad. Roberto, al contemplar la tierra comprende el verdadero sentido de la posesión de la tierra.

Nada de eso era de él, pero todo eso era más suyo que de nadie. ¿No escuchaba acaso la respuesta?...

Algo le decía que más adelante encontraría la tempestad, que iba a empezar una etapa terrible de su vida, la primera realmente tormentosa; pero a eso debería llegar sin carga, listo para todo y pronto para todo.<sup>2</sup>

Entretanto, permanecería en ese destierro voluntario que purifica los espíritus, enriqueciéndose con el flujo de la

<sup>1</sup>Ibid., p. 416.

<sup>2</sup>Ibid., pp. 420-421.

tierra y reuniendo el caudal con el cual debería enfrentar su verdadera etapa de agonista.

Roberto Ricarte, como otro de los tantos personajes malleanos en busca de autenticidad, está solamente en camino hacia esa meta, hacia el estado de exaltación severa de la vida, quedándole por delante lo más arduo de la tarea. Hay, sin embargo, en la obra de Mallea, un personaje privilegiado a quien el autor acompaña desde un estado anterior a la conciencia del absurdo, por el camino de la agonía interior, hasta llegar a un estado de autenticidad existencial. Este es un caso único, y constituye una de las narrativas mejor logradas y la culminación de la novela de Mallea. Se trata, naturalmente, de Chaves.

Aunque es la suya la historia del silencio más dramático de su obra, se la considera en este capítulo por estar su situación íntimamente ligada al problema de la autenticidad. En esta narración, Mallea deja en evidencia la influencia recibida en sus lecturas de Camus. Es así como el Chaves y L'etranger demuestran una notable similitud de situaciones y actitudes por parte de sus autores y protagonistas principales. La historia de Chaves es, sin embargo, mucho más simple que la de Camus. Se trata de un hombre común, de un ser ordinario sin sueños de grandeza ni poderío, de uno de esos conformes que no tienen otra aspiración que la de vivir simplemente, dentro de un círculo de calor familiar.

Chaves es tal individuo. Mallea basa toda su historia en la total dependencia de este hombre en las palabras mecánicas para establecer un contacto humano perdurable. Luego de lo que parece ser un triunfo de sus esfuerzos, Chaves recibe el golpe final de la vida, y, en un gesto de suprema rebelión, elige el camino del silencio, apun a costa del peligro y la animadversión.

La presentación de Chaves es sumamente efectiva, ya que el autor parece dejarlo en completa libertad de vivir sus problemas, limitándose simplemente a seguir sus pasos. Mallea, como Camus, permite a su personaje definirse por sus actos, aún cuando facilita al lector una profunda mirada dentro del alma del mismo. Todo Chaves grita su gran silencio y, en est sentido, Mallea ha sabido darle, más que a ningún otro personaje, una avasalladora sugestión física, que Chaves destila por todos los poros. Así describe Mallea su llegada al aserradero: "...el recién llegado era alto y cobrizo, de cara escuálida y regular, de pelo negro y labios anchos y quietos. El recién llegado parecía una estatua, inmóvil."<sup>1</sup>

El autor rodea así a su personaje de una pesada atmósfera de silencio, dentro de la cual su identidad, su personalidad, todo él está hecho de una angustiosa ausencia de diálogo humano. Chaves, el caminador de calles, había

---

<sup>1</sup> Eduardo Mallea, Chaves (Buenos Aires: Editorial Sudamericana, 1953), p. 12.

sido así desde su niñez, viviendo siempre "en el fondo de su mutismo."<sup>1</sup> Un día la vida le había hecho cruzar en su caminosa Pura, una mujer no tímida, pero fría y distante que vivía en un continuo aire de desapego de todos los objetos comunes de la vida.

Hasta que conoce a Pura y se siente profundamente atraído hacia ella, Chaves vive una existencia igual a la de Mersault antes de la muerte del árabe. Tanto Chaves como Mersault son productos de una vida totalmente rutinaria donde todo acto se realiza con la monotonía de una máquina ajustada a cierta actividad. Chaves vivía

...sistemáticamente recluso en su mundo sin palabras, lleno de imágenes y acontecimientos exteriores. Andaba de un lado a otro arisco y callado, tan de modo definitivo recluso en su mudez, que le parecía haber nacido solamente para cultivarla, lleno de oídos, en cambio, nacía los demás.<sup>2</sup>

Pura consigue despertar en él los deseos de entablar lazos de solidaridad con un semejante, de entablar una fusión íntima con otro ser como él y así hacer más llevadera su soledad. Su noviazgo se lleva a cabo en el más absoluto de los silencios y Chaves solo emerge de su mutismo cuando le aterroriza la idea de que Pura se sienta atraída por un joven a quien acaba de conocer. Ante el peligro que acecha su posibilidad de comunicación humana, Chaves hace lo imposible y habla.

---

<sup>1</sup>Ibid., p. 35.

<sup>2</sup>Ibid., p. 33.

Fue una transformación difícil y voluntaria, un cambio que requirió aprendizaje; y él se aplicó con melancólico y enérgico denuedo a esa nueva toma de posición. Pensó que toda posesión, que todo intento de posesión, comienza en un llamado, y que los resultados están proporcionalmente condicionados a la intensidad y forma de ese llamado. De modo que quizo el llamar, y para llamar, habló.... ¡Con qué furia y desesperación de no fallar se lanzó, sobre la palabra! ¡Cómo llenaba sus noches y sus días de inventos, motivos y temas, de cosas y cuestiones, de pretextos y de simulacros, de razones y de ficciones! Necesitaba hablar, hablar, decir y volver a decir, contar y volver a contar, para envolver a Pura en ese séquito de vocablos y traerla hacia él, en su viaje de vuelta, reconquistada.<sup>1</sup>

Y así habla y habla, como si las palabras fueran senderos que lo conducirían indefectiblemente hacia el alma de la mujer que ama. Chaves no se da cuenta que las palabras son meras interrupciones físicas de un silencio al que el hombre debe volver indefectiblemente. Con sus palabras, Chaves quiere justificarse ante Pura y ante él mismo, y desvanecer sus temores. Sus palabras le sirven también para fabricar mundos, ya que "el taciturno andaba en constante busca de engaños animados."<sup>2</sup> Cuando por fin se casan, esta magia de las palabras sirven a Chaves de redes para atraer el espíritu de su mujer.

Mallea, sin embargo, busca demostrar la superficialidad de tal comunicación entre dos almas, y su ineficacia en los momentos de verdadera crisis. Chaves no puede alcanzar esa comunicación auténtica que va más allá de un contacto

---

<sup>1</sup>Ibid., p. 35. Los subrayados son míos.

<sup>2</sup>Ibid., p. 36.

superficial de las palabras. Es más, Chaves no tiene conciencia de que ninguna otra comunicación sea necesaria o exista. Utiliza los únicos medios a su alcance y con ellos parece alcanzar un cierto éxito.

Cuando la crisis se presenta en forma de una fatal enfermedad de la hija, el equilibrio quedado roto y Chaves queda de frente a la realidad. Esta vez sus palabras no le sirvierin para atraer hacia sí esa vida que se le escapaba, aún cuando el desesperado padre "intentaba llegar hasta la fuente donde se refugiaba elusiva la vida."<sup>1</sup> Y cuando la muerte se presentó al alba, Chaves la recibió de pie, "como un ser de mármol."<sup>2</sup>

Esta derrota no fué más que la primera. Cuando trata una vez más de mejorar con palabras su precaria situación económica vendiendo unos terrenos inundados, vuelve nuevamente a quedar vencido. Y cuando, finalmente es su mujer Pura la que cae mortalmente enferma, Chaves no solamente no puede ahuyentar la enfermedad con palabras, sino que ni siquiera puede hacer comprender su angustia desesperada a los médicos del lugar. En las largas noches de vela junto a la cama de la enferma Chaves se encontraba

...a ratos rudo, a ratos suplicante, prometiente y fastuosamente iluso, luchando sobre la cama, entre sábanas olientes a fiebre por reducir con palabras el

---

<sup>1</sup>Ibid., p. 47.

<sup>2</sup>Ibid., p. 52.

alzamiento de la muerte y montar cabalgando palabras la muerte cabalgante en las palabras.<sup>1</sup>

Y cuando Pura muere, Chaves hace aún un último esfuerzo de palabras por arrancar a quel cuerpo de su sueño eterno. A solas con el cadáver había pasado la noche entera tratando de invocar la magia de las palabras.

De modo que el empezó a hablar despacio, muy despacio, con la voz de aquel funesto y espantoso respeto, y después fué alzando el tono y avivándola con la vivacidad del delirio, citando a Pura, llamándola y argumentándole con amargura y frenesí en el amargo y frenético reclamo de la locura.

.....  
Habla como no había hablado nunca o como hablaba desde que la conoció, como le hablaba a ella y a la gente, a todo aquel tropel mudante y elusivo, en un furioso impulso parafrástico por tornarles transparente su definitiva intransparencia.

A veces de pie, a veces de rodillas, a veces alzado junto al lecho como un gigante en el mural reflejo de la sombra, Chaves llenó la noche de palabras....

.....  
Al alba, cuando llegó el aparato funeral, le hallaron todavía hablando, pero ya en voz baja y declinante como cración que sigue, fatigada, o como un susurro de monomaniaco más allá de objeto y tiempo, acepción y razón.

Y así fué como Chaves habló, aquella vez. Y como después bajo de las palabras a la llanura de su soledad.<sup>2</sup>

Y es así como fracasan las palabras de Chaves. Extrañamente, Chaves las convierte desde ese momento en el símbolo de su autenticidad. Así como Gloria Bambil reconoce que su autenticidad reside en la permanencia en los cuertos que la vida le ha querido deparar, Chaves, vuelve a su natural mutismo. Chaves está agotado, ya no tiene nada que

<sup>1</sup>Ibid., p. 85.

<sup>2</sup>Ibid., pp. 96-97.



ofrecer de su caudal humano. Esto significa que, irremediablemente, está solo y que, en un mundo personal donde todo acaba de derrumbarse, debe comenzar a construir todo de nuevo. Fiel a la formula malleana de la purificación como preludio de autenticidad, Chaves necesita ahora romper todos esos falsos lazos que por tanto tiempo lo han unido ficticiamente con el mundo exterior. Si el silencio es una forma de purificación para la autenticidad, es también una rebelión ante la vida que quiere aplastarlo. Este acto de rebeldía también se observa en Mersault, quien antes de pactar con el mundo que lo condena, prefiere ir a la muerte.

La salvaguarda de su autenticidad le cuesta muy cara, ya que su vuelta al mutismo le causan continuos problemas y es motivo de desconfianza entre sus compañeros de labor. Estos interpretan su silencio como un gesto de orgullo despectivo hacia ellos, sin tener conciencia que Chaves no quiere ni puede ya brindar es a comunicación artificial que ellos le reclaman. Chaves sabe que las palabras no sirven, que no pueden establecer un lazo duradero con otros hombres, pero no sabe que pueden también constituirse en barreras de aislamiento entre él y los hombres del aserradero. Allí,

donde vino a la deriva, no se le toleraba su profunda y lata reserva. La consideraban como una injuria, ofensa o consciente signo de directa y definida superioridad. Se atribuía a una especie de segunda naturaleza cargada de intenciones incommunicables,

secretas, menoscabantes. En todo se pensaba menos en que él, antes, había hablado.<sup>1</sup>

Chaves, como Mersault, despiertan a la realidad ante el golpe feroz de la muerte, dándose cuenta que, entre ellos y el mundo, lo que ellos creían ser un puente no es otra cosa más que una ilusoria treta de la vida. Ambos son personajes bastante simples intelectualmente hablando, y no pueden comprender lo que implica la existencia hasta que son violentamente sacudidos de su letargo. Y mientras que Mersault es condenado por no ser como esa sociedad que tiene en sus manos su vida o su muerte, Chaves es condenado por rehusar una comunicación superficial que desvirtúa su naturaleza auténtica. Y por ello Chaves sufre el desprecio de los hombre, quienes no pueden tolerar que dentro de esas "masa" humana del aserradero haya un espíritu independiente. Chaves habla solo al final, en la última línea de la obra, y lo hace para asentar, una vez más, la autenticidad de su ~~mutismo~~ mutismo.

--¿No les va a decir, nunca, nada, lo que quieren que les diga?...¿Nunca<sup>2</sup> va a conversar, a hablar...?  
--No, dijo Chaves.

Chaves supera así todo temor a la reacción que su silencio provoca, sin importarle otra cosa que la preservación de su individualidad existencial. Lo que sucede a su alrededor ni lo altera ni lo amarga, ya que

<sup>1</sup> Ibid., p.p. 28-29.

<sup>2</sup> Ibid., p. 101

Estaba preparado para toda hostilidad o mejor dicho, más que preparado. Le parecía inútil y fútil la animadversión humana. El mundo de los hombres lo encontraba ya sin temor.<sup>1</sup>

Chaves había transcendido el mundo de esos hombres, y ahora sólo le importaba mantenerse fiel a su mejor intimidad. Aquellos que desde el exterior lo juzgaban, sabían de la vida menos que él. Chaves había ido hacia ella y ya estaba de vuelta, rechazado sí, pero al mismo, firmemente arraigado en su propia autenticidad.

Héctor Murena, uno de los discípulos de Mallea, dice que en Chaves aquél ha sabido por fin expresar no ya su aversión por el argentino y por sí mismo que destilan en sus obras anteriores, sino que el modo de presentar dramáticamente la definitiva y absoluta incomunicabilidad entre los hombres. El comentario de Murena puede ser tomado como un arma de doble filo, ya que es a la vez un elogio a dicha obra y una crítica a los trabajos anteriores. En el mismo lugar, dice así, refiriéndose en particular a Chaves

Veinte años ha dedicado Mallea a esta misión. Veinte años no sólo de desembarazarse de la mala conciencia, la mala voluntad, sino también de la práctica de un obstinado amor. Veinte años de triunfo y fracasos a pesar de haber llenado todas las condiciones de un triunfo, porque la peor de las pueriles perfidias que a los humanos nos ha jugado con la puerta verdadera no es que sea estrecha, sino que está oculta, como si se tratara de una diversión en la que hay mucho tiempo que perder.<sup>2</sup>

Claramente, entonces, así como L'étranger representa el

<sup>1</sup>Ibid., p. 28.

<sup>2</sup>Héctor Murena, "Chaves : un giro copernicano" en Sur, No. 228 (mayo-junio de 1954), p. 28

pensamiento y filosofía originales de Camus, Chaves representa la culminación de la evolución filosófico-literaria de Mallea.

Tanto Mersault como Chaves representan la encarnación de la figura del héroe absurdo, del "extraño" en una sociedad "visible" por la cual son condenados por no conformarse a sus reglas. Ambos autores representan la situación del hombre absurdo como inevitable, ya que para todo ser conciente del absurdo existe la iminente condena de la vida en un exilio. La grandeza, tanto de Mersault como de Chaves reside en el hecho de que, confrontados con un mundo totalmente absurdo e incomprensible, ninguno de los dos se refugia en el suicidio- filosófico o físico. Ambos hombres toman conciencia de su estado precario en el confrontamiento con la más terrible de las realidades, la muerte. Ambos, aunque no tienen ningún consuelo valedero a qué aferrarse, insisten en un estado de rebelión completa ante la injusticia de su situación. Ni Chaves ni Mersault hacen el más mínimo esfuerzo por escapar de su situación, sino que se mantienen fuertes en su rebeldía, que toma, sin embargo, formas diferentes.

La rebelión de Mersault consiste en la aceptación final de su destino, en la convicción de que, pase lo que pase, encontrará paz y una cierta comunión con los hombres en el gran hermanador del género humano, la muerte. Chaves, por su parte, se rebele con su silencio, rehusando aceptar el

destino que la vida le depara y encontrando paz sólo en sus interminables caminatas por el campo. El también sueña con una eventual liberación, aunque, a diferencia de Mersault, no acepta a la muerte como tal. En este sentido, la rebelión tanto de Chaves como de Mersault, no está dirigida contra las aspiraciones románticas de transcendencia y destrucción de las limitaciones del ser humano, sino más bien contra todo aquello que conspira contra el hombre a fin de reducir su capacidad de actuación exitosa dentro de estas limitaciones.

La grandeza de Chaves reside en el hecho de que, para resistir a la vida se ha aferrado sólidamente en ella plantando los pies en esa misma realidad que amenaza con destruirlo. Chaves vive sumergido ahora en su propia realidad silenciosa y viva, que es lo que verdaderamente lo ata a la tierra y al mismo tiempo lo trasciende hacia su propia intimidad y creación espiritual auténtica. Es por ello que se puede ver a Chaves como un nuevo Sísifo que lleva rodando su absurda existencia hacia la cima del monte de la vida, sabiendo que volverá a arodar hacia el fondo del abismo de la incomprensión de los hombres y sabiendo, asimismo, que su tormento nunca tendrá fin. Chaves es el hombre absurdo por excelencia, porque confronta una vida que le es infinitamente superior en fuerzas y que siempre vence sobre el hombre. Chaves, aun cuando sabe que no tiene posibilidades de triunfo sigue en la lucha, comprendiendo

que la única posibilidad de inmortalidad y trascendencia  
reside en la hombría que forja la calidad de su derrota.

## CAPITULO VI

### CONCLUSION

El Existencialismo de Eduardo Mallea que asume, como en Camus, Sartre, Unamuno y muchos otros escritores contemporáneos la forma de "philosophy of the working artist"<sup>1</sup> es, sin duda alguna, uno de los más eficaces vehículos de interpretación de la era más crítica del hombre universal. Toda su obra está profundamente permeada por un Weltanschauung, por una interpretación dramática de la vida contemporánea que sabe poner al lector en contacto más auténtico con esa verdadera realidad que es el hombre contemporáneo.

Así como Unamuno, la figura más representativa y profunda de la Generación del 98 maduró ante la contemplación de un país vencido y en decadencia, Mallea también maduró intelectualmente ante el espectáculo de una Argentina que se había apartado completamente de su sentido espiritual auténtico y existía exteriormente, "visiblemente." Integrante de esa "generación perdida" de que aparece en su país entre las dos guerras mundiales, Mallea recibe de lleno el impacto

---

<sup>1</sup> Finkel, op. cit., p. 113.

de la decadencia del mundo occidental durante su estadía europea en 1944.

Intimamente relacionado a estas dos dramáticas realidades, toda su labor literaria se revela, como él mismo lo ha admitido repetidamente, en forma de una inquietud con vocación de escritor. Ello se realiza en dicha forma dado su extraordinario espíritu de solidaridad humana y

. . . no por haberlo buscado, sino por el modo fatal e inevitable de mi propia naturaleza, en la que el estado de preocupación ha sido el intenso acompañante de de mi vida, nutrido por una especie de lástima natural e incoercible por los hombres, por todos los hombres, y por su inagotable sufrimiento común.<sup>1</sup>

Y es precisamente porque Mallea se muestra preocupado por problemas comunes al hombre universal que clasificar su obra de preocupación solamente "argentina" resulta una limitación que indudablemente el autor nunca quiso imponer a su obra.

Aunque reconoce que "la acción de un escritor de mis proporciones es pequeña . . .," la considera, no obstante, de valor porque "puede medírsela en términos de compromiso."<sup>3</sup> El suyo es, el compromiso por excelencia de una vocación de conciencia que tiene como fin último nada menos que la rehabilitación del hombre contemporáneo hasta el estado de dignidad a que lo acredita su naturaleza humana. Para ello,

---

<sup>1</sup>Mallea, "Testimonio de un escritor" en Poderío de la novela, p. 33.

<sup>2</sup>Mallea, La guerra interior, p. 111.

<sup>3</sup>Ibid.



Mallea reconoce la necesidad de hacer más accesible al hombre el problema de su existencia. En este sentido, se aparta de las abstracciones filosóficas y concentra su labor en la presentación, dentro de la mayor desnudez y autenticidad posibles, de los problemas no ya como los "piensa" el hombre racionalista sino como lo "vive" ese protagonista unamuniano, ese "hombre de carne y hueso", ese agonista que experimenta personal y agudísimamente los conflictos de la crisis contemporánea.

Utilizando el recurso que se acomoda más perfectamente a su naturaleza de escritor, el relato, Mallea llega hasta el centro mismo del drama humano individual y enfrenta al lector con el patetismo y la trágica intensidad de la realidad de la existencia humana. Como toda creación literaria de índole existencialista, la de Mallea es más bien obra de reflexión que de acción. "Todo mi empeño, reconoce, estribó en ser una conciencia preocupada. En mi preocupación estaba mi acción."<sup>1</sup> Es por ello que su interés reside en la presentación de estados anímicos y crisis espirituales que experimenta el hombre contemporáneo. A través de toda su obra, desfilan hombres y mujeres en lucha desesperada con circunstancias externas fuera de su alcance, y con fuerzas disociativas interiores que les han hecho perder toda fé en sí mismos.

Todos los problemas fundamentales del Existencialismo

---

<sup>1</sup>Ibid., p. 11.

filosófico están presentes en la obra de Mallea, pero sin abstracciones teóricas ni complicados experimentos ontológicos. El ser y la existencia humana, la búsqueda de un significado a una vida que se presenta como intrínsecamente absurda, el profundo abismo que se abre entre el hombre y el mundo, entre el hombre y sus semejantes y entre el hombre y sí mismo, son problemas que Mallea considera una y otra vez, casi con obstinada insistencia.

Todo lo que Mallea narra lo vive también personal y apasionadamente. Su carrera literaria comienza con la angustiada confesión de su historia espiritual, de su drama interior, tal como aparece en la Historia de una pasión argentina, y en La guerra interior. Aún cuando Mallea narra otros dramas humanos, su narración revista las formas no de un testimonio de observador sino del testimonio de un participante en el conflicto. Es por ello que se puede afirmar que, detrás de cada uno de sus agonistas, se puede descubrir al autor. El mismo confiesa en su último libro que "yo también, aún sin vivirla, vivo la historia que cuento, la idea que expongo, el retrato que hago. . . .<sup>1</sup> Y como toda búsqueda de un fin transcendente implica una serie de elecciones y rechazos a veces contradictorios, los variados dramas humanos que expone le sirve para considerar las distintas soluciones a mano.

---

<sup>1</sup>Mallea, "Testimonio de un escritor" en Poderío de la novela, p. 16.

Como todos los existencialistas, Mallea considera como primordial la necesidad de la búsqueda de un estado de autenticidad que justifique la vida humana y dé al hombre alguna razón de seguir existiendo. Y es en este punto que se observa una de las más notables diferencias entre Mallea y los existencialistas filosóficos. Mientras que la mayoría de aquellos concuerdan en que el hombre debe crear su propia esencia, Mallea propone un acceso del hombre a sí mismo, a su mejor intimidad, que es donde reside, en estado yacente, su autenticidad existencial. Es decir, que no se resigna a aceptar la premisa de que el hombre está totalmente desligado de una naturaleza de índole esencialmente humana que no permite una creación arbitraria de esencia.

Ya que "en nuestro origen natural está potencialmente nuestro devenir . . .,"<sup>1</sup> Mallea sostiene que todo esfuerzo eficaz de perfeccionamiento debe iniciarse desde el mismo interior del hombre. Curiosamente, sugiere que el despertar de dicha naturaleza "durmiente" sólo puede realizarse en contacto con el espíritu territorial argentino. En una actitud similar de la de Ganivet, Mallea propone una reactivación de las potencias inherentes del hombre argentino del patriciado, ya que éste concentra en sí lo mejor de esas cualidades de solidaridad y "exaltación severa de la vida" que han de iniciar un movimiento de rehabilitación del hombre universal. Aunque por toda su obra Mallea se esfuerza en presentar una

---

<sup>1</sup>Mallea, Historia de una pasión argentina, p. 19.

figura de lo que constituye este hombre que la tenido acceso al estado auténtico de la "argentinidad", no logra su propósito, y sólo consigue presentar un, más que un hombre creíble, una figura intuída. Es por ello que esos hombres "invisibles" de los que habla incansablemente en Historia de una pasión argentina no se presentan como lo suficientemente reales y fuertes para iniciar un movimiento de renovación. Mucho más creíble resulta su propuesta de "una resolución dramática del hombre interior," sin entrar a enumerar una serie de detalles que desvirtúan una figura humana hasta convertirla en un mito, en un Don Segundo Sombra del individuo.

Aunque Mallea considera indispensable que el hombre goce de un profundo sentido de libertad interior, de ninguna manera equipara esta libertad a una licencia para la cual todo está permitido, sino más bien como la autonomía de un individuo concreto que escoge entre los limitados caminos de accesos a su estado yacente de autenticidad. En este sentido, la posición de Mallea podría considerarse como moderada. Sin embargo, la naturaleza que en él reviste el problema de autenticidad, hace necesaria una limitación más evidente en cuanto a la posibilidad de caminos a seguir.

En cuanto al problema de la comunicación humana, Mallea considera que, dado que la naturaleza misma del hombre reclama para su autenticidad una duradera relación espiritual con otros hombres, dicha comunicación necesariamente

debe ser posible. Sin embargo, en ninguna de sus obras ni autobiografías espirituales se puede encontrar un solo caso donde exista una verdadera comunión humana. Notablemente, Mallea describe la fórmula de comunicación humana como el acto de donación desinteresada hacia el otro ser y, sin embargo, presenta a todos sus agonistas como deformados espirituales que, por una u otra razón, no pueden realizar este acto de caridad perfecta que Malleas sugiere. Ello no debe sorprender, ya que él mismo se queja continuamente de su propia inabilidad de adquirir estado de comunión efectiva.

Lo que hace llamativa e interesante la obra de Mallea es la cualidad profética de la que se reviste. Convencido de que un escritor debe no sólo reflejar de su tiempo no sólo lo que está visto sino lo que queda por ver, Mallea persiste en su llamado a la creencia en un futuro mejor para el género humano. Entretanto, no pudiendo ofrecer un consuelo intemporal, opta por tratar de ayudar al hombre a reincorporarse a su estado de dignidad, instándole a buscar la inmortalidad en la lucha cruel y desigual con un enemigo al que sólo se puede superar por la calidad de la derrota que, indefectiblemente, se debe sufrir en sus manos.

Filmed as received

Without page(s) 271.

UNIVERSITY MICROFILMS

## BIBLIOGRAFIA

### Obras del autor

- Mallea, Eduardo. Conocimiento y expresión de la argentina. Buenos Aires: Ediciones SUR, 1935.
- \_\_\_\_\_. Cuentos para una iglesia desesperada. Buenos Aires: Editorial Espasa-Calpe Argentina, S. A., Colección Austral, 1941.
- \_\_\_\_\_. Chaves. Buenos Aires: Editorial Losada, S. A., 1953.
- \_\_\_\_\_. El gajo de enebro. Buenos Aires: Emecé Editores, 1957.
- \_\_\_\_\_. El retorno: (Una narración poemática donde concluye "El Alejamiento"). Buenos Aires: Editorial Espasa-Calpe Argentina, S. A., 1946.
- \_\_\_\_\_. El sayal y la púrpura. Buenos Aires: Editorial Losada, 1947.
- \_\_\_\_\_. El vínculo. Los Rembrandts. La rosa de Cernobbio. Buenos Aires: Emecé Editores, S. A., 1946.
- \_\_\_\_\_. Fiesta en noviembre. Buenos Aires: Editorial Losada, 1942.
- \_\_\_\_\_. Historia de una pasión argentina. Buenos Aires: Editorial Sudamericana, 1961.
- \_\_\_\_\_. La bahía de silencio. Buenos Aires: Editorial Sudamericana, 1960.
- \_\_\_\_\_. La ciudad junto al río inmóvil. Buenos Aires: Editorial Sudamericana, 1954.
- \_\_\_\_\_. La guerra interior. Buenos Aires: Sur, 1963.
- \_\_\_\_\_. La razón humana. Buenos Aires: Editorial Losada, 1960.

- \_\_\_\_\_. La representación de los aficionados. Buenos Aires: Editorial Sudamericana, 1962.
- \_\_\_\_\_. La sala de espera. Buenos Aires: Editorial Sudamericana, 1953.
- \_\_\_\_\_. La torre. Buenos Aires: Editorial Sudamericana, 1951.
- \_\_\_\_\_. La vida blanca. Buenos Aires: SUR, 1960.
- \_\_\_\_\_. Las águilas. 3a. edición. Buenos Aires: Editorial Sudamericana, 1956.
- \_\_\_\_\_. Las Travesías, I. Buenos Aires: Editorial Sudamericana, 1961.
- \_\_\_\_\_. Las Travesías, II. Buenos Aires: Editorial Sudamericana, 1962.
- \_\_\_\_\_. Los enemigos del alma. Buenos Aires: Editorial Sudamericana, 1950.
- \_\_\_\_\_. Meditación en la costa. en Obras completas. Tomo I. Buenos Aires: Emecé, 1961.
- \_\_\_\_\_. Nocturno europeo. Buenos Aires: Ediciones SUR, 1935.
- \_\_\_\_\_. Notas de un novelista. Buenos Aires: Emecé Editores, S. A., 1954.
- \_\_\_\_\_. Poderío de la novela. Buenos Aires: Aguilar, 1965.
- \_\_\_\_\_. Posesión. Buenos Aires: Editorial Sudamericana, 1958.
- \_\_\_\_\_. Rodeada está de sueño. (Memorias poemáticas de un desconocido). Libro primero: "El alejamiento." Buenos Aires: Editorial Espasa-Calpe Argentina, S. A., 1944.
- \_\_\_\_\_. Simbad. Buenos Aires: Editorial Sudamericana, 1957.
- \_\_\_\_\_. Todo verdor perecerá. Buenos Aires: Editorial Espasa-Calpe Argentina, S. A., 1945.



Obras críticas

- Alegría, Fernando. Breve historia de la novela hispano-americana. México: Ediciones De Andrea, 1959.
- Alonso, Amado. "Eduardo Mallea, Fiesta en noviembre." Sur, No. 54 (1939), pp. 65-69.
- Anderson Imbert, Enrique. Historia de la literatura hispanoamericana. México: Editorial Fondo de Cultura Económica, 1954.
- Barbieri, Vicente. "Eduardo Mallea: La sala de espera." Sur, No. 228 (septiembre/octubre de 1954), pp. 123-25.
- Berry, Ana M. "Fructificación de la angustia." Sur, No. 57 (junio de 1939), pp. 81-87.
- \_\_\_\_\_. "Eduardo Mallea, El sayal y la púrpura." Sur, No. 90 (marzo de 1942), pp. 51-53.
- Bianco, José. "Las últimas obras de Eduardo Mallea." Sur, No. 21 (1936), pp. 39-71.
- Bietti, Oscar. "Un creyente en el porvenir de la novela." La Nación (3 de abril de 1966), p. 6, suplemento.
- Bonet, Carmelo M. "La novela." Historia de la Literatura Argentina, (dirigida por Rafael Alberto Arrieta). Buenos Aires: Ediciones Peuser, 1959.
- Brée, Germaine, and Guiton, Margaret. The French Novel from Gide to Camus. New York: Harcourt, Brace and World, Inc., 1962.
- Brughetti, Romualdo. "Eduardo Mallea y la nueva expresión argentina." Cuadernos americanos, No. 2 (marzo/abril de 1946), pp. 291-95.
- Bullrich, Silvina. "La inquietud de Buenos Aires en la novela contemporánea argentina." Nosotros, No. 41 (agosto de 1939), pp. 341-57.
- Cahn, Alfredo. "Reflejo de Mallea." La Nación (6 de diciembre de 1964), p. 1, suplemento.
- Canal Feijóo, Bernardo. "Eduardo Mallea: Nocturno Europeo." Revista Centro (Santiago del Estero), No. 10 (1936) pp. 2-4.
- \_\_\_\_\_. "Historia de una pasión argentina." Sur, No. 38 (noviembre de 1937), pp. 74-82.

- \_\_\_\_\_. "Eduardo Mallea: La bahía de silencio." Sur, No. 75 (diciembre de 1940), pp. 151-158.
- Cohen, Zelaya de. "Eduardo Mallea, Chaves." Revista hispánica moderna (New York), XXI, No. 1 (enero de 1955), pp. 48-49.
- Chapman, Arnold. "Terms of Spiritual Isolation in Eduardo Mallea." Modern Language Forum, XXXVII, (1952), pp. 21-27.
- \_\_\_\_\_. "Manuel Gálvez y Eduardo Mallea." Revista Iberoamericana (México), XIX, No. 37 (1953), pp. 71-78.
- \_\_\_\_\_. "Sherwood Anderson and Eduardo Mallea." Publications of the Modern Language Association of America, (marzo de 1954), pp. 34-45.
- Dudgeon, Patrick. Eduardo Mallea. A Personal Study of his Work. Buenos Aires: Editorial Agonía, 1949.
- Ferrández Alborz, F. "Historia de una pasión argentina." Cuadernos americanos, Año XX, Vol. CXVIII, No. 5 (septiembre/octubre de 1961), pp. 231-248.
- Figueira, Gastón. "Eduardo Mallea, Rodeada está de sueño." Books Abroad (Norman, Oklahoma), XIX (1945), p. 45.
- García, German. "La 'otra' Argentina." La novela argentina. Buenos Aires: Editorial Sudamericana, 1952, pp. 254-258.
- Ghiáno, Juan Carlos. "Mallea novelista." Constantes de la literatura argentina. Buenos Aires: Editorial Raigal, 1953, pp. 109-128.
- Giusti, Roberto. "A un cuarto de siglo de la primera guerra mundial. Ilusiones y esperanzas de ayer." Nosotros, Año IV, No. 41 (agosto de 1939), p. 306.
- González Lanuza, Eduardo. "La vida blanca de Eduardo Mallea." La Nación (16 de octubre de 1960).
- González López, Emilio. "Eduardo Mallea, Todo verdor perecerá." Revista hispánica moderna, XVIII, Nos. 1, 4 (diciembre de 1952), p. 169.
- Gouirán, Emile. "Historia de una pasión argentina." La Revue Argentine (Paris), 1938. (Tomado de Sur, No. 40 (enero de 1938), pp. 75-78.

- Grieben, Carlos F. Eduardo Mallea. Buenos Aires: Ediciones Culturales Argentinas, Ministerio de Educación y Justicia, 1961.
- Hays, H. R. "Eduardo Mallea, Las águilas." Books Abroad. XX (1946), pp. 83-84.
- Jaimes-Freyre, Mireya. "Eduardo Mallea, Simbad." Revista hispánica moderna, Año XXIV, Nos. 2, 3 (abril/julio de 1958), pp. 224-25.
- Justo, Luis. "Mallea o la literatura como sustento de la realidad." Sur, No. 280 (enero/febrero de 1963), pp. 51-56.
- Lacay, María H. "Un ensayista argentino: 'El sayal y la púrpura' de Eduardo Mallea." Nosotros, XVIII, (1942), pp. 309-316.
- Levy, Kurt L. "Sobre: Eduardo Mallea, Simbad, Buenos Aires, Sudamericana, 1957." Books Abroad, XXXII, No. 1 (1958), p. 26.
- Lewald, Ernest H. "Mallea's Theme in La bahía de silencio." Revista Hispánica (Wallingford, Connecticut), XL, No. 2 (1957), pp. 176-178.
- Lichtblau, Myron I. "El arte de la imagen en Todo verdor perecerá." Revista hispánica moderna, Año XXIX, No. 2 (abril de 1963), pp. 120-132.
- Lynch, William S. "The Universal Values of Eduardo Mallea (The Bay of Silence)." Saturday Review of Literature, XXVII, No. 11 (11 de marzo de 1944).
- Mallan, Lloyd. "Tom Wolfe of Argentina." Kenyon Review, VI, No. 3 (1944), pp. 476-481.
- Marechal, Leopoldo. "El sentido de la noche en el Nocturno Europeo de Mallea." Sur, No. 15 (diciembre de 1935), pp. 116-121.
- Marías, Julián. "Historia de un silencio." La Nación (22 de diciembre de 1957).
- Mejía Nieto, Arturo. "Eduardo Mallea, Nocturno Europeo." Nosotros, I, No. 3 (junio de 1936), pp. 351-53.
- Menton, Seymour. El cuento hispanoamericano. México - Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 1964.

Morseilla, Astur. Eduardo Mallea. Buenos Aires: Editorial Mac-Co., 1957.

Murena, H. A. "Martínez Estrada: la lección a los desposeídos." Sur, No. 204 (octubre de 1951), pp. 15-16.

\_\_\_\_\_. "Chaves: un giro copérnico." Sur, No. 228 (mayo/junio de 1954), pp. 27-36.

Ocampo, Victoria. "Sur." Revista hispánica moderna, XII, Nos. 1, 2 (enero/abril de 1946), pp. 44-54.

Pinto, Juan. Panorama de la literatura argentina contemporánea. Buenos Aires: Editorial Mundi, 1941.

Polt, John H. R. "Algunos símbolos de Eduardo Mallea. Mallea y Hawthorne." Revista hispánica moderna, Año XXVI, Nos. 1, 2 (enero/abril de 1960), pp. 96-101.

\_\_\_\_\_. The Writings of Eduardo Mallea. Berkeley-Los Angeles: University of California Publications in Modern Philology, Vol. 54, University of California Press, 1959.

Rodriguez Monegal, Emir. El juicio de los parricidas. Buenos Aires: Editorial Deucalión, 1956.

R. G. "La guerra interior." Indice (Madrid), Año XVIII, No. 186 (1964), p. 33.

Rodríguez-Alcalá, Hugo. "Eduardo Mallea. Posesión." Revista hispánica moderna, Año XXVI, Nos. 1, 2 (enero/abril de 1960), p. 127.

Rocavarren, Jorge Luis. "Escritores de América. Líneas sobre Mallea y uno de sus libros." La Prensa (Lima, Peru), (30 de mayo de 1960).

Sánchez, Luis Alberto. Proceso y contenido de la novela hispanoamericana. Madrid: Editorial Gredos, 1953.

Saz, Agustín del. "Mallea." Resumen de Historia de la novela hispanoamericana. Barcelona: Editorial Atlántida, 1950.

\_\_\_\_\_. "La novela psicológica (Todo verdor perecerá de Eduardo Mallea)." La novela hispanoamericana. Barcelona: Universidad de Barcelona, Facultad de Filosofía y Letras, 1954, pp. 36-42.

- Scheines, Gregorio. Novelas rebeldes de América. Buenos Aires: Editorial Americalee, 1960.
- Solero, F. J. "Eduardo Mallea: Los enemigos del alma." Sur, No. 197 (marzo de 1951), pp. 36-38.
- Sosa López, Emilio. "El mundo espiritual de Eduardo Mallea." La Nación (17 de marzo de 1957).
- Soto, Luis Emilio. "Eduardo Mallea, Las águilas." Sur, No. 115 (mayo de 1944), pp. 88-94.
- \_\_\_\_\_. "Eduardo Mallea, La torre." Sur, No. 202 (agosto de 1951), pp. 53-60.
- Topete, José Manuel. "Eduardo Mallea y el laberinto de la agonía: Historia de una pasión argentina." Revista Iberoamericana (México), XX, No. 39 (1955), pp. 118-51.
- Torre, Guillermo de. Tres conceptos de la literatura hispanoamericana. Buenos Aires: Editorial Losada, 1963.
- \_\_\_\_\_. "Todo verdor perecerá." Sur, No. 92 (mayo de 1942), pp. 65-68.
- \_\_\_\_\_. "Eduardo Mallea y su última novela." Revista de las Indias (Bogotá), XV, No. 41 (1942), pp. 417-20.
- Torres-Rioseco, Arturo. La gran literatura iberoamericana. Buenos Aires: Emecé, Editores, 1945.
- Ulloa, María Elisa. "El novelista argentino Eduardo Mallea." Américas (Washington, D. C.), Vol. 7, No. 4 (abril de 1955), pp. 28-32.
- Vocos Lescano, Jorge. "Sobre la última novela de Eduardo Mallea." Insula (Madrid), VI, No. 66 (1951).
- Zum Felde, Alberto. Índice crítico de la literatura hispanoamericana II, La narrativa. México, 1959.

#### Obras sobre el existencialismo

- Blackham, H. J. Six Existentialist Thinkers. New York: Harper Torch Books, n.d.
- Barnes, Hazel E. Humanistic Existentialism. Lincoln, Nebraska: University of Nebraska Press, 1959.

- Barrett, William. Irrational Man. A Study in Existential Philosophy. New York: Doubleday Anchor Books, 1962.
- Breisach, Ernst. Introduction to Modern Existentialism. New York: Grove Press, Inc., 1962.
- Camus, Albert. Le Mythe de Sisyphe. Paris: Gallimard, 1942.
- Dieckman, Herbert. "French Existentialism before Sartre." Yale French Studies, I, No. 1 (Spring-Summer, 1948) p. 33.
- Finkel, Sidney. Existentialism and Alienation in American Literature. New York: International Publishers, 1965.
- Greene, Marjorie. Introduction to Existentialism. Chicago: The University of Chicago Press, 1959.
- Heinemann, F. H. Existentialism and the Modern Predicament. New York: Harper Torch Books, 1958.
- Jaspers, Karl. Man in the Modern Age. New York: Doubleday and Company, Inc., 1957.
- Jolivet, Régis. Las doctrinas existencialistas desde Kierkegaard a Jean-Paul Sartre. Madrid: Gredos, 1950.
- Kaufmann, Walter. Existentialism from Dostoevsky to Sartre. New York: World Publishing Company, 1965.
- Oromi, Miguel. El pensamiento filosófico de Miguel de Unamuno. Madrid: Editorial Espasa-Calpe, S. A., 1943.
- Palley, Julian. "Existentialist Trends in the Modern Spanish Novel." Hispania, XLIV, No. 1 (marzo de 1961), pp. 21-26.
- Roubiczek, Paul. Existentialism. For and Against. Cambridge: Cambridge University Press, 1964.
- Sanchez Villaseños, José. Ortega y Gasset Existentialist. Chicago: Henry Rignery Company, 1949.
- Spier, J. M. Christianity and Existentialism. New York: Harper and Row, 1959.
- Unamuno, Miguel de. Del sentimiento trágico de la vida. Buenos Aires: Editorial Losada, 1964.
- Wahl, Jean. Historia del existencialismo. Buenos Aires: Editorial Dedalo, 1960.